

Nick Kyme

FUEGO LETAL

Dentro de la Tormenta de Ruina

Aunque Vulkan permanece en estasis bajo la Fortaleza de Hera, muchos de sus hijos se niegan a creer que esté realmente muerto. Después de un rescate casi milagroso por parte de Ultramarines, Artellus Numeon, antiguo capitán de la Guardia Pira, insta a los otros Salamandras de Macragge a abandonar el Imperium Secundus y devolver el cuerpo de su Primarca al mundo natal de Nocturne, donde renacerá en las llamas del Monte del Fuego Letal. Pero las dudas y temores por el futuro de la Legión no dejan de acosar a Numeon. Mientras tanto, sus enemigos tratan de hacerse con nuevos destinos…

Nick Kyme

Fuego letal

Herejía de Horus - 32

ePub r1.0
Titivillus 01.08.2018

Título original: *Deathfire*
Nick Kyme, 2015
Traducción: Traducciones Imposibles
Ilustraciones: Neil Roberts

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Dedicada a la «Liga de la Justicia», es decir,
a Aaron Dembski-Bowden, John French y Chris Wraight,
por adentrarse conmigo en La Tormenta de Ruina.
Y, por supuesto, a Stef, por aguantarme en el proceso.

LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

La galaxia está envuelta en llamas. La gloriosa visión que tenía el Emperador para la humanidad está destrozada. Su hijo más favorecido, Horus, le ha dado la espalda a la luz de su padre y se ha entregado al Caos.

Sus ejércitos, los poderosos y temibles Space Marines, se encuentran enfrentados en una brutal guerra civil. Antaño, estos guerreros definitivos lucharon codo con codo como hermanos para proteger a la galaxia y llevar a la humanidad de regreso a la luz del Emperador. Ahora luchan entre sí.

Algunos siguen leales al Emperador, mientras que otros se han unido al señor de la guerra. Por encima de todos destacan los primarcas, los comandantes de las legiones compuestas por miles de Space Marines. Son unos seres sobrehumanos, magníficos, y representan el logro culminante de la ciencia genética del Emperador. Lanzados al combate los unos contra los otros, nadie tiene la certeza de conseguir la victoria.

Los planetas arden. Horus logró dar un golpe terrible a los leales en Isstvan V y tres legiones fieles al Emperador quedaron prácticamente aniquiladas. La guerra ha comenzado, un enfrentamiento que envolvería a toda la humanidad en un fuego arrasador. La traición y el engaño han suplantado al honor y la nobleza. Los asesinos acechan en cada sombra. Los ejércitos se organizan y reúnen. Todos deben elegir un bando o morir.

Horus reúne a su armada con la propia Terra como el objetivo de su ira. Sentado en su Trono Dorado, el Emperador espera a que regrese su hijo descarriado. Sin embargo, su verdadero enemigo es el Caos, una fuerza primigenia que ansía esclavizar a la humanidad bajo sus deseos caprichosos.

Los gritos de los inocentes y las súplicas de los justos resuenan junto a las risotadas

crueles de los Dioses Oscuros. El sufrimiento y la condenación esperan a la humanidad si el Emperador fracasa y pierde la guerra.

La era del conocimiento y de la iluminación ha terminado. Ha empezado la Era de la Oscuridad.

DRAMATIS PERSONAE

Los primarcas

SANGUINIUS	Blood Angel, gobernador del Imperium Secundus
ROBOUTE GUILLIMAN	Señor de Ultramar, el Hijo Vengador
LION EL'JONSON	Protector del Imperium Secundus
VULKAN	Señor de los dragones (fallecido)
ROGAL DORN	Pretoriano del Emperador

La XVIII Legión, los Salamanders

ARTELLUS NUMEON	Capitán de la Pyre, antiguo palafrenero de Vulkan
NOMUS RHY'TAN	Voz del Fuego y Guardián de las Llaves
PHAESTUS VAR'KIR	Capellán Igniax
USHAMANN	Epistolario del Librarius
ORHN	Draco de Fuego
RAN'D	Draco de Fuego
REK'OR XATHEN	Sargento de los Piroclastas
BADUK	Piroclasta
KUR'AK	Piroclasta
MU'GARNA	Piroclasta
ZADAR	Piroclasta
BAREK ZYTOS	Sargento legionario
ABIDEMI	Legionario
DAKAR	Legionario
IGEN GARGO	Legionario
FERON	Legionario
KADIR	Legionario
MUR'AK	Legionario
UNGAN	Legionario
VORKO	Legionario
XORN	Legionario

FAR'KOR ZONN	Techmarine
KOLO ADYSSIAN	Capitán de la Caribdis
ARIKK GULLERO	Teniente, primer oficial
LYSSA ESENZI	Teniente de banderas, timonel
CIRCE	Navegante

La XIII Legión, los Ultramarines

TITUS PRAYTO	Maestre de la centuria principal, Librarius
VALENTIUS	Sargento legionario
AEONID THIEL	Sargento, comandante de los Marcados de Rojo
VITUS INVIGLIO	Marcado de Rojo
BRACHEUS	Marcado de Rojo
CORVUN	Marcado de Rojo
DRUSUS	Marcado de Rojo
FINIUS	Marcado de Rojo
GORDIANIUS	Marcado de Rojo
LAERTES	Marcado de Rojo
LEARGUS	Marcado de Rojo
NAEVIUS	Marcado de Rojo
PETRONIUS	Marcado de Rojo
VENATOR	Marcado de Rojo
VITUS INVIGLIO	Marcado de Rojo

La XVII Legión, los Word Bearers

QUOR GALLEK	«El Predicador», ex capellán, maestro de los apóstoles oscuros
XENUT SUL	Sin Conciencia
DEGAT	Sargento mayor, a bordo del *Monarchia*
BARTHUSA NAREK	Antiguo vigilator

La XIV Legión, la Death Guard

MALIG LAESTYGON

	Comandante legionario
UKTEG	Sargento
RACK	Capitán del Sudario del Segador

Los Knights Errant

KASPIAN HECHT

LA PROFECÍA DEL REY UN OJO

Una montaña se cierne sobre ti, coronada por una nube en luto. Los riscos la arañan hacia arriba, intentando agarrar una luz roja como la sangre, sobre la cumbre. El cielo brilla y refleja la ira de la montaña, proyectando su llama hacia abajo. Está afligida, herida por quienes intentaron partirla. Está enfurecida, y su rabia duele a la vista.

Un estado sombrío se alza sobre ti, un manto demacrado que pesa más que una maldición. Tus pies están llenos de ampollas y sangran, pues has andado muchas leguas a través de las rocas cortantes de tu mundo muerto.

No ha sido fácil.

Pero tu viaje llega lentamente a su fin, su conclusión está cada vez más cerca con cada huella carmesí que dejas tras de ti.

Picos desfigurados se alzan para bloquear el sol, mas el calor de ese orbe amenazador sigue sin tener piedad, robando el aliento, secando la vida hasta que no quede nada salvo una carcasa polvorienta.

En las laderas atizadas por el infierno, comienzas el ascenso. Cenizas ardientes abrasan tus pies, pero apenas lo notas.

Una mano detrás de la otra, el ascenso es duro, pero el cansancio no te alcanza. Tu mente es un remanso denso y oscuro del que sabes que no resurgirás. Tu cuerpo obedecerá, a pesar de la agonía y los gritos de tus extremidades, a las que ni ves, ni oyes ni sientes.

Asciendes con el entumecimiento y la monotonía de un cadáver que ha vuelto a la vida, pues ¿acaso no eres más que desesperación envuelta en carne, y tus huesos responden a los últimos vestigios de tu voluntad?

De la cima oyes llegar un retumbo que eclipsa el choque de los océanos embravecidos, un estruendo de debajo de la profundidad de la tierra que rebota en picos y riscos. Y cuando el creciente juego de arriba atrae tu mirada, ves una fisura en el flanco de la montaña.

El calor y la sangre de la tierra emergen por esa grieta. Los hilillos de humo seducen tu mente debilitada, tan deteriorada por la incomparable pena de un hijo.

Sobre ti, el retumbo del disgusto de la montaña crece y se convierte en un rugido. ¿Acaso su angustia resuena con la tuya propia, como una frecuencia empática que de algún modo ha alineado roca y carne en una conmiseración atribulada?

El fuego se eleva, remontando hacia arriba cual pilar en llamas que mancha el cielo, el sol y la nube con su furia.

La desesperación sujeta tus extremidades de hombre muerto, tú intentas alcanzar

la brecha, y descubres una fisura lo bastante ancha para que pase tu cuerpo.

Y cuando los cielos lloran lágrimas de fuego, entras en la montaña, para encontrar su santuario y tu fatalidad. La última imagen de tu existencia queda oscurecida por la nube piroclástica, hasta que finalmente no queda nada salvo una sombra y un recuerdo.

PRIMERA PARTE

INQUIETO

UNO

Ofrendas quemadas

Traoris, campos de rayos

Un cuerpo yacía sobre la ceniza gris.

Transhumano, varón. Tenía la piel del color del carbón, y la maltrecha armadura tenía bordes escalonados, como si la hubieran fabricado con escamas verdes. Era un Salamander. Una espada descansaba a pocos centímetros de su mano. Era un guerrero. Había conocido el mismo destino que la mayoría de quienes recorrían ese sendero violento, era un cadáver más. La herida del pecho tenía el tamaño del puño que lo había matado, y también tenía el ojo izquierdo muy dañado.

Sin embargo, al morir no había buscado la espada, sino que sus dedos habían ansiado otra cosa: un martillo.

Un destello iluminó el cielo elevado, cual venas de una luz nacarada.

En respuesta, se estremeció un párpado, nada más que un temblor nérveo, el último disparo de un impulso nervioso antes de la muerte cerebral.

Otro fogonazo. Un rayo alcanzó el suelo. Cerca.

Un dedo vibró. ¿Otro temblor nervioso?

Con un tercer destello, el trueno resonó.

El cadáver que no era un cadáver parpadeó, capturando una imagen congelada de lo que venía a por él a través de las cenizas. Le habían cauterizado el otro párpado, que mantenía cerrado, escondiendo una bola de agonía punzante.

Los sentidos volvieron, el espacio y el tiempo se reafirmaron, y la consciencia regresó. Dolor, mucho dolor… Los relámpagos caían en arco desde el cielo seco y despejado de Traoris.

Numeon parpadeó de nuevo con un rayo salvaje, separándose en arterias e iluminando la oscuridad con fogonazos violentos. Ramales de luz chocaron contra el suelo como lanzas, casi alcanzando su cuerpo esta vez.

La muerte sería un alivio, no por el dolor de sus heridas, sino por la agonía de

haber fracasado.

—Vulkan… —La voz de Numeon salió raspando su garganta seca.

No, no era Vulkan. Había sido Erebus, y ahora su agente secreto había huido con la fulgurita: Grammaticus, el espía. El mentiroso. El traidor.

Otro relámpago aterrizó cerca, y Numeon hizo un mohín. Ya iban cinco desde que había vuelto en sí. Cada impacto violento acercaba la tormenta, y no deseaba ver qué ocurriría si permanecía en aquel lugar cuando un sexto o séptimo ramal llegaran a la superficie.

Moverse estaba resultando difícil. Un charco de sangre derramada rodeaba su cuerpo, extendiéndose poco a poco en una oscura ciénaga que su fisiología mejorada no podía contener.

Cuando el Emperador había creado a sus Space Marines, los había hecho robustos pero no eran indestructibles; ni tampoco sus primarcas, como algunos hijos desgraciados habían comprobado.

No obstante, Numeon desmentiría que su padre hubiera muerto.

Si es que conseguía sobrevivir.

El torso era un caparazón destrozado de huesos rotos y órganos dañados. Bebía y respiraba sangre en vez de aire. La pistola bólter de Erebus se había encargado de ello. Incluso ciego de un ojo e incapaz de verla en aquellos momentos, sabía que su armadura lucía más bien un rojo arteria que un verde dragón. Las heridas de Numeon, quien casi estaba paralizado, ofrecían un diagnóstico cruel.

«Me estoy muriendo».

Incluso los transhumanos tenían límites, y Artellus Numeon había alcanzado el suyo. Aunque su cabeza se rebelaba contra la perspectiva de su muerte, su cuerpo no podía soportar la mentira.

Otro chasquido de luz impactó cerca, chamuscando la tierra… como las bombas y cañones que hicieron caer la muerte sobre Isstvan V. Numeon ladeó ligeramente la cabeza para analizar la trayectoria del rayo. El fogonazo reverberó en su retina, multiplicándose repetidamente hasta desvanecerse con un gran alivio y, por último, disolverse en un recuerdo visual. Numeon vio cómo dejaba tras de sí vórtices de arena gris, desplazándose rápidamente por los yermos de Traoris, como los insustanciales djinn de los antiguos abisinios, transportando el hedor de la muerte y la pestilencia de la tierra quemada.

Solo cuando los vórtices se hicieron más grandes y uniformes Numeon se percató de que no solo el viento provenía de un mar distante y oculto.

Había una nave, lo cual significaba que tal vez el *Arca de Fuego* seguía en vuelo, y se atrevió a tener esperanza.

Durante los acontecimientos que siguieron, Numeon descubriría que quedaba una pequeña y valiosa esperanza en una galaxia en guerra.

Un desierto se extendía en la lejanía, infinito y negro. Altas dunas y formidables

baluartes de hierro formaban crestas, era la visión de la devastación, atestado de muertos y moribundos. Algunos de los caídos yacían medio enterrados en la arena empapada de sangre. Otros estaban asándose bajo la armadura, quemándose poco a poco al sol. El hedor de putrefacción era tan acre que había adoptado forma, como una masa física repugnante que pesaba sobre los hombros.

El caos se extendía sobre la arena negra. El verdadero caos.

Hermanos caídos.

La traición más infame.

Los detalles de la masacre huyeron, como si temieran ser recordados, aunque siempre permanecerían alojados en la memoria eidética de Numeon. La negrura del desierto fue sustituida por la oscuridad de una celda, los gritos agónicos de sus hermanos, reemplazados por una quietud enloquecedora en la que un pensamiento era más ensordecedor que la explosión de un proyectil.

Unos grilletes de hierro unían sus muñecas, culebreando también hasta sus tobillos. Apenas era necesario, puesto que el río de fuerza de Numeon había quedado reducido a poco más que vapor.

Le habían retirado la mitad inferior de la capa interior de malla de la armadura, dejando a bien la vista las múltiples viejas heridas y cicatrices marcadas. La coraza estaba destrozada de todos modos, imposible de reparar. El frío de la celda, del vacío sangrando a través del metal desnudo, era tan contrario a él como la sombra del sol. Tuvo un escalofrío.

Le habían cosido de nuevo el cuerpo con un trabajo médico rudimentario, y sanaría, pero con grandes cicatrices. Al menos le habían dado unos puntos en el agujero del pecho. Sus captores tenían la habilidad necesaria para realizar cirugías más efectivas; simplemente querían que Numeon sufriera.

Sospechó que por ese mismo motivo le habían dejado el martillo.

Era un objeto relativamente simple: mango corto, cabeza cuadrada y una joya encastada en la empuñadura. Creado como una pieza de decoración, recordaba más bien a un martillo de forja, la herramienta favorita de un herrero.

Un aspecto modesto a menudo implicaba un significado más esotérico. Era más que un martillo, y también más que un símbolo.

Para Numeon, ahora el último guardián de la Pyre, representaba la esperanza.

Tan gravemente herido, el Salamander se aferró al sigilo de Vulkan como si fuera su hilo mortal, temiendo que si un solo dedo se le escurría él también acabaría perdido.

Su ojo le punzaba con la potencia del *helfyre*, recordándole dicha mortalidad y apartándolo de fantasías. Al sentir que su consciencia se escapaba, decidió sustituir la poesía por los hechos, utilizando la concentración de sus pensamientos como un ancla.

Los fenrisianos contaban con muchas palabras para describir la nieve y el hielo, y quienes provenían de Nocturne, o seguían el credo prometeano, tenían distintas

maneras de definir el fuego, y estos términos variaban en los sietes reinos o ciudades santuario.

En Hesiod, conocida como «Asiento de Reyes», era *helfyre*. En Themis, la ciudad de Reyes Guerreros, utilizaban el término *urgrek*. Ambas palabras eran antiguas y líricas que se referían al magma profundo que fluye al pie del monte Fuego Letal, el corazón burbujeante de Nocturne. Estaba caliente y prometía una agonía incapacitante a quien lo tocara o simplemente se perdiera en su sofocante aura. Solo los dragones de las profundidades adoraban su calor radiante y la soledad natural que ofrecía, y por ello eran el anatema de la mayoría de las formas de vida. El fuego proteano, según los habitantes de la ciudad joya de Ephitemus, se decía que era la chispa vital que se llevaba el alma de los muertos, así como la cáscara en la que se habían convertido, y los devolvía al mundo, si bien cambiados y renovados. Tales creencias persistieron en Skarokk, la Columna del Dragón, y en Aethonion, la Lanza de Fuego, pero en cada reino usaban una palabra diferente: «proteano» y «morpheano», respectivamente.

Fabrikarr, como se llamaba en Clymene o Expansión Mercantil, era la llama del forjador, el calor que atempera el metal, el creador mundano. En Heliosa, la ciudad baliza, se decía *ferrun*.

Immolus era el exterminador de mundos, y las siete ciudades lo pronunciaban igual y, a menudo, entre susurros; pues era la llama liberada, y había sido una parte del mito de la creación nocturneano antes de los legendarios días del primer Igniax y los metaleros de antaño.

Numeon conocía todos sus nombres y sus variaciones en cada ciudad, al igual que sabía los nombres de otros muchos, y se aferraba a ellos como se aferraba al mango del martillo de forja, separando el propósito y la agonía para así alzarse y vivir.

Vivir…

No por él mismo, sino por un padre errante en el que creía por encima de todo. Su fe —no la fe sórdida y efímera asociada a la religión, sino la convicción verdadera y sincera de que algo es real a pesar de las pruebas empíricas— era la fuerza vital que fluía por sus venas, y el fuego eterno que encendía su mente. Esta creencia se manifestaba con un hecho sencillo, con dos palabras.

«Vulkan vive».

El chirrido apagado de unos engranajes sacó a Numeon de su creciente sopor. La puerta de la celda se abrió, permitiendo así el paso de un pequeño haz de luz a la oscuridad, el cual se fue agrandando a medida que la puerta se levantaba y desaparecía poco a poco en una apertura que había en el techo.

Apareció la silueta de una figura a contraluz, que dejaba adivinar que llevaba servoarmadura, la cual resaltaba aún más su amplia y formidable complexión transhumana. Tenía el torso y los hombros adornados con juramentos, cual infección, y Numeon tuvo la precaución de bajar la vista ante los garabatos que había en cada franja de la carne-pergamino. Eran palabras condenatorias, transmitidas por aquellos

que le habían dado la espalda a la iluminación del Emperador y habían abrazado a los antiguos dioses. Semejantes cosas solían ridiculizarse como historias de imaginaciones hiperactivas.

Pero ya nadie lo hacía.

Numeon aferró el sigilo con más fuerza e intentó ponerse en pie. Lo máximo que pudo fue hincar una rodilla, antes de que su desafío perdiera ante el cansancio.

Sacudiendo la cabeza, la silueta de la figura chasqueo la lengua.

—Sigues débil. —Era más una observación que una pregunta—. ¿Dónde está esa legendaria resistencia, hijo de Nocturne? —preguntó Xenut Sul. Su voz era sibilante y poseía una riqueza que no concordaba con su cadencia ronca.

Xenut Sul se había presentado poco después de que hubieran capturaran a Numeon y este se hubiera despertado a bordo de la nave Word Bearer. Al principio había parecido un legionario especialmente corriente, con el pelo rubio cortado al rape y una cara extrañamente simétrica con runas colchisianas grabadas tanto en el lado derecho como en el izquierdo. Parecía que lucía el rostro de todo el mundo y el de nadie a la vez. Sus ojos eran joviales, aunque encerraban la sensación de una experiencia insondable que solo se ve en los veteranos. En las seis semanas que llevaba siendo prisionero, Numeon no había logrado adivinar el origen de Xenut Sul, un hecho que agradaba enormemente a su captor.

—¿Por qué te ha abandonado la fuerza de tu padre justo cuando más la necesitas, eh? —se burló Xenut Sul.

Numeon respondió rechinando los dientes, amenazándolo con su ojo bueno.

La luz inundó aún más la celda, bañando a Numeon en un feo resplandor amarillo que le confería una palidez enfermiza.

—Parece que tus heridas están sanando —murmuró Xenut Sul. Se acuclilló y agarró el mentón de Numeon. Una mueca de dolor descompuso su rostro cuando los dedos blindados del Word Bearer mordieron su carne.

—Me pregunto, hijo de Nocturne, si estás listo para hablar —dijo.

La sonrisa cálida y los ojos fríos de Xenut Sul se enfrentaron a Numeon. Era una expresión que ahora conocía bien, al igual que la inherente falta de compasión del traidor y su predilección por infligir dolor.

—Te hago daño porque tú me lo pides, hijo de Nocturne.

Era como si hubiera acertado en la mente de Numeon, así como en su carne mal cosida.

—¿Recuerdas la pregunta? —inquirió Xenut Sul, aumentando la presión en el mentón del Salamander—. La fulgurita…, ¿dónde está?

Numeon no pronunció sonido alguno aparte del sibilante aliento que entraba y salía de sus pulmones.

—Cuéntame —dijo Xenut Sul—, ¿qué sabes de Barthusa Narek?

El Salamander seguía sin responder.

Xenut sonrió por segunda vez, con expresión compasiva.

—¿De veras me pides que lo haga de nuevo?

Bajó la cabeza, resignado. Al encararse a Numeon otra vez, sus ojos fueron pozos oscuros y abismales. La riqueza en su tono se convirtió en una resonancia, como si se solaparan voces que hablaran desacompasadamente por una fracción de segundo.

—Yo sirvo… —dijo, e inclinó la cabeza—, tú sirves. —Asintió hacia Numeon—. Uno de nosotros va a decepcionar a su señor, y no voy a ser yo, hijo de Nocturne.

Ahora Numeon sonrió, mostrando sus dientes manchados de rojo.

—¿Qué es lo que te divierte? —preguntó Xenut Sul.

El Salamander siguió sonriendo. A ojos de un espectador cualquiera, habría parecido un demente.

—¿Deseas hablar?

Numeon asintió despacio.

—Entonces dime lo que quiero saber y todo esto podrá acabar.

Tras soltar la barbilla del prisionero, Xenut Sul se alzó y dio un paso atrás.

A Numeon le tomó varios preciosos momentos reunir su fuerza; quería que su declaración importara. Quería que su carcelero recordara.

Esta vez se puso en pie y, aunque temblaba por el esfuerzo, no cayó.

Abrió bien los ojos, con una mirada de desafío, y rugió:

—¡Vulkan vive!

Xenut Sul lo atacó salvajemente, echando el aire de los pulmones de Numeon con un fuerte puñetazo, y tirándolo al suelo. El guardia se agachó de nuevo.

—Eres débil porque tu padre está muerto, pero has perdido el juicio como para verlo. —Algo punzante y metálico brilló en la mano de Xenut Sul—. Yo te abriré los ojos…

DOS

Marcado de Rojo

Crucero de clase Gladius Sacramento Oscuro

El crucero *Sacramento Oscuro* estaba en llamas.

Escoraba dolorosamente en el vacío, derramando gas y partículas desde sus enormes arterias como si fuera sangre.

A los marineros, aquellos de los profundos océanos de la Vieja Tierra, en la época en que Terra todavía tenía mares naturales, les solía gustar relacionar sus grandes navíos con bestias. Les otorgaban un espíritu para impregnar la madera y el acero de su construcción de voluntad y presencia. En tiempos de extrema necesidad, durante un tormenta o ante el peligro de un leviatán de las profundidades, los marineros llamaban a ese espíritu para que los salvara, suplicándole que alejara a su tripulación de la muerte una última vez.

Quienes podían observar el fin del *Sacramento Oscuro* veían la nave como a una bestia, pero en sus últimos estertores esta no podía salvar a quienes estaban a bordo, sin importar cuán desesperadamente se lo rogaran.

La vieja coraza de sus flancos blindados estaba acribillada de cicatrices, y placas enteras de adamantium se estaban descascarillando como si mudara una piel de escamas; debajo, quedaba expuesta una capa de «carne» vulnerable, incendiada con fuegos efímeros que morían casi en cuanto nacían, devorando con hambre el escaso oxígeno que quedaba dentro de la nave rota.

Sobre el lomo de la bestia, las inmensas catedrales sobre su columna se habían derrumbado y fragmentado, liberando trozos de esculturas iconoclastas hacia el espacio profundo y sin estrellas, donde navegaban a la deriva y sin un ancla.

La honda herida que marcaba el casco ventral había sido el golpe decisivo que había destruido la mayor parte del enginarium, en un único y preciso impacto. El estómago abierto de la nave había desparramado por el vacío cadáveres congelados al instante, momentos después de que la desgarraran. Algunos de los muertos llevaban

la armadura carmesí de los traidores. Sus cuerpos también estaban llenos de quemaduras de láser. Vagaban sin rumbo, quietos, olvidados entre los demás escombros.

Los escudos fallaron después, a causa de otro ataque ejecutado con precisión quirúrgica para debilitar y mutilar la nave sin matarla.

En la superficie del lateral de estribor, una maraña de impactos profundos había arrancado la parte central de la coraza. Arietes de asalto de la clase Caestus habían alcanzado un objetivo, todos ellos, aferrándose con terquedad al flanco devastado del *Sacramento Oscuro*.

A pesar de la destrucción que le habían causado, de los cortes vitales que debilitaban al crucero, fue en la nave de abordaje —en comparación, diminuta— donde cayó el golpe final. Dentro albergaba un cargamento letal, Ultramarines de los Marcados de Rojo, cuyas mentes solo buscaban venganza.

Inviglio corrió por todo el pasillo de acceso ventral, vigilando el contador de radiación que brillaba en la lente izquierda del casco. Se dirigía a las cubiertas inferiores de popa, donde se hallaban los motores de disformidad.

—Naevius.

Exhalando con fuerza, Inviglio alcanzó el primer cruce transversal del pasillo. Debían seguir adelante, avanzar de prisa y con violencia antes de que reunieran a sus refuerzos. Sin embargo, más allá de la intersección, la iluminación y los sistemas de soporte vital de la nave habían caído. La gravedad persistía de forma tenue, neutralizando la necesidad de recurrir a los sistemas magnéticos para andar por la cubierta, pero la visibilidad era mala.

Inviglio ya había perdido a Drusus a manos de uno de los carniceros de Angron que había acechado en las sombras, y no deseaba perder a nadie más; incluso arriesgaría su ira como comandante ante tal súbita falta de urgencia.

Naevius llegó segundos después de que lo convocaran, bioescáner en mano, rastreando posibles amenazas. Al igual que los otros legionarios de su pelotón, llevaba una raya pintada de rojo bajo el casco, perpendicular a los hombros.

—Cuatro contactos hostiles localizados —murmuró Naevius con el tono profundo de barítono de Iax.

Inviglio era de Konor pero no sentía ninguna simpatía por su hermano iaxiano. La guerra y el pragmático tutelaje del comandante se habían ocupado de ello.

El brutal ataque en Ultramar había igualado todas las jerarquías y preconcepciones de nobleza. En su lugar, nació la solidaridad, el deseo de todo ultramarine, transhumano o no, de permanecer juntos y recuperar lo que era suyo.

Oficialmente habían ganado la guerra, después de que los Quinientos Mundos hubieran sufrido a manos de la XVII y la XII Legiones, antes de que Guilliman y la XIII consiguieran detener la marea; pero estos legionarios sabían que no era así. Sabían que más allá de los auspicios inmediatos de Macragge y del amparo que suponía la presencia de los mundos principales, el Imperium Secundus seguía

afectado.

Tras hacer un gesto de asentimiento hacia Naevius, Inviglio tocó el comunicador que llevaba instalado en la gorguera.

—Leargus, toma la vanguardia. Naevius y yo os flanquearemos. Bracheus, mantén la retaguardia.

Después de que una hilera de afirmaciones breves brillara en su alimentación retiniana, estaban listos para proceder.

Leargus se acercó desde atrás, sosteniendo una pistola gravítica de cañón corto a la altura de la cintura.

—Sin prisa pero sin pausa, hermano —susurró Inviglio, obteniendo un rápido asentimiento de Leargus mientras este lideraba a tres Ultramarines hacia delante—. No sabemos con exactitud qué hay ahí fuera.

En más de una ocasión, durante las últimas patrullas, habían asaltado naves tripuladas por Sin Conciencias. La caza de demonios casi se había convertido en algo innato de la XIII Legión, pero eso no convertía a esas criaturas en menos peligrosas. Las normas de actuación habían cambiado, y los hijos de Guilliman debían adaptarse o morir.

Inviglio estaba decidido a que fuera lo primero. En esos momentos, la precaución no era un lujo sino más bien una obligación.

El primer aviso llegó tras recorrer una cuarta parte del pasillo de una amplia sección de mantenimiento, marcando un destello de rojo sangre contra la armadura de Leargus. El legionario reaccionó con rapidez, pivotando para disparar una ráfaga de gravedad hiperdensa. Una parte de la superestructura del corredor se dobló y se partió como si hubiera recibido un impacto. Uno de los asesinos de la XII Legión que quedó atrapado en el campo de gravedad también recibió el impacto, y el peto y la espaldera izquierda se combaron hacia dentro. Aquello no evitó que lanzara su hacha sierra, que voló girando sobre sí misma hasta incrustarse en la parte superior derecha del torso de Leargus.

Los otros renegados que permanecían a la espera imitaron el rugido que Leargus escupió por la rejilla del comunicador, aunque sus gritos no eran de agonía, sino los de unos asesinos.

Tres guerreros ataviados con armaduras de legionarios se acercaron al equipo de ataque de los Ultramarines. Dos de ellos llevaban el azul y el blanco de los World Eaters, con los colores sucios y mancillados por la batalla. El otro pertenecía a la XVII Legión, pero no era una Word Bearer cualquiera.

Corcovado, su grotesca musculatura latía bajo la coraza que luchaba por contenerla. El casco estaba aleado con un rostro demoníaco, hasta tal punto que era imposible determinar dónde empezaba uno y acababa el otro. No necesitaba bólter o espada algunos, pues sus atributos antinaturales, garras y colmillos, cubrían sus necesidades a la perfección.

Leargus resumió de forma sucinta a la criatura maldita:

—¡Abominación!

Pese al hacha sierra alojada en su pecho, el legionario aún tenía suficiente contundencia para disparar una segunda vez contra el Sin Conciencia, pero este recibió la ráfaga gravítica como si simplemente sintiera picazón, y arremetió con sus pezuñas contra el Ultramarine.

Inviglio solo había luchado una vez contra un Sin Conciencia. Durante ese encuentro, el sargento los había liderado y él había acabado con la bestia con la hoja de una espada larga energetizada.

«A viejos enemigos, viejas armas». Inviglio recordó la lección mientras veía cómo partían de la cabeza a la ingle al pobre Leargus, cuya armadura se rasgó en dos como un pergamino. Bracheus acudió para ofrecer refuerzos, pero mientras los otros hermanos se ocupaban de sus propios objetivos, Inviglio se quedó solo ante el monstruo que acababa de tajar a Leargus.

Desenvainó su gladio. Tras presionar el botón de activación de la empuñadura, encendiendo el campo de energía que chisporroteaba en el borde, se encaró al Sin Conciencia.

A través de la pantalla retiniana del casco, Inviglio vio cómo Bracheus le partía el cráneo a un guerrero de la XII Legión al que había alcanzado con la pistola gravítica. Naevius realizó disparos cortos con su pistola bólter contra el segundo legionario World Eater, pero desenvainó su espada de energía en cuanto lo tuvo cerca.

Entonces la visión de Inviglio se estrechó y se concentró cuando el Sin Conciencia le dio la espalda al cadáver humeante de Leargus y se encontró con el Ultramarine desafiante.

Nada de lo que pudiera decir le haría justicia a su hermano, por lo que gritó con rabia mientras blandía su hoja contra la bestia. Fue como atacar las planchas de adamantium del casco de una Stormbird, y el golpe resonó dolorosamente hasta el mando de la espada, sacudiéndole el hombro.

La respuesta del Sin Conciencia fue brutal; con el dorso de la mano, levantó a Inviglio del suelo, y lo obligó a huir rodando antes de recibir un segundo manotazo, que se clavó en la cubierta en el lugar en el que había estado.

Apenas se había puesto en pie cuando la bestia osciló de nuevo, realizando cual espada un corte transversal que Inviglio tuvo que detener con el plano del gladio para no acabar bisecado. El metal chirrió contra el metal cuando sus botas derraparon sobre la cubierta, lanzando chispas por la fricción.

Era difícil moverse. Debía ser más rápido, pero la gravedad, que disminuía lentamente, de los agonizantes sistemas de soporte vital de la nave arrastraba sus extremidades con la creciente presencia de la inercia.

Un borrón de movimiento pasó veloz por el flanco derecho de Inviglio, y a través de la confusa alimentación visual vio cómo Bracheus estrellaba una maza contra el costado del Sin Conciencia. El monstruo gritó tan fuerte que aturdió el sistema de audio de Inviglio y, por un instante, sobrecargó los amortiguadores incluidos en el

casco.

Al advertir su oportunidad de aprovechar una ventaja que necesitaba, el legionario asestó un golpe en el cuello de la bestia. Un vez que liberó y recuperó la hoja, una fuente de fluido oscuro empezó a brotar. Incluso a través del respirador el hedor era insoportable, pero el aullido de agonía del Sin Conciencia fue aún más desconcertante.

No era el rugido profundo y gutural de una bestia herida: eran los chillidos de inocentes torturados, los gritos de agonía de niños y madres. Era el alarido de muerte de ultramarines, masacrados a miles durante la invasión.

Bracheus arremetió de nuevo, seccionándole la muñeca del brazo. El Sin Conciencia, que estaba a punto de darse la vuelta, se sacudió entre espasmos antes de que la chispeante espada de Naevius le sobresaliera por el pecho desde atrás. De pronto, la putrefacción invadió el aire cuando la sangre vieja se quemó y se cauterizó.

Inviglio sabía que no podían relajarse. Las heridas del Sin Conciencia ya se estaban cerrando, a medida que el demoníaco pasajero que llevaba su piel de legionario, por voluntad propia, recurría al poder de la disformidad. Cuando el monstruo cayó sobre una rodilla, Inviglio lo atravesó con su espada, hundiéndose en la coraza y alcanzando la clavícula antes de que comenzara a trinchar.

Bracheus propinó un hachazo, recuperó su maza y dio otro hachazo, como si estuviera talando un árbol de Iax. Icor y sangre salpicaron su armadura, que silbó cuando el fuerte ácido desconchó la pintura de la coraza y la agujereó.

Sujetando la espada con ambas manos, asiéndola con la punta hacia abajo, Naevius surgió del otro lado del Sin Conciencia, estocándolo sin cesar al compás de un metrónomo.

Al cabo de pocos segundos terminó, y los restos desmembrados del Sin Conciencia yacían en un charco a los pies de los Ultramarines. Mientras la entidad regresaba al reino infernal que lo había engendrado, el huésped se estremeció y murió, hasta que no quedó nada salvo un miasma de miembros y pedazos huesos y de coraza rota.

Inviglio le hizo un gesto a Naevius.

—Dime que tenemos el camino libre, hermano.

Enfundando la espada, Naevius comprobó el escáner que llevaba en la mano y asintió.

—Despejado.

Una vez que estuvieran en el pasillo ventral, podrían llegar a los motores de disformidad.

Incluso sin Drusus y Leargus, reunían suficientes cargas para provocar un daño crítico en la nave. Conseguirían una explosión catastrófica. No obstante, Inviglio indicó a Bracheus que reuniera las granadas incendiarias de sus hermanos caídos. Deseó que tuvieran tiempo suficiente para dedicar las palabras adecuadas ante el cadáver de Leargus. Habían sobrevivido juntos a la primera batalla de Calth, habían

sangrado juntos en las arcologias subterráneas en las que, aun ahora, se sucedían los combates. Morir en los confines de una nave estelar tremendamente maldita no le parecía adecuado, ni el hecho de que no se extrajera la semilla genética de Leargus.

—¿Crees que era el último? —preguntó Naevius, aunque su auspex solo daba resultados negativos en cada nuevo análisis.

Inviglio se golpeó el lateral del casco con el guantelete, intentando que se restauraran las comunicaciones. Funcionó, y estaba a punto de contestar a Naevius cuando una conexión del comunicador crepitó a gran volumen en su oreja.

—Situación, hermano.

Era el sargento. Nunca dejaba de sorprender a Inviglio la versatilidad de su voz, que podía fácilmente tanto dar una orden como ser afable. El guerrero era igual, el Ultramarine más adaptable al que Inviglio había conocido y junto al que había tenido el privilegio de servir. Era parte del motivo de que abandonara Calth, y de que formara parte de los Marcados de Rojo.

—Nos acercamos al objetivo.

—¿Bajas?

—Dos, Drusus y Leargus.

El sargento maldijo entre dientes, y hubo una breve pausa antes de que respondiera.

—La cubierta de las municiones está despejada y asegurada. Cargas colocadas. Esperamos tu señal, hermano. Pero, date prisa, ha aparecido otra nave en los augures.

—¿La interceptaremos?

—*A toda prisa*. —Cortó la comunicación.

Bracheus regresó con las cargas de Leargus y se las entregó a los demás.

—Suficientes para derribar tres cruceros —mencionó.

Inviglio asintió, aplaudiendo en silencio la hostilidad de Bracheus.

—No hace falta excederse. Solo necesitamos acabar con una.

TRES

Vigilia

Magna Macragge Civitas, cripta de la Llama Liberada

Los ritos funerarios variaban mucho incluso en el esencialmente homogéneo imperio de la Gran Cruzada. A pesar de un creciente espíritu del tiempo galáctico encaminado a la iluminación, muchas culturas humanas aún celebran ceremonias para los difuntos.

En los días de la Vieja Tierra —la Terra que existió antes de la Unificación—, los romanii practicaban la inhumación, mientras que la mayoría de los nordafrikanos preferían la cremación. Las viejas costumbres de los aegyptos afirmaban que había que embalsamar a los fallecidos para que pudieran entrar en el inframundo, mientras que los antiguos himalazianos abrazaban el considerablemente barbárico rito de *jhator* o «ritual de disección».

La creencia nocturneana sostenía que todas las cosas que vienen de la tierra deben regresar a ella. Solo así se cerraba el círculo del renacimiento. Consistía en la inmolación por fuego: carne, hueso y cenizas.

Para la XVIII, el fuego era bautismal y funerario; de este modo, el credo prometeano que había enseñado Vulkan podría preservarse. Ello, y mucho más, era parte de su legado, y debían protegerlo.

Así, con gran pesar, Barek Zytos se arrodilló ante el féretro en el que descansaba el señor de los dragones.

—Debería estar en la tierra —pronunció una voz solemne desde las sombras de la profunda cripta—, no en esta tumba fría y dorada.

Una única llama funeraria atenuaba la oscuridad, ondeando tristemente. Su luz centelleante alcanzaba los bordes de la tumba dorada de Vulkan, a la vez que describía la expresión afligida de Zytos.

—Un primarca retenido en vigilia bajo la fortaleza de Hera… —murmuró Zytos al recién llegado. La pena le obligó a hacer una pausa—. Es inadmisible.

Había transmitido a lord Guilliman su convicción de que Vulkan había sobrevivido, desafiando a todo el que osara contradecirle. La amarga ironía era que su padre sí había sobrevivido a la Masacre del Desembarco, pero acabó siendo asesinado en supuesto terreno amigo.

La lealtad era lo que mantenía a Zytos con vida —no podía evitarlo, al igual que no podía dejar de respirar o comer por voluntad propia—, pero el destino de Vulkan y lo que él veía como el engaño de Macragge lo habían herido profundamente.

—Esperemos que sea el único —dijo la otra figura de la cripta, arrodillándose junto a Zytos.

—¿Por qué seguimos aquí, Var'kir? —preguntó.

Phaestus Var'kir no respondió de inmediato. Se tomó un momento para inclinarse con respeto ante su primarca en vigilia y murmurar unas palabras del rito prometeano.

—¿Cómo sugieres que nos vayamos, Zytos? —preguntó, y su cadencia recordaba al crujir de un pergamino—. El señor de Macragge lo prohíbe mientras dure la Tormenta de Ruina.

—Encuentro que es una palabra excesivamente lírica e innecesariamente calamitosa.

—¿Cuál? ¿«Ruina»? —repuso Var'kir.

A diferencia de Zytos, que vestía el verde dracónico de los Salamanders, Var'kir iba enteramente de negro. Como seguidor de la capellanía, era su deber. A menudo había recodado a Zytos que no era porque estuviera de luto, sino debido a su llamada, una que necesitaban más que nunca en aquellos días tenebrosos.

Se había herido no solo la carne sino el espíritu del naciente Imperio, causando una guerra teológica del alma.

—Nos ha hecho arrodillarnos —admitió Var'kir—, al menos, durante un tiempo.

Zytos respetaba la santidad de la cámara, aun con toda su opulencia vacía, pero en sus palabras seguía transmitiendo una ira fútil.

—¿Cómo vamos a levantarnos ahora? Nuestro padre llegó a una legión cercana a la autoaniquilación. Sin su influencia, ¿cómo esperar evitar semejante destino otra vez?

El legionario tenía la expresión seria y los hombros anchos típicos de Themis. Llevaba el cabello corto, de un carmesí oscuro, y en ambos hemisferios del cráneo lucía representaciones icónicas de dragones recortadas en el cuero cabelludo.

Con tacto, Yar'kir posó un guantelete sobre el hombro de Zytos.

—Con su influencia nos convertimos en proteanos, hermano. —Sonrió cálidamente, a pesar de lo sombrío de la estancia.

—Hemos cambiado mucho, ya no somos los Guerreros Dragón que éramos.

Pocos en la legión sabían el antiguo nombre de la XVIII, y muchos menos lo pronunciaban, puesto que al hacerlo recordaban la gran vergüenza que significaba, de los días anteriores a que Vulkan les enseñara a ser pragmáticos para moderar su

naturaleza de autosacrificio y humanos para contrarrestar su colosal ira.

Var'kir estaba repleto de cicatrices. La última parte de su nombre, «kir», significaba «elegido». En su caso, era más bien honorífico. Como una de las «Voces del Fuego» de lord Rhy'tan, lo habían enviado a ocuparse de los legionarios que iban a poner de rodillas a Horus *el Renegado*, aunque apenas sobrevivieron a la masacre. La cresta atrofiada y blanca como la ceniza que bifurcaba su cuero cabelludo lampiño sugería que era un veterano, así como lo cerca que tenía la carne del cráneo. No obstante, sus ojos aún conservaban el fuego nocturneano, rescoldos de su piel negra como el carbón.

Cayó un silencio pensativo antes de que Zytos hablara:

—Creí oírlo latir. Su corazón.

Al unísono, los ojo de ambos Salamanders se dirigieron hacia su señor caído.

Vulkan yacía en un reposo silencioso. Tenía los ojos cerrados y se le veía un rostro sereno a través del ataúd de cristal. Era, como siempre había sido, su padre. Honorables cicatrices marcaban su cara, grabadas en la carne con una varilla de hierro. Eran difíciles de discernir sin la luz adecuada y describían el legado de las hazañas de Vulkan.

—Nuestra mente a veces puede engañarnos y hacernos creer lo que nuestro corazón desea, Zytos —respondió Var'kir con tranquilidad—. Está bien, al menos, que esté aquí para que sus hijos puedan llorarle, y no profanado en algún campo de batalla lejano.

Zytos bajó la vista, incapaz de seguir mirando a su difunto padre.

En la mano, Vulkan asía el *Portador del Amanecer*, un objeto de artesanía sin par forjado por el mismo señor de los dragones, el martillo que lo había guiado a través del empíreo hasta Macragge.

Aparte de su carne y sus huesos, era la única cosa que había sobrevivido intacto a la reentrada atmosférica. De hecho, Vulkan no vestía su coraza dracónica, sino que, en su lugar, iba ataviado con una armadura de la cripta de lord Guilliman. Por lo menos la habían confeccionado con los colores distintivos de la XVIII Legión.

Zytos y otros Salamanders que consiguieron llegar a Macragge conocían fragmentos de la historia que envolvía la violenta llegada de Vulkan. Algunos de los aspectos echaban por tierra la creencia de los hijos de Nocturne, relatos increíbles de una resurrección y sanación milagrosas, y una locura que reducía al señor de los dragones a una bestia desbocada.

No eran más que rumores. El primero era cruel, pues repartía esperanza cuando no la había; el segundo era un insulto a la memoria de Vulkan. Tanto Zytos como Var'kir los habían desmentido.

—¿Ha intentado alguien quitarla? —La voz de Var'kir sacó a Zytos de su deprimente ensimismamiento. El capellán agitaba la mano por delante de él, acercándola al cristal sin tocarlo, con los dedos extendidos hacia donde la horrible punta de lanza sobresalía del pecho del primarca. Su mano enguantada temblaba ante

tal horror, aquella miserable violación. Era un recordatorio constante del asesinato de Vulkan y de la herramienta vulgar que lo había matado.

—Algunos —dijo Zytos, y en el tono de su respuesta había el reconocimiento tácito de que él mismo podría haberlo intentado—, pero todos han fracasado.

—Nadie puede —dijo Var'kir, analizando las palabras grabadas sobre la única ornamentación del féretro: un pergamino dorado—. «Llama Liberada»… —susurró, leyéndolas en voz alta. Desvió la vista hacia la llama funeraria.

Var'kir tenía un don. Al igual que los Igniax de antaño, percibía la verdad y la sabiduría en las llamas.

Zytos había seguido su mirada y, a pesar de su dolor, su voz se atrevió a revelar un rayo de esperanza.

—¿Qué es lo que ves?

Tras observar unos minutos, Var'kir sacudió la cabeza.

—Nada —murmuró, apesadumbrado.

—Con gusto sacrificaría mi vida —afirmó Zytos, sin avergonzarse de las lágrimas que le caían por el rostro.

—No hay ninguno entre nosotros que no lo hiciera, hermano.

El antiguo credo prometeano decía que el círculo de la muerte y el renacimiento no solo mantenían el equilibrio de la naturaleza, sino que también sostenían la creencia en la vida eterna, en la resurrección. En la legión aquello se había asimilado como la extracción de la semilla genética, pasando de un huésped a otro, de modo que el legado de un guerrero podía seguir viviendo, pero Zytos se refería a una interpretación más literal. El sacrificio de uno podría traer la apoteosis de otro. Era algo ridículo y sentimental; ahora necesitaban ser pragmáticos. Pero primero debían pasar el duelo como era debido.

—Padre —dijo Zytos, con una fuerza fiera tiñendo su voz—, necesitamos esperanza. Por favor…

Inclinó la cabeza, y Var'kir se le unió en su memoria.

CUATRO

El Predicador

El dolor despertó a Numeon

El tratamiento que le había aplicado Xenut Sul había sido lo bastante severo para dejarlo inconsciente. Lo primero en lo que pensó fueron los recientes puntos en uno de los costados, las burdas suturas en pecho y espalda. Después, se percató de que ya no estaba en su celda.

Un olor impregnaba el aire, una débil reminiscencia de un matadero, aunque Numeon había aprendido a dudar de sus sentidos en aquel lugar. Viejos amigos, muertos casi con toda seguridad, lo habían visitado en sus escasos momentos de lucidez, Leodrakk y Pergellen mirándolo con rostro macabro y la carne hundida y putrefacta. La peste de sus cuerpos en descomposición, que de algún modo le despertaba un fiero apetito, había sido tan convincente que Numeon casi había creído que eran reales.

Al despertar bañado en un sudor febril, para, un segundo después, sucumbir ante el cansancio, se alegró inmensamente de que no lo fueran.

La muerte era la muerte, y nada podía alterar eso.

—Ser capaz de distinguir fantasmas de lo real te será muy útil aquí —dijo el Predicador, mirando a Numeon con la misma indiferencia con la que un adepto biologis observaría un insecto.

Una cámara cavernosa y a la vez claustrofóbica envolvía a Numeon. Xenut Sul ya no estaba, lo había reemplazado un nuevo torturador. Y, aunque parecía que estaban solos, el instinto le advertía lo contrario.

Oía… murmullos. Si bien sabía que no podía fiarse de nada de lo que viera u oyera, en las voces se percibía el dolor. También evocaban a guerreros junto a lo que había luchado, no especialmente de la misma casta, aunque seguramente fuera así.

«¿Qué es este lugar letal?», se preguntó.

Cuando estaba a punto de formular la pregunta en voz alta, se detuvo al darse

cuenta de que estaba atado de pies y manos a una mesa de operaciones, y de que el sigilo ya no estaba. Echó un vistazo fugaz su alrededor, buscándolo, pero solo vio la negrura de la cámara y al Predicador frente a él.

El interrogador caminaba formando un pequeño semicírculo, escrutando al prisionero constantemente con la mirada.

—El martillo… —dijo Numeon al fin, odiándose por la debilidad que mostraba su voz—. ¿Dónde está?

—Así que hablas —dijo el Predicador, ignorando la pregunta, con la calma y la amabilidad propias de dos extraños que se están conociendo—. Xenut Sul dijo que no le hablabas. ¿Hablarás conmigo, pues, Artellus Numeon, de la honorable Pyre Guard de Vulkan?

Numeon mostró sus dientes pero no se molestó en forcejear contra sus ataduras. Era un patético gesto de desafío, pero era el único que le quedaba.

El Predicador no reaccionó. Era alto, de fisiología transhumana, y vestía una larga toga carmesí, con grabados colchisianos. Su coraza desnuda y su cara parecían seguir un extraño patrón, oscuro, curtido, hasta que el Predicador se acercó y Numeon vio la escritura cuneiforme y parda en su piel.

—Eres un Word Bearer —escupió Numeon.

—Así que hablarás conmigo, aunque sea para decir obviedades.

El Predicador se inclinó en una reverencia.

—Eres un traidor —lo acusó el Salamander.

Un débil temblor bajo el ojo derecho delató el enojo del Predicador.

—La lealtad es solo cuestión de perspectiva, Artellus. La tuya es simplemente distinta a la mía.

—¿Esa es vuestra táctica ahora? —preguntó Numeon, que aún rastreaba con la mirada la cámara en busca del sigilo, hallando solo sombras—. ¿Debo simpatizar con traidores y asesinos? Si lo veo desde tu perspectiva, ¿acaso os diré lo que queréis saber?

El Predicador entrelazó los dedos y sostuvo sus manos justo sobre el abdomen.

—Lo sé todo sobre ti, Artellus.

Numeon no pudo ocultar su sorpresa. La pestilencia del foso de cadáveres regresó, y una sospecha repugnante comenzó a formarse sobre el propósito de la sala y de sus moradores.

El Predicador frunció el ceño.

—No pensarías que te hemos traído para negociar, ¿verdad? O para resistir otra ronda de torturas. —Rio brevemente—. La tarea de Xenut Sul no era extraerte información… Él solamente deseaba hacerte daño. Ese fue *mi* trato… con él. ¿Lo entiendes?

Numeon no lo comprendía, pero estaba débil y solo consciente a medias. Ni siquiera podía estar seguro de estar despierto, y rastreó las sombras en busca de los espectros de sus camaradas caídos. Ninguno de ellos se manifestó.

—Una mente desentrenada como la tuya, aunque fuerte, no supone ninguna barrera para un apóstol oscuro —dijo el Predicador sin soberbia—. Sí, busco a Barthusa Narek. Él sí es un renegado y debemos darle caza hasta los confines de la galaxia por lo que ha hecho.

Numeon se acordaba del tirador Word Bearer, pero no sabía que su legión lo considerara un traidor.

—Bien —dijo el Predicador—. Te he dado algo y ahora debes corresponderme.

Numeon se burló:

—Debes de esta delirando.

Una ligera sonrisa otorgó al Predicador un aspecto siniestro.

—Sé que lo harás, pues no te va a costar nada. Recuerda, ya he accedido a tu mente. Sé lo que sabes, al igual que soy consciente del apego que sientes por ese pedazo de la armadura de tu primarca muerto.

—Vulkan vi…

—Sí —interrumpió el Predicador, dejando a medias a Numeon—, no dejáis de decirlo, pese a que las pruebas indican todo lo contrario.

Se lamió los labios, como quien está acostumbrado a hablar largo y tendido.

—Yo también soy creyente, tan devoto a mi fe como tú a tu padre ausente. Hemos caído en desgracia, todos nosotros. Durante un tiempo, apenas un latido en la infinita saga del cosmos, les dimos la espalda a los verdaderos dioses y abrazamos una mentira. —El Predicador miró a Numeon y asintió—. Tu Emperador… —Entonces se colocó una mano en el pecho—. Mi antiguo Emperador. Y ahora nos castigan por ello. Esta guerra no consiste en un llamamiento a la religión, ni trata sobre el dominio y la subyugación de nuestra especie. Nuestras almas están en juego… y esta es nuestra penitencia por el pecado del descreimiento.

Numeon refunfuñó, cansado ya de la retórica del Predicador, deseando que volviera Xenut Sul.

—¿Qué es lo que quieres?

—Dime cómo era.

—No soy adivino, traidor.

Los ojos del Predicador brillaron con ferviente deseo.

—La fulgurita, la lanza de piedra imbuida del poder de la tierra del Emperador.

—Era… —Numeon rememoró su primer encuentro con el hombre que se hacía llamar John Grammaticus, y cómo había descrito la lanza y lo que supuestamente representaba— común y corriente.

Francamente, él apenas la había visto, pero podía obtener una pequeña victoria atormentando a su interrogador.

—Interesante —dijo el Predicador, dándose la vuelta.

—Es un trozo de roca fría.

—Es mucho más que eso, diría.

De haber podido, Numeon se habría encogido de hombros, pero estaba

fuertemente atado.

—¿Por qué te importa tanto? Pensaba que decías que el poder del Emperador era falso.

El Predicador se encaró a él.

—Su credo, no su poder. Lo quiero porque mató al primarca inmortal y volvió a uno de los nuestros en nuestra contra. Una roca fría no puede hacer eso.

Numeon abrió los ojos.

—¿Lo mató?

El Predicador asintió despacio.

—Mientes —espetó Numeon, entrecerrando los ojos—. Vulkan vive —afirmó con furia—, y nada de lo que digas me convencerá de lo contrario, así que más vale que me mat…

La cámara tembló. Numeon sintió la sacudida resonar por la mesa de operaciones.

Durante unos segundos, el Predicador miró por encima del hombro, como si hablara con alguien de pie justo detrás de él. Numeon intentó discernir sus palabras exactas, sin éxito. Fuera lo que fuera, el Predicador parecía preocupado.

—¿Qué ocurre? ¿Quién eres? —exigió Numeon.

Cuando el Predicador miró hacia atrás, su silueta parpadeó cuando una segunda figura corpórea caminó a través de él y desactivó el hololito. El Salamander había estado hablando con una simulación del Predicador, pero Xenut Sul era muy real y avanzaba hacia él.

Con un violento destello de blanco magnésico, las luces de la sala se encendieron. Tras el duro golpe metálico de las franjas de fósforo encendiéndose, a Numeon le costó unos segundos adaptar la vista. Lo que vio confirmó sus sospechas y provocó que gritara enfurecido y dolido.

—¡Mis hermanos!

Filas y filas de mesas metálicas, colocadas juntas como en la disposición de un campo de batalla, casi llenaban la cámara. Con otra luz, podría haber parecido un apotecarion, pero habría sido mentira.

La sangre y la muerte inundaban el lugar, más de lo que había imaginado, de forma muy real. Legionarios de la XIX, la X y la XVIII yacían atados a las mesas de operaciones y, como Numeon, les habían propinado una paliza.

—¿Qué es esto? —rugió, hallando fuerza en su ira y soltando una de las ataduras.

Xenut Sul respondió con sequedad:

—Una sala de torturas. No temas, Salamander, la tuya no ha hecho más que empezar.

Un dolor afilado como una daga azotó la mandíbula de Numeon. Sombras negras treparon por el límite de su visión. Xenut Sul desapareció detrás de una nube de oscuridad. Antes de perder la consciencia, Numeon oyó que el Word Bearer gritaba unas órdenes.

—A toda la tripulación, repeled a los intrusos. —El Word Bearer sonaba

tranquilo, como si lo hubiera previsto—. Nos ha encontrado. Matad a cualquier Ultramarine que ponga un pie en esta nave.

Las palabras de desvanecieron, engullidas por la inconsciencia, y mientras caía en el abismo bendito, Numeon permaneció junto al zumbido de las bocinas y el ruido sordo de botas…

CINCO

Liberadores

Destructor de clase Cazador **Demagogo***, Ultramar*

El mamparo se estrelló violentamente contra la cubierta, causando un estruendo. Sus bordes quemados brillaron como un sol rojo antes de convertirse en ascuas y, luego, en metal negro apagado. A través de la abertura rasgada, Inviglio guio a un pelotón de ataque de Marcados de Rojo.

La sección del estrecho pasillo de delante estaba oscura. Al acceder al interior de la nave Word Bearer, los Ultramarines habían neutralizado su energía principal, y la auxiliar no cubría hasta esa distancia, por lo que avanzaban por los lóbregos túneles de acceso como habían previsto.

El *Demagogo* era una nave mucho más pequeña que el *Sacramento Oscuro*, una nave de tipo destructor de menor tripulación. Era fácil que se perdiera; Inviglio aún no tenía ni idea de cómo la capitana a bordo del *Desafío de Calth* la había encontrado. A pesar de su tamaño, estaba a rebosar de traidores.

Bracheus fue el primero en verlos.

—¡Contacto enemigo!

El Ultramarine fue a su encuentro, disparando una breve y desordenada ráfaga con su bólter. A continuación se oyeron gritos amortiguados, y Bracheus iluminó brevemente con fogonazos a los dos combatientes enemigos, hasta que tanto la luz como los legionarios murieron.

—Dos muertos —vociferó, eyectando un cargador vacío y lanzando una veloz recarga en la recámara vacía.

—Adelante —dijo Inviglio, corriendo a toda velocidad con el cuerpo agazapado para convertirse en un blanco más pequeño.

Naevius vigilaba el auspex, y dio la alarma justo cuando la tormenta de balas estalló delante de ellos.

Disparos de bólter caían sobre los Ultramarines como una lluvia caliente y

abrasadora. Inviglio recibió un tiro de refilón en la hombrera y sintió que la greba inferior se hundía con un impacto que no penetró, y se aferró a la pared del pasillo.

Los demás hicieron lo mismo: Bracheus, Gordianius y Petronius a la izquierda; él y Naevius a la derecha.

Estaban usando como cebo a dos traidores que Bracheus había ejecutado, con la intención de atraer a los Ultramarines a un cuello de botella.

Inviglio maldijo su propia estupidez para sus adentros y, por un instante, consideró estar alcanzando su límite físico, el punto en el que la eficacia de la misión empezaría a disminuir.

—Petronius —pronunció por el comunicador—, cúbrenos. —A través de la alimentación retiniana que compartían, Inviglio marcó el objetivo para Petronius.

El fornido Ultramarine salió de detrás de los estrechos puntales en los que el pelotón se había atrincherado y lanzó una ráfaga veloz con su rifle de fusión, contra el cableado y el blindaje del techo. Recibió en el pecho un disparo de bólter por su esfuerzo, y el proyectil reactivo a la masa le hizo añicos los huesos y casi le arrancó el hombro.

Bracheus y Gordianius arrastraron lejos al legionario herido. Un segundo después, un pedazo del blindaje de la cubierta superior, cables, tuberías y barras de adamantium cayeron sobre la sección del corredor.

Inviglio y los demás tomaron posiciones detrás de barricadas improvisadas, lo que les permitía una mejor línea de tiro y aprovechar toda su fuerza. Incluso Petronius se unió a la cortina de fuego, enganchando el rifle de fusión en un borde y descargando pulsos sostenidos de radiación electromagnética concentrada.

Acabó de prisa, pues tres emboscados no eran rival para los expertos y entrenados Ultramarines.

Bracheus se abrió paso de una patada entre los escombros que habían utilizado para cubrirse, mientras Inviglio se apresuraba a estabilizar a Petronius para que pudiera luchar con una mano.

—Reequipaos —ordenó el líder del pelotón, instando a Gordianius y a Petronius a intercambiar sus armas.

En cuanto reasignó a Petronius una pistola bólter, Inviglio le dio unas palmadas al enorme Ultramarine en el hombro.

—Listo.

Petronius asintió y se movieron rápidamente.

Los Marcados de Rojo estaban sorteando a los tres Word Bearers cuando el comunicador de Inviglio crepitó en su oído. Dentro de su casco sellado, el eco se oía extrañamente neutralizado y libre de todo ruido ambiental.

—Sargento —dijo, reconociendo la identificación del sargento en cuanto brilló en su pantalla retiniana. Agazapado, Inviglio alzó un puño cerrado como señal para avisar a los demás de que se detuvieran.

—*Cambia a parámetros de misión* —repuso el sargento. De fondo, Inviglio pudo

oír el ruido de fuego de bólter y el rugido furioso de armas de sierra.

—Adelante.

A la segunda señal silenciosa de Inviglio, el pelotón adoptó un perímetro defensivo.

Por encima, sonaban las bocinas y las luces rojas de las lámparas de emergencia teñían la penumbra del tono de la sangre.

—*La prioridad se está cargando en tu pantalla retiniana* —dijo el sargento, mientras coordenadas nuevas y diagramas de naves aparecían en la esquina de la lente izquierda de Inviglio.

—Interrogación —dijo Inviglio.

—*Adelante* —respondió el sargento con calma, a pesar del violento tiroteo en el que evidentemente se encontraba.

—¿Apotecarion? ¿Tenemos aliados heridos a bordo?

—*Negativo. En teoría, prisioneros*. —Hizo una breve pausa—. *Los Word Bearers no los están curando, Vitus*.

—Entendido —dijo Inviglio. Conocía al sargento desde hacía tiempo, pero seguía sin acostumbrarse a su costumbre informal de utilizar en ocasiones el nombre de pila. No obstante, lo que implicaba resultaba obvio.

—*Que sea rápido* —dijo el sargento justo antes de cortar la comunicación—. *Estamos atrayendo un gran tiroteo*.

—Parámetros de misión actualizados —informó Inviglio a los otros mientras retomaban la marcha—. En teoría, gran probabilidad de aliados a bordo.

—Y ¿en la práctica, hermano? —preguntó Bracheus.

Inviglio le miró a los ojos un instante, contestando con firmeza:

—Los sacamos de esta nave y los mandamos gritando al infierno.

Los gritos resonaron desde el siguiente giro.

Por mucho que Inviglio quisiera participar en el combate contra los Word Bearers, tenía órdenes.

—Giro a la izquierda —dijo, guiando a los demás lejos del conflicto y hacia el apotecarion. Miró hacia abajo a la izquierda, al auspex de Naevius. Biolecturas de color verde oscuro acababan de llenar la pantalla con una profusión de señales luminosas de contactos.

—A toda prisa, hermanos.

No podía llevar fuera más de unos minutos, pero para cuando Numeon recobró la consciencia Xenut Sul ya no estaba.

Sabiendo que seguramente no podía salvar a los demás prisioneros, tenía que pensar con pragmatismo.

Con una muñeca ya libre, acercó la mano a la otra y la liberó también. Eran simples tiras de cuero, fáciles de quitar, pero tenía los dedos tan entumecidos que le costó su tiempo.

Retirar las ataduras de los tobillos fue más complicado, y vigiló la entrada al matadero en todo momento, intentando no imaginar los horrores perpetrados en sus confines sucios y de color amarillo hueso.

Ahora la rabia no le sería útil; sabía que debía mantener la cabeza fría. También necesitaba información. Había ocurrido algo en la nave, ¿tal vez una revuelta de prisioneros? A lo mejor no esa era la única cámara en la que apresaban a legionarios que se mantenían fieles al Trono.

Se atrevió a desear que K'gosi o cualquiera de los demás, incluso su hermano de la Pyre, Leodrakk, hubieran sobrevivido y estuvieran a bordo, pero en seguida descartó la idea. Ya había visto a sus hermanos, en sus pesadillas vivientes. Eran apariciones de sus recuerdos, espectros que solo desaparecerían cuando Numeon escapara de aquella mazmorra y se vengara de sus asesinos.

Consiguió aflojar la última atadura del tobillo y se arrastró fuera de la mesa de operaciones. Cayó bruscamente sobre las rodillas, casi chocando con la mesa de al lado. El dolor sordo de su reciente inactividad y de la tortura había consumido su cuerpo. Apretando los dientes, encontró el borde de la mesa adyacente y se apoyó en ella para alzarse.

Numeon dio un respingo al sentir que una mano fría le agarraba fuertemente los dedos, y bajó la mirada hacia la cara ensangrentada de un legionario Iron Hand. La caída de Numeon debía de haberlo despertado. Los implantes del legionario de la X habían sido arrancados, por lo que solo quedaba un hueco rojo. Le habían amputado las piernas con eficacia, y el moribundo hijo de Medusa tenía una mirada salvaje. Bajo el ojo derecho que le faltaba, tenía tatuada una calavera.

Sobre sus cabezas, las luces titilaron debido a que la energía auxiliar se estaba destinando a sistemas más esenciales de la nave.

«Deben de haberlos atacado», pensó Numeon.

El parpadeante brillo de las lámparas de fósforo proyectaba sombras macabras sobre el rostro desfigurado del legionario.

—No pierdas… la… esperanza —carraspeó con la voz entrecortada, con una mota residual de sus implantes ofreciéndole un tono mecánico.

«Como una máquina que se muere, todos abandonados para sangrar como carroña al sol», pensó Numeon, mientras la pena que albergaba en lo hondo amenazaba con salir a la superficie.

El legionario Iron Hand lo asió con más fuerza. Le faltaban dos dedos de la mano izquierda. La otra muñeca era un muñón.

—Mátalos… por nosotros —masculló, el ojo abierto de par en par.

—Lo haré —murmuró Numeon sombríamente. Echó el puño hacia atrás y lanzó un grito agudo de angustia a la vez que le daba un puñetazo a la destrozada caja torácica del legionario para destruir su corazón y acabar con su sufrimiento.

Había otros que merecían misericordia, pero Numeon no tenía tiempo. Una suave corriente, el áspero hedor de la cordita, se coló flotando por una rendija de la cámara.

Xenut Sul no la había sellado. Tanto si había sido un descuido como si era parte de un ardid más cruel, no importaba.

Numeon se tambaleó hasta la puerta, notando cómo la fuerza interior regresaba con cada paso.

Fuera, la nave parecía enorme y opresiva tras tanto tiempo encarcelado, pero se acostumbró de prisa. Se dio cuenta de que la nave era pequeña, sin duda no era ni un crucero ni una nave de guerra. Seguramente era una fragata o un destructor, a juzgar por la altura y el ancho de los pasillos. Como para recordarle que los enemigos podían estar cerca, las voces de unos guerreros que no estaban a la vista resonaron más adelante. Parecían transhumanos y estaban gritando, obviamente en combate.

Por instinto, hizo el gesto para coger el arma de mano que ya no poesía. Ni siquiera tenía el sigilo, y sintió su pérdida como si le faltara una extremidad. Tenía que recuperarlo. Poniendo rumbo hacia la dirección opuesta de donde provenían las voces, Numeon se fue de caza. Xenut Sul tenía el sigilo, y lo obligaría a entregarlo antes de morir.

Inviglio salió del apotecarion y meneó la cabeza a los otros que esperaban fuera.

—¿Todos? —preguntó Bracheus.

—Muertos, hermano. Los cincuenta y tres. Yo mismo he rematado a dos que no habrían sobrevivido.

—Por el Trono de la Tierra… —murmuró Petronius, observando sus propias botas.

Gordianius blasfemó en un susurro.

Naevius estrujó la corredera de su bólter:

—Al menos podremos vengarles.

—No —repuso Inviglio, cuyo tono severo no admitía discusión alguna—. Una de las mesas de operación estaba vacía, y unas marcas de sangre llevaban a la puerta. Creo que alguien escapó.

—Entonces debemos dar con él —dijo Bracheus con vehemencia.

—Bien, ¿adonde se dirige el prisionero errante? —preguntó Naevius—. Podría estar en cualquier parte de la nave.

Los ojos de Inviglio se encontraron con la mirada inquisitiva del otro.

—¿Qué harías tú en su lugar?

Al cabo de dos segundos, Naevius frunció el ceño.

—Buscaría al responsable de lo que le pasó a mis camaradas y lo mataría.

—El señor de esta nave —coincidió Bracheus.

Los Marcados de Rojo se dirigieron al puente.

Recoger armas en un abordaje en un combate en espacio cerrado era bastante fácil, por lo que ahora Numeon llevaba una pistola bólter medio cargada en una mano y una hoja de combate pequeña en la otra. Lejos de ser la alabarda que en su momento

empuñó como miembro de la Pyre Guard, sus armas robadas tendrían que bastar.

Xenut Sul era un sádico pero no era un cobarde. Era posible que se hubiera unido a la defensa para intentar repelar a los abordadores, pero Numeon pensó que seguramente se había retirado al puente para coordinar el contraataque desde allí. En una nave de ese tamaño, estaría cerca de proa. El Salamander tenía la suficiente experiencia como para saber en qué dirección debía ir. El puente no estaría lejos del apotecarion, y solo debía ascender tres cubiertas para dar con el nivel correcto de la nave.

Numeon todavía no había visto a ningún legionario sin la armadura de color rojo oscuro de la XVII, y había conseguido evadir a todos los Word Bearers. A decir por el sonido lejano de los combates, tenían asuntos más importantes, pero el Salamander necesitaba confirmar que no se trataba de un plan más elaborado para destrozar aún más su mente y desatar cualquier secreto que ellos creyeran que poseía.

La estrategia estándar en una incursión es dispersar a los defensores por la nave y mantener y proteger mamparos vitales que conduzcan a zonas inestables de la nave, donde una pequeña fuerza de insurgentes puede causar una cantidad desproporcionada de daño.

Así, el pasillo de acceso exterior que daba al puente quedaría mayormente desprotegido, con un solo Word Bearer apostado fuera.

Numeon no sabía la fuerza que le quedaba en el cuerpo. Solo sabía que debía resistir. Si pudiera encontrar el sigilo y, de algún modo, salir de la nave… Desde Isstvan, se había guiado por la esperanza, y ahora se aferraba a ella, preparándose para la carrera casi suicida por el corredor. Únicamente le quedaban tres balas en la pistola, que le temblaba en la mano, obligándole a admitir que apenas podía alzarla, y mucho menos apuntar con ella.

La voluntad lo era todo. Vulkan le había enseñado eso.

«Nuestra voluntad, nuestra determinación, es lo que nos permite luchar cuando otros no pueden. Nuestra voluntad lo que nos da la fuerza para sacrificarnos y resistir una vez perdida la esperanza…».

Cuánto deseaba que su primarca estuviera allí para decirle esas palabras en ese momento. A pesar de que las recordaba, se dio cuenta de que no podía recordar el sonido de la voz de Vulkan. Algunos decían que era lo primero que se olvidaba cuando alguien moría, y a Numeon le preocupó seriamente que, incluso con sus habilidades transhumanas, no pudiera hacer memoria de su cadencia y su timbre.

El Salamander no quería morir, ni regalar su vida en un acto final y vanaglorioso. Dudó, no por miedo sino por el deseo de que su sacrificio significara algo, de que todo aquello tuviera un propósito mayor.

La venganza era un motivo ruin, propio de hombres inferiores. Numeon se dijo a sí mismo que aquello no era una revancha; engañó a su mente, pero no a su corazón.

La distancia para una baja efectiva con una pistola bólter contra un legionario acorazado era, aproximadamente, medio pasillo más adelante. A causa de su estado

débil y la escasez de munición, Numeon sabía que debía acercarse. Dio la vuelta al cuchillo de combate que llevaba agarrado en la mano, con la punta hacia abajo; así podría cortar más rápido, lanzarlo más rápido.

Supuso que siempre había tenido la esperanza de un loco.

—Vulkan vive —susurró, observando su presa…

… cuando del visor del Word Bearer estalló una fuente de carne y huesos desplazados. El traidor gorgoteó sangre, agarrándose lo que antes había sido su cara, y cayó de bruces.

¿Un aliado? ¿Una insurrección? Numeon no podía detenerse a considerar el origen del repentino ataque. El tañido de la armadura del Word Bearer muerto al estamparse contra la cubierta aún no había desaparecido cuando el Salamander se irguió y se dispuso a correr hacia el puente.

—¿Has visto eso? —preguntó Venator, bajando su rifle de francotirador.

—Un legionario medio desnudo —coincidió Finius.

—¿El superviviente de Inviglio? —sugirió Corvun.

—Se dirige al puente a toda prisa —añadió Laertes.

Desde el largo conducto de acceso que llevaba al puente, los Ultramarines y su sargento observaban en las sombras cómo el nocturneano de piel de ónice corría desde la intersección y sorteaba de un salto el traidor que Venator acababa de ejecutar, antes de salir disparado hacia el puente.

—Va a hacer que lo maten —dijo el sargento con amargura.

La puerta que daba al puente no estaba cerrada ni bloqueada, y como si hubiera surgido con un suave susurro de despresurización, Numeon vio aparecer a su enemigo.

Xenut Sul estaba solo, de pie en la tarima de control y de espaldas al Salamander.

Numeon entró con precaución. Había recorrido la mitad de las escaleras de la tarima cuando el Word Bearer habló.

—Han invadido esta nave —dijo, señalando las escenas de matanzas que se mostraban en hololitos granulosos e incorpóreos que lo rodeaban.

Legionarios engalanados con el noble sigilo de la ultima merodeaban por toda la nave, los hijos de Guilliman en una misión de rescate.

Xenut Sul apagó el conjunto de hololitos con un puño cerrado, extinguiendo el círculo de luz de color jade que lo rodeaba. Ahora pudo ver los cadáveres de humanos luciendo el uniforme de la XVII Legión que aparecieron a sus pies.

—Y yo he matado a la tripulación.

—¿Dónde está el sigilo? —exigió Numeon, subiendo a la tarima en la que Xenut Sul lo esperaba desarmado.

Tenía los brazos a los lados, y el sigilo en la mano izquierda.

—Mi honor me prohíbe quitarme la vida —respondió Xenut Sul, y añadió—,

pero tus interrogadores no me obligarán a traicionar a mi Legión.

Numeon frunció el ceño.

—¿Cómo?

Solo cuando oyó el ruido de las correderas de bólter y el sonido de unas botas contra la cubierta se dio cuenta de que no le estaba hablando a él.

—Retírate, Salamander —pronunció una voz firme y con autoridad.

Numeon se dio la vuelta y se encontró a un pelotón de Ultramarines apuntándolos a él y a Xenut Sul.

El sargento se retiró el casco crestado.

Un par de hojas se desenvainaron detrás de él, y tenía la pistola bólter unida magnéticamente al muslo. El pelo rubio y rapado casi al cero le enmarcaba su rostro de guerrero, joven pero curtido por la guerra. Sus ojos de azul celeste brillaban, agudos y en alerta. Era vital, fuerte, y disfrutaba con la tarea que tenía asignada.

—Soy el capitán de la Pyre, Artellus Numeon, y lo reclamo como prisionero para Vulkan. Y reclamo también lo que lleva.

—¿Vulkan? Hacía tiempo que no oía ese nombre. —La cara del sargento se ensombreció—. Al menos, no con alegría.

Con una señal silenciosa, los cuatro Ultramarines del pelotón del sargento se dispersaron, dos a cada lado de la tarima de mando, rodeando a Xenut Sul.

Numeon se dispuso a interferir, pero la voz del sargento lo detuvo.

—Apuesto a que has tenido mejor aspecto, capitán Numeon, y en la flor de la vida habrías sido duro de roer. —Sonrió, y a continuación meneó la cabeza—. Pero no así, y no somos enemigos, tú y yo —añadió, señalando la pistola bólter y el cuchillo de combate que aún llevaba Numeon—. Bájalos.

—No, hasta que recupere lo que es mío.

—He conocido a Salamanders tercos e incluso desafiantes. Es una cualidad que admiro enormemente, pero no me obligues a apresarte. Preferiría no manchar tu honor o el mío de ese modo.

Numeon se mantuvo firme.

—El sigilo.

El sargento hizo un gesto de cabeza a uno de sus hombres, que le retiró el objeto a Xenut Sul y se lo entregó a su superior, y el sargento a su vez se lo devolvió a Numeon.

—Ya es tuyo. Bien —dijo el sargento con rostro serio—, baja tus armas.

Agradecido tras aceptar el sigilo, Numeon obedeció.

—No sabes lo que significa esto —murmuró, meciendo el martillo durante unos segundos.

—Sé que nos guio directos hasta ti —repuso el sargento, con un ojo puesto sobre sus hombres mientras obligaban a Xenut Sul a arrodillarse y le esposaban las muñecas.

Numeon alzó la vista. A través del comunicador del sargento, oyó levemente las

voces de otros Ultramarines.

—Un segundo pelotón —explicó—. Están asegurando la nave antes de que la atomicemos. —Mirando por encima del hombro de Numeon, asintió hacia Xenut Sul, quien ya estaba atado y listo para partir—. Tú también vienes, traidor. Lord Prayto tendrá cosas que preguntarte.

Xenut Sul dibujó una leve sonrisa pero no cayó en la provocación.

El sargento volvió a posar la mirada en Numeon.

—No te preocupes, Salamander. Tu bienvenida será más calurosa.

—¿Dónde? —preguntó Numeon.

—¿Dónde si no? En Macragge.

—¿El corazón de Ultramar? —preguntó el Salamander.

—Sí —dijo el sargento, cuyo rostro volvió a ensombrecerse—. Hay muchas cosas que no sabes, pero de momento vamos a sacarte de esta nave y a llevarte a nuestro apotecarion.

—Sargento —dijo Numeon mientras se iban.

El Ultramarine se dio la vuelta.

—Te lo agradezco —dijo Numeon—. Pensaba que… —Dejó la frase inacabada, considerando que no merecía la pena, y en su lugar preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Thiel —contestó el sargento, poniéndose de nuevo el casco—. Aeonid Thiel.

SEIS

Desafío

Crucero de asalto Desafío de Calth*, Ultramar*

Desde que lo rescataron, Numeon permanecía recluido en tranquilidad.

Los primeros días a bordo del *Desafío de Calth* había estado confinado en el apotecarion. Durante las curas, se enteró de la misión de Thiel de barrer a los traidores que seguían en los mundos de la periferia de Ultramar, como un cáncer corrosivo para los grandes ideales de su primarca.

Mucho se había conseguido desde la reñida victoria de Guilliman, en la que no a uno uno sino a dos primarcas rebeldes les habían hecho la guerra en tierra ultramarine. Según Thiel, quedaba mucho por hacer, mucho por servir. La política y el gobierno eran de menor interés. Tal y como él mismo había admitido con franqueza, era un negado para eso. Era gran parte del motivo de que abandonara Calth, no tanto una guerra de reconquista sino un acto de propaganda más transparente.

Tales preocupaciones le resultaban extrañas a Numeon. En el mundo de muerte de Nocturne, lo que dominaba en la mente de sus líderes era la supervivencia, no la política. No obstante, Ultramar había perdido mucho en la guerra, y sus necesidades y las de su pueblo eran más complejas y menos evidentes. Numeon no los envidiaba por ello, ni a su señor. Prefería el aislamiento y la inherente autosuficiencia del credo prometeano.

Esa mentalidad cultural se extrapoló a su estancia en la nave.

En cuanto recuperó cierta salud, él mismo se dio el alta del apotecarion y buscó la soledad en las cubiertas inferiores, donde ahora estaban sus aposentos.

El sargento Thiel lo visitó una vez durante su convalecencia para entregarle un pequeño arsenal de armas que Numeon había pedido. También a lo habían vestido con un traje de coraza ligera. Las armaduras de legionario n sobraban. Numeon había aceptado todo aquello con gratitud, y en seguida aplicó sus habilidades de forjador en

la armadura. Donde antes hubo un metal desnudo y en blanco, Numeon grabó sigilos y ornamentación nocturneanos. Pasó de ser una protección funcional a una creación de pura belleza de un artista.

—No imagino lo que debes de pensar de nuestros adornos prosaicos, hijo de Nocturne —dijo una voz familiar desde la entrada de la habitación de Numeon.

El olor de ascuas hormigueaba en el aire, con el calor y el aroma de la ceniza. El ambiente era embriagador en el pequeño cuarto, que Numeon había convertido en parte en una arena de entrenamiento: un círculo de combate delineado con marcas de carboncillo. La cama era un catre duro, un poco más grande que una mesa de operaciones, con una de las esquinas hundida. Tanto sus armas como la elaborada armadura descansaban frente a la cama.

Numeon se detuvo en mitad de una postura cuando oyó la voz de Thiel, gladio en mano.

—Pedí que no me molestaran, sargento —dijo con sequedad.

Thiel accedió a la luz de la centelleante hoguera; Numeon había colocado varios braseros por toda la estancia.

—¿Pretendes quemar mi nave, Artellus?

—Estoy iniciando un combate de ceremonia prometeano. Es una rutina de entrenamiento.

Thiel sonrió.

—Sé lo que estás haciendo, Salamander. He venido a preguntarte si querrías enseñárnoslo a los demás.

Numeon prosiguió moviéndose siguiendo sus patrones, ejecutando cada uno con precisión y meticulosidad.

—¿Los Ultramarines no tienen doctrinas propias que observar?

—Solemos referirnos a ellas como «práctica» y «teoría». Aun así, estudio diferentes doctrinas. Me gusta mantener la mente abierta.

—¿Tú entrenaste a los legionarios a bordo de esta nave? —preguntó Numeon, sin interrumpir el régimen físico, moviéndose rápidamente y sin cesar de moverse por el círculo.

Thiel estaba de pie junto al borde, exponiéndose muchas veces a los arcos que dibujaba el Salamander con la hoja, pero no se movía ni se apartaba.

—Así es. Son los Marcados de Rojo.

—Suena a algo digno de orgullo, hijo de Guilliman.

Thiel se encogió de hombros.

—Es solo un hecho.

—Vi la raya roja en sus cascos y en sus rostros —dijo Numeon—. ¿Qué significa?

Esta vez Thiel se rio.

—Censura.

Numeon se detuvo para mirar al Ultramarine. A pesar del hecho de que

pertenecían a dos legiones distintas, el Salamander seguía siendo capitán y Thiel, sargento. Numeon lo superaba en rango.

—¿Has vestido a una unidad basándote en la insubordinación?

Thiel sacudió la cabeza, su buen humor se desvaneció.

—La mía, no la suya. —Detectó la mirada de incredulidad de Numeon y dijo—: Planteé escenarios en los que enfrentaba a un legionario contra otro, intentando determinar cómo derrotarlos. Fue antes de que la rebelión saliera a la luz.

—Y ¿tus hombres deben compartir tu vergüenza?

Thiel apretó y aflojó los dientes, tomando unos segundos para controlar sus emociones.

—En Ultramar, más allá de los mundos principales —dijo—, aún hay sistemas enteros en llamas. No podía permitir que ese fuego se propagara sin control. En Macragge, en Calth, en Iax y en Konor, nuestro enemigo fue descarado. Una vez que se revelaron, nuestra lucha por la supervivencia era obvia. Fue sencillo. —Se encogió de hombros, un gesto que mostraba en parte resignación y en parte aceptación—. Allá, en las fronteras… —Thiel meneó la cabeza—. No fue tan claro. En las primeras naves que rastreamos ya había Ultramarines a bordo. —Sus ojos se oscurecieron con el recuerdo—. Algunos eran de nuestra Legión. Otros no. Algunos llevaban la armadura de nuestros hermanos caídos para intentar confundirnos. Algunos llevaban puesta hasta su carne. Durante las primeras semanas, perdimos a muchos hombres. Empecé a considerar una repliega, pero sabía que no podíamos, no mientras aún hubiera mundos ardiendo. Formamos un nuevo enfoque.

—La raya roja —adivinó Numeon, a lo que Thiel asintió.

—Una marca para diferenciar a amigos de enemigos, algo que nuestros enemigos jamás descubrirían y nunca podrían usar a su favor.

—No parece una tarea sencilla. —Los pensamientos de Numeon regresaron a Isstvan. Dudaba que pudiera llegar a apartar el horror de aquella batalla de su mente.

Thiel también parecía pensativo.

—No, definitivamente no lo es, ni siquiera para los mejores de nosotros.

Numeon alzó una ceja.

—¿Habla la voz de la experiencia? —preguntó.

—No la mía, sino la de mi primarca. Intenté matarlo, ¿sabes?

—¿Que hiciste qué? —Numeon seguía con la hoja desenfundada, y ahora la aferró con más firmeza. ¿Otro ardid?

Thiel levantó una mano en señal de disculpa.

—Mi humor, un mal hábito. Otro legionario que ostentaba mi nombre y una copia de mi armadura se infiltró en la residencia de mi señor, junto con otros nueve, e intentó asesinarlo.

—¡Por la sangre de Vulkan! ¿Cómo?

—Su subterfugio era muy bueno.

Numeon se relajó, pero las implicaciones de la historia de Thiel lo horrorizaron.

—Ya nada es lo que parece.

—Cierto, no lo es. Digamos que, tras aquello, la reunión entre padre e hijo fue un poco más tensa de lo que había previsto.

—Tal vez todos deberíamos marcar nuestras armaduras con una señal secreta para diferenciar a aliados de enemigos.

—Lo consideré —admitió Thiel—. De cualquier forma, mi unidad mantiene la marca roja aunque los renegados hayan dejado de llevar la armadura de los héroes muertos, un hecho por el que estoy profundamente agradecido.

—¿Así que ahora entrenas a otros para aprender a matar legionarios?

—Me pareció que era lo prudente. Al haberme ganado hacía poco el favor de lord Guilliman, cualquier represalia perdía peso.

—Lo cual comprobaste cuando te dejó pasar por la puerta principal, supongo.

Thiel sonrió ante el recuerdo.

—La Puerta de Hera fue testigo de uno de los encuentros más tensos que he visto en la Magna Macragge Civitas.

—Sí, lo imagino.

Satisfecho con la explicación de Thiel, Numeon retomó su circuito en la arena. Su cuerpo negro ónice brillaba por el esfuerzo, y su sudor parecía vapor condensado sobre la superficie de una roca; se le acumulaba en las cicatrices que marcaban su carne, en sigilos que honraban sus muchas hazañas. Artellus Numeon era uno de los pocos cuyos grabados se extendían por casi todo su cuerpo, tal era su legado de heroísmo: uno que sentía que no había mantenido. Su carne también cargaba con las heridas marcadas de su tortura, las cuales dolían a la vista.

Thiel le hizo el favor de fingir que no se había percatado de ellas.

—Se hace pesado, ¿verdad?

Numeon se detuvo, preguntándose en un inicio si el Ultramarine le había leído la mente de algún modo, pero luego comprendió que se refería a una carga distinta.

Thiel señaló el gladio que sujetaba Numeon.

El Salamander le permitió un rápido vistazo.

—Un martillo de forja sí es pesado, sargento —respondió—. Esta hoja ultramarine simplemente me es desconocida.

Numeon estaba a medias del siguiente ejercicio de espadas cuando se detuvo en seco. Bajando el arma, se volvió hacia Thiel.

—No has venido a debatir sobre las sutilezas el combate cuerpo a cuerpo o de tu doctrina táctica, ¿verdad, sargento?

—Me sorprende que no me hayas preguntado por el prisionero.

—¿Xenut Sul? Es un traidor. Fue mi captor y ya no lo es. ¿Qué más hay que decir?

Thiel frunció el ceño.

—¿Te has planteado por qué no te mataron sin más?

—Por la misma razón por la que le permitís a él vivir: respuestas.

—Y ¿cuáles son las preguntas, Artellus?

—No son trascendentes —respondió Numeon con voz monótona—. Al menos no para Xenut Sul, pues solo es un sirviente.

Entonces Thiel asintió.

—Un Predicador. ¿Lo has visto?

—Solo a través de un hololito.

—Los Marcados de Rojo hemos estado dando caza a ese traidor desde que volví de Calth.

—¿Esperas que Xenut Sul traicione a su señor?

El sargento meneó la cabeza.

—Solo necesito a un hombre llamado Titus Prayto para forzar la mente de Xenut Sul para mí.

Numeon entrecerró los ojos.

—No se te da bien.

La sorpresa de Thiel pareció fingida.

—¿El qué?

—Mentir. Un bibliotecario aguarda a Xenut Sul. Tu ferviente esperanza es que sea capaz de extraer las respuestas que buscas y que te llevarán a tu presa. No necesitas ningún conocimiento que yo pueda darte, Aeonid Thiel. Así que, lo preguntaré de nuevo, ¿por qué estás aquí? Dudo que sea para intercambiar historias sobre nuestros padres.

La vista de Thiel pasó del semblante severo del Salamander a posarse en un punto detrás de él, en la sala.

—Ah…

Numeon siguió la mirada del Ultramarine hasta donde había dejado el sigilo de Vulkan.

—¿Un homenaje? —preguntó Thiel, sin tono acusatorio.

—Los homenajes son para los muertos. Vulkan vive. Lo considero un altar para honrarle, ante el que puedo reafirmar mis juramentos, los que realicé cuando la Legión se reunió con su padre.

Numeon caminó despacio hacia el sigilo y lo cogió con reverencia.

—¿Dijiste que te guio?

Thiel asintió.

—Sin su señal de transmisión, no te habríamos encontrado.

—Pensaba que era una baliza, pero no sé cómo se activa. —Observaba el martillo sujetándolo suavemente en las palmas de las manos—. Me aferró a él con tanta fuerza —murmuró para sus adentros—, tal vez podría haber…

El Salamander alzó la vista hacia el sargento, sin acabar de relatar su recuerdo.

—Di lo que hayas venido a decir —dijo, con una ira latente brillando en las ascuas de sus ojos.

Thiel habló sin tapujos ni preámbulos, lo cual había que reconocérselo.

—Vulkan está muerto, murió en Macragge. Por eso te estoy llevando allí de vuelta.

El catre duro en el que Numeon meditaba y dormía poseía más emoción que él en ese momento.

A pesar del calor, un frío helado entró en la cámara.

—¿Viste su cuerpo?

—Me lo notificaron —admitió Thiel—. No tengo ningún motivo con la intención de dudar de su veracidad. Está muerto, hermano. —Thiel se le acercó para posar una mano conciliadora sobre el hombre del Salamander, pero Numeon retrocedió.

—No intentes consolarme, sargento —dijo fríamente—. No confundas mi credo prometeano con la pena. Yo *creo* que Vulkan está vivo. Cada vez que veo su sigilo y siento el calor de su forja en mis manos, sé que es cierto.

—Primo, por favor.

Numeon alzó la mano en un gesto que pedía silencio.

—A los Salamanders nos enseñan a controlar nuestras emociones. De este modo, no solemos tener arranques de ira, pero te arriesgas a encontrarte con la excepción si tratas de convencerme de que mi padre está muerto.

—Está en vigilia, es un cuerpo frío, en el mausoleo más profundo de Macragge. Sus hijos lo velan constantemente.

Exasperado, Thiel sacudió la cabeza.

—Artellus…

Pero Numeon no quería escucharlo. Gruñó, disgustado.

—El Predicador tenía más maña para mentir. Habló de la fulgurita, de un arma de inmenso poder capaz de matar a un primarca inmortal… A mi primarca. Me repulsáis los dos. Rechazo estas falsedades, aunque no alcanzo a imaginar por qué un hijo leal de Guilliman querría crear una mentira tan obvia y atroz.

Rabia y pena combatían en los ojos de Thiel cuando las miradas de ambos legionarios se encontraron.

—No eres tú mismo, hermano capitán, por lo que no tendré en cuenta tus insultos. Te hablo con franqueza, te transmito todo lo que sé.

—Pues, en ese caso, deberías saber que lo que me transmites es falso, sargento —repuso Numeon, poniendo fin a la conversación con una simple declaración—: Vulkan vive.

—Aférrate a lo que necesites, Salamander —dijo Thiel mientras abandonaba la habitación—, ya que nadie más que yo desearía que fuera cierto. Pero vuelve a sembrar calumnias sobre mi honor y, por muy afligido que estés, te daré una buena lección con el gladio con el que entrenas.

Dio un portazo al salir, dejando a Numeon solo y en silencio.

Y negándose a aceptar lo que le había dicho.

SIETE

Sirviente de la Palabra

Magna Macragge Civitas, torreón oriental

Habían trasladado al prisionero.

Su resistencia era desconcertante —no por la razón que había detrás de ella, sino por el aguante físico y mental que demostraba— y habían decidido que era necesaria una fosa más honda para extraer las repuestas que buscaban.

No obstante, cada vez que le formulaban una pregunta, el prisionero respondía exactamente lo mismo.

Incluso cuando la coacción física suponía una invasión psíquica, sus palabras no cambiaban.

Nada lo afectaba. No demostraba ningún miedo ni ningún signo exterior de lamento ante la situación.

Ensangrentado, apaleado, el prisionero alzó la vista hacia su interrogador, con una expresión recelosa pero divertida mientras escupía un diente.

—Ese ha sido un golpe contundente, incluso lo he notado —dijo—. Deberías sentirte orgulloso.

Observando desde las sombras, Titus Prayto no lo estaba.

Durante las palizas, había marcado surcos en la psique del cautivo con el bisturí mental más afilado que tenía, pero no obtuvo nada.

El guerrero de armadura azul cobalto de pie frente al prisionero rotó el hombro, preparándose para zurrarle de nuevo.

—Basta —dijo Prayto con serenidad.

El otro Ultramarine pareció reacio a retirarse y se mantuvo en el sitio, apretando y aflojando el guantelete ensangrentado.

—Es suficiente, sargento —repitió Prayto con más firmeza.

El sargento Valentius se dio la vuelta y asintió, exhausto y sin aliento. Parecía casi tan cansado como el preso.

Prayto miró a los ojos cansados del sargento.

—Déjanos.

Valentius hizo una breve reverencia y abandonó la celda.

Cuando la puerta se cerró con fuerza detrás del sargento, Prayto salió de la penumbra. Bordeando la corona de luz que proyectaba un solo globo de fósforo que colgaba, se retiró la capucha. De debajo apareció el rostro de un erudito, excesivamente pálido por el tiempo pasado en la Biblioteca de Ptolomeo, en la fortaleza de Hera, y eternamente preocupado.

Titus Prayto tenía el pelo oscuro y rapado casi al cero, como tantos de sus hermanos legionarios. A diferencia de sus compañeros Ultramarines, tenía unos ojos grises y suaves, pero tenían hambre de conocimiento. Esto, y sus recién restauradas habilidades psíquicas, lo convertían en un excelente interrogador.

Prayto se volvió hacia el preso.

El recluso gozó de un momento de respiro y dejó caer el peso de su cabeza, pero en cuanto Prayto se le acercó, levantó la vista hacia el bibliotecario.

—Y ¿ahora, qué? ¿Más vaticinios? —preguntó con voz áspera.

Sin apartar la mirada del cautivo, Prayto meneó la cabeza suavemente.

—Estamos por encima de eso.

Los ojos de Barthusa Narek brillaron. Parecía cansado, y no solo a causa de la falta de sueño forzada.

—La muerte, entonces.

—Nada tan misericordioso. Vamos a hablar.

Narek se dejó caer, hastiado.

—¿Sabes cuál es la definición de «locura»? —preguntó, y respondió—: Es hacer lo mismo una y otra vez y esperar un resultado distinto.

—¿A quién sirves, Narek? —preguntó Prayto, hacienda caso omiso, y empezó a andar por el círculo de luz.

—Vamos, Titus, ¿no crees que ya es hora de que nos llamemos por el nombre de pila?

Prayto repitió firmemente:

—¿A quién sirves?

Narek suspiró, y sus facciones de púgil se suavizaron un momento.

—Así que otra vez con eso.

El preso no era como los otros Word Bearers a los que Prayto había conocido. Tenía el aire y el imperturbable paso de un soldado, aunque también era un reputado tirador experto. Sus modales y su aspecto eran más propios de Inwit que de Colchis, pero en sus ojos había cierto fervor; no el fanatismo simple y maníaco que Prayto había observado en los Portadores de la Palabras, sino resolución y determinación.

—Sirvo a la Palabra, como ya sabes. ¿A quién sirves tú, a tu primarca o al Emperador?

Prayto sabía que no debía contestar, pero esperaba que un cambio de táctica

consiguiera hallar la verdad que ocultaba el guerrero.

—Una cosa no quita la otra. Sirvo a ambos. Y ¿a qué «Palabra» te refieres?

Narek sonrió; una mueca bastante horrible en un rostro no muy acostumbrado a la frivolidad.

—Un imperio aquí, otro imperio allá —dijo—, y tú eres un hijo leal a ambos.

—Eres tú quien carece de convicción, traidor, quien no tiene lealtad por nadie.

El Word Bearer chasqueó la lengua.

—¡Dudas de mi convicción! ¡Mi convicción es completa!

Mientras Narek forcejeaba con las cadenas que le sujetaban cuello, muñecas y tobillos al suelo, Prayto le propinó un golpe en el plexo solar, devolviéndolo a su asiento.

—¿Acaso he tocado alguna fibra? —preguntó Prayto, volviendo a andar en círculos alrededor del prisionero.

Narek escupió sangre.

—Supongo que tú tienes los nervios crispados —dijo.

Prayto se paró un momento ante aquella acusación, pero prosiguió. El prisionero seguía la órbita que repetía el bibliotecario cuando los grilletes se lo permitían. Vio que ahora tenía los ojos entrecerrados.

—¿Por qué me habéis trasladado de celda? —preguntó Narek, mirando a su alrededor y señalando la estancia con un gesto—. Esta mazmorra no parece más segura que la otra.

De nuevo, Prayto no contestó. El cautivo estaba hablando sin reservas, y quería ver adonde llevaría aquello.

—¿Quieres saber cuál es mi teoría?

—Adelante —dijo Prayto.

—Creo que vuestra ciudad no es tan segura como hacéis creer a los demás. Pienso que sabes que mi Legión o uno de sus aliados vendrán a buscarme, y que tal vez ya estén allá fuera, en vuestras calles. Aún huelo la sangre en ellas —se mofó Narek—, aunque me transportéis de un lado a otro. Y puedo sentir el miedo de sus gentes, creciendo como un cáncer a la vez que las dudas sobre vosotros, sus protectores.

Volvió a inclinarse hacia delante, con mucha menos agresividad en esta ocasión.

—Así que, dime, Titus Prayto, ¿cuán seguro te sientes en realidad?

Prayto dejó de andar en círculos y se agachó hasta quedar a la altura del prisionero y mirarlo directamente a los ojos.

—Apostaría a que más que tú. ¿Vienen a intentar salvarte o a matarte?

Narek se relajó y se echó hacia atrás, impasible antes la amenaza que había insinuado el bibliotecario.

—Eso no importa. Lo único que importa es que están de camino, y más os vale estar preparados cuando lleguen.

—¿Preparados para quién? —preguntó Prayto.

El Word Bearer no contestó, y bajó la vista al suelo.

Prayto apagó la luz con un pensamiento. El interrogatorio había finalizado. No sacarían más información.

—Titus… —dijo Narek cuando el Ultramarine hubo llegado a la puerta de la celda.

Prayto se paró sin darse la vuelta.

—Me has preguntado cuál es la Palabra…

Prayto seguía esperando sin darse la vuelta.

—Cuando toqué la fulgurita, me otorgó una parte de su poder, del poder del Emperador. La Palabra a la que yo sirvo es que él en la Tierra es un ser divino, un dios que proclama ser mortal. Esa es la verdad a la que yo sirvo.

El bibliotecario alargó su mano enguantada hacia la puerta. Estuvo a punto de contestar pero se lo repensó.

La puerta de la celda se cerró detrás de Prayto, dejando al prisionero a solas.

El sargento Valentius esperaba fuera.

Refunfuñó:

—Me alegraré el día en que lord Guilliman por fin apruebe la ejecución de esa criatura.

—Muchos de los que están encarcelados en estas salas merecen un juicio similar, pero siguen con vida.

—Thiel trae a muchos perros callejeros que deben ser eutanasiados —murmuró Valentius—, pero este mató a un primarca, o estuvo involucrado en el asesinato. No deben de tener apenas nada de valor que aprender.

Desde la guerra, en Macragge se había instalado un período de paz díscola en Macragge, y mientras los mundos principales estaban casi intactos, los planetas fronterizos del imperio ultramarine seguían asediados por traidores. Aeonid Thiel se había propuesto encontrar a esos pequeños grupos bélicos y exterminarlos. En ocasiones, cuando podía, volvía con prisioneros para que el Librarius de la legión los doblegara, con la esperanza de que los interrogados revelaran la ubicación de otros bandidos.

—Tal vez no sea decisión suya, hermano —dijo Prayto.

Valentius frunció el ceño. Prayto no le prestó mucha atención, asintiendo a los guardias con casco cuando él y el sargento empezaron a recorrer el largo pasillo del torreón oriental en fila india y con paso ligero. Pasaron por otras varias celdas de camino a la puerta Gloriana, que los llevaría a través del Muro Aegis.

—Si no es decisión de Guilliman, ¿de quién es? —preguntó Valentius, perplejo.

Prayto se encaró a él con una expresión de incredulidad y diversión.

—¿De quién crees? De Sanguinius, nuestros emperador de Macragge.

Valentius no era burro, pero al sargento pareció cogerle realmente por sorpresa la franqueza de Prayto.

—Pero esto es Ultramar.

—No, hermano. Ahora es el Imperium Secundus —respondió Prayto con perspicacia.

Por mucho que odiara admitirlo, Narek había estado en lo cierto. La ciudad estaba agitada, algo pequeño que se mezclaba entre civiles y políticos más que en espacios militares, pero que inquietaba a todos por igual.

Había habido… incidentes, y ahora los guerreros que llevaban la armadura de azul cobalto y la ultima de la XIII Legión patrullaban regularmente las calles. Se había impuesto el toque de queda al anochecer, y no solo por el primarca asesino que seguía en paradero desconocido; prevalecía un estado de ánimo sombrío, flotando en las cámaras del consejo, tiñendo de sospecha las palabras de los embajadores de otras legiones.

Dark Angels, White Sears, Iron Hands, Blood Angels… Todas legiones augustas y honorables, pero que no estaban pensadas para trabajar juntas, sin rumbo ni objetivo. La discordia y el resentimiento eran inevitables.

Con sus dones, Prayto sentía la irritación que reprimían las otras legiones más que la mayoría.

Una tormenta estaba cogiendo fuerza. Explotaría sin más o caería sobre la ciudad. Más allá, lejos de los asientos de poder de Macragge, la situación era peor.

Ultramar ya no era el imperio del medio millar de mundos. En sus lejanos confines, algunos de esos mundos aún ardían. Aunque la guerra ha había acabado en las regiones principales, los bordes eran lugares sin ley. Todos quienes habían leído los informes y visto las colas de refugiados lo sabían. Pero en esta época en que habían obtenido con gran esfuerzo la libertad y la prosperidad, pocos estaban dispuestos a reconocerlo.

Pero de todos los agitados que se habían manifestado en la capital, ninguno fue tan instigador como la XVIII.

Al menos habían encontrado a su señor perdido, pero la verdad de su llegada se les había ocultado. La presencia de Vulkan solo se reveló tras su muerte; el primarca había sido asesinado por una gran arma que un traidor había llevado a Macragge. Ese dato también se había mantenido en secreto, y seguía siéndolo. De otro modo, habría sido como incitar más discordia, y posiblemente incluso recriminaciones violentas. Y, sin embargo, Prayto no podía convencerse de que la ofuscación que envolvía a Barthusa Narek fuera justa.

¿Acaso los hijos de Vulkan no merecían venganza o, por lo menos, saber que el cómplice de la muerte de su padre estaba recluido en Macragge?

Titus estaba agotado e intentó relajar la tensión de su mente masajeándose la frente con los dedos. Nada aliviaba su culpa.

Aún tenían que retirar la fulgurita del cadáver de Vulkan, si es que eso era posible.

Pero había una espina mayor, y es que su asesino seguía con vida.



OCHO

De vuelta a la Pyre

Magna Macragge Civitas, campos de aterrizaje

El cielo sobre Magna Macragge Civitas estaba atestado de naves; militares y civiles, cañoneras y cargueros, todos ansiaban dominar el espacio aéreo de la ciudad, en el que cada vez había más naves.

—Son muchas —recalcó Numeon, mirando por la hendidura de visión de babor de una Thunderhawk mientras esta descendía inclinada por el mar de nubes.

Un anillo de turbulencias sacudió la diminuta cañonera —en parte, una corriente tempestuosa de aire, y en parte la ráfaga de los motores de naves mayores—, haciendo que Numeon maldijera al aferrare al raíl guía de la bodega de tropas que tenían sobre las cabezas.

—Hemos tenido que agarrarnos magnéticamente a la cubierta —dijo Inviglio, señalando sus botas blindadas.

La coraza ligera de Numeon, por desgracia, no poseía la misma facilidad de adhesión que las de los Ultramarines. El Salamander encontraba que su armadura era preocupantemente frágil, y ansiaba volver a vestir son ceramita y adamantium.

—Echaré de menos la Warhawk —repuso, quejándose con delicadeza de su actual modo de transporte—. Las Stormbird son fiables y robustas. —Golpeteó el interior del casco con los nudillos, creando un eco del metal grueso aunque discutiblemente frágil—. Estas cañoneras más ligeras no les pegan a las legiones.

Inviglio se guardó su opinión al respecto y, en su lugar, dirigió su atención hacia el aglutinado de naves que intentaban atracar en los campos de aterrizaje.

—Refugiados —explicó, a propósito de nada—, de los bordes. Cada vez que volvemos, su número aumenta. —Llamó la atención de Numeon sobre un carguero grande y chato—. Siervos de Iax, Konor y sabe el Trono de qué otros lugares.

—Al Imperium Secundus que mencionaste —dijo Numeon recordando una conversación anterior— aún le queda mucho por construir.

—Más bien reconstruir —contestó Inviglio sin pensar. Cerró la boca de golpe. Demasiado tarde.

Su mirada y la de Numeon se encontraron.

Ambos legionarios iban sin el yelmo; el Salamander porque no tenía y el Ultramarine porque lo sostenía en el recodo del brazo.

Numeon determinó que parecía joven. Según el sargento Thiel, la XIII Legión había sufrido grandes pérdidas durante la invasión. En la práctica, tenía sentido reponer cualquier escasez con presteza. Inviglio era de sangre fresca, pero ya tenía experiencia en batalla bajo el mando del sargento de los Marcados de Rojo.

—Explícate —pidió Numeon con tono neutral.

Inviglio le relató lo que sabía sobre la llegada de Vulkan a Macragge; no era mucho, pero Numeon absorbió cada detalle con desapego y serenidad.

—Así que luchó aquí —murmuró el Salamander, echando la vista sobre el creciente panorama de la ciudad.

—Sí, eso es lo que he oído.

Numeon no dijo nada más. En cambio, observó Macragge. Al principio, todo lo que vio eran los picos de las montañas, una línea de costa rugosa y los chapiteles más altos sobresaliendo de las nubes. Sin embargo, mientras descendían, también avisto grandes arcadas, y elevadas torres y minaretes, y también estructuras más pequeñas como barracas y almacenes. Las franjas grises entre los edificios se convirtieron en calles y carreteras. Un lazo plateado se convirtió en un río. Tras descender un poco más, observó las tropas que patrullaban, algunas vestidas en armaduras de legionario. Vio ciudadanos llevando sus negocios; algunos se reunían en pequeños grupos, hablando, ajetreados, fumando tabaco o rehuyendo de los abultados Ultramarines; otros iban apurados, a solas y con discreción, lanzando miradas furtivas a cualquier amenaza apreciable.

No era una ciudad que viviera en paz, no se sentía cómoda consigo misma.

Numeon dejó de observar a las masas de plebeyos y a sus augustos protectores y miró de vuelta al horizonte. En él, altas torres se alzaban como cañones desde el duro lecho de roca de Macragge que una vez albergó a los ancianos reyes guerreros. Entre los estandartes y las banderas de los Ultramarines, vio el escudo de armas de los Blood Angels y los Dark Angels. También había banderines menores, y reconoció la iconografía de los White Sears, los Iron Hands, la Raven Guard e incluso los Space Wolves.

El último estandarte que deslumbró su mirada le era dolorosamente familiar: la cabeza de un dragón, el símbolo del señor de los dragones, ondeando de forma morbosa a media asta.

Inviglio también lo vio: Numeon lo supo porque el Ultramarine había dejado de respirar de súbito, como si hubiera cometido un segundo error de juicio y esperara que su respiración suspendida parara el tiempo y les concediera una oportunidad para rectificar.

Esta vez fue Numeon quien se guardó sus consejos. Apartó la mirada; ningún legionario admitía lo que había visto y lo que significaba.

Los propulsores estabilizadores llenaron el incómodo silencio, seguidos unos segundos después por los soportes de aterrizaje de la Thunderhawk que se desplegaban y tocaban el suelo. Los escandalosos turboventiladores aún se estaban parando cuando una segunda figura entró en la bodega para las tropas desde la cabina. Aparte de la tripulación de la cañonera, dos Ultramarines y Numeon procedían del *Desafío de Calth*.

También había un cuarto pasajero, pero permanecía engrilletado y encerrado en un ataúd de contención, atado y asegurado al final de la bodega.

Aeonid Thiel le dedicó un vistazo rápido y asintió brevemente a Inviglio al entrar desde la cabina. Entonces posó la mirada sobre Numeon.

—Tu gente se ha reunido para recibirte, Artellus —dijo acercándose a él—. Los señores de Macragge también quieren pronto una audiencia contigo.

—Espero que sean pacientes —repuso Numeon.

Thiel miró la mano que le tendía el Salamander.

—Tantos mis acciones como mis palabras hacia ti fueron indignas, hermano sargento. No pretendía deshonrarte.

Sorprendido ante semejante humildad, Thiel alzó la vista, y ambos legionarios se agarraron el avambrazo al estilo de los guerreros.

—Disculpa aceptada, Artellus.

Satisfecho, Numeon asintió.

—¿Regresas de nuevo a los otros mundos? —preguntó.

—En cuanto entreguemos al prisionero a Titus Prayto… sí, regresaré.

—Me da la impresión de que Macragge no es el sitio en el que quieres estar —sugirió Numeon, y una mirada furtiva a Inviglio reveló al Salamander los sentimientos del Marcado de Rojo. ¿Por qué si no se habrían unido a Thiel, si no hubieran compartido su filosofía?

—Los políticos son una raza distinta de legionarios —contestó Thiel con honestidad—. Mi cometido es —buscó la palabra adecuada—… más simple.

Una sonrisa burlona asomó en la comisura de los labios de Numeon cuando dijo:

—Tal vez seas mejor político de lo que crees.

Thiel se rio breve y desdeñosamente, pero no se ofendió, pues no había tal intención.

Detrás de Numeon, la rampa de la nave había empezado a abrirse con el zumbido apagado de la maquinaria.

—Que te vaya bien, Artellus.

Una expresión de súbita urgencia cruzó el rostro de Numeon al recordar algo justo antes de irse. Empezó a desenvainar el gladio que llevaba en el cinturón de armas.

—Tu hoja…

Thiel alzó una mano, en un gesto para detenerlo.

—Quédatelo. Por el modo en que has utilizado ese gladio, necesitas practicar.

Numeon tuvo la gentileza de aceptarlo, sonriendo por la cariñosa pulla del Ultramarine. Acercó la mano hacia el peto y soltó un guardaaxila grabado. Era una pieza exquisita y única.

—Ahora somos aliados —dijo, entrenando el pequeño círculo de acero a Thiel.

Honrado, el Ultramarine inclinó la cabeza.

La rampa llegó al suelo con gran sonido metálico. Era hora de partir.

—Antes no lo veía —dijo Thiel—, pero ahora sí lo veo. Espero lo mismo que tú, Salamander. Un milagro… Vulkan vive.

Inviglio imitó a su sargento, y los dos Ultramarines se retiraron para que Numeon fuera a reunirse con sus hermanos.

La bajada por la rampa fue lenta, cada pisada resonaba dolorosamente sobre ella. Artellus Numeon fue recibido casi en silencio en los campos de aterrizaje. Habían acordonado una zona para su llegada, a la que varios legionarios habían acudido.

Vio los ahora familiares binomios de Iron Hands y Raven Guards, reconociendo células similares a aquellas de las que había formado parte. Surgieron recuerdos de Traoris, de los hermanos que había perdido, Salamanders o no, y era difícil no revivir la pena de su defunción.

Un único fenrisiano rondaba por el borde del gentío, observando y farfullando. Más prominente que un Space Wolf, pero igual de inescrutable, había un legionario White Scar. Sentado sobre un baúl de armas, el chogoriano se masaba los bigotes, y se dignó a asentir hacia Numeon, a pesar de que nunca se habían conocido.

El último legionario que captó la mirada del Salamander apareció y desapareció rápidamente. Al parecer era un espectador cualquiera, y Numeon se quedó con la imagen de una armadura gris e impersonal, pero era difícil de discernir mientras la luz del sol se atenuaba. De todos modos, alguien que conocía y que se le acercaba desde la muchedumbre con los brazos abiertos llamó su atención:

—¡Hermano!

Zytos envolvió a Numeon en un firme abrazo, el cual él devolvió con algo de demora e incomodidad antes de que lo soltara.

Var’kir, que se acercó a medida que el entusiasmado Zytos se retiraba a regañadientes, se contuvo más y simplemente le hizo una reverencia, pero la alegría en sus ojos por la supervivencia de Numeon era obvia.

Otros nacidos del fuego permanecían a un lado, un cuadro tristemente pequeño, asintiendo y sonriendo ante el retorno de su capitán. Era un breve rayo de luz en una reunión que, por el contrario, era sombría; el buen humor de Numeon se desvaneció rápidamente al mirar a Var’kir a los ojos.

—¿Dónde está nuestro padre? —preguntó.

Tras acompañar a Numeon a los campos de aterrizaje, Thiel e Inviglio alzaron el

vuelo y se dirigieron al torreón oriental.

Un pequeño muelle sobresalía de la cumbre del formidable bastión, de muros grises y firmes. Con la llegada del ocaso, un clarín sonó desde una de las torres apuntaladas, señalando el toque de queda. El ruido de motores de una cañonera que se aproximaba resonó fuerte en el aire, atrayendo la atención de los focos de búsqueda. Acribillando la creciente oscuridad, dos haces de luz granulosos iluminaron la nave Ultramarine, recortándola con un blanco nacarado.

De la caseta del centinela que había en el muelle, dos legionarios enteramente acorazados salieron con bólters cruzados al pecho.

Cuatro nidos de ametralladoras, situadas en los puntos cardinales de la torre que albergaba el muelle, empezaron a rotar al fijar la línea de tiro sobre la cañonera que descendía lentamente.

Thiel mantuvo la puerta lateral abierta durante todo el descenso, observando las defensas del torreón con entusiasmo. Sabía que Inviglio estaba de pie, listo en la rampa de embarque, habiendo desplazado el ataúd de Xenut Sul hasta el umbral del compartimento de las tropas. Unos propulsores gravíticos aligeraban el peso, y solo hizo falta un suave empujón del Ultramarine para colocarlo en posición.

El prisionero, y el posible conocimiento que Titus Prayto podría extraerle, era mucho más pesado.

Justo antes de que los soportes de la cañonera se agarraran a la plataforma de aterrizaje, Thiel saltó de la escotilla abierta para recorrer la rampa de embarque en descenso.

Inviglio esperó al otro lado y soltó el ataúd de contención delante de él en cuanto la Thunderhawk hubo aterrizado.

Flanqueando al prisionero, Thiel e Inviglio escoltaron el ataúd hasta los centinelas que los esperaban, y que les indicaron con una señal que se detuvieran mientras comunicaban y confirmaban su llegada.

Pasados unos segundos, uno de los guardias les indicó que prosiguieran, y Thiel e Inviglio acompañaron el ataúd hasta una gran puerta de acceso que daba al torreón. A través del ojo de buey de cristal blindado que había en el féretro, para que el prisionero estuviera a la vista todo el tiempo, Thiel miró por última vez a Xenut Sul.

El Word Bearer tenía los ojos abiertos, sin pestañear, casi en trance. Le habían insertado un agarre sólido de metal en la boca para que no pudiera hablar, y Thiel creyó ver a Xenut Sul mordisqueándolo, intentando formular algún cántico o bendición colchisianos.

Thiel no intentó ocultar su asco. Nada le habría gustado más que liberar su rabia sobre aquel desgraciado, pero a Xenut Sul le esperaba un castigo mucho más invasivo.

Titus Prayto esperaba al prisionero en una de las mazmorras del torreón oriental, y Thiel sonrió ante la idea de que su hermano destruyera mentalmente al Word Bearer, capa a capa.

Lo que no vio después de mirarlo y de que él e Inviglio pasaran al interior por una puerta chirriante fue que Xenut Sul también estaba sonriendo.

NUEVE

Ausencia

Magna Macragge Civitas, cripta de la Llama Liberada

—¿Cuáles son sus planes? —preguntó Numeon mientras la plataforma que conducía a la cripta descendía lentamente.

Las esquinas del transportador estaban oscuras, puesto que la única iluminación producía de lúmenes a media potencia situados en el suelo. Numeon supuso que pretendían favorecer un aire de solemnidad, pero aquello solo pronunció su ira.

Zytos y Var'kir, quienes lo acompañaban a visitar a su padre, también lo sintieron.

—Piensa mantenernos aquí hasta que la tormenta de disformidad amaine —respondió Zytos—. Entonces aprobará nuestro regreso a Nocturne.

Numeon arqueó una ceja.

—¿«Aprobará»? ¿Estamos retenidos por las leyes de Macragge, entonces?

Sintiendo el dolor de Numeon, Var'kir intercedió por Zytos:

—Mientras estemos en Macragge…, sí, así es —dijo, afligido.

Desde que hubo llegado, Numeon había rechazado todas las propuestas de que descansara y comiera. Aún llevaba la coraza que vestía a bordo el *Desafío de Calth*, a pesar de que Zytos le había dicho que habían reforjado una armadura de legionario para él.

Más tarde, tal vez, pero Numeon no quería retrásalo: deseaba… necesitaba ver con sus propios ojos lo que Thiel le había contado, y lo que el comportamiento de sus hermanos sugería.

Que Vulkan estaba muerto.

—Te equivocas, hermano —dijo Numeon, con los ojos firmes sobre las puertas de delante que pronto le darían el acceso a las criptas—. Ningún hijo de Nocturne está atado por la voluntad de otro primarca. Respondemos ante lord Vulkan, y nadie más.

—Numeon… —empezó Zytos, pero Var’kir alzó una mano para hacerlo callar.

En su lugar, el capellán posó afablemente una mano sobre el hombro del capitán.

—No intentes darme consejos —advirtió Numeon—, a menos que sea para sugerir cómo y cuándo podemos escoltar a nuestro padre fuera de este sitio frío y penoso.

Var’kir dejó caer su mano y no dijo nada.

El silencio descendió como un martillo, y la reverberación fue ensordecedora.

Por suerte para Zytos y Var’kir, la plataforma se detuvo con una sacudida y, al cabo de unos momentos, se abrieron las puertas de la cripta.

Numeon salió del transportador, con audacia, tan intrépido como una tormenta que crece, pero un temblor recorría su cuerpo, contradiciendo su ostensible determinación.

Enfrentarse a los difuntos, a los que has conocido y querido en vida, es un recordatorio de tu propia mortalidad. Mentiras y medias verdades desparecieron en el momento de aceptación, la ira se escurrió y se secó ante destello de la propia fragilidad y la urgencia por detener la entropía que poco a poco erosiona a todos, sin excepción. Ver a los muertos es ver el eco de lo que fueron, una cáscara cruel y vacía, tan gris como el polvo. Al final, ese es el destino de todas las cosas muertas.

Para Numeon, la punzada fue aún más salvaje, puesto que era un recordatorio de su fracaso más despreciable, ya que ¿acaso no era la tarea que le asignaron la de proteger a su señor?

La oscuridad inundaba la cripta, tan profunda y negra como una fosa oceánica. Insondable, despojada de toda esperanza, envolvía las paredes y abrazaba de forma opresiva las llamas funerarias, acosándolas. Un frío odioso descansaba en el aire viciado como una capa de hielo en invierno. Allí, las cosas se marchitaban y se atrofiaban. No ardían brillando en el fuego de una montaña, con una última llama encendiéndose en una chispa vital.

—¿Habéis dejado que lo tuvieran en este lugar? —dijo Numeon, con un tono de burla que iba más allá de la acusación.

La expresión afligida de Zytos casi pasó a ser un reproche, pero entonces vio a Var’kir; el capellán meneó lentamente la cabeza, y Zytos bajó la suya, sumergiéndose en su pena y en su dolorosa frustración.

Ambos caminaban unos pasos por detrás de Numeon, conformes con que fuera delante.

A medida que se acercaban, ya no muy lejos del ataúd dorado en el que descansaba el señor de los dragones, Var’kir le hizo una señal en silencio a Zytos para que aminorara la marcha, con el fin de conceder a Numeon cierto grado de soledad cuando se enfrentara a la realidad irrefutable de que Vulkan, su padre, estaba muerto.

Numeon también disminuyó la velocidad, aunque de forma inconsciente, era el camino a la horca de un hombre condenado a hacer frente a su castigo.

Durante mucho tiempo, habría creído que Vulkan vivía. Lo había *sabido* con cada fibra de su piel, su instinto más profundo se lo había dicho. Mientras agonizaba en los oscuros campos de rayos de Traoris, su fe en Vulkan lo había mantenido con vida. Cuando los cuchillos de Xenut Sul habían rajado su cuerpo, su mantra le había hecho resistir.

«Vulkan vive»…

Sin darse cuenta de que había pronunciado esas palabras en voz alta, Numeon asió con fuerza el sigilo de su padre, en otro gesto inconsciente, a medida que se acercaba al féretro.

Bien debido al frío y la negrura de la cripta, bien a causa de su enorme agotamiento, ya no parecía convencerle su propio discurso cuando alargó la mano para tocar el borde del ataúd dorado de Vulkan, con mano temblorosa.

—Vulkan vive —dijo el capitán, menos que un susurro, de modo que esta vez solo él pudo oírlo, cuando se atrevió a mirar a su padre, que yacía en la tumba…

… y se volvió, con el rostro contraído por la rabia.

—¿Qué significa esto? —preguntó Numeon—. ¡Habla, ahora!

Var'kir había esperado pena, negación, incluso una furia apesadumbrada, pero no aquello. Miró a Zytos, luego de nuevo a Numeon.

—Hermano, no te… —empezó, dando un paso al frente. Zytos permaneció a su lado a medida que se acercó a Numeon.

—Mira el ataúd, Var'kir —rugió el capitán, estampando el puño contra el metal dorado—. Dime si tus ojos ven lo mismo que los míos.

Tanto Var'kir como Zytos corrieron a la vez a situarse en el lateral del féretro.

Zytos ahogó un grito y cayó de rodillas, apoyándose con una mano en el ataúd para no perder el equilibrio.

Con los ojos desorbitados, Var'kir se limitó a sacudir la cabeza.

Numeon estaba furioso.

—Decidme —repitió a ambos—, ¿dónde está nuestro padre?

—Estaba aquí, Numeon —respondió el capellán, barriendo la habitación con la mirada en busca de alguna señal de lo que podía haber ocurrido—. Te lo juro sobre mi sangre.

Numeon había desenvainado la espada.

Zytos estaba horrorizado, boquiabierto, y la conmoción pasó a ser ira.

—Habrá represalias por esto.

—¡Respondedme, maldita sea! —Numeon agarró una cadena pesada que envolvía el cuello del capellán. Var'kir estaba demasiado estupefacto para resistirse, volviendo a posar la mirada en el ataúd.

—No lo sé, hermano —dijo con voz ahogada, meneando la cabeza con creciente pánico—. No lo sé.

Tras el cristal del féretro, que estaba sellado e intacto, solo había un vacío lívido.

Estaba vacío. Vulkan había desaparecido.

El ambiente en la sala del trono estaba tenso mientras una delegación furiosa y vehemente cruzaba sus puertas.

La proclamación y la ceremonia de la coronación del nuevo emperador en la Plaza Marcial se habían sustituido por la escena mucho más austera del Convincus Cubicularum. Era una de las muchas salas de audiencias de la fortaleza de Hera, y su nombre significaba «Cámara de los Conquistadores», una denominación que parecía cohibir su actual obligación.

Era Sanguinius, y no Guilliman, quien gobernaba como regente del prontamente denominado Imperium Secundus.

Ostensiblemente, era un cargo que el primarca de los Blood Angels lucía con dignidad real, pero la verdad era algo distinta.

A diferencia de la Plaza Marcial, no había ningún Propylae Titanicus que cuya sombra bañara la escena y le confiriera la seriedad que tal vez no merecía. No obstante, había recordatorios del poder imperial que, aunque no podían eclipsar la grandeza de la Puerta del Titán, proporcionaban un contexto orgulloso de todos modos.

Había tres estandartes de tres legiones desplegados en las columnas de mármol, tapices de sus victorias colgados en las enormes hornacinas que las separaban, un tríptico de sabiduría marcial, orden estoico y simbolismo angelical. Estos principios eran el fundamento sobre el que se construía el Imperium Secundus, un segundo frente que mantener en la creciente oscuridad, para restaurar cierto grado de esperanza en una galaxia que necesitaba sin falta un salvador.

La luz de las esferas de lumen colocadas en las paredes apenas llegaba hasta el fondo de la sala, donde colgaban los estandartes, y las telas roscas brillaban en una penumbra que les otorgaba un movimiento imaginario.

En la cámara estaba presente el señor de Ultramar, sentado en un trono de mármol a la derecha del emperador Sanguinius. Ambos primarcas lucían sus armaduras. A pesar de que no habían avistado a Konrad Curze desde hacía meses, él persistía en huir de la evasión. Que el autoproclamado «Acechante Nocturno» aún tuviera un golpe preparado contra alguno de ellos sugería que se estaba concibiendo un plan… o tal vez ninguno en absoluto. Los arranques asesinos de Konrad hacían que fuera difícil de predecir. Al menos, una majestuosa coraza de azul cobalto se interpondría entre Guilliman y las armas de sus enemigos. Era prudente. Práctico.

Sanguinius era menos suspicaz, y vestía su armadura dorada para recalcar su posición como regente. El trono era más ostentoso que el de Guilliman, aunque él no lo había ordenado así. Adornada con el sigilo de una gota de sangre de su legión, su armadura encajaba perfectamente con el trono, así como sus alas angelicales, aunque permanecían cerradas durante el consejo.

A la izquierda de Sanguinius, un poco apartado de los otros miembros del triunvirato de señores, se hallaba la figura más oscura y veleidosa del León.

Incluso en pie de guerra, Lion El'Johnson vestía el negro oscuro de los Dark

Angels, con una capa larga de color marfil cayéndole sobre un hombro.

Ninguno llevaba el casco puesto, aunque el León tenía el suyo junto a él, al lado de la espada enfundada.

Los señores del Imperium Secundus eran el centro de atención en una reunión pactada.

Había llegado a oídos de los augustos señores que Vulkan ya no permanecía encerrado en su ataúd, que un cuadro de Salamanders había acudido a la vigilia y lo habían encontrado vacío.

Hubo preguntas urgentes, acusaciones de negligencia y engaño causadas por la pena, que se fueron rechazando hasta que se llegó a una conclusión.

—Vulkan vive —afirmó Numeon, ignorando a propósito el poder de los primarcas que lo rodeaban. A pesar de que el Salamander miraba a Sanguinius, fue Guilliman quien respondió.

—Vi el cuerpo frío de mi hermano con mis propios ojos, Numeon. Está muerto.

—Entonces, ¿cómo explicáis, mi señor, el hecho de que ya no yazca en su féretro? —preguntó Var’kir.

—Nuestro padre camina —dijo Numeon, firmemente—, y debemos encontrarlo.

—Estoy de acuerdo —dijo Guilliman—, pero no debéis aferraros a esta esperanza…

—¿Esperanza? —preguntó Numeon, desesperadamente, desafiando la ira del primarca—. ¿Cómo se ha fundado este sitio, sino es sobre ese mismo principio?

Un temblor en la noble mandíbula de Guilliman delató su enojo ante el hecho de que le hablaran de aquella manera, pero mantuvo su ira, asintiendo para concederle la razón.

—La vuestra es falsa, se deriva de un deseo comprensible pero débil de negar la verdad que ven vuestros ojos.

Al ver que la rabia de Numeon crecía, Var’kir quiso intervenir, pero el capitán de la Pyre se lo impidió y volvió a centrarse en el primarca de los Ultramarines.

—Mis ojos ven una tumba vacía. Vuestro hermano, *mi* padre, ha abandonado su reposo mortal. Exijo que lo busquen a toda prisa.

—Mis guerreros de mayor confianza, de la Guardia Invictus, ya están realizando una partida de búsqueda por la ciudad.

Aquello no aplacó a Numeon.

—Aquellos que lo perdieron en primer lugar.

Entonces Guilliman gruñó y apretó sus puños enguantados. Miró al León, que observaba el intercambio con entusiasmo pero se mantenía en las sombras para ocultar sus emociones.

Se había empezado a cuestionar el liderazgo de Guilliman, al principio sin que él se diera cuenta, pero liderar no le correspondía a él. Él y sus hermanos habían elegido a otros.

Controlando su ira, ocultándola como suele estar acostumbrado un experimentado

hombre de estado, Guilliman miró a Sanguinius. Su emperador angelical parecía incómodo, a pesar de su entereza numinosa y su innegable benevolencia y permisividad.

—Vivo o muerto —pronunció Sanguinius, con una voz rica y melódica—, os juro que encontraremos a Vulkan. Os devolveremos a vuestro padre y, en caso necesario, os resarciremos por esta negligencia.

El fuego de Numeon se extinguió. De pie ante el señor angelical, cedió.

—Lord Sanguinius —dijo con más calma, aunque seguía indignado al sentirse traicionado—, solicito que nos permitan a mí y a mis hermanos dirigir la búsqueda.

Guilliman estuvo a punto de intervenir cuando Sanguinius inclinó la cabeza en señal de aceptación.

Numeon no había acabado.

—Y si mi padre sigue vivo, ¿qué castigo caerá sobre quienes afirmaron lo contrario?

Los pómulos de Guilliman se tensaron ante facilidad con la que su hermano había apaciguado la situación, y ante el hecho de que la ira del Salamander solo iba dirigida a él, lo cual no pasó desapercibido.

Pese a que nadie lo vio, o nadie lo vería y lo creería, el León dibujó una débil sonrisa en los labios mientras observaba.

Mediante determinación y voluntad, Guilliman había intentado construir un imperio. No deseaba el trono —eso habría olido a vanagloria e interés propio—, sino que pretendía mantener el orden en su propia casa. Sin temer las consecuencias, Numeon había expuesto aquella mentira y había encontrado apoyo en el nuevo regente del Imperium Secundus.

Una tormenta se propagó en los ojos del Blood Angel. El blanco de los ojos captó la luz del fuego, enrojeciéndose. La fiereza y la tristeza se mezclaban en su voz beata. Quienes la escuchaban no veían a un ser alado y celestial ante ellos, sino un vengador iracundo vestido de rojo.

—Prometo que, si os han engañado y Vulkan, en efecto, aún conserva el aliento, se os recompensará —declaró Sanguinius.

Numeon asintió, al parecer satisfecho, y dijo:

—Y, cuando nos sea devuelto, abandonaremos Macragge.

—¿Os iréis? —preguntó el León con curiosidad, divertido—. ¿Adonde creéis que vais a ir?

DIEZ

Removiendo cielo y tierra

Magna Macragge Civitas, cripta de la Llama Liberada

La búsqueda de Vulkan, vivo o muerto, empezó en el castrum, sin dejar cámara o alcoba sin registrar, y llegó hasta el Muro Aegis. No hallaron ninguna señal, e incluso el mausoleo dorado en sí fue vaticinado mentalmente por Titus Prayto, en busca de algún rastro que revelara cómo el difunto señor de los dragones había realizado tan dramática salida.

Los cielos estaban blindados, de modo que la opción de extraer el cuerpo del primarca con una lanzadera se descartó en seguida. Sin embargo, no había ningún informe de que se hubiera retirado al primarca muerto de su descanso sepulcral, y, pese a las protestas de Numeon, Guilliman envió a veintenas de legionarios y sirvientes a aumentar la búsqueda.

Más allá de los límites del castrum, una región de por sí considerablemente grande, pululaban millones de personas en la Magna Macragge Civitas. Incluso durante el toque de queda, las calles y los barrios estaban repletos de gente cuyo negocio tenía lugar al anochecer. Trabajadores con permiso para operar dentro de los perímetros de reconstrucción; supervisores clasificando refugiados de mundos fronterizos y asignándoles un hogar; soldados, transhumanos y humanos, que volvían de realizar su turno y que formaban parte de una ciudad densa y poblada.

Desde el Muro Serviano hasta la muralla oriental exterior y los límites costeros del golfo de Lycum, una vasta extensión de tierra se desplegaba en tres direcciones cardinales. El lapso entre el momento en que saltó la alarma y el último avistamiento confirmado del primarca en vigilia sugerían que algunas de aquellas vías de investigación tal vez no serían necesarias, pero cuanto más tardaban en encontrarlo, más lejos podían haber llevado a Vulkan. Por ello, quedaba la posibilidad de una búsqueda general por toda la ciudad.

Si habían retirado y escondido el cadáver por algún motivo, era poco probable

que descubrirlo fuera conveniente. La razón por la que alguien perpetraría un acto tan miserable todavía era difícil de averiguar.

Teorías de que Curve se había infiltrado en el castrum y en el lugar de descanso de su hermano para profanarlo se descartaron en seguida. No obstante, seguían sin tener la respuesta a cómo había desaparecido el cadáver frío de Vulkan después de tanto tiempo en vigilia. Aparte del hecho de que el ataúd en el que había yacido seguía sellado, toda explicación resultaba inexplicable.

Aquello irritaba más a un Salamander concreto que al resto. Phaestus Var'kir había estado en la cripta cada día desde que sepultaron a Vulkan. Lo había hecho para cuidar de quienes se arrodillaran para llora su muerte o quienes tuvieran preguntas sin responder.

Incluso a la luz de los recientes acontecimientos, no veía motivo para romper aquella rutina.

No obstante, su última visita no fue solo para observar en solemnidad, Var'kir intentaba comprender lo imposible.

El Salamander no era el único.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó una voz que sonó débilmente desde las sombras.

Var'kir, de rodillas, alzó la vista, y el rostro quedó medio iluminado por la llama funeraria que aún ardía.

—Eres Titus Prayto —contestó Var'kir, realizando un breve y superficial saludo al Ultramarine.

El Salamander se puso en pie.

—Prueba ninguna, estoy seguro de que no la hay.

Mientras su esfuerzo mental disminuía, Prayto asintió.

—He hallado un rastro residual e ínfimo de disformidad, pero un bibliotecario nunca se expone a semejantes cosas —dijo—. No estoy segura de lo que significa, si es que significa algo. —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué estás aquí, y no fuera, rastreando la ciudad?

Var'kir estaba junto al ataúd, y miró dentro de su contenido vacío. Rio con amargura.

—Dudo que mi presencia marque diferencia alguna. Sin embargo, estoy buscando algo. He venido con la esperanza de hallar la misma creencia que Numeon, su certeza de que Vulkan ha resucitado.

—Y ¿las has encontrado?

Var'kir miró al bibliotecario a sus ojos inquisidores.

—¿Lo viste? —preguntó.

Prayto frunció el ceño, confuso.

—¿Ver qué?

—La recuperación de Vulkan, su regreso de la muerte. ¿Lo presenciaste? ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo fue?

Prayto sacudió la cabeza y dijo:

—No exactamente. Valentius, Dolor, Casmir y yo nos —se esforzó por dar con la palabra correcta—… dimos cuenta de lo que ocurría, y acudimos a lord Guilliman. Debes entender algo, Phaestus —dijo, y una nota de precaución sonó en su tono—. Cuando Vulkan llegó a Macragge estaba muerto. Por completo. No herido, ni a punto de morir. Muerto. Se ordenó realizar una autopsia, iban a viviseccionar al primarca, cuando todo cambió.

Var'kir lo escuchaba con suma atención. Nadie del círculo íntimo de Guilliman había sido tan claro sobre las circunstancias de la regeneración de Vulkan, de su milagro.

—¿Todo cambió? —preguntó el Salamander con voz ronca.

—Estaba vivo, respiraba, su carne se estaba sanando. Todo salvo un aspecto vital había vuelto.

El rostro de Var'kir se oscureció al recordar algo que había oído.

—Su cordura.

Prayto asintió con tristeza.

—Sí. Su mente estaba fracturada, desvariaba. Intenté entrar en ella, hallar algún modo de reconstruirla, pero era como andar sobre una alfombra de esquirlas, con el vidrio cortando mi carne mental. Tuve que retirarme. —Parecía que aquello le pesara.

Var'kir bajó la vista de nuevo, revelando una profunda verdad a Prayto que jamás había contado ni a Zytos ni a Numeon.

—Creo que Vulkan está muerto, y no creo que lo sacaran de su tumba cual *farón* de Gyptus. Simplemente quiero encontrarlo y darle descanso en suelo nocturneano.

Cayó un silencio apesadumbrado, incómodo y doloroso. La XIII había herido involuntariamente a la XVIII Legión.

Titus Prayto se impuso la responsabilidad de mitigar algo de ese daño.

—Hay algo que debes saber —dijo.

Var'kir lo miró desde el otro lado del ataúd dorado con llamas en los ojos.

Prayto no eludió si mirada, ni lo que sabía que tenía que hacer.

—Es tu derecho como Salamander.

ONCE

Lidéranos

Magna Macragge Civitas, fortaleza Heptapygion

Contra toda lógica, un titileo de esperanza que había estado menguando desde su llegada a Macragge empezó a revivir en Numeon. Los rumores sobra la resucitación milagrosa de Vulkan persistían. Habiendo crecido en el caldero de Nocturne, un crisol de fuego, el infierno que el señor de los dragones había resistido al romper la atmósfera de Macragge fue otro bautismo.

—Se alzará —juró Numeon, pero al no hallar ninguna señal del primarca inmortal, su incansable convicción fue la primera en desfallecer.

Vestido con una armadura escamada apropiada para un centurión, el antiguo capitán de la Pyre Guard agarró con sus guanteletes las murallas almenadas de la fortaleza de Heptapygion y miró más allá de la franja brillante y celeste del Laponis.

La Heptapygion se alzaba como un baluarte en un recodo entre dos arterias principales que fluían del golfo de Lycum y que custodiaban la zona sudoeste de la ciudad.

Una brisa fría surgía del mar, llevando consigo el olor del océano. Olas pequeñas espumeaban contra la línea de costa rugosa, a medida que la creciente oleada martilleaba la barricada natural del acantilado. En el enclave el puerto, los navíos se mecían con timidez sobre las aguas agitadas.

Numeon sentía esa misma discordia en su interior.

Habían transcurrido seis días y el señor de los dragones seguía desaparecido.

Aferró el sigilo en su mano izquierda, deseando inconscientemente que se rindiera y le otorgara respuestas. Al borde de su ensueño oscuro, oyó el paso de unas botas.

—¿Aún no lo hemos encontrado? —preguntó sin más.

Zytos se reunió con él en la muralla.

—He rastreado el plano Arridiano durante días y apenas he oído o visto objetivos

—repuso Zytos, recordando lo poco que había estado en Nocturne. Posó una mano consoladora sobre el hombro de Numeon, quien, por una vez, no lo rechazó.

—Al menos tenías un rastro que seguir, una chispa que encienda tu esperanza.

Solo poco más de sesenta Salamanders habitaban en Macragge, llevados por la tormenta, con la única iluminación del Pharos como único rayo de esperanza en medio de la oscuridad de la galaxia… hasta Numeon. Su fervor y su fe habían encendido algo, una llama que se creía extinta.

Derrotados, dispersados, a los recursos pragmáticos se les permitiría subsumirse a las legiones que aún luchaban. Numeon les había mostrado otro camino, uno que los mostraba reunidos con su padre y sus hermanos perdidos.

Ahora, cada nacido del fuego en Macragge rastreaba la ciudad laberíntica en busca de cualquier señal.

—Tú eres nuestra esperanza, hermano —dijo Zytos con calidez, obligando a Numeon a apartar la vista del desolador paisaje sobre el Laponis y encararse a él—. Vulkan vive.

Con una leve sonrisa, Numeon dijo:

—Vive y está aquí.

Zytos señalo el sigilo que Numeon sostenía distraídamente.

—¿Eso es…? —aventuró.

—De su armadura sí.

—¿Puedo verlo? —preguntó Zytos—. Solo un segundo.

Numeon le pasó el martillo sin dudarlo.

—No es una herramienta para forjar —dijo Zytos, dándole la vuelta al sigilo en sus enormes manos—, ni tampoco un arma para matar a los enemigos.

—Es un símbolo —dijo Numeon, recuperando el martillo cuando el otro se lo ofreció y devolviéndolo al agarre del cinturón.

Zytos asintió.

—Hasta el yunque.

—Y pronto, de vuelta al fuego —contestó Numeon.

Zytos observe la armadura recién forjada de su hermano con envidia. Verde como la piel de un dragón, con los bordes en capas superpuestas como escamas. El herrero que la había fabricado le había grabado símbolos de llamas en cada placa para representar el renacimiento y el propósito que Numeon había devuelto a los Salamanders que habían navegado a la deriva por las orillas planetarias de Macragge.

De forma incongruente, una hoja ultramarine colgaba ligeramente en la cadera, aunque estaba enfundada en una vaina nocturneana. La pistola bólter que llevaba en la otra cadera y la espada dentada colgada en la espalda eran obra de un nacido el fuego.

La hoja era un diente de dragón, un arma antigua que las Legiones Astartes habían mejorado y rediseñado para su uso.

Cada diente era de filo monomolecular y se había forjado en tres capas para incrementar su dureza y su resistencia. Adheridos a una cadena alimentada, eran mortíferos. En manos de un espadachín decente, estaba lo suficientemente afilado para cortar a través de armaduras.

Tan extendida como estaba la humilde pistola bólter entre las filas de la legión, el arma de mano que había heredado Numeon era una pieza singular. Llamada *Basilysk* por su cañón bronceado en forma de cabeza de serpiente, tenía un calibre mayor que las pistolas bólter modelo Marte estándar. Esta modificación reducía la efectividad de alcance, pero aumentaba drásticamente el poder de retención, de modo que requería unas balas especiales.

—Gargo hizo un trabajo magnífico con tu armadura.

—Dijo que lo hizo a toda prisa pero estoy en deuda con él, y contigo y Var'kir por las armas. Sabed que os las devolveré cuando haya tiempo para forjar de nuevo.

—Un arma dada es un regalo, hermano capitán —dijo Zytos—. Después de dártela, no podría recuperar mi arma. Ambas son tuyas ahora.

—Entonces, te lo agradezco, hermano —respondió Numeon gentilmente.

Zytos realizó un saludo breve y humilde.

—Es un honor.

—¿Tiene nombre, la hoja?

—*Draukoros* —contestó Zytos—, en honor a la bestia cuyos dientes forman su borde asesino.

—Es digna de alardear, pues. Me recuerda cuánto echo de menos la presencia de Skaltareth. —Numeon había lucido el manto de gran dragón desde que se había convertido en nacido del fuego. Perderlo fue como si le hubieran extirpado cruelmente un trozo de él.

Zytos sonrió, una expresión habitual en el inmenso themiano.

—Entonces, deberemos encontrar a otra bestia para que la desuelles.

Su expresión de volvió seria, parecía que estaba a punto de decir algo más, pero apartó su mirada hacia el horizonte.

—Dilo —pidió Numeon con firmeza.

—¿Por qué no hablas con ellos? —preguntó Zytos, clavando sus ojos en los de su hermano.

—No soy su líder, Zytos, sino Vulkan, y él estará pronto con nosotros. Además, has liderado a estos guerreros con orgullo durante la ausencia de los demás.

—Hermano, eso no es…

—¡Hermanos!

Una voz que provenía de detrás de Zytos los interrumpió, captando la atención de ambos Salamanders.

Var'kir ascendía por una escalera de basalto gris que daba a la muralla.

—Puede que haya dado con un modo de encontrar a nuestro padre —dijo,

entornando sus viejos ojos ante la luz del sol que moría.

El tono de Numeon traicionó la desesperación que había estado ocultando ante Zytos.

—Explícanos.

DOCE

Ritos de sangre

Magna Macragge Civitas, torreón oriental

Habían encadenado a Xenut Sul antes de llevarlo a su celda en el torreón oriental. Cuando las puertas se cerraron, la oscuridad lo engulló. Era una mazmorra, una de muchas del bastión. No era una prisión exactamente, pero tenía varias salas aseguradas para retener a los enemigos capturados por los Ultramarines.

Su celda estaba en el lado norte del torreón, varios niveles por debajo de la cima a la que lo habían traído con la cañonera. Xenut Sul supuso que el ataúd en el que lo habían encarcelado haría que los hijos de Guilliman se sintieran a salvo. Esa cámara, con los grilletes de adamantium, los muros de ferrocemento y la puerta reforzada de hierro, conseguía un objetivo similar.

Era falso, claro.

Ninguna sala ni ninguna mazmorra sellada podían retener a Xenut Sul. Los innovadores ultramarines se habían superado, justo como su señor había dicho que harían. No comprendían del todo qué tipo de ente habían traído entre ellos.

Ni lo comprenderían, pues Xenut Sul se había encargado de ello, escondiendo su rastro psíquico para evitar que lo detectaran. Pronto se enterarían, pero para entonces tal información ya no les sería de ninguna utilidad.

Era una pena, pensó Xenut Sul, que él no estuviera ahí en Macragge, en ese preciso lugar, para matar Ultramarines.

Su presa era de otro tipo de convicción.

«Traidores», pensó mientras se deshacía sin esfuerzo de sus múltiples ataduras. Sus extremidades se estilizaron cuando los huesos que mantenían unida su carne se alargaron y se deslizaron por las esposas pensadas para un guerrero vestido en una armadura sólida. Su cuerpo se deformo como si lo hubieran estirado, como el reflejo en un espejo trucado. La espalda formó un arco, el cuello se estiró, y Xenut Sul contorsionó carne y huesos para soltarse de sus cadenas como una víbora que altera

su forma para acceder a los lugares más estrechos.

Mudando de armadura, el reptil pasó a despojarse de sus escamas, agazapándose en la penumbra y escuchando.

Los pasos contra las duras losas del pasillo adyacente a la celda se desvanecieron, diciéndole que los guardianes se habían marchado. Había otros, los podía notar patrullando, pero estaban relativamente lejos.

Un fino rayo de luz se derramaba tanto por debajo de la puerta como por una diminuta grieta cuyo campo de visión delataba que no quedaba nadie más allá del umbral. Era bien sabido que los guardianes esperaban en silencio en la negrura para ver si sus prisioneros hacían o decían algo cuando creían que estaban solos.

Xenut Sul sabía que era valioso; sino, ya habría estado muerto. Pero sospechó que tampoco era el producto más elogiado bajo la custodia de los Ultramarines. Ese dudoso honor pertenecía a otro.

—Lo silenciaré —susurró Xenut Sul a la oscuridad, pero no solo a la oscuridad…

Manteniendo su mano derecha en la luz granulosa, una garra larga se extendió desde su dedo índice. Creció hasta enrollarse en una punta afilada, y en ese momento Xenut Sul lo llevó hacia su avambrazo izquierdo. Piel y carne se desprendieron con bastante facilidad, y luego una capa subdérmica más profunda. Una sustancia parecida a la sangre brotó, viscosa y fluyendo con un alma sintiente. Formando un charco a los pies desnudos de Xenut Sul, se congeló en una imitación de una calavera. Un líquido oscuro salió libremente de las arterias, como un cadáver desangrándose por el catéter de un agente funerario, extendiéndose por los bordes del cráneo y transformándose en carne, pelo e incluso runas tatuadas en la cara, que ahora recordaba a la del Predicador.

Como surgiendo de aguas profundas, en este caso, de un pozo del color de la sangre, la cara de cera respiró con dificultad. «Despertando» en la cámara de Xenut Sul, el «Predicador» Quor Gallek observó al Sin Conciencia con una mirada solemne.

—Habla… —dijo la cara ensangrentada con la voz de Xenut Sul, aunque era más bien una aproximación ronca y mortífera, con sus labios y los del Sin Conciencia moviéndose en sincronía a cada palabra—. No tenemos mucho tiempo.

Xenut Sul sonrió, a pesar del esfuerzo de la comunicación. Ser testigo del sufrimiento del Predicador le alivió parte de su malestar.

—Está aquí —susurró Xenut Sul—, como Barbos Kha y Ulkas Tul habían descrito.

Sacar su materia sin alma de donde ardían en el éter había valido la pena. Ahora les aguardaba una agonía eterna, un precio justo por la traición… incluso la de un traidor.

—¿Los hijos de Guilliman sospechan?

—Ni mi verdadera forma, ni mi misión.

—¿Puedes acercarte lo suficiente?

Xenut Sul gruñó.

—Esta celda no me supone ningún impedimento.

—¿Qué ofreciste para que te capturaran?

—Tu nombre, la promesa de algo más, para que me mantuvieran con vida. Tenías razón, el tótem del herrero llamó su atención.

Quor Gallek sonrió con amenaza serpentina, pero su tiempo de comunicación llegaba a su fin. Se burló, imponiendo su voluntad de permanecer unidos un poco más.

—Mátalo, Xenut Sul —dijo, y los labios de Xenut Sul imitaron los del simulacro ensangrentado—. Retuerce cada trozo de verdad de su alma durante tus torturas, y entonces envía su esencia a la disformidad. He prometido un festín. Luego podrá empezar el siguiente acto…

Xenut Sul asintió, con los ojos vivos y llenos de malicia.

—La fulgurita —dijo, como confirmando el premio que les aguardaba.

—Asesinas de dioses…, un arma que puede matar a un primarca…, incluso al Emperador… —La agonía contrajo la expresión de Quor Gallek en una mueca, y se desprendió de piel, carne y hueso hasta que solo quedó un charco sin forma.

Xenut Sul tembló por el esfuerzo realizado, pero su entusiasmo no había disminuido.

—Desollaré tu pequeña y sucia alma —prometió a la oscuridad, pero no solo a la oscuridad—, Barthusa Narek.

TRECE

Ritos de sangre

Magna Macragge Civitas, torreón oriental

Los Salamanders utilizaron una Thunderhawk, preparada a toda prisa, para viajar desde la fortaleza Heptapygion hasta el torreón oriental. Aterrizaron en medio de una borrasca de polvo, levantado por el viento, acompañados por el sonido de una alarma activada por su inesperada llegada.

Antes de que los guardias, vestidos de azul cobalto, pudiesen acercarse a los tres legionarios, quienes saltaron de la gran escotilla de la nave de combate, Aeonid Thiel y Vitus Inviglio surgieron de las profundidades del bastión para ejercer de escolta de los recién llegados.

Ambos iban armados, pero portaban sus armas colgando de la cintura, sin desenvainar.

Thiel alzó la mano izquierda, con la palma en dirección a los Salamanders:

—Deteneos —les advirtió—. Fue justo por esto por lo que no os lo contamos.

Zytos fue el primero en responderle, superado por la ira.

—El asesino de nuestro padre está en una de vuestras celdas, y no considerasteis oportuno contárnoslo. ¡Llevamos meses en la ciudad!

Var'kir intentó calmar a Zytos antes de que Thiel tuviese que hacerlo.

—Cálmate, Zytos. Olvidas tu sangre.

—Fluye por mis venas como el magma, capellán —le contestó, con la mandíbula en tensión.

Numeon no les hizo caso a ninguno de los dos; en su lugar, dirigió su mirada a Thiel.

—Var'kir y yo iremos contigo —le dijo el capitán—. Iremos a ver al traidor, al que ahora se conoce como «Barthusa Narek». Él y yo tenemos asuntos pendientes. Muchos legionarios han muerto por su culpa.

Thiel no movió un solo músculo. Zytos tampoco, a pesar de las palabras de

Numeon, que dejaban ver el carisma del capitán de los Salamanders, así como la influencia que este tenía sobre el resto de la XVIII LEGIÓN. En ese momento, Thiel se dio cuenta de que, sin su primarca, Artellus Numeon era un capitán a todos los efectos.

Sin embargo, no expresó sus pensamientos en voz alta; por el contrario, dijo:

—No estoy autorizado para permitirte que le mates, Artellus. Por mucho que quisiera.

—Juro solemnemente que no lo haré —le contestó Numeon, mientras cruzaba el puño en el pecho, como juran los Ultramarines.

Thiel se quedó pensativo; estaba evaluando la amenaza más que evidente que eran los dos Salamanders. Era una costumbre de la que no se podía deshacer, ni siquiera delante de sus enemigos.

No encontró ninguna razón para dudar del juramento de Numeon, o puede que realmente no le importase si lo incumplía, así que le hizo un gesto a Inviglio con la cabeza, quien, en unos segundos, hizo a un lado a los guardias, que parecían preocupados.

—Cuando entremos en el torreón oriental —les explicó Thiel mientras seguían a Inviglio—, seguiréis mis órdenes, sin oponer resistencia alguna.

La cara de Numeon era impenetrable.

—Entendido.

Var'kir asintió con un gesto discreto.

Los cuatro legionarios atravesaron la puerta y entraron en el torreón. Como si fuese una estatua de ónice, Zytos se quedó fuera, esperándolos, como era su deber. Estaba furioso, pero no tardó en darse cuenta de que esa era la razón por la que Numeon no le había dejado acompañarlos.

Los pasadizos del torreón oriental eran profundos y descendían hasta los cimientos de la ciudad de Macragge. Thiel les contó que allí mantenían preso a Barthusa Narek. En la fortaleza había otros muchos prisioneros, pero ninguno llevaba tanto tiempo encarcelado como ese Word Bearer.

—He llamado a Titus Prayto para contarle lo sucedido —les informó Thiel, mientras los cuatro hombres bajaban, en fila india, por sólidos pasillos de piedra y acero—. Aunque tengo el presentimiento de que está al corriente de vuestra llegada. —Lanzó una rápida mirada hacia Var'kir, quien tuvo la cortesía de no negar la evidencia—. ¿Cómo conseguisteis que os lo contara? —les preguntó Thiel, con la mirada puesta de nuevo en el camino.

—Se ofreció sin que tuviésemos que pedírselo.

Thiel asintió en señal de aprobación.

—¿Ya habéis interrogado al traidor? —le preguntó Numeon.

—Claro que sí —contestó Thiel— hasta el punto de que ya no fue necesario.

Var'kir soltó una risotada mientras descendían los primeros escalones hasta llegar a una plataforma con forma de jaula que les ahorraría parte del camino hacia su

destino.

—Para ser un Ultramarine pareces sorprendentemente… emancipado.

—Me lo dicen a menudo.

—Imagino que no siempre será bueno para ti.

—Imaginas bien.

De camino al elevador, Thiel saludó a todos los guardias con los que se cruzaban, quienes le devolvieron el saludo. Todos eran legionarios, pues a ningún otro guerrero se le podría confiar la seguridad de los presos.

Cuando todos estuvieron a bordo, Inviglio activó el elevador.

—Nos ahorraremos una parte del camino —les explicó—, pero la celda de Barthusa Narek está bajo tierra. El resto lo tendremos que hacer a pie.

Numeon no le contestó. Estaba taciturno, pensando en el propósito de reunirse con el vigilator que asesinó a Helon, Uzak, Shaka y Pergellen en Traoris. De la muerte de Pergellen no estaba completamente seguro, pero murmuraba para sí el nombre del legionario Iron Hand como un mantra, tal y como hacía con el de los demás.

—Artellus —lo llamó Thiel, justo cuando el elevador se detuvo con un sonido metálico. Se pudo oír un ruido de cadenas y el metal, tras encajarse, chirriando cuando el transporte tocó suelo firme—. ¡Artellus! —repitió Thiel, con un poco más de firmeza en la voz.

Numeon lo miró.

—Te lo he jurado solemnemente —le dijo el Salamander—. No voy a romper mi promesa. No lo mataré… por ahora.

Inviglio parecía nervioso y no dejaba de mirar a su sargento, en busca de confianza.

—Supongo que eso será suficiente, por el momento.

Inviglio encabezó la marcha y los demás lo siguieron.

Un tramo de estrechos escalones los condujo hacia las profundidades del torreón. Las piedras estaban desgastadas y unos candelabros iluminaban el camino, colgados de las paredes; la luz que emanaba de ellos, titilante, tenía el aire lúgubre propio de la antigüedad. Puede que Narek estuviese atado a un potro o colgando de una horca.

Después de dejar atrás el segundo tramo de escaleras, se oyó una interferencia proveniente del comunicador de Thiel; este se detuvo, les hizo una seña a los demás para que lo imitasen y ordenó a su interlocutor que le informara de la situación.

Escuchó con atención lo que le decían por el intercomunicador mientras el resto esperaba. Cuando Thiel terminó, apagó el comunicador y sacó su pistola bólter.

Inviglio lo imitó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Var’kir.

Numeon desenvainó el gladio que llevaba colgando de la cadera. Ni Thiel ni Inviglio intentan detenerlo; ni siquiera protestan.

—Se ha escapado, ¿no?

Thiel frunció el ceño:

—Hay seis guardias allí abajo —le contestó a Numeon—. Ultramarines. Compañeros, casi hermanos. Ninguno ha contestado.

—Pasa algo más —le dijo Var'kir mientras cogía una maza con el mango en forma de dragón de su cinturón—. ¿No lo hueles?

Se detuvo un momento para que el resto pudiese sentirlo.

—Es sangre.

Inviglio encontró el primer cuerpo. Yacía en un rincón, fuera de una de las celdas más bajas. Lo habían degollado.

Sabía que solo había un arma capaz de infligir una herida de esas características. Se arrodilló junto al cuerpo y buscó, en vano, las constantes vitales del guardia; se dirigió a Thiel:

—Ha sido un Sin Conciencia.

Inviglio ya se había enfrentado a ellos dos veces y parecía que estaba destinado a tener que hacerlo una vez más.

—¿Siempre nos las vamos a tener que ver con esas criaturas? —se preguntó en voz alta.

Thiel no contestó, pero estaba serio. Volvió a guardar su pistola en la funda y, en su lugar, sacó las armas adecuadas para luchar cuerpo a cuerpo: una era una espada larga, forjada con gran precisión, que zumbaba cuando le proporcionaba energía a la hoja; la otra era un gladio pequeño, con la punta afilada, sustituto del que le había entregado a Numeon.

—¿Es un demonio? —preguntó Thiel a los Salamanders de manera inexpresiva —. ¿Está poseído? Eso es lo que significa un Sin Conciencia para los Word Bearers, significa que no tienes alma.

Numeon dio un sutil movimiento de cabeza.

—Yo creo que algunos de sus aliados en Traoris fueron *tocados*. Pero él…, no lo sé.

—Hay más —dijo Var'kir, quien se había desplazado por la sala—. Mirad aquí.

Dentro de la celda yacía un segundo legionario. También estaba muerto, pero sus vestiduras blancas y azules estaban sucias a más no poder. Como el Ultramarine fallecido, el final del World Eater había sido complicado. Las paredes estaban pintadas con sangre y vísceras.

Inviglio se levantó y asió su espada. Cuando observó el cuerpo, el ceño de Thiel se frunció todavía más. Tomó el mando de la situación.

—No os separéis.

Hasta llegar al lugar donde tenían encerrado a Barthusa Narek, había tres celdas más, abiertas; sus ocupantes habían sido asesinados. Uno estaba hecho pedazos, con las extremidades desperdigadas por la sala como la paja en una cosecha sangrienta. Otro estaba colgando de una horca hecha con sus propias entrañas. De la tercera víctima no quedaba más que un gran charco de sangre coagulada.

Los guardias despedazados y asesinados no hacían más que endurecer el horripilante panorama. A algunos, pillados por sorpresa, no les había dado tiempo ni a desenvainar la espada. En el nivel más profundo del bastión encontraron restos de proyectiles de bólter, marcas en los muros y legionarios que habían luchado y perecido en la batalla, en lugar de haber muerto asesinados en sus puestos de vigilancia.

No se había dado la voz de alarma, ni siquiera se había lanzado un aviso. La masacre de la prisión había pasado en cuestión de minutos.

—Todavía hay más —dijo Numeon, mientras se acercaban a la última celda y a Barthusa Narek.

—Yo también lo creo —contestó Thiel, expresando lo evidente.

Un largo pasillo los condujo hasta el agujero más profundo y oscuro del torreón. Había una leve pendiente, por la que se deslizaba sangre lentamente, como si les marcase el camino. El aire estaba cargado, hacía calor, y podían sentir un sabor metálico en sus bocas.

—¿Qué veis? —preguntó Numeon.

—El fin de los interrogatorios a los prisioneros en Macragge —dijo Inviglio.

Thiel redujo el paso de forma casi imperceptible, mientras en su cabeza se formaba una teoría de lo que había pasado.

—Un reguero…

—Que nos lleva hasta la celda de Narek —finalizó Numeon, mientras señalaba con la barbilla la celda del susodicho.

Corrieron hacia allí; las botas pesadas que llevaban puestas resonaban con fuerza contra el suelo del pasillo.

Thiel encontró la celda sin cerrar y murmuró:

—En cada puerta, un nuevo horror…

Después, abrió la puerta de una patada.

Un legionario, con un traje de un carmesí brillante, estaba de pie ante ellos, oculto entre las sombras y con la cabeza inclinada. La interrupción hizo que se enderezase, como si hubiese tenido que finalizar una conversación de forma repentina, más de lo que habría querido; pero no había nadie más en la celda.

—Lo creáis o no —les explicó la silueta—, no quería que esto acabase así.

Thiel dio tres pasos hacia el interior de la celda, despacio, siempre atento a los flancos, en busca de cualquier signo de una emboscada.

—Narek de la Palabra —declaró Thiel, una vez dentro de la celda, con calma, a la espalda del guerrero—. Tendrás que sufrir las consecuencias de tus actos.

Numeon se había desplazado hacia su izquierda e Inviglio hacia su derecha. Var'kir custodiaba la puerta, para evitar que el traidor se escapara.

El Word Bearer levantó la cabeza y Numeon cogió con más fuerza el mango de su gladio.

—Tú no eres Barthusa Narek —le dijo al reconocer la cara del traidor—. ¿Dónde

está?

El Word Bearer frunció el ceño.

—¿Acaso no es esa la pregunta más importante? —expresó Xenut Sul antes de atacarlos.

Xenut Sul era rápido, más de lo que cualquier legionario con una armadura de batalla podría serlo. No obstante, no era un legionario, no en el verdadero sentido de la palabra. Hablando con propiedad, ni siquiera era un hombre.

Thiel dio un salto hacia un lado cuando el Sin Conciencia se acercó hacia ellos, dispersando a los guerreros y estampándose contra Var’kir, lanzándolo hacia el pasillo. Xenut Sul empezó a dar vueltas, sin hacerle caso alguno al Salamander que estaba postrado en el suelo detrás de él, sin poder moverse, y se dirigió a los demás.

Estaba más que claro que Xenut Sul nunca había tenido la intención de escaparse. No había cumplido la misión que se le había ordenado y buscaba un final sangriento.

Xenut Sul comenzó a transformarse. Parecía más grande, más fuerte, su armadura forzándose al límite para contener su gran tamaño. Las uñas perforaron las puntas de sus guanteletes, sobresaliendo como garras del largo de un puñal. Los ojos, que antaño fueron humanos, se convirtieron en dos piscinas insondables de negrura, que brillaban como el aceite a media luz.

Por un momento, los legionarios se quedaron inmóviles…

… hasta que Thiel gritó:

—¡Matad a esa cosa!

Cercenó la mano de Xenut Sul a la altura de la muñeca cuando este la alargó para ahorcarlo, provocando un alarido de dolor del Sin Conciencia. Zarcillos de carne salieron despedidos del muñón, moviéndose con una fuerza antinatural. Uno de ellos se enroscó alrededor de la pierna extendida de Thiel y lo lanzó por la celda. Chocó contra las duras piedras de un muro, creando grietas de ceramita, y quedó tendido en el suelo, con el cuerpo bocabajo. Los otros dos zarcillos golpearon a Inviglio con fuerza en el pecho, como si de un puño cerrado se tratase, provocando que perdiese el conocimiento.

Numeon desenvainó a *Draukoros* y, con el gladio en la otra mano, no se rindió. Su voz resonó en la pequeña celda cuando gritó:

—¡Vulkan vive!

Xenut Sul se echó a reír con un sonido desafinado y molesto que crispó los nervios de Numeon. Mutando con la misma rapidez que su dueño, los zarcillos se habían entrelazado en un gigantesco mazo de carne. El Word Bearer lo mecía como una bola de destrucción, derrumbando algunas partes de los muros de la celda, arrancando trozos de piedra y llenando el aire de polvo. No le dio de lleno al Salamander en la cabeza por poco, porque este se agachó.

Numeon arremetió contra el demonio y se dio de bruces con la dura ceramita. Después de bloquear una estocada de las garras de Xenut Sul, sin perder la posición, embistió de nuevo a la bestia. Encontró un hueco en la armadura que cada vez

protegía menos la musculatura en expansión de Xenut Sul. Separó la piel y la dermis, dejando salir un chorro de líquido vital.

Xenut Sul rugió.

Por lo menos ahora sabían que podían herirlo.

Numeon le clavó el gladio en el pecho al Sin Conciencia y le atravesó el hombro con *Draukoros*. Se hundió mucho, devorando con ansia la carne de Xenut Sul, haciéndose eco de lo que los dientes habrían hecho durante la vida. Numeon hundió la hoja varias veces, como si fuese un serrucho. La armadura estaba salpicada de un repugnante líquido espeso. No era sangre, no podía ser algo tan mundano como eso, sino un sustituto icoroso. Apestaba y amenazaba con abrumar al Salamander con su gran pestilencia.

Era la mácula de la deformación, el hedor de lo que se extendía más allá de lo oculto, la corrupción de las almas de los hombres y la podredumbre de las feroces hazañas hechas a conciencia.

Numeon deseó, con amargura, poseer un lanzallamas para quemar al demonio y devolverlo al infierno al que pertenecía, pero se las podría apañar con la espada.

—Se clava con fuerza, como mi ira —rugió mientras los dientes de la espada chocaban contra los huesos del demonio y esta se quedaba enganchada en su carne.

Enloquecido por el dolor, Xenut Sul levantó a Numeon del suelo y lo golpeó contra las paredes de la celda, ya en ruinas; pero el Salamander no tiró la toalla. Dejó a *Draukoros* bien incrustada, pero consiguió arrancar el gladio con las dos manos y se la clavó a Xenut Sul en el cuello, que tenía a la vista.

Ensartó toda la espada, hasta el mango, en el cuello del demonio, y sus guanteletes quedaron aceitosos y oscuros.

El Sin Conciencia reculó, dando tumbos hacia atrás, y Numeon cayó cuando se desembarazó del agarre de la bestia. Consiguió hacerse con el mango de la espada dentada y, con fuerza, la desencajó de la herida de su enemigo, mientras los afilados dientes se atascaban con la carne endemoniada.

Inviglio se recuperó y levantó la cabeza. Numeon lo vio con su vista periférica, pero el alivio que sintió pronto se convirtió en horror cuando vio que Xenut Sul reaccionó con rapidez. El Sin Conciencia se volvió hacia Inviglio, quien se había entretenido un momento mientras recordaba a Leargus partido por la mitad a bordo del *Sacramento Oscuro*.

Xenut Sul arrancó cualquier recuerdo que le quedaba.

—Un guerrero no se merecía morir así —siseó y le lanzó las garras de la mano que le quedaba libre hacia el pecho desprotegido de Inviglio. El Ultramarine balbuceó y pequeñas burbujas de sangre emergieron de su rejilla facial antes de que se aflojara el agarre de sus espadas y cayese al suelo, con las garras de Xenut Sul atravesando su cuerpo.

Sobrepasado por el deseo de venganza, Numeon se levantó, pero Xenut Sul ya se había anticipado a sus movimientos.

Unos zarcillos se enroscaron alrededor del cuello del Salamander, para asfixiarlo, impidiendo la llegada de aire a los pulmones. Un telón negro inundó su visión antes de que Numeon cortase en pedazos los zarcillos, con un golpe cansado pero certero. Tuvo un par de arcadas, que se convirtieron en bilis que escupió contra el suelo.

El frenético contraataque de Xenut Sul le había dado de lleno. La estruendosa respuesta de *Draukoros*, que se soltaba del agarre de Numeon, anunció el fin.

Habían conseguido herir al Sin conciencia, en el que se podían ver unas heridas muy profundas, pero no estaba muerto. Este hecho no hacía más que aumentar su letalidad: una bestia arrinconada y luchando por sobrevivir.

—¡No me detendré hasta que el último legionario de este agujero esté muerto! —anunció con una voz animal—. ¡No habrá muertes suficientes para saciar mi sed!

A Numeon le salía sangre de la nariz y de la boca, además del terrible dolor que sentía por las muchas fracturas que tenía en las costillas y en el hombro derecho, pero miró fijamente a la cara de su atacante.

La mirada de Xenut Sul era despiadada. Y, a pesar de que su cuerpo y sus extremidades eran monstruosas, en la cara del guerrero todavía podían percibirse los rasgos del hombre que fue en el pasado. Ya no era un hombre, se recordó Numeon, sino un demonio.

Con una mano apoyada en el suelo para poder soportar su peso, Numeon intentó alcanzar una espada con la mano que le quedaba libre. Todavía llevaba a *Basilysk* guardada en la funda, pero en su lugar, sus dedos tocaron la empuñadura del sigilo y lo apretaron con mucha fuerza, como si fuese la soga de su hilo mortal.

En las antiguas creencias, aquellas que precedían la era de la ilustración y el desarrollo científico del Emperador, la superstición dominaba el mundo. Se decía que la fe podía obrar milagros. La fe en algo más grande que uno mismo, algo puro, si se unía a un hombre piadoso, podía convertirse en una espada contra la Vieja Noche.

Numeon no creía en las leyendas del antiguo Nocturne, pero sí que creía en Vulkan y blandía el sigilo del primarca como una llama purificadora.

La importancia del hecho y el momento no pasaron desapercibidos para Numeon, quien gritó, desafiante:

—¡Vulkan vive!

En cuanto vislumbró el sigilo, Xenut Sul se quedó paralizado. Tal y como le había pasado al pobre Inviglio, resultó ser una vacilación crucial.

Tres fuertes golpes resonaron con estruendo en la celda, sacudiendo el cuerpo deforme de Xenut Sul, en el momento en el que los proyectiles reactivos a la masa que chocaron contra él explotaron.

Entre gruñidos por el impacto, el Word Bearer salió del trance para enfrentarse a sus atacantes.

Zytos, Var’kir y los dos Ultramarines de la cárcel portaban unos bólters que apuntaban directamente al Sin Conciencia.

—¡Al suelo! —gritó Zytos.

Con la poca fuerza que todavía le quedaba, Numeon se lanzó hacia un lado cuando una tormenta de proyectiles impactó de lleno en el cuerpo de Xenut Sul. Trozos de carne, huesos y de la armadura de batalla brotaron del cuerpo del demonio. Xenut Sul se tambaleó ante la fuerte descarga pero sobrevivió al golpe.

El aire, cargado de humo y apestando a cordita, transportó la risa socarrona del Sin Conciencia mientras su carne comenzó a regenerarse.

Zytos no se dio por vencido.

—¡Recargad!

Preparándose para el próximo bombardeo de disparos, Xenut Sul se colocó para atacar a los guerreros que, desde el suelo del pasillo, le disparaban.

Thiel se puso en pie.

La larga espada electromagnética crepitó entre sus manos.

—Vamos a intentarlo de nuevo —le dijo a la abominación—. Por Inviglio.

Y hundió la espada en el punto justo donde debería estar el corazón de Xenut Sul.

Una segunda ráfaga de proyectiles golpeó al Sin Conciencia. Xenut Sul se revolvió y bufó, maldiciendo mientras los disparos lo destrozaban.

Cuando cesó la tormenta de balas, Numeon se puso en pie. Estaba herido pero todavía le quedaban fuerzas para acabar lo que había empezado.

—Eres débil —le dijo, con *Draukoros* de nuevo entre las manos— porque eres impuro. Pero no eres capaz de verlo. Déjame que te lo demuestre…

Blandió la espada.

Los ojos de Xenut Sul se abrieron de par en par y su rostro, demasiado humano, se contrajo de miedo en el momento en el que Numeon lo decapitó.

Sin cabeza sobre los hombros, el cuerpo de Xenut Sul se desplomó contra el suelo y cayó hacia adelante.

—Por el trono, menudo bastardo —escupió Thiel, limpiando de sangre la hoja de su espada ya apagada. Evito mirar a Inviglio. No era el primer Marcado de Rojo que perdía, pero siempre le dolía como si le clavasen un cuchillo en el costado.

—Tenemos que asegurar el torreón oriental —dijo Numeon.

—Como si fuera a servir para algo —le contestó Thiel, aunque les hizo un gesto a los dos Ultramarines de la cárcel para que hiciesen caso de la orden de Numeon.

Numeon expresó en voz alta lo que todos los allí presentes estaban pensando.

—Barthusa Narek se ha escapado y no ha sido gracias al enemigo.

CATORCE

Rangos cercanos

Magna Macragge Civitas, «barrio ceniza»

La oscuridad se cernía sobre el salón de las espadas, una negrura absoluta en la que la única fuente de luz eran unas pequeñas lumbres que crepitaban con una discreta llama. Un montón de ceniza gris se acumulaba debajo de los braseros, formados por poco más que astillas de madera y una ofrenda ardiendo. Hasta el aire era negro, lleno de hollín, y se podía sentir el fuerte olor del carbón encendido. El ambiente estaba recargado por el calor; la calima provocaba que las sombras oscilasen y un manto agobiante cubría la habitación al completo.

Había sesenta y seis de los suyos allí presentes, todos apiñados en la penumbra. Encorvados, gigantes en sus placas de color verde intenso, los ojos les brillaban con el fulgor de las ascuas. Tenían la piel más oscura que la arpillera, tan dura como el ónice. Parecía que estuviesen endemoniados, y los habitantes de la ciudad habían tenido la prudencia de mantenerse alejados de ellos.

El salón de las espadas, que antes formaba parte del barrio, y sus alrededores habían pasado a manos de los nacidos del fuego. Los sesenta y seis lo habían reclamado, no mediante la violencia o la intimidación directa, sino simple y llanamente mediante la ocupación y la peculiar naturaleza de sus costumbres.

Varios de los habitantes nacidos en Macragge habían empezado a llamarlo «el barrio ceniza».

Rek’or Xathen le dio una larga calada a su pipa de *rhaga*, exhaló una gran bocanada de humo con olor a hulla y preguntó:

—¿Acaso tenemos una nave?

—La *Caribdis* nos espera en el puerto.

La dura mirada de Xathen encontró a Gargo entre la multitud de Salamanders. Frunció el ceño, remarcando, sin querer, la cicatriz que le cruzaba la cara de un costado al otro. Xathen era un Piroclasta, uno de los pocos que quedaban. Antes de la

masacre, era volátil; ahora, siempre estaba al borde de la erupción, o al menos así lo afirmaba Var'kir.

—¿Ese pedazo de *sked*? Es un milagro que haya conseguido llegar de una pieza desde Isstvan V. ¿Cómo vamos a conseguir atravesar la Tormenta de Ruina?

Igen Gargo tenía una buena mata de pelo blanco como el alabastro. Una franja de una fina barba le recorría el rostro hacia el mentón. A pesar de su baja estatura, era muy fuerte y tenía las espaldas anchas de un herrero. Cuando se cruzaba de brazos, parecía más robusto e impresionante.

—La nave está en buen estado —le explicó— y tiene un gran capitán. Adyssian me ha asegurado que aguantará el viaje y yo creo en su palabra.

Xathen resopló, sin mostrar ni una pizca de asombro.

—Pasas demasiado tiempo con los humanos.

—Somos hermanos, Xathen —le recordó Var'kir, reprochando con suavidad al veterano—. Y, o confiamos en ellos, o no confiamos en nadie.

La negra armadura de Var'kir casi se confundía con su cuerpo, por lo que era casi invisible a ojos de los demás: lo único que quedaba a la vista eran las ascuas en llamas de sus ojos rojos y la mata de pelo que le dividía el cráneo. Parecía cansado tras su reciente encuentro con Xenut Sul, el Sin Conciencia.

—¿Lo has visto en las llamas, capellán? —le preguntó Gargo, feliz de poder escuchar una premonición.

Ese tipo de prácticas apenas se seguían celebrando, ni siquiera en la religión esotérica prometeana. Eran pocos los que habían pensado mantenerlas en la galaxia laica que el Imperio había intentado establecer.

Sin embargo, no hacía mucho tiempo que la superstición y las viejas fórmulas estaban recuperando su fama y popularidad.

—No —admitió Var'kir, al que se le ensombreció el rostro—, pero me he perdido muchas cosas últimamente.

Esa vez, la frustración por la fuga de Barthusa Narek se marcó con dureza en el rostro del Salamander.

Había un asiento vacío en la mesa, faltaba alguien importante. Ninguno de los que estaban reunidos en el salón de las espadas miraba hacia allí, ni siquiera cuando la persona que estaba al lado del asiento vacío se puso en pie.

Zytos apoyó las manos enfundadas en sus guanteletes sobre la dura madera barnizada, y la mesa crujió bajo su peso, a pesar de la aparente solidez del mueble.

—Escuchad —dijo Zytos, un sargento por rango, pero que significaba mucho más para los supervivientes que se reunían en aquel salón y que habían luchado en Ultramar—. Var'kir tiene razón. Tenemos pocos aliados, lo sabemos. Vulkan ya no está, el traidor ha huido… No hay nada que nos haga quedarnos en Macragge. —La luz de las llamas iluminó los duros rasgos del muchacho, similares al ébano, y remarcaron su juventud y el poco pelo que le quedaba en la cabeza—. Somos los Pyre Guards y tenemos que sobrevivir… por Vulkan.

Las palabras de Zytos provocaron que el resto de los presentes comenzasen a murmurar. Para sorpresa de muchos, Xathen no se pronunció, con la mirada ardiente fija en Zytos, mientras le escuchaba.

—Yo confío en Igen Gargo y en su palabra de que la *Caribdis* está preparada. Ya he conocido a Kolo Adyssian y creo que es un hombre honrado y valiente. No podríamos pedir un capitán mejor. Además, Far'kor Zonn está de acuerdo conmigo.

En ese momento, Zytos se volvió hacia el techmarine, quien asintió con la cabeza y con un movimiento colocó el gyros en su cuello mecanizado, entre zumbidos.

—Pues no tenemos más que tomar una decisión —afirmó Zytos, lanzando una mirada a toda la sala, que estaba en la penumbra—. Podemos quedarnos y pasar a formar parte de la nueva cruzada de Guilliman…

—Un cargo político, y poco más que eso —bufó Xathen, pero muchos de los presentes coincidieron con él—. No quiero ver a los Salamanders supervivientes formar parte de una propaganda simbólica para Macragge.

—Yo tampoco —dijo Abidemi.

—Ni yo —se hizo eco Dakar.

Más personas se les unieron. Los únicos que permanecieron en silencio fueron Var'kir y Zonn.

Zytos asintió ante la repentina oleada de opiniones, satisfecho, comprometido.

—Pues nos marchamos y nos unimos a quienquiera que todavía luche por el Trono más allá de las fronteras de Ultramar.

—Tenemos una tercera opción —dijo Var'kir, mientras el alboroto de voces, sedientas de venganza, se iba apagando.

Todas las miradas se posaron en él, brillando en la oscuridad.

—Nocturne —afirmó.

Xathen frunció el ceño: su ímpetu por castigar a los traidores se estaba acercando a la agresividad, incluso contra sus hermanos.

—¿Nocturne? ¿Un viaje tan peligroso como ese, con una tormenta así? Quiero morir en batalla, no a bordo de una vieja nave de guerra intentando volver a casa.

—Por Vulkan —repitió Var'kir, y el estado de ánimo de la habitación volvió a decaer en un ambiente lúgubre.

—Vulkan ya no está —dijo Xathen, tan afectado por la muerte de Vulkan como el resto de los presentes, pero decidido enfrentarse a ella con ira y reproches—. Ceniza y humo, tú mismo lo has dicho, capellán.

—Numeon lo cree —le espetó Zytos, convirtiéndose en el centro de atención de la ira de Xathen.

—Todo lo que sé de Artellus Numeon es que en el pasado fue un gran guerrero.

Cargo interrumpió a Xathen, hablando entre dientes:

—Todavía lo es, hermano. —Hizo una mueca y, de repente, se cogió el hombro.

—Aún te duele, ¿no? —dijo Xathen, incapaz de contener su innata agresividad—. Pero todos perdimos algo en Isstvan, ¿verdad?

Algunos de los presentes asintieron ante las palabras de Xathen. Gargo desvió la mirada del Piroclasta y asumió el golpe.

—Numeon es nuestro líder, a falta de uno —afirmó Var'kir, volviendo al asunto del que estaban hablando. Le lanzó una breve mirada a Zytos, que parecía un poco decaído.

—Un líder que no quiere liderarnos —le replicó Xathen. Moviendo los brazos, hizo un gran gesto hacia el resto de los presentes—. Y ¿dónde está? Estamos reunidos, intentando decidir el mejor futuro para nosotros, y no está aquí ni se sabe dónde se encuentra. Solo tenemos un asiento vacío para recordarnos su ausencia.

Igen Gargo se retiró de la discusión. Se oyó un murmullo de voces de disconformidad, cada vez más bajo, hasta que la habitación quedó en silencio.

Ni siquiera Zytos tenía una contestación para las palabras de Xathen. A pesar de que era un honor poder liderar a sus hermanos, y una parte de él lo echaría de menos, se alegró cuando Numeon regresó para vestir el manto caído del líder de la legión.

A Var'kir todavía le quedaban fuerzas para enfrentarse al veterano Piroclasta.

—Está llorando la pérdida del primarca, Xathen. Eso es lo que está haciendo. Llorando a los muertos.

QUINCE

Causas perdidas

Magna Macragge Civitas, Jardines del Recuerdo

Var'kir los llamaba «jardines», pero Numeon no encontraba en ellos signo alguno de belleza. Entre el demonio contra el que había luchado en el interior del torreón oriental y el panteón conmemorativo vacío en el que se suponía que debía descansar su padre, apenas encontraba belleza en los rincones de la ciudad de Macragge.

En vez de belleza, observó el granito y el frío mármol que había al otro lado del espeso territorio lúgubre de oscuridad, decorado con orquídeas negras y lirios blancos. La paz interior era un asistente poco usual en semejante auditorio de tristeza y dolor. Había tumbas y mausoleos desperdigados por todos lados y se podían vislumbrar grandes estatuas, cubiertas para siempre con una armadura fúnebre que se mantenían firmes en sus momentos más elevados de gloria consumida.

Un viento helado sopló allí donde habitaba la muerte, alterando tras su paso las zanjas pedregosas por las que corría un agua helada. El alma de Numeon se entumeció y el viento se le clavó en el corazón, congelado.

—No soy más que un fantasma —les murmuró a los espectros—. Aquí, de pie y solo, ante vuestras sombras alargadas.

—Palabras deprimentes para un lugar deprimente —profirió una voz grave, sibilante.

Numeon desenvainó su espada:

—¿Quién anda ahí? —preguntó, al mismo tiempo que recordaba las palabras de Thiel sobre los dobles y los renegados a las afueras de la ciudad.

Una gran figura, fuerte, emergió de las tinieblas, tan sombría e intimidatoria, con su negra armadura, como cualquier estatua cincelada que se pudiese encontrar en ese lugar. Podría confundirse con una de ellas.

—Soy Lion El'Johnson.

—Os conozco —le contestó Numeon, bajando su espada—. El León, primarca de

los Dark Angels.

Los ojos caídos del León, enmarcados por una larga melena rubia, se clavaron en Numeon. El primarca se acercó al Salamander, con el semblante inescrutable, como su actitud.

Le ofreció la mano, envuelta por el guantelete.

—Consideremos esto una presentación oficial —le dijo el León—. Quería hablar a solas con el señor de la Legión de los Salamanders.

—No pretendo ostentar ese título.

—Solo tú puedes ostentarlo, capitán.

—Pues no lo quiero. ¿Qué queréis de mí, señor?

El León dejó caer la mano, con una expresión indescifrable en el rostro.

—Solo tus oídos —contestó, dando un paso atrás hacia la oscuridad.

Una gigantesca espada con la empuñadura alada le colgaba de la espalda, dentro de su funda, por suerte.

—Son todo vuestros —dijo Numeon, un poco preocupado.

—No estás de acuerdo con las leyes por las que se rige Macragge, ¿verdad, Numeon?

—Ahora mismo no me interesan lo más mínimo. He venido aquí para estar solo.

—¿Con tu dolor? ¿Con tu ira?

—Con ambos. Con ninguno. ¿Qué más le da al primarca de los Dark Angels?

—Me intriga, nada más. Cara a cara con un legionario que anhela volver a su mundo, me pregunto, Numeon, ¿qué se siente?

—Desesperación, asfixia. ¿Era esa la respuesta que esperabais?

—No —admitió el León—. ¿Lo único que te apremia es la simple atracción de Nocturne, o hay algo más?

—¿Me estáis preguntando si hay algo que provoca mi partida de Macragge?

El León se detuvo un momento para pensar en la pregunta que le acababa de hacer Numeon:

—No exactamente. No en Macragge.

—Entonces os referís al ideal de lord Guilliman.

El León no contestó, pero Numeon de repente sintió que lo estaba poniendo a prueba. El Salamander entrecerró los ojos y siguió hablando:

—No estáis de acuerdo con ese ideal. —De nuevo, el León guardó silencio—. No quiero convertirme en un instrumento político de lo que sea que esté pasando aquí. En ese aspecto soy hasta menos tolerante que el sargento Thiel.

—Muchos opinan como tú —pronunció el primarca, al fin—. Algunos dicen que nos apresuramos al abandonar Terra. Yo creo que tú tampoco eres de los que renuncian a algo fácilmente. A veces, nuestras causas perdidas son lo único por lo que debemos luchar.

Numeon soltó una risita, corta pero llena de resentimiento.

—Mirad a nuestro alrededor, señor. Estamos rodeados de tumbas. ¿Creéis de

verdad que he venido aquí porque tengo fe en las *causas perdidas*?

El León meneó la cabeza y le contestó:

—No pretendo faltarte al respeto, pero ten presente con quién estás hablando.

La advertencia se pudo notar en su voz, agravada por la cota de malla y la placa que llevaba puesta y por la gran espada que llevaba colgada a la espalda. Sobre el manto forrado que engalanaba sus hombros había unas sombras bastante profundas que indicaban la naturaleza enigmática y caprichosa del León.

Por primera vez desde que comenzaron la conversación, Numeon tenía razones para preocuparse.

—He venido para llorar la muerte de mi padre —le explicó, arrepentido—. Para buscar un poco de paz.

León hizo una reverencia y le contestó:

—En ese caso, no te molestaré más. Pero recuerda lo que te he dicho, Numeon. Ninguno de nosotros abandonará sus causas.

—Y ¿qué pasa con Caliban?

Un ligero escalofrío de malestar recorrió el rostro del León, con tanta rapidez y de una forma tan sutil que casi podría haberla producido la imaginación de Numeon. Casi.

—Llora por mi hermano Vulkan, como yo debería hacerlo —le dijo el primarca, caminando hacia la penumbra y hacia las profundidades de la arboleda de los jardines—, pero no esperes encontrar paz.

Su voz estaba cargada de resentimiento, pero antes de que Numeon pudiese preguntarle el porqué de su actitud, el León se dio la vuelta y su larga capa revoloteó a sus pies mientras caminaba. Entonces desapareció en la oscuridad.

Numeon se quedó allí, de pie y solo, durante unos minutos. No se había dado cuenta de lo rápido que le latía el corazón. El encuentro con el León había sido inesperado y perturbador a partes iguales. Numeon se descubrió a sí mismo preguntándose por las intenciones ocultas del Dark Angel. Sus palabras parecían ciertas.

«A veces, nuestras causas perdidas son lo único por lo que debemos luchar», se dio cuenta Numeon.

Le vino a la cabeza el propósito de su visita a ese lugar, el dolor y la angustia que sentía. Tras mucho tiempo negándolo, al final había llegado a aceptar la verdad irrefutable.

Vulkan se había ido para siempre.

Su padre no había dejado su ataúd para caminar de nuevo entre los vivos; su cuerpo se había convertido en las cenizas de las que había sido creado. Hasta su asesino había logrado escapar de las cadenas que lo retenían de una forma inexplicable y, a pesar de todas las promesas que había pronunciado Guilliman y que Numeon había escuchado en boca de otros, el Salamander no albergaba ni la más mínima esperanza de que Barthusa Narek fuese arrestado. Con Sanguinius y el León

de su parte, el señor de Macragge estaba más centrado en construir su máquina de guerra, en su legado y en el segundo frente de Ultramar, que en los traidores huidos, aunque se tratase de un traidor tan importante como el vigilator.

Sin esperanza, no había venganza.

—Me lo han arrebatado todo —siseó, con amargura.

¿Debería ir en busca del León y hablar un poco más con él? Por el momento, no estaba preparado para una conversación de tales magnitudes. Necesitaba tiempo.

Numeon atravesaba un puente decorado con hiedras que se enroscaban en la piedra cuando halló ante sí una escalera de basalto negro, que subía hasta una meseta de piedra. En el centro de la meseta había una piedra conmemorativa. En ella se podían verse grabados los nombres de aquellos valientes que habían perecido en Isstvan V. Quedaban muchos huecos, muchos nombres por escribir y muchas muertes que todavía estaban sin confirmar.

Cerca del primer monumento a los caídos, se alzaba una gloriosa estatua de oro de Ferrus Manus, primarca de los Iron Hands.

Tallado con cierto aire beligerante, asía un martillo en la mano extendida y la sostenía en lo alto, como si desafiara a los cielos. Representado con una exactitud alarmante, su blindaje de batalla casi rebasaba la piedra por su autenticidad. El artista le había esculpido unos rasgos adustos a la Gorgona: una expresión firme, desafiante, que animaba a todos aquellos que la contemplaban a no sentirse humillados ni siquiera por su imitación. Los ojos muertos, vacíos del infame mal genio del primarca, se clavaron en Numeon.

El Salamander decidió que era un epitafio desolador que no hacía justicia al formidable guerrero.

Pero ¿de qué otra forma se podía recordar a los muertos, si no era aprisionando su esencia en una piedra? Semejante vejación habría desatado la ira de Ferrus Manus.

Numeon soltó una risa lúgubre imaginándose la reacción del difunto. Después, miró detrás de la estatua, hacia los Jardines del Recuerdo.

En ellos, el follaje cedía el paso al oscuro mármol. En esa planicie, falta de luz, no brotaba ni una hoja ni crecía un solo árbol, únicamente podían verse columnas de coronas de cráneos que habían emergido del suelo como tumores. Se erigían unas pocas estatuas a su alrededor: algunas descansaban sobre sus tumbas; mientras otras se mantenían en pie, con arrogancia, sus cuerpos interfiriendo en la tierra que tenían bajo sus pies.

A medida que Numeon se alejaba de la estatua, bajando de la meseta para caminar entre las estructuras de mármol oscuro, se encontró de lleno con su dolor.

Cayó de rodillas, como si le hubiesen dado un golpe, y lloró por su difunto padre, asesinado. Nadie lo vería, pues estaba solo en compañía de su tristeza.

En su imaginación ardía una gran hoguera; en ella estaba Vulkan, quien al fin volvía a las llamas.

—Brasas —bufó Numeon, recuperando la compostura pero todavía con una

rodilla hincada en el suelo y la cabeza inclinada con disgusto—. Eso es todo lo que somos y es en lo que nos convertiremos cuando llegue nuestro fin.

Numeon encontró la determinación que necesitaba para levantar la cabeza y reparó en una de las estatuas, que lo estaba mirando desde las sombras. Sentada con gesto adusto en un trono de mármol colocado sobre una base llana, la estatua le resultó familiar al Salamander.

Se levantó, forzando la vista para intentar ver en la oscuridad, pero la estatua estaba demasiado lejos como para poder distinguir los detalles.

Numeon se acercó a ella, sus botas blindadas resonaban contra el mármol, pero no oía el sonido que producían. Todos sus sentidos estaban puestos en la figura sentada en el trono.

A medida que se acercaba, se dio cuenta de que la estatua llevaba algo pegado al pecho y, cuando llegó ante ella, vio lo que sobresalía del torso de la figura.

Numeon se quedó sin palabras y se le abrieron los ojos como platos; los labios del Salamander intentaban formar palabras, pero les fue imposible conseguir tal hazaña. Antes de caer de nuevo de rodillas contra el suelo, logró articular una única palabra:

—Padre…

DIECISÉIS

Lazos intensos

Crucero Monarchia*, sagrario*

La separación era dolorosa. Los rituales de sangre hacían mella en el cuerpo, de una forma rudimentaria con la que no se apreciaban las complejidades de su metafísica: así era cómo *funcionaban*.

Quor Gallek había perdido gran cantidad de sangre en pos del Sin Conciencia cuando este se desvaneció. No había sido una comunión de verdad, pues semejante proeza se le escapaba de las manos hasta a un apóstol oscuro tan dedicado y con tanta habilidad como él, sino una infinita conciencia latente. Durante el pago del diezmo, habían compartido varias revelaciones.

Barthusa Narek se había fugado. Una «parte interesada» lo había liberado por razones que todavía desconocían. La identidad de esos supuestos aliados también era un secreto. Por desgracia, el paradero de Barthusa Narek en Macragge también les era desconocido.

Antes de desaparecer, Xenut Sul le había revelado otro secreto.

Contra todo pronóstico, hacía poco tiempo que Vulkan había llegado a Macragge.

De cuerpo presente, ahora su cuerpo del color de la obsidiana actuaba como una funda para la fulgurita.

—Xenut Sul —murmuró Quor Gallek, limpiándose la sangre de la nariz y escupiendo un pequeño esputo color carmesí—, debes de haber hundido mucho las garras en su cuerpo.

Siendo el prisionero de Xenut Sul a bordo del *Demagogo*, el capitán de los Salamanders se había enterado y había revelado muy pocas cosas. En Macragge, después de que el Sin Conciencia hubiese destrozado sus defensas mentales, Numeon había demostrado ser mucho más útil.

Xenut Sul dejó todo eso en manos de Quor Gallek antes de que su ancla al plano mortal se desenganchase y se soltase por completo. Un pacto con el demonio: Xenut

Sul quería que Quor Gallek lo encontrase y arrancase su esencia incorpórea del éter.

—Tendrás que esperar, mi malvada criatura —siseó Quor Gallek, mientras se levantaba.

Barthusa Narek también tendría que esperar. Sabía dónde estaba la fulgurita; hasta había visto un testamento indirecto en su poder. En ese momento, todo lo que tenía que hacer Quor Gallek era conseguirla.

De pie en la oscuridad de la habitación del diezmo, alzó una mano, que todavía le temblaba, hasta el comunicador.

—Capitán —dijo—, llévanos hasta los límites de los monitores de Macragge y activa el sensorium de barrido.

La áspera voz del capitán del *Monarchia* llegó a sus oídos en forma de pregunta.

—*¿Qué estamos buscando, maestro Quor Gallek?*

—Una gran nave —le contestó Quor Gallek—. Salamanders Con una carga única.

DIECISIETE

Símbolos

Magna Macragge Civitas, fortaleza de Hera

Numeon se encontraba de pie en una de las antesalas de audiencia del praetorium. No parecía que hubiese pasado mucho tiempo desde aquel momento en el que ni más ni menos que tres primarcas lo habían recibido en una de esas antesalas. En esa ocasión tampoco estaba solo, pero ahora le acompañaban Barek Zytos, Rek'or Xathen y Phaestus Var'kir.

Hasta el momento, eran las únicas cuatro personas en la gran habitación de techo abovedado.

Xathen soltó un silbido:

—Grandioso —murmuró, contemplando el espectacular fresco del techo, los adornos de las columnas, de los estandartes y de los tapices. Eran una obra de arte, a pesar de que un poco de ese arte había desaparecido de la ciudad en la última política de austeridad implantada en Ultramar, mientras Guilliman recuperaba su antiguo imperio—. Cada baldosa ha sido colocada para recordarnos la supremacía de la XIII Legión. ¿Toda la fortaleza de Hera luce así?

—¿Me he equivocado al pediros que me acompañarais? —preguntó Numeon a Xathen, sin despegar los ojos de las grandes puertas que daban al vestíbulo.

El señor de Macragge llegaba tarde.

—Hay lores en Nocturne que habitan en residencias más pequeñas que esta antesala —contestó Xather.

Numeon no miró al Piroclasta mientras hablaba.

—¿Tengo que repetir mi pregunta, sargento?

Xathen resopló, arrepentido y compungido. Levantó la mano en un gesto de sumisión.

—No, no te has equivocado al traernos a este encuentro, hermano capitán.

—¿Quiénes somos?

—Los sesenta y seis —contestó Xathen.

—Los Pyre —afirmó Var'kir.

—Los Salamanders —dijo Zytos, y apoyó una mano sobre el hombro de Numeon, para tranquilizarle. Este se volvió hacia él y lo miró—. Estamos juntos en esta batalla. Vulkan está con nosotros. Tú estás con nosotros, Numeon. Ha llegado el momento de que volvamos a casa.

Numeon asintió y le dio las gracias a su hermano por el apoyo que le ofrecía. Estaba a punto de decir algo cuando las puertas de la antesala de audiencias se abrieron de par en par.

Roboute Guilliman entró solo. Llevaba puesta una armadura azul cobalto, el uniforme tradicional de los Ultramarines. De la ancha espalda le colgaba una larga capa carmesí con ribetes de piel, hechos con el pelaje de alguna bestia de Konor. La ultima bañada en oro adornaba con orgullo el pecho de Guilliman. No poseía muchas armas, salvo por la pistola bólter de gran calibre que llevaba en el lado izquierdo y un gladio de hoja pequeña que cualquiera que no fuese un primarca utilizaría como espada. Eran dos objetos que Guilliman no utilizaría en una batalla pero que, dadas las últimas circunstancias, eran una precaución más que necesaria.

—Capitán Numeon, legionarios de la XVIII Legión —saludó Guilliman con efusividad, aunque la seriedad que se reflejaba en su mirada parecía indicar que esa noche tenía otros asuntos en mente—. Me alivia mucho ver que lord Vulkan ha vuelto con nosotros y os juro que haremos todo lo que esté en nuestras manos para averiguar cómo ha sucedido esta desgracia.

Era bastante más alto que los Salamanders, en otro tiempo un rey guerrero de Macragge, que se dignaba a mostrar empatía hacia sus siervos.

—Mis consejeros me informan que al martillo de ceremonias del primarca todavía le quedaba energía suficiente para teletransportarse.

—Esa puede ser una explicación, milord —le contestó Numeon.

Guilliman asintió, no para demostrar su acuerdo, sino evaluando la actitud del Salamander para tomar una decisión.

—Sí que lo es. De todas formas, me alegra que mi hermano vuelva a estar entre nosotros.

—Aunque el causante de su muerte no lo esté. —Los ojos de Numeon ardían, y podía verse en ellos la ira reprimida que sentía el Salamander, aunque intentaba tener siempre presente dónde se encontraba. Además, recordaba las palabras del León.

Guilliman observó a los demás y se topó con un comportamiento similar al de Numeon. Su mirada se oscureció.

—Lamento mucho lo sucedido. Hemos hecho todo lo que hemos podido para apresar al traidor Barthusa Narek. Os ofrezco mis sinceras…

—Disculpadme, señor —lo interrumpió Numeon—, pero eso ya no importa.

Guilliman entrecerró los ojos y no pudo seguir ocultando la molestia, que aumentaba poco a poco.

—Y ¿eso por qué?

—Como ya he dicho antes, nos marchamos. Vulkan ha vuelto y vuestra ciudad ya no es segura. Mis hermanos y yo os agradecemos que nos hayáis acogido, pero nuestro padre debe volver a nuestro mundo.

Guilliman frunció los labios. Miró al resto de Salamanders, que esperaban en silencio, y después se dirigió de nuevo a Numeon.

—¿Podría pediros algo muy sencillo antes de que toméis una decisión?

—Ya está tomada, mi señor. Cuando un Salamander ha decidido algo, ya no hay vuelta atrás. Por eso nunca se puede poner en duda nuestra lealtad.

—Y jamás lo haría, pero, por favor, Artellus… permíteme que hablemos a solas un momento.

Numeon analizó el adusto rostro aristócrata del primarca durante unos segundos y asintió.

—Está bien.

En silencio, Guilliman condujo a Numeon hasta una auténtica antesala de la fortaleza. Dentro, la estancia estaba provista de tupidos tapices, varios asientos que debían de ser muy cómodos y estanterías atestadas de pergaminos. Con una simple ojeada se podían descubrir mapas, libros de historia, viejos avances científicos, filosofía y cultura y arte de Macragge. No había un solo pergamino que tratara sobre tácticas militares, armas o guerras.

—¿Dónde estamos? —preguntó Numeon, caminando hacia el centro de la habitación mientras Guilliman se acercaba a una de las paredes para contemplar las vistas a través de un gran ventanal que ocupaba casi todo el muro, orientado al sur.

—En un refugio —le contestó—. Quiero salvarlo todo antes de que desaparezca para siempre.

Numeon frunció el ceño:

—¿Tenéis que destruirlo?

La voz del primarca sonó con un profundo tono de tristeza, traicionando al guerrero y al estadista que aparentaba ser.

—Sí.

Numeon se acercó a él. Miró por el gran ventanal, desde el que se podía contemplar el castrum y, más allá, el resto de la ciudad. La alta atalaya de la fortaleza de Hera tenía unas vistas casi esperanzadoras que cortaban la respiración.

—Las vistas son preciosas, ¿verdad?

Numeon no pudo contradecirle:

—Nocturne está llena de maravillas —le dijo al primarca—, pero son salvajes, magníficas. No se parece a Macragge.

Guilliman se volvió para quedar de frente al Salamander, bajando la vista, aunque la expresión de su rostro y el tono de voz que empleó quisiesen indicar que estaban hablando de igual a igual.

—La belleza del entorno, Artellus; eso es lo que trato de proteger. No puedo sacar fuerzas de flaqueza para anunciar una situación tan atroz. Ya es bastante difícil aceptar el posible destino de Terra, pero, aun así, me tengo que preparar para lo que pueda pasar. —Hizo un gesto hacia las vistas de la ciudad—. ¿Qué ves?

Numeon veía esplendor e industria. Veía a los muchos millones de habitantes de Macragge y los logros vanidosos de un imperio poderoso, una ciudad renacida gracias al golpe que asestó un grupo de traidores.

—Veo Macragge. Ultramar. La corona de un imperio glorioso.

—¿Ves lo que yo veo?

Numeon sacudió la cabeza.

—Mira de nuevo. Fíjate más —le dijo Guilliman.

Numeon volvió a contemplar la ciudad y, al principio, las vistas eran las mismas. Pero, tras unos momentos de atención, se descubrió ante sí una visión diferente. Los trabajadores habían reconstruido las columnatas de decoración y las habían transformado en baluartes blindados, o las habían echado abajo para crear carreteras por las que circulaban tanques y demás vehículos de guerra. Habían ampliado los campos de aterrizaje para que cupiesen flotas cada vez más numerosas de cañoneras. Habían asegurado las torres con metal y emplazamientos de cañones. Los factorums echaban humo y los herreros trabajaban a destajo en la fabricación de material bélico. En la Plaza Marcial, una gran cohorte de legionarios se entrenaban. En cada calle y en cada avenida había guerreros de azul cobalto patrullando puertos y plazas, con las pistolas bólter afianzadas en el torso.

—Según mis cálculos, tengo en mi poder al ejército más grande de todas las Legiones —le explicó Guilliman, y la tristeza de su voz dio paso a la seguridad—. Tengo a dos primarcas de mi lado y aquí, en mi ciudad, con gran parte de sus leales guerreros; además, estoy convirtiendo a mi amada Macragge en una fortaleza. Y, a pesar de todo eso, todavía no sé si será suficiente.

—Estáis intentando convencernos de que nos quedemos —le dijo Numeon, sin rencor.

Como muestra de respeto hacia el Salamander, Guilliman no trato de ocultar la verdad:

—Sí.

Numeon lanzó un largo suspiro de estremecimiento:

—Creí que lo tenía claro, pero ahora tengo mis dudas —le confesó al primarca.

La franqueza con la que Guilliman le había hablado contrastaba mucho con la sutileza y la retórica interpretativa del León. A pesar de la gran diferencia entre ambos, los dos eran muy inteligentes, a su manera.

—¿Sabes qué nombre me pusieron después de que esos bastardos llegasen e intentasen acabar con nuestra vida en Ultramar? El Hijo Vengador. Me gusta. Me pega, pues te juro que nos vengaremos por tu padre, por mi hermano. No descansaré hasta que todo el mal que nos han hecho, a todos nosotros, haya sido enmendado. He

vuelto a formar mi imperio, con Sanguinius en el trono.

Numeon empezó a reírse. Era una carcajada triste, sutil.

—¡Qué diferentes son los sueños y las ambiciones de Ultramar de los de Nocturne! No nos parecemos en nada…

—Quedaos, Artellus —le imploró Guilliman—. Quedaos y formad parte de esto. Quedaos aquí, en Macragge, donde os necesitamos.

—Xathen ha dicho que no serviremos más que como propaganda.

Guilliman esbozó una sonrisa triste:

—Puede que sea inteligente por su parte no confiar en nosotros con tanta facilidad.

—Las heridas de Isstvan son profundas —dijo Numeon, como si esa fuese la única respuesta que tuviese que darle.

—Seríais un símbolo. De unidad, del objetivo que tenemos en común. Del Imperium Secundus.

—No puedo —dijo Numeon tras una pausa, mientras se alejaba del portal—. Debo llevar a mi padre de vuelta a Nocturne.

—Puedo impedirlo —le dijo Guilliman, aunque la amenaza carecía de verdad alguna.

—Sabéis que para evitar nuestra marcha tendríais que tomar las armas.

—Entonces, ¿estás seguro?

—¿De qué?

—De que Vulkan vive. Yo veo un cuerpo, no a mi hermano. Ya sea una anomalía del teletransporte o no, no creo que se levante de entre los muertos y se pasee por los Jardines del Recuerdo para que tú lo encuentres allí, Numeon.

Antes de marcharse de la habitación, Numeon miró por última vez al primarca a la cara.

—Esa es una de nuestras diferencias, milord. Me gustaría tener vuestra bendición para que los sesenta y seis nos marchemos de Ultramar, pero no la necesito.

—La tendréis, así como una escolta hasta las fronteras del sistema.

—Con vuestra autorización para que partamos bastará.

Guilliman asintió, con resignación:

—Pues que así sea.

DIECIOCHO

Objetivos

Magna Macragge Civitas, puerto de Hera

Estaba llena de cicatrices. Jamás utilizarían adjetivos como «hermosa» o «majestuosa» para describirla. La guerra la había marcado por y para siempre, como al resto de nacidos del fuego. A pesar de sus imperfecciones estéticas, la *Caribdis* tenía un gran punto a su favor: era indestructible. Pocas fueron las naves de la XVIII Legión que consiguieron escapar de las atrocidades cometidas en Isstvan. Muchas acabaron destrozadas durante las primeras salvas de la batalla, cayendo por la atmósfera, como cometas infernales. Otras fueron destruidas durante la nefasta huida, para escapar de la destrucción total.

Los armazones de las naves caídas adornaban la negra arena de Isstvan, o flotaban como grandes espíritus en la atmósfera superior, justo por encima de la influencia gravitatoria del planeta.

Pero lo más importante de la *Caribdis* no era su gran tamaño o el inmenso poder de su abundante arsenal, sino el hecho de que era una superviviente. Los laterales de la nave estaban llenos de marcas y de abolladuras. Podía verse un sinfín de quemaduras en la parte posterior de la nave; habían sellado una y otra vez los boquetes del casco, para después utilizar trozos de blindaje y remendarlos. La nave estaba calcinada y había sido abatida, apaleada y destrozada, pero había sobrevivido.

Igual que su legión, la *Caribdis* había sobrevivido.

Numeon esperaba en el puerto de Hera al vehículo que lo trasladaría a la nave. En una transmisión pictográfica, pudo ver a los visioingenieros de la nave conducir a un montón de servidores por los dañados laterales de la *Caribdis,* mientras ultimaban detalles antes de la partida.

—Es una nave bastante fea —dijo una voz a sus espaldas, que Numeon reconoció.

—Creo recordar que decliné la oferta de lord Guilliman de que nos escoltasen —

contestó con una sonrisa mientras se daba la vuelta.

Thiel se echó a reír, pero su buen humor duró muy poco.

—Solo estoy aquí para ver cómo os marcháis y para deciros que muchos de nosotros nos iríamos con vosotros. No soy el único.

Numeon levantó la mirada y contempló la oscura bóveda celeste, como si pudiese ver la gran cantidad de naves que entraban y salían de Macragge, cada una embarcada en su propio viaje, aunque ninguna se dirigía hacia un destino tan lejano como el de ellos.

—Sesenta y seis de nosotros nos enfrentaremos a la tormenta en una colosal nave. Sería poético si el viaje no fuese tan peligroso, pero tienes razón.

—¿En qué?

Numeon se volvió y quedó de cara a Thiel:

—Es fea.

Thiel asintió.

—Si todavía queda algo de buena suerte en la galaxia, espero que os acompañe, Artellus. Mentiría si dijese que creo, como tú, pero el hecho de que no dejes de creer me devuelve las esperanzas.

Para despedirse, en lugar de darse la mano, se cogieron del antebrazo, como lo hacen los guerreros.

—Gracias, Aeonid. Me has salvado la vida y me has ayudado a reunirme con mi padre. Tengo una deuda contigo que jamás podré pagar.

—Vuelve a Nocturne, acaba con esto y haz que mi fe en ti haya servido para algo —le dijo Thiel—, y entonces estaremos en paz.

Numeon hizo un movimiento con la cabeza en señal de aprobación. Llegó un mensaje del comunicador de la pista de aterrizaje, que anunciaba que el vehículo ya había llegado.

—Creí que Guilliman te había enviado para convencerme de que nos quedásemos —confesó el Salamander.

—Y así fue —le contestó Thiel—, pero si mi primarca no ha conseguido convencerte, nada de lo que yo pudiera decir lo hará.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó Numeon, volviéndose un momento, mientras el suave zumbido de las turbinas de los motores se apagaba. Se acercaban tres figuras oscuras; un cuadro de Salamanders esperaba a la nave, con los cuellos estirados.

—Lo mismo que hacía antes: conducir a los Marcados de Rojo y limpiar el resto de mundos.

—Inviglio… —susurró Numeon—. Lamento su muerte.

—Yo también, hermano. Pero no será el último, y sabía los peligros a los que se enfrentaba. Todos lo sabemos.

—Ya.

—Pronto los peligros a los que te enfrentarás serán más grandes que los de cualquier otra persona.

—Temo que la más difícil de las pruebas a las que me tendré que enfrentar no será humana.

Thiel comenzó a reírse, pero sin alegría:

—No puedo estar más de acuerdo. Sea lo que sea lo que os espera a ti y a los tuyos en esa tormenta, os deseo buena suerte para superarlo. La necesitaréis. Más de la que debéis.

Numeon sonrió:

—Quizá coja un poco de tu buena suerte.

El vehículo se detuvo detrás del Salamander; los puntales de aterrizaje se apoyaron en el ferrocemento con un agudo sonido metálico.

Entre la multitud de legionarios de piel olivácea, levitaba un ataúd, que flotaba a medio metro del suelo gracias a los impulsores de gravedad. Seis Salamanders estaban de pie a su alrededor, cerca del féretro, entre los que se encontraban Var'kir y Zytos.

—Valentía y honor, Artellus Numeon —dijo Thiel, en forma de despedida.

—Vulkan vive —contestó Numeon, y se marchó para unirse a la escolta fúnebre del primarca.

De pie, en el límite de la zona de montaje, Thiel observó la partida de los Salamanders. Mientras las tres naves se elevaban en el aire con lentitud, con la atmósfera superior y el resto de la embarcación en la *Caribdis* como destino final, Thiel repitió en su mente las últimas palabras de Numeon.

«Vulkan vive».

—Claro que sí —susurró Thiel para sus adentros—. Vive en ti.

DIECINUEVE

Gris

Primero llegó la oscuridad, seguida de la percepción —lenta pero imparable— de que no estaba muerto. Con el despertar le sobrevino un fuerte sentimiento de desorientación y un deseo incontrolable de expulsar el contenido de su estómago. Lo hizo con violencia, mientras la bilis le subía por la garganta y la escupía en un rincón de la habitación en la que se encontraba.

Después, se recostó; le costaba respirar, asustado por la inesperada cercanía del metal, e intentó recordar qué había pasado.

Ni siquiera lograba acordarse de su nombre, y una agobiante sensación de claustrofobia paralizaba cualquier intento por evocarlo. Le entró un pánico atroz y se revolvió en los confines de su pequeña celda. El techo era bajo y se chocó la cabeza contra él varias veces al probar los límites de su pequeño mundo de metal. Darle puñetazos a las paredes tampoco dio resultado.

No recordaba nada. Nada de nada.

Encorvado, estiró las piernas, pero algo se chocaba contra ellas. Pegó una patada y se topó con algo pesado, pero blando.

Era un cuerpo. No estaba solo. Por instinto, se llevó una mano a su arma, pero no la encontró y apretó los puños.

—¿Quién eres?

No reconoció la voz ronca que había salido de sus propios labios y otro escalofrío de ansiedad se apoderó de él. Le temblaban las manos y se pasó los dedos por el rostro, pero tampoco reconoció sus rasgos en él.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo, propinándole una fuerte patada al cuerpo para que reaccionase.

Nada. No obtuvo respuesta. El cuerpo ni siquiera se movió.

—¿Estás muerto? —No se dio cuenta de que había pronunciado esas palabras en voz alta hasta que las volvió a oír por efecto del eco.

No sin mucha dificultad, logró ponerse a cuatro patas y se acercó gateando hasta el cuerpo. A esas alturas ya se había acostumbrado a la oscuridad y podía distinguir la difusa figura que era el cuerpo con el que compartía celda. Llevaba una armadura: se

dio cuenta por la forma y la dureza de los bordes. Con cuidado, lo tocó con un dedo y oyó un ruido sordo provocado por un metal resistente.

«Ceramita. Adamantium».

Las palabras le vinieron a la mente sin pensarlas, pero en seguida se dio cuenta de que describían a la perfección la armadura del guerrero.

«La armadura de batalla de un legionario».

Sí, se acordaba de eso, y justo en ese momento reparó en que él mismo llevaba puesta una armadura.

Como si se tratase de un fino y delicado velo colocado para opacar la luz de un candelabro y en ese momento la luz brillase a través del velo con pequeños rayos de luces, las piezas del puzle que era su atrofiada memoria empezaron a encajar.

—Resplandor.

Tras su orden, apareció un destello de luz de magnesio, que salió de una lámpara colocada en su armadura. Gracias a ese rayo pudo ver que el compartimento en el que estaba encerrado era una especie de contenedor de carga. Al otro lado había una escotilla. Además, pudo ver con mayor claridad el cuerpo con el que compartía celda.

«Transhumano. Hombre».

—¿Legionario?… —preguntó en voz alta, acostumbrándose a su propia voz—. ¿O no?

La armadura del fallecido era gris y llevaba puesto un casco. No tenía ninguna marca, ni tampoco ninguna insignia de rango. Lo único que tenía era un sigilo, tan pequeño que casi se le pasa por alto: un ojo estilizado, con una iota.

Estaba grabado en la armadura gris; pequeño y discreto. No sabía lo que era.

—¿Quién eres?

Como era de esperar, el cadáver del guerrero no contestó.

—¿Te he matado yo?

—¿Somos aliados? ¿Prisioneros?

Mientras buscaba el cuerpo, encontró un arma.

«Una pistola bólter», le vino a la mente, que poco a poco se iba recuperando.

También había un cuchillo de combate guardado en un cinturón; se los quedó.

—Ha pasado algo malo…

Había sangre. Vio una marca minúscula en la nuca del guerrero muerto. Podía oler esa peste a metal mojado que le era bastante familiar, lo cual le preocupaba.

En la esquina de la habitación encontró un arma tan fina como una aguja, que había rodado hasta allí y que habría sido casi imposible de encontrar.

De repente, le vinieron recuerdos de una lucha. Breve. Una orden pronunciada con la última respiración.

«Duerme».

Hasta el vago recuerdo de la palabra lo atontó.

Se empezó a formar otra orden en su cabeza. Esta la pronunció en voz alta mientras sostenía la pistola y apuntaba con ella a la pared de la habitación.

—Salida.

Con el ruido sordo de la bólter, la escotilla del contenedor se abrió. A base de patadas consiguió hacer la salida un poco más ancha, con la pistola siempre apuntando hacia lo que fuese que le esperase en el exterior.

A lo lejos había un compartimento de carga abarrotado. En la oscuridad, flotaba un zumbido en el aire por lo cerca que estaba el compartimento de los motores.

«Una nave pequeña. Un carguero».

Salió, miró a su alrededor y encontró una salida; había una pequeña escalera que lo llevaba hasta una pasarela, que daba a un portal con forma elíptica.

«Libertad».

Estaba a punto de salir del cuando se detuvo y miró hacia abajo. Su armadura era de un rojo vivo, color carmesí, como la sangre. Había unas inscripciones cuneiformes grabadas en las placas de la armadura.

«Colchisiano».

—Me llamo Barthusa Narek —dijo, y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro de guerrero cuando su memoria volvió a su estado original. Todavía tenía un par de lagunas. No recordaba nada de lo ocurrido después del último interrogatorio de Titus Prayto. Ni siquiera conseguía recordar cómo había logrado escapar del torreón oriental. Y menos al legionario muerto con el que había compartido camarote.

Sin terminar de entender por qué, Narek entró de nuevo al contenedor e intercambió su armadura con la del cadáver. Aunque resultara extraño, le quedaba bien.

—Séllate —dijo, y el contenedor se cerró con su vieja armadura y con el cadáver del guerrero fallecido en su interior.

Convencido de que ninguno de los pasajeros de la nave podría abrirlo, al menos no con facilidad y sin las herramientas necesarias, se marchó en busca de la salida.

Desconocía muchas cosas y había grandes huecos en su memoria. No sabía por qué pero, en lo más profundo de su interior, Narek sabía que tenía una misión. Lo único que no sabía era su objetivo.

De momento.

SEGUNDA PARTE

ODISEA

VEINTE

Entre las sombras

La frontera de Ultramar

La Cruzada de la Sombra dejó el imperio de Ultramar devastado. Los Quinientos Mundos jamás volvieron a ser los mismos. En las zonas más alejadas, allí donde no llegaba la protección de Macragge y de los mundos principales del Emperador, la desolación había alcanzado su máximo esplendor.

En el exterior, en las anárquicas profundidades del espacio, los planetas todavía ardían, envueltos en llamas.

Al principio, los carroñeros y los picaros comerciantes con menos escrúpulos se agruparon en el despertar de la batalla; los restos flotantes de las naves espaciales representaban un gran potencial económico. Pero no todas las embarcaciones estaban vacías. Algunas se habían convertido en el hogar de los legionarios que se habían quedado atrás cuando Lorgar acabó de entonar su sinfonía.

Bandidos de toda clase llegaron tras la guerra, renegados en contra del Trono que se habían juntado para sobrevivir. De ellos surgieron varios caudillos mezquinos, las sobras y los desechos humanos de las legiones más numerosas y poderosas. Muchos de ellos ni siquiera habían oído hablar de la Cruzada de la Sombra, pero se amontonaron como una bandada de cuervos negros alrededor de los destrozos que había provocado la Cruzada.

Algunos de esos traidores que sobrevivieron a la guerra todavía tenían las naves en su poder, aquellas embarcaciones que los Marcados de Rojo se esforzaban tanto por destruir. Los robos cesaron y una inquietante tranquilidad comenzó a reinar en la periferia de Ultramar, cargada de violencia.

La destrucción no cesaba, sin nada que explicase su causa.

Los armazones de naves destrozadas viajaban a la deriva por el espacio, sin un funeral, con el interior hecho trizas. Gigantescas naves capitanas partidas por la mitad flotaban por la oscuridad, estropeadas para siempre, en silencio. Los grandes campos

de escombros que abarcaban sistemas enteros habían formado un amplio laberinto casi impenetrable por el que la *Caribdis* navegaba. A paso lento.

—Mantén la velocidad, los motores de plasma a tres cuartos de potencia —ordenó Adyssian a su timonel, con tranquilidad—. Gira veinte grados a estribor.

Consiguieron abrir una gran brecha en la línea de residuos, una pesada capa de trozos de metal que flotaban sin rumbo en medio de un abultado cinturón de asteroides.

—Sí, capitán —contestó Lyssa Esenzi.

Kolo Adyssian poseía la palidez sombría de un noble de Hesiod, criado en la Marina, y ostentaba el honorable cargo de capitán. No tenía más de treinta y tres años terranos, era un hombre joven y había sobrevivido a su predecesor, Tibult Oghuru, quien había perecido en el viaje de vuelta de Isstvan V. Una cicatriz le cruzaba el rostro desde la mejilla izquierda hasta casi la punta de la nariz, un recuerdo de la cruenta batalla que había vivido.

La muerte del viejo capitán lo afectó mucho. Tibult había sido como un padre para él, pero no era ni de lejos la peor desgracia a la que el capitán había tenido que enfrentarse en la vida. Le había dolido mucho su pérdida pero no le había provocado un vacío en el corazón. Otra pérdida, una en la que evitaba pensar, era la causante de ese sentimiento de vacío que tanto le dolía.

Bajo el ojo derecho conservaba el sigilo de Nocturne del valor, un yunque. Sus ojos eran dos esferas brillantes, no rojas como los de los legionarios de su mundo lleno de muerte y destrucción, sino de un verde claro, herencia de su madre. Tenía el pelo negro y corto, salvo por unos puntitos blancos que salpicaban su barba cortada al ras; era muy tranquilo y poseía un don natural para ser capitán.

Esenzi también había sobrevivido al anterior timonel, aunque, en su caso, ella había acabado con la vida de su predecesor cuando este perdió la cabeza antes de la orden de evacuación e intentó abandonar su puesto y huir en una cápsula de escape. Jamás hablaba del tema, ni tampoco se sentía culpable por lo que había hecho. La había marcado mucho, una carga del deber y no de la conciencia, y siempre se mostraba muy cautelosa de no acabar como el anterior timonel. Era una mujer hermosa, un hecho que no pasaba desapercibido a Adyssian: tenía la piel ligeramente morena y una larga melena carmesí peinada en una cresta llamativa, propia de los nacidos en Aethonion.

A través de los despliegues sensoriales, Adyssian vigilaba el gran cementerio de naves que les esperaba a cincuenta y seis kilómetros de distancia y que cada vez estaba más cerca.

La primera parte de su viaje hacia Nocturne los había llevado más allá de las fronteras de Macragge. La *Caribdis* se estaba adentrando en territorio desconocido y esto despertó la preocupación de Adyssian.

—¿Es muy grande el campo de batalla, Esenzi?

—Es enorme —contestó la timonel, mientras le enseñaba una placa de datos.

El capitán frunció el ceño. Su intención era rodear el cementerio, pero la vuelta tan grande que tendrían que dar para conseguirlo los desviaría demasiado de su camino. Según los planos de navegación, había un punto Mandeville justo al otro lado del montón de naves abandonadas. Desde ahí podrían llegar al espacio de disformidad y rezar para que la Tormenta de Ruina no los convirtiese en polvo.

—Circe —Adyssian abrió una conexión de voz con su navegante—, necesito que estés lista en cuanto atravesemos el otro lado del cinturón de escombros. ¿Lo estás?

Circe le contestó con la voz cargada de concentración.

—Sí, mi capitán. Todo está en orden. ¿Estás planeando un salto precipitado a la disformidad?

Era como si le leyese la mente. Si se daba el caso de que tuviesen problemas mientras atravesaban el cementerio, o si hubiese alguien al acecho y no pudiesen escapar, esa sería la única opción posible.

—Esperemos que no sea necesario —contestó con honestidad, y después cortó la comunicación—. Timonel, en marcha. Reduce la potencia de los impulsores de plasma, escudos de vacío al veinte por ciento.

Bajar tanto los niveles de los escudos de la *Caribdis* no repercutiría demasiado en las reservas de la nave, pero servirían como parachoques contra cualquier escombro pequeño contra el que no podrían evitar chocarse.

Lyssa Esenzi seguía las órdenes del capitán, y Adyssian contemplaba con satisfacción cómo la imagen hololítica cambiaba para reflejar el estado de las defensas de la nave.

Se sentó en su asiento, pero la imagen que proyectaba distaba mucho de la de un capitán tranquilo.

—¿Qué podemos ver en los sensores?

—Muy poco, me temo —respondió Esenzi, y se volvió hacia el capitán—. La zona está saturada por la radiación. Por el momento, navegamos sin poder ver u oír lo que pasa en el exterior.

—Pues tendremos que confiar en tu intuición, timonel —le dijo con una sonrisa para animar a la muchacha. Esenzi asintió en silencio, centrándose de nuevo en sus instrumentos.

Adyssian se encogió de hombros. No bastaría con una cálida, sonrisa para derretir la capa de hielo que protegía a su compañera.

—Con cuidado y sin prisas, Esenzi.

—Sí, capitán.

A medida que se acercaba, empezaron a coger forma ciertos detalles del cementerio de naves que en un primer momento habían pasado desapercibidos a ojos de los pasajeros de la *Caribdis*.

En el espacio flotaban partes destrozadas de naves partidas por la mitad, acompañadas por grandes trozos de roca y montones de partículas brillantes. Poco a poco, los pequeños restos flotantes dieron paso a naves enteras que escoraban por el

espacio, con los portales hechos añicos, sin movimiento, como los ojos vacíos de un cadáver.

En cierta manera, no eran más que cadáveres.

Otras muchas naves habían sido devastadas a causa de catastróficas reacciones en cadena, por lo que se podía deducir de los restos de las naves. A través de los pequeños agujeros que se habían abierto en los cascos destrozados, se podían ver tripulaciones enteras flotando a la deriva; todavía atados a las cuerdas guía, no habían conseguido desabrocharse el arnés antes de que llegase su fin y estaban abocados a flotar para siempre colgados de una nave en ruinas, como un grupo de marionetas olvidadas.

Una nave gigantesca apareció a estribor, tan grande que les impedía ver qué había a varios kilómetros de distancia en el campo de escombros. Grandes fisuras le atravesaban los flancos y su superestructura interna estaba expuesta, como un esqueleto maltrecho.

A pesar del gran tamaño que poseía la *Caribdis*, la nave podía atravesar los restos de la colosal embarcación como un pececillo atravesaría el cuerpo de una ballena gnorl, siempre y cuando lo hiciese con cuidado.

Adyssian le ordenó a Esenzi que los llevara a través de la gigantesca nave. Con los últimos datos de los sensores como apoyo, la timonel había trazado un camino sencillo que entraba dentro de los parámetros aceptables de riesgo. Se zambulleron en la oscuridad, con los lúmenes internos casi apagados y las señales de energía al mínimo.

La enorme nave, demasiado grande como para ser rodeada, era un gran obstáculo en su camino. No tenían otra opción que atravesarla pero, dado que no sabían qué peligros podían acechar entre las sombras, tenían que ser prudentes.

El resquebrajado interior de la nave no era menos impresionante que el exterior. Pasaron por delante de anfiteatros internos del tamaño de mansiones, que se extendían más allá del armazón destrozado de la nave. En lo alto, se podían ver pasarelas partidas por la mitad y pasillos que sobresalían del interior como si fuesen huesos que atraviesan la carne.

Fuera lo que fuera a lo que se tuvo que enfrentar la colosal nave, de ella no quedó nada más que los restos del armazón que flotaban en el espacio.

En un corredor descubrieron compañías enteras de legionarios que habían luchado encarnizadamente en la batalla, congeladas en el fragor de la lucha final. Muchos cuerpos, vestidos con trajes de color carmesí y azul cobalto con un ribeteado de escarcha, flotaban tras el paso de la nave *Caribdis*. Algunos de los cadáveres chocaron contra los escudos y se hicieron añicos; otros prosiguieron con su lucha eterna, con las manos en los cuellos de los enemigos, ahogándolos, las espadas atravesando cuerpos congelados y las pistolas bólter apuntando hacia adelante, en una salva mortal.

Adyssian sabía que todos los Space Marines habían sido modificados

genéticamente para soportar los degradantes efectos del espacio, pero ni siquiera los legionarios podían aguantarlos de forma indefinida. En la nave tenía que haber sucedido algo terrible, una lucha tan dolorosa que había empujado a sus pasajeros a seguir luchando hasta morir congelados.

Se podía sentir una tranquilidad macabra.

—Ese es el destino de todos los guerreros —dijo una voz, que emergía de detrás del asiento del capitán y que provocó que todos los tripulantes se estremeciesen—. O al menos así lo deseamos.

Adyssian, tras recobrar la calma, se volvió hacia un legionario vestido de verde escamoso.

—Sargento Zytos —lo saludó, e hizo una leve reverencia, a pesar de que ese era su puente de mando—. No te he oído llegar.

La temible mirada de Zytos se iluminó ante la imagen que mostraban las pantallas del pictógrafo, colocadas enfrente de la timonel.

—Mis disculpas, capitán. He reparado en que la *Caribdis* estaba sumida en el silencio y he pensado que lo mejor era acercarme de ese mismo modo.

—Por cautela.

—Eso suponía —contestó Zytos y señaló la transmisión visual—. ¿Qué estoy mirando exactamente, capitán?

Adyssian, en un repentino estado de alarma, sacó a relucir los datos que la *Caribdis* guardaba en los cogitadores internos.

—Los datos indican que se trata de la nave de la XVII Legión que supera la cilindrada de clase Gloriana. Aparte de eso, no sabemos mucho más.

—Es una bestia —murmuró Zytos.

—No te falta razón, señor.

—¿Qué crees que le pasó?

—A juzgar por los altos niveles de radiación, yo apostaría por una explosión de los motores de disformidad.

Zytos miró con seriedad los cuerpos que seguían apareciendo en las pantallas. Entre los muertos de la XIII y de la XVII Legión, vio tonos metálicos, negros e incluso el verde de los dragones. No todos los legionarios que habían llegado a Ultramar habían conseguido entrar en Macragge.

Algunos milagros no tenían un heroico final; simplemente acababan con la muerte.

Los acorazados y los armazones de las naves de las Legiones Astartes aumentaban la horrible multitud con cuerpos y bultos.

—Aparte de muertos, ¿qué más hay ahí fuera? —preguntó Zytos en voz alta.

Adyssian no tenía respuesta para la cuestión del sargento. Ninguno de los tripulantes allí presentes la tenía, así que optaron por guardar silencio.

Tras unos minutos durante los que los presentes en el puente de mando se maravillaron ante la majestuosidad de la nave que estaban atravesado, de forma

literal, la *Caribdis* salió del interior del colosal naufragio. Muy lejos de allí, una estrella lejana se apagó y la llamarada que provocó sumió el espacio que los rodeaba en un apagado resplandor ambarino.

Además, reveló una nave anclada un poco más abajo, escondida en el lateral de una luna diminuta.

—Por el Trono, ¿qué es eso? —preguntó Adyssian, justo cuando las transmisiones sensoriales volvieron a funcionar y sonó la alarma de balizas.

Esenzi trianguló las señales de la pantalla:

—Es un código de socorro del Imperio. La señal proviene de una instalación a trescientos ochenta y un metros de distancia, aunque cada vez está más cerca.

—Amplía.

La timonel amplió el campo de la transmisión visual de forma exponencial y en ella se pudo observar una pequeña estación con sede en un planetoide, compuesta por cúpulas geodésicas y varias torres de perforación de gran tamaño. Estaba tan apartada que seguramente habría evitado la lucha espacial, pero, tras el fin del conflicto, atraía todas las miradas.

—Se la llama «Baluarte». Civil. Parece un depósito de combustible.

—¿Y la nave que pretende esconderse detrás de esa luna? —le preguntó Adyssian, olvidándose del legionario que se encontraba en su puente de mando mientras cumplía con su deber como capitán.

—Un crucero pequeño, modelo Gladius. Han bajado los puentes de desembarco.

—Pon rumbo a la Baluarte.

—Sí, capitán.

Adyssian comprobó el nombre del crucero.

Necrotor. Entonces se trataba de la XIV Legión.

—La Death Guard —anunció Zytos, antes de que Adyssian pudiera leer lo que ponía en el hololito en voz alta—. ¿Cuántas?

Adyssian frunció el ceño:

—¿Sargento?

Los rasgos de Zytos se endurecieron como el granito cuando volvió el rostro hacia el capitán:

—Naves de desembarco. ¿Cuántas?

Esenzi respondió al momento:

—Tres, mi señor.

—No soy tu señor. No te vuelvas a dirigir a mí de ese modo. Utiliza mi rango.

Esenzi se sonrojó, arrepentida. Intentó, por todos los medios, no comenzar a temblar ante el enfado del legionario.

—Tomo nota, sargento Zytos.

Zytos no le hizo caso. Estaba a punto de retirarse del puente de mando.

—Preparad una Thunderhawk en la plataforma de lanzamiento —ordenó mientras se marchaba—. Mis hermanos y yo no tardaremos mucho en partir. Xathen… —dijo,

utilizando el comunicador interno de su traje.

—Sargento… —Zytos se detuvo ante la llamada de Adyssian y se volvió justo en el umbral de las puertas del puente de mando.

—¿Tienes algo más que añadir, capitán? —Zytos ya se había sacado el casco y lo llevaba en la mano izquierda.

—Nuestra misión… La naturaleza de las ruinas que hay más allá del centro de Ultramar… No sabemos lo que podría haber ahí fuera, y cuanto más nos retrasemos… —La seguridad de Adyssian desapareció cuando su mirada chocó con los diabólicos ojos del sargento—. Lo que quiero decir es… ¿Es la decisión correcta?

—No, no lo es, pero no voy a dejar a un lado mis obligaciones porque sea lo más prudente.

Zytos se volvió y abandonó el puente de mando.

—Tres naves de desembarco —reflexionó Xathen—. Aunque nos llevásemos a todo el cuadro seguirían superándonos en número.

—Por eso no lo haremos, Xathen. Iremos allí para hacer una ronda de reconocimiento y pediremos refuerzos si fuese necesario.

—Esas naves de desembarco son cañoneras. Podría haber treinta guerreros en cada una.

—No podemos dejarlo pasar como si nada.

—Y tampoco podemos perder más legionarios.

Zytos miró a Xathen:

—Ahora entiendes mi encrucijada.

El veterano asintió. Caminaba junto a Zytos, mientras preparaba su pequeño arsenal de armas.

Xathen montó el cargador de su bólter modelo Phobos para asegurarse de que la recamara estaba limpia; después, comprobó las municiones que le quedaban en otras dos armas: un lanzallamas de mano y una pistola bólter con polvorines en forma de hoz. Además, llevaba encima tres espadas, dos cuchillos de combate (uno con la hoja dentada y el otro con la hoja de un solo filo) y una *kaskara* pequeña, que llevaba sujeta al pecho con una correa, en posición horizontal.

Llevaba un guantelete envuelto en llamas en la mano derecha, el arma característica de los Piroclastas.

—¿Estás seguro de que no te falta nada, hermano? —le preguntó Zytos, aunque el sarcasmo sutil del sargento pasó desapercibido a oídos del veterano.

—Había pensado en coger también una volkita —le contestó Xathen, mientras se guardaba las armas en el cinturón—, además, puedo ajustar la bólter Phobos para que me quepa un lanzamisiles portátil. ¿Debería ir a por ellos?

Zytos sacudió la cabeza, aliviado de que el visor de su casco ocultase la sonrisa que se le había dibujado en el rostro.

Como el resto de los sesenta y seis, la armadura que vestía era de estilo dracónico.

Hasta las grebas y el peto tenían los bordes adornados con festones, como si fuesen escamas. Los guardias llevaban sobre las espalderas un manto de piel de dragón. La mayoría de las capas estaban quemadas y un poco maltrechas, como los que las vestían.

El grupo que marchaba hacia la Baluarte era poco numeroso, pero sus integrantes eran hombres curtidos en la batalla.

Solo les faltaba una cosa.

—¿Dónde está Numeon? No contesta al comunicador —preguntó Zytos. Ya casi habían llegado al transportador vertical que los llevaría al muelle de aterrizaje y no habían logrado comunicarse con el líder de la Pyre.

—¿Dónde va a estar?

—Entiendo. —Desde que se marcharon de Macragge, Zytos apenas había visto a Numeon. Al parecer, el capitán prefería pasar su tiempo con los muertos, en lugar de con los vivos.

—¿Está solo? —le preguntó Zytos.

—No, está con Var'kir.

—Que el capellán le diga a nuestro capitán que requerimos su presencia.

—Podríamos dejarlo tranquilo esta vez —sugirió Xathen—. No me malinterpretes, prefiero que esté aquí con nosotros, pero tú y yo podemos dirigir la expedición a la Baluarte.

—Lo sé, hermano, pero si separamos a Numeon de ese ataúd no es por nuestro propio bien. Sino por el suyo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó Numeon. Estaba acuclillado, con una rodilla hincada en el suelo y la cabeza agachada. Extendió la mano y rozó con la yema de los dedos la tapa del ataúd.

—No tanto como tú.

Var'kir dio un paso al frente y salió de entre las sombras de la pequeña sala de almacenaje. La habitación había quedado vacía, después de que sacaran todas las provisiones y el equipamiento de su interior. El único huésped que quedaba era el ataúd de Vulkan, bien cerrado en las profundidades de la nave, donde podría descansar sin que nadie le molestase.

Cuando el capellán salió de la oscuridad, no había ninguna llama conmemorativa que iluminase su rostro avejentado; en su lugar, un lumen de fósforo colgaba del techo y se balanceaba al compás de los suaves susurros de los recicladores atmosféricos.

—Mantienen la habitación fría —le explicó Numeon, mientras señalaba con la mano las turbinas guardadas en cajas y se ponía en pie, para encontrarse con la mirada inquisitiva del capellán—. ¿Acaso intentas interpretar mi rostro o mi comportamiento como lo haces con las llamas de una lumbre, Var'kir?

—No será necesario. Puedo ver todo lo que sientes, Artellus.

—¿Ah, sí? —Bajó la mirada para posarla sobre el ataúd de su padre. Vulkan

dormía, tranquilo, con las manos entrelazadas en la empuñadura de Portador del Amanecer y la fulgurita sobresaliéndole del pecho, como una lanza envenenada.

—Temes que se despierte.

Numeon frunció el ceño, perplejo:

—Y ¿por qué temería semejante cosa?

—Tienes miedo de no estar presente para verlo.

—¿Necesito estar presente cuando despierte? ¿Eso es lo que te dice tu intuición, Var'kir?

El capellán agachó la cabeza ante el repentino ataque de ira que notó en la voz de Numeon.

—No pretendía ofenderte, solo quería hacer una observación.

—Me han dicho que nuestro padre ha muerto, que un asesino lo ha matado con una daga, una espada que todavía lleva clavada en el pecho.

—Y ¿crees que si se la extraes, Vulkan se regenerará?

—Ha sobrevivido al reingreso en la atmósfera —contestó Numeon—. Sí, creo que sobrevivirá si le arrancamos la fulgurita. Hasta podría hacerlo él mismo.

—¿Lo has intentado?

Numeon asintió, ya más tranquilo:

—Sí.

—¿A bordo de la *Caribdis*?

El Salamander volvió a asentir.

Var'kir frunció el ceño al ver las gotas de sangre que caían de las manos de Numeon. Había dejado los guanteletes y el casco en un rincón de la sala y había desactivado el transmisor de audio que venía incorporado en el casco.

—¿Cuántas veces?

—Todos los días. —Numeon sacudió la cabeza, en un gesto de desesperación—. Pero la fulgurita nunca cede.

—Y no lo hará. No por la fuerza, hermano.

—¿Y por la voluntad o la fe?

—¿Crees que si confías plenamente en que pasará, Vulkan volverá a la vida?

—Si soy el único que así lo cree, mi fe tendrá que bastar.

Por un momento, Var'kir no supo qué decir.

—Yo estoy contigo, Artellus. Todos lo estamos. Vulkan volverá a Nocturne, pero para descansar en paz, no para revivir.

—Var'kir, ¿no crees en la inmortalidad? ¿En la reencarnación? ¿No es eso lo que predica el Círculo de Fuego?

—Los muertos no vuelven a la vida, Artellus. Y no te lo estoy diciendo como tu capellán, sino como tu hermano y tu amigo. No te aferres a esa perniciosa obsesión, porque acabará con tu alma.

Numeon hizo una mueca al tiempo que los sentimientos ambivalentes que guardaba en su interior luchaban por reflejarse en su rostro. Extendió las manos hacia

el capellán; las heridas que tenía en las palmas y en los dedos eran numerosas, aunque superficiales. El gesto era simbólico.

—Ayúdame, Var'kir. Por favor.

—Dime, ¿qué puedo hacer para ayudarte, hermano?

Una profunda emoción brilló en los ojos de Numeon. Resultaba aterrador.

—Creer.

El crujido del comunicador del casco de Var'kir fue un alivio para el capellán. Escuchó lo que le decían mientras Numeon lo miraba fijamente.

No cruzaron las miradas hasta que la trasmisión del mensaje terminó: unas frías lentes de cristal y dos escleróticas del color del fuego.

Numeon fue el primero en hablar:

—¿Qué pasa, hermano?

—Tenemos una misión, Artellus.

De la plataforma de lanzamiento de la *Caribdis* despegó una cañonera solitaria, cuyos motores resplandecían débilmente, sin llamas, mientras llevaba a los guerreros que viajaban a bordo hasta la Baluarte. La habían llamado Draconis.

Adyssian decidió que lo mejor era replegarse y que la *Caribdis* volviese al campo de radiación para que el Necrotor no detectase su presencia. No observaron ningún signo proveniente de la nave de la Death Guard que indicase que los habían visto.

A toda máquina, el trayecto hasta la instalación no duró mucho. Había doce legionarios sentados en el compartimento de carga de la cañonera, armados y listos para lo que fuese que les esperase en el exterior. La luz era tenue, lo que predecía una lucha inminente. Entre los guerreros se despertó un sentimiento de extraña serenidad, pues no se sentía ninguna turbulencia en el espacio.

Habían pasado dieciocho minutos desde que habían recibido la baliza de socorro. Xathen no despegaba los ojos del crono de su visor.

—Si son la Death Guard, poco importarán las defensas que posea la Baluarte. No les llevará más de media hora asaltarla, matar a todos los habitantes de la estación y llevarse lo que sea que hayan venido a buscar.

—Entonces recemos por llegar y detenerlos antes de que eso suceda —dijo Zytos. Portaba una bólter sujeta magnéticamente al generador de energía de su armadura, pero escogió un martillo de trueno desactivado que yacía sobre su regazo—. ¿Ushamann? —llamó al epistolario, quien estaba sentado solo, al otro lado del compartimento de carga.

El bibliotecario había cerrado los ojos para concentrarse en la situación. Había pasado mucho tiempo desde que Ushamann había usado su don por última vez. En el Imperium Secundus, Guilliman había restituido a los bibliotecarios y había designado a Titus Prayto como su líder. Las habilidades psíquicas podían usarse como armas; lo único que importaba era la persona, no el arma per se. Habían llegado a esa conclusión por necesidad más que por inteligencia. A pesar de todo, el epistolario

había resistido. Antes de la masacre, había sido alumno de Rastan y se había aferrado a los principios de su maestro muchos años después de que este falleciera. Abstención; el deseo del Emperador era la negación de poder. Hacía poco que Ushamann había decidido llevarle la contraria al Emperador. El pragmatismo reemplazaba al deber, pues en sí el pragmatismo era fiel servidor del deber.

—Siento… terror… Muchas vidas… —les dijo a sus hermanos en voz baja, una voz que llegaba con eco, como si estuviese hablando debajo del agua.

Xathen le dio un codazo a Zytos:

—Pero ¿acaso no íbamos en un depósito de combustible?

—Nuestros primos reaccionan con hostilidad —continuaba Ushamann. Entre los muchos talentos que poseía, la telepatía era uno de ellos, y era un telépata soberbio. Intentaba concentrarse en la marea emocional que emanaba de la Baluarte a través de la disformidad hasta su mente, tan bien entrenada—. Un odio profundo… Siento… —Ushamann empezó a temblar, abriendo y cerrando los puños por el esfuerzo. Su cara era un cuadro de dolor mientras pugnaba por entender un poco de las emociones que sentía—. Hay algo tóxico…

Las habilidades psíquicas eran como las ballestas; si no las usas, se oxidan.

—¡Salvadnos! —gritó con una voz que no era la suya—. ¡Trono de Terra, por favor! ¡Ayúdanos, Angel del Emperador, ayudan…!

El mensaje se cortó de forma abrupta, pero Ushamann seguía amarrado a su arnés, temblando y convulsionando. Extendió las manos y, de la punta de los dedos, que parecían cuchillos, algo brillante crepitó en el oscuro compartimento.

—Va a por ellos —murmuró—. Es impuro, desgarra mi piel. ¡Está desenterrando a Kabar! No puedo…

Se oyó el ruido seco de un puñetazo enguantado contra una cabeza, y el cuerpo de Ushamann se inclinó hacia adelante, sujetado en el asiento como una muñeca rota. El atacante, con el pelo blanco y la piel ónice, giró el hombro y volvió a tomar asiento en el compartimento de carga.

—¿Era necesario? —le preguntó Xathen, señalando al bibliotecario—. Está inconsciente. ¿Y si lo necesitamos?

—Podría haber destruido toda la nave. Además, no has entendido nada, Rek'or —le contestó Gargo—. Ha dicho «Ángel del Emperador» mientras conectaba con un alma de la Baluarte.

—Ha dicho muchas cosas —repuso Xathen—. La parte de la impureza, por ejemplo. Y ¿quién es Kabar?

—¿El alma con la que ha conectado? Da igual; esto implica que quizá tengamos un aliado en esa nave —le explicó Gargo, y movió el brazo, estirándolo y contrayéndolo tres veces.

Xathen se inclinó hacia él:

—¿Todavía te duele, legionario?

Gargo levantó la mirada para darle a Xathen un poco de su propia medicina, pero

algo lo distrajo.

—Las palabras que Ushamann ha pronunciado carecen de significado —afirmó Numeon, acercándose tan rápido como su autocontrol le permitía—. No deis nada por sentado, hermanos. Nuestros enemigos están allí abajo e intentarán engañarnos siempre que puedan.

Gargo bajó la mirada, pero Xathen se había entusiasmado y se notaba que, debajo del casco, tenía una sonrisa agresiva dibujada en el rostro. Todos pudieron percibirla en el tono de su voz:

—No podría estar más de acuerdo, capitán. Jamás deis cuartelillo, pues el favor no os será devuelto.

Zytos abrió una comunicación privada con Xathen por el comunicador:

—Estás siendo un poco agresivo, hermano —murmuró casi sin mover la boca, un susurro que su casco aumentó y después tradujo y amplificó para Rek'or Xathen—. Si no te conociese, diría que estás más entusiasmado por la batalla que por tu deber para con esos civiles.

La respuesta de Xathen fue despectiva, como era normal en él:

—*Si están muertos, que es lo más probable, estaremos en una misión de venganza, no de salvación.*

—Y ¿cuál prefieres tú?

Xathen tuvo la entereza de no mentirle:

—*Cualquiera de las dos me vale.*

—¿No temías que nos superasen en número?

—*No, nunca me ha importado, Zytos. Solo quiero matar a quienes nos han traicionado.*

Zytos se dio cuenta de que algunas heridas eran demasiado profundas como para sanar. No fue casualidad que, mientras lo pensaba, posase la mirada en Numeon.

La comunicación seguía abierta, y Xathen, tras seguir los ojos de Zytos, le preguntó:

—*¿Está listo para una misión así?*

—Gargo me ha confirmado que físicamente está más que rehabilitado. —Zytos reparó en algo y miró a Xathen con recelo—. Además, ¿no compartiste tú muchas sesiones en las jaulas de batalla con él?

—*Ah, sigue luchando como un cabrón, pero no me refería a sus heridas físicas.*

Numeon estaba retraído y distante incluso en compañía de sus hermanos. Parecía tener la cabeza en otra parte.

—O lo está, o muere. Aquí. En la Baluarte —sentenció Zytos y después cortó la comunicación, aunque no pudo ocultar las dudas que le asaltaban.

Un Ángel del Emperador había llegado a la Baluarte y se había enfrentado solo a la Death Guard.

Quienquiera que fuese, no estaría solo por mucho tiempo.

VEINTIUNO

La mácula

Ultramar, depósito de combustible y pequeña subestación Baluarte

La atmósfera de la Baluarte estaba enrarecida y la gravedad era pasable. Aunque no era letal para los humanos, estos todavía necesitaban trajes protectores y reinhaladores. El aire estaba contaminado, lleno de polvo, que provenía de las desiertas dunas de sulfuro que había al norte de la estación, con unos niveles de metano y amoníaco más elevados de los recomendados. Una agrupación de estrellas proporcionaba, en la lejanía, un poco de luz natural, pero era muy débil y, por consiguiente, el planetoide era bastante frío. Un cielo despejado y gris imperaba en la estación, una metáfora de la cruda existencia de los trabajadores y habitantes de la Baluarte.

Tras el aterrizaje, Far'kor Zonn penetró e inutilizó los sensores de la Baluarte a distancia y sin muchos problemas. Una vez fuera del área de detección, el techmarine trazó y emitió una señal de impulso que impedía el funcionamiento de cualquier instrumento capaz de detectar el abordaje de la cañonera.

A diferencia del resto de Salamanders, que desembarcaron de la nave a la velocidad del rayo, Zonn se quedó rezagado para establecer la comunicación e infiltrarse en los sistemas de seguridad de la estación. Además, como piloto tenía que mantener los motores en marcha por si necesitaban realizar un escape de emergencia.

La voz mecánica del techmarine sonó a través del comunicador de Zytos:

—*Delante de vosotros tenéis una zona de acoplamiento.*

Zonn señaló su posición con un punto en el transmisor retinal.

—¿Numeon? —lo llamó Zytos, esperando recibir órdenes de su capitán.

La respuesta que recibió por el comunicador fue cortante:

—*Todo tuyo, sargento. Son tus hombres.*

Zytos apretó la mandíbula pero ocultó su enfado. «Guíanos», pensó, pero en su lugar, le contesto:

—A la orden, capitán.

Zytos utilizó las señales de combate para transmitir al equipo que se dividiese en dos grupos. Ese tipo de tácticas no eran habituales entre los legionarios, acostumbrados a intervenciones militares en grandes grupos, pero casi todos los Salamanders que estaban allí se habían convertido en unos expertos de las guerras de guerrillas.

Adaptarse o morir. Esa frase jamás había resultado tan oportuna como en los tiempos de la rebelión del señor de la guerra.

La zona de acoplamiento era poco más que una gran extensión de suciedad que solo servía como plataforma de aterrizaje. Había varias naves amarradas, la mayoría naves cisterna, pero también vieron una pequeña fragata. De la zona de acoplamiento nacía un túnel semisubterráneo y se alzaba una torre de vigilancia vacía, con el techo abovedado, que vigilaba toda la zona. Tenía un reflector, una zona de disparo, pero no se veían armas por ningún lado.

Cerca de allí había dos cañoneras blancas, de aspecto descuidado, con las alas y el fuselaje superior con los bordes de color verde.

—Dos naves de desembarco a la vista —informó Zytos—, La Death Guard. Confirmad.

Xathen respondió, como capitán del segundo equipo:

—Las veo, hermano. Ese túnel es nuestra puerta de acceso. Seguramente esté vigilada.

—Si nos están esperando, no lo estará —le dijo Zytos, y con un guiño señaló un punto de encuentro y lo marcó en la transmisión visual—. Inspeccionad todas las naves, Xathen —añadió, guiando al primer equipo—. No quiero sorpresas.

Tras llevar a cabo una misión de reconocimiento en todas las naves de la plataforma, no encontraron nada más que cadáveres.

La mayoría de los tripulantes muertos habían quedado hechos añicos: habían usado munición explosiva. Proyectiles bólter. Había una mujer, seguramente una adepta del medicae por el emblema que colgaba de su traje atmosférico, que había muerto sin más, sin heridas o marcas aparentes. Se había formado una capa de moho oscuro sobre su reinhalador. En otros cuerpos encontraron los mismos síntomas de contagio.

Para cuando los dos grupos llegaron a las cañoneras, habían contado más de sesenta civiles muertos.

—¿Destructores? —sugirió Dakar cuando los grupos se reunieron.

Gargo se había arrodillado junto a uno de los cuerpos para examinarlo. Era el único de todos los Pyre que poseía conocimientos de apotecarion.

—Es posible. ¿Una bomba sucia, quizá? Parece invasivo.

Vulkan jamás había tolerado el uso de ese tipo de armas: granadas de radiación, armas de fósforo, bombas víricas… El primarca de los Salamanders las había catalogado como «armas del terror» y prohibía su uso en la legión. Era uno de los

pocos puntos en los que Ferrus Manus y él no coincidían.

Para la Gorgona, el fin justificaba los medios. Ningún enemigo del Imperio merecía que le diesen cuartelillo. Vulkan consideraba inhumano utilizar ese tipo de armas, aun cuando Ferrus Manus le recordaba que quemar a los enemigos hasta la muerte era igual de desagradable. A ojos de Vulkan, existía una enorme diferencia entre una cosa y otra, por lo que llegaron a un punto muerto en el debate, que permanecería para siempre sin resolver, aunque el cuerpo a bordo de la Caribdis albergase vida en su interior.

—No veo nada en las comprobaciones biométricas —dijo Xathen, mientras verificaba la solidez de su armadura—. Ni siquiera radiación.

Gargo levantó la mirada y la posó en el veterano:

—¿Podría tratarse del ser impuro del que Ushamann hablaba?

—Ya da igual, están muertos —resolvió Zytos—. Ojalá no hayamos llegado demasiado tarde y el resto de trabajadores no haya corrido la misma suerte.

Xathen señaló las cañoneras:

—Espero que todavía queden algunos Death Guards a bordo de esas naves —gruñó, en busca de sangre.

Con qué facilidad podía cambiar una actitud humanitaria, al menos en apariencia, y transformarse en venganza.

Sin la autoridad de Numeon, quien parecía satisfecho siguiendo las órdenes de su sargento, Zytos decidió darle a Xathen lo que tanto ansiaba.

—Limpiad las naves. Las dos. Rápido.

De la garganta de Xathen emergió un sonido gutural, que evocaba al rugido de un verdadero dragón. Las ansias que sentía por matar a los Death Guards, quienes en Isstvan V habían atacado a los Salamanders hasta su destrucción, eran evidentes.

—Voy a convertirlas en cenizas.

—Y ¿qué pasa con la tercera nave? —preguntó Numeon. Ante la pregunta del capitán, los dos sargentos se volvieron hacia él.

Zytos le respondió con seguridad:

—Los civiles, primero. Zonn puede buscar la tercera nave. —Le sostuvo la mirada a su capitán, desafiándole a que desobedeciese sus órdenes. Pero Numeon no lo hizo.

—Entonces, daos prisa. Vulkan nos espera.

«Y esperará durante mucho tiempo», pensó Zytos, con rencor, pero recordó lo que oyó cuando introdujeron el cadáver del primarca en el ataúd por primera vez. Un único latido. La visión del sigilo de Vulkan, enganchado en el cinturón de Numeon, y la fe y la determinación absoluta del capitán impedían que creyese que el latido que había oído había sido obra de su imaginación o de sus ilusiones. Pero no era el momento. Había otros asuntos que tenían prioridad; vidas que pendían de un hilo: de su solemne deber.

«Proteger a los débiles». Defender a quienes no pueden defenderse.

En la mente de Numeon, esas palabras luchaban con otras muy distintas; Zytos pudo verlo reflejado en sus ojos antes de emprender su misión.

«Honrar a tu padre».

La segunda brigada partió para eliminar a los tripulantes de las dos naves que tenían ante ellos. En cambio, el primer grupo emprendió la marcha hacia el túnel.

Zonn desactivo la puerta, desviando el poder para que Gargo pudiese abrirla de forma manual. Lo hizo de forma rápida y sigilosa: movió el mecanismo a base de fuerza bruta y abrió la puerta lo suficiente para que los Salamanders pudiesen cruzarla.

Al final del túnel les esperaba un conjunto de edificios prefabricados que se alzaban por debajo de la primera cúpula geodésica. El complejo era enorme. Las literas de los habitáculos diseminadas aquí y allá indicaban que en la estación vivía una cantidad considerable de trabajadores. Las pictografías abocetadas de sus familiares, que se encontraban en otra parte de Ultramar, ofrecían una ojeada microcósmica a la vida de los trabajadores, pero apenas quedaba sitio para más pertenencias o adornos. Todas las literas estaban reguladas. Hasta las herramientas y el equipo de trabajo estaban encerrados bajo llave en una especie de armería.

El suelo estaba formado por suciedad y tierra. Había algunas partes revestidas con metal, pero eran pocas y estaban dispersas. Por encima de sus cabezas, vieron estrechas pasarelas que daban acceso a las literas superiores y a las habitaciones de los supervisores. No había nadie allí, ya fuese hombre o mujer. Vivo o muerto.

Dejaron atrás los habitáculos y encontraron un área médica y varios talleres con máquinas diseñadas para reparar herramientas. Había una plataforma de vehículos vacía, pero una de las naves blindadas estaba subida a una plataforma de mantenimiento. Le habían quitado la pala cargadora, que descansaba en el suelo. No encontraron armas, ni tampoco a los trabajadores.

La voz de Xathen sonó a través del transmisor de audio. Llegaba entrecortada, por lo que supusieron que las cúpulas interferían con las señales del comunicador, pero Zytos escuchó sin problemas las palabras del Piroclasta:

—*Hemos encontrado a nuestros primos, los traidores* —informó Xathen—. *Todos los tripulantes de las cañoneras están muertos. Un disparo en la cabeza, a través de las viseras*.

—¿Cuántos? —preguntó Zytos. Ordenó a su equipo que acelerase el paso.

—*Seis legionarios. Tres en cada nave.*

—¿Algún rastro de su asesino?

—*Negativo. Han usado proyectiles explosivos. Ha quedado todo hecho un desastre* —explicó, e hizo una pausa antes de seguir hablando—. *¿Me he perdido algo interesante, Zytos?* —Podía sentirse la decepción en su voz.

—Todavía no. Cruzad el túnel y seguidnos. Este lugar es enorme.

Justo antes de cortar la comunicación, Zytos pudo oír a Xathen, que les gritaba a los legionarios bajo su mando que aligerasen el paso. El entusiasmo que sentía por la

batalla surgía de la sensación de que no podría jugar un papel decisivo en la lucha, algo que cualquier Salamander ha sentido alguna vez, en mayor o menor medida.

De las tres legiones que fueron masacradas en Isstvan V, los Iron Hands todavía poseía gran parte de sus guerreros. Desperdigados, cierto, pero numéricamente seguían siendo una legión y su voz era la que más sonaba en los estertores de la guerra que, como Zytos acababa de descubrir, se daban en toda la galaxia. Hasta la Raven Guard, si bien su número de integrantes había disminuido considerablemente, todavía conservaba a Corax, su primarca, y podían marchar en tropel siguiendo su estandarte, que ondeaba en el aire. De todas formas, sabían actuar en ese tipo de lucha.

No, los que salieron peor parados tras la batalla fueron los Salamanders. Desperdigados, la cantidad de guerreros que tenían se redujo de forma drástica y su primarca (al menos, por ahora) estaba muerto. Necesitaban un líder. Zytos había rezado por que Artellus Numeon recogiese el manto de Cassian Vaughn, el antiguo señor de la legión. En esos momentos, otra esperanza crecía en el interior de Zytos; un fuego que creía que se había apagado tiempo atrás pero que se había reavivado. Su pragmatismo natural le instó a negar ese pensamiento y a animar a Numeon a que recogiese el testigo y ocupase el lugar que le correspondía, pero esa misma confianza de guerrero lo empujaba a desear lo imposible.

La resurrección.

«Vulkan vive».

—Tenemos que restringir la búsqueda —dijo Gargo, resonando en los últimos pensamientos de Zytos. Estaba de pie sobre un arco de grandes dimensiones que los dirigía hacia las profundidades de la cúpula. En una situación normal, habría un supervisor para manejarlo, pero ahora el puesto estaba vacío.

El resto de Salamanders se acercaba, siempre alertas y a la defensiva, mientras avanzaban por los sombríos habitáculos.

—Contacta con Zonn —dijo Numeon, pero dejando el mando en manos de Zytos. Le había cedido el liderazgo al sargento e iba a mantenerse firme en su decisión.

Zytos le pidió al techmarine un diagrama del complejo, quien accedió a la información y la cargó en las transmisiones visuales del equipo en cuestión de segundos. No fue de mucha ayuda, pero confirmaron el gran tamaño del complejo.

Las tres cúpulas principales estaban unidas a otras seis cúpulas complementarias de menor tamaño. Tras echarle un vistazo a la información recibida, Zytos descartó las más pequeñas. Buscaba el eje principal, algo que llamase la atención de la Death Guard; algo por lo que los defensores del Imperio, si todavía quedaba alguno vivo, se unirían para defenderlo y buscar refugio.

Un par de segundos después, lo encontró.

—Cuadrante noreste. Área 087/0093 —leyó en voz alta la información del diagrama, ampliando los planos que se proyectaban en su visor.

—El núcleo de los generadores de potencia —dijo Dakar al ver las coordenadas

que Zytos estaba señalando con una marca de localización.

—Allí los encontraremos. Cerca de la luz, del calor. —Zytos no esperó la aprobación de Numeon. Sabía que había dado en el clavo—. Vamos, rápido. Hay vidas en juego.

El equipo lo siguió.

Atravesaron un espacioso depósito de almacenamiento; después, un frente de extracción donde las herramientas habían quedado abandonadas en el suelo; y, por último, una habitación auxiliar. Parecía un comedor, y allí encontraron a algunos de los trabajadores de la Baluarte.

Había ochenta y siete, todos muertos, despedazados o envenenados, a pesar de llevar puestos sus reinhaladores.

Ninguno aminoró el paso para observar a los cadáveres. Un rápido escáner biológico les reveló su fatal destino y un vistazo superficial a los restos que quedaban de sus cuerpos les bastó para saber quiénes habían sido los responsables de sus muertes.

—Igual que esas pobres almas, como en el campo de batalla —murmuró Gargo a través del comunicados Se refería a la XIV Legión.

Con esmero y precisión, la Death Guard se había tomado su tiempo para perpetrar la masacre. Los métodos que utilizaban eran lentos e implacables.

—Se nota que los destructores han pasado por aquí —afirmó Vorko, quien se resistió al impulso de prender fuego al foso putrefacto de muertos con su lanzallamas mientras los Salamanders lo atravesaban a toda prisa.

—Estad preparados para todo —les indicó Numeon por el comunicador del equipo—. Los nacidos en Barbarus no caen sin oponer resistencia. —Sus palabras evocaron un recuerdo que compartían todos los Salamanders: un campo lleno de muertos y las filas de los implacables Death Guards superándolos en esa maldita cuenca desértica.

El duro recuerdo de esas espantosas tropas cobró vida cuando giraron la última esquina. Se encontraron ante un túnel estrecho, no más que un conducto para llegar a una habitación de mayor tamaño.

Había seis legionarios, vestidos con una armadura de color blanco sucio y ribetes en verde oscuro, en sus puestos con unas espadas *kukra* negras. De esos guerreros emanaba un deje de impureza, un olor desagradable que Zytos asociaba con la putrefacción de los muertos. Sus cascos de Mark II, feos y esmirriados, se volvieron a la vez ante la abrupta e inesperada interrupción.

Uno de ellos, un sargento según la insignia de rango que lucía, lanzó un grito de alarma, o de batalla, en su lengua materna.

Los Salamanders ya habían desenfundado los bólters y habían llenado el estrecho desfiladero con una lluvia de proyectiles.

Zytos, con su propia arma sacudiéndose entre las manos, vio que llegaban tres legionarios de la XIV, antes de que Vorko diese un paso hacia adelante y prendiese

fuego a todo el pasillo con promethium.

De los cuerpos envueltos en llamas de la Death Guard se elevó un tufillo a carne pasada y quemada.

La respuesta llegó en forma de fuego y de estallidos aislados, pero los disparos fueron imprecisos, ya que los seis legionarios se resguardaron tras unas fisuras naturales del muro de piedra.

Zytos y su equipo defendieron la posición y eligieron sus objetivos mientras Vorko lanzaba otra terrible llamarada hacia el interior del pasillo. Por encima del crepitar de las llamas, el sargento de los destructores les gritó más órdenes a sus legionarios. Pero algo se interpuso entre el fuego y la calima desde el otro lado.

Zytos no dudó ni un momento y gritó:

—¡Agachaos! ¡Dispersaos!

Un rayo actínico de un carmesí brillante atravesó la espesa humareda negra. Le dio de lleno a Vorko en la parte baja de la cadera. El Salamander, demasiado ocupado en calcinar a sus enemigos, había tardado demasiado en retirarse, pero ahora aullaba de dolor, porque su greba izquierda estaba chamuscada y la malla que llevaba debajo se le estaba fundiendo sobre la piel. La armadura le salvó la pierna, y de no ser por ella la habría perdido.

Tirando de las hombreras de Vorko, Zytos y Numeon consiguieron poner a salvo al herido, que no dejaba de gritar. Zytos reconoció los efectos de una volkita. El matiz y el grosor del rayo parecían indicar que su fuente era un objeto grande, seguramente una volkita disparada a la altura de la cintura. Había sido un disparo impreciso, o Vorko estaría muerto en esos momentos.

Otra salva de rayos atravesó la humareda, de forma cromática, pero salió desviada. Chamuscó el aire. Zytos divisó una figura difusa, borrosa hasta con sus lentes. Apoyado sobre una rodilla, sacó su bólter, la elevó hasta la altura del hombro y disparó dos veces, un disparo tras otro.

El legionario que portaba la volkita empezó a temblar y a correr mientras varios proyectiles chocaban contra él. Una pequeña detonación, seguida de un crujido de huesos, presagió el destino del brazo del legionario, cercenado a la altura del hombro. La volkita cayó al suelo y, tras ella, lo hizo el Death Guard que la sostenía.

Numeon ya se había puesto en pie y había desenfundado su espada. Marchaba en posición de ataque.

—¡Vulkan vive!

Ya no era un grito de guerra, al menos no para él. Ahora era una declaración de fe.

Zytos afianzó el bólter que llevaba colgando a la espalda, sacó su martillo de trueno y siguió a Numeon hacia el pasillo en llamas.

Los legionarios de la Death Guard, desorientados, tardaron mucho en sobreponerse, y no estaban preparados para lo que les esperaba.

La figura de Numeon, que corría delante de Zytos, se desdibujaba a causa de la

calima que flotaba en el túnel. Las llamas crepitaban contra la armadura del capitán, pero se elevaban para nada, pues las lenguas de fuego no consiguieron alcanzar los rápidos movimientos del Salamander.

En el túnel resonó el agudo chirrido de una armadura de batalla al romperse, seguido del sonido de la carne separándose de los huesos; Numeon había atravesado a uno de los legionarios de la Death Guard con *Draukoros*. Después, se oyó el fuerte estallido de *Basilysk*: un disparo a bocajarro de la pistola bólter le había dado de lleno en la cara a un segundo legionario vestido de blanco.

Numeon se desentendió de su segundo oponente cuando el cráneo del Death Guard estalló en mil pedazos y extrajo su espada de las entrañas del primer legionario. El Salamander no dejó de gruñir durante la batalla; un sonido salvaje, cruel, pero moderado comparado con los esfuerzos del capitán. Tuvo que hacer acopio de fuerzas para descabezar al legionario, pero lo consiguió y el resultado final fue la muerte del primer Death Guard al que se había enfrentado.

Zytos entró en el túnel mientras Numeon se enfrentaba al tercer oponente, quien portaba un mazo abollado con el que atacaba al Salamander, enrollándole la cadena decorada con pinchos en el antebrazo. Numeon lanzó un gruñido de dolor, pero asió con fuerza la pistola bólter que empuñaba en una mano y apuntó al legionario de la Death Guard. Se soltó de la cadena y la lanzó al suelo, donde también acabó el Death Guard con el que se estaba enfrentando y al que cortó en dos con ayuda de *Draukoros*.

Había dos legionarios más de la Death Guard que empuñaban dos espadas de gran tamaño; eran las armas que habían utilizado para asesinar a los trabajadores. Uno de los legionarios se lanzó hacia Numeon, pero Zytos se interpuso en su camino. El martillo de trueno se balanceó una vez en un semicírculo, dado el poco margen de maniobra con el que contaban en el túnel. Chocó contra el esternón, el cuello y el costado derecho del cráneo del Death Guard, quien no se levantó tras el golpe. Ni siquiera le dio tiempo a gritar. El hedor de la sangre cauterizada no tardó en inundar el túnel, igual de rancio que antes. Las llamas se estaban consumiendo, acabando con el oxígeno pero sin encontrar nada con lo que saciar su sed. A través de la humareda que se desvanecía, Zytos divisó al quinto legionario de la Death Guard, que se estaba desenganchando algo del cinturón.

«Una bomba».

La palabra apenas se había formado en el subconsciente del sargento cuando Numeon reaccionó ante la amenaza. Cerca de allí y casi encarándose a él, utilizó el hombro para cargar contra su oponente y lo empujó hacia el que tenía la bomba.

—¡A cubierto! —gritó el capitán, justo cuando el legionario de la Death Guard se aferraba a la armadura del Salamander y tiraba de él. Los dos guerreros, entre forcejeos, cayeron sobre el tercero, al tiempo que una explosión sorda los lanzaba por los aires. Numeon acabó encima del cuerpo del legionario, quien volvió a tirar de él mientras la onda expansiva se extendía. Además de los graves daños que había

provocado la bomba, se había liberado una sustancia tóxica en el aire. Un miasma pegajoso surgió de la fuente de la explosión y se elevó hacia el techo del túnel. El Death Guard que había hecho estallar la bomba sucia había muerto, hecho pedazos tras su ataque fallido, pero el otro, con el que Numeon forcejeaba, seguía vivo a pesar de las heridas.

Parte de su casco de combate se le había desprendido de la cabeza, dejando a la vista el rostro sombrío del legionario. Tenía la piel pálida, las cuencas de los ojos hundidas y la cara hinchada a causa de alguna enfermedad contagiosa. O bien el Death Guard había caído presa de la enfermedad que había liberado su compañero, o bien ya estaba contagiado desde el comienzo de la batalla. La mácula. No era raro que los destructores muriesen a manos de sus propias armas de guerra. Muchos eran conscientes de que pertenecer a una legión era una sentencia de muerte.

En algún momento de la batalla, Numeon había soltado a *Draukoros*. No le servía mucho en las distancias cortas, así que se decantó por coger la cabeza del legionario enfermo con las manos enfundadas en los guanteletes y comenzó a golpearla contra el suelo, una y otra vez. Para sorpresa de todos, la cabeza del legionario no tardó mucho en romperse y la armadura del Salamander acabó salpicada por el contenido del cráneo de su enemigo.

Un séptimo Death Guard había caído antes de la explosión de la bomba sucia; tenía una extraña joroba y había muerto acribillado, como podía apreciarse gracias a las marcas de disparos que lucía en la armadura.

—¡Numeon!

El tono de urgencia que oyó en la voz de Zytos hizo que Numeon se volviese e hiciese balance de su situación. Se dio cuenta de que estaba en el centro de la nube tóxica. Los sellos herméticos de su armadura bullían y borboteaban, reaccionando al ácido. Los datos biométricos que veía en la pantalla de su visor pasaron de naranja a rojo y el nivel de «detección de peligro» aumentó bruscamente.

La explosión de la bomba sucia había lanzado a Zytos fuera del túnel. En cuanto volvió en sí y vio el tipo de bomba que el legionario de la Death Guard había empleado, retrocedió todavía más.

Los sellos de su armadura también estaban dañados pero todavía le eran útiles. A pesar de la gran tensión a la que estaba sometido, su reinhalador también funcionaba. No a la perfección, pero por el momento no se había contagiado. No obstante, Numeon…

Zytos vio con su visión periférica que Vorko y Dakar se habían puesto en pie; Dakar sostenía a Vorko, quien empuñaba su lanzallamas.

—¡Hazlo! —le ordenó Zytos, mientras le hacía señas frenéticas a Gargo para que se hiciese a un lado.

La boquilla del lanzallamas se abrió y permitió la salida de una potente llamarada, que Vorko dirigió hacia el interior del túnel. El fuego arrasó con el último legionario de la Death Guard que quedaba en pie y con Artellus Numeon.

—¡Hermano! —gritó Gargo, con horror—. ¡No lleva el manto!

Cuando volvieron a forjar la armadura de Numeon tras la gran batalla, no incluyeron una capa de piel de dragón. Todos los legionarios que poseían una la habían obtenido tras cazar una bestia y despellejarla para la elaboración de tan preciada prenda. El legado era importante; las tradiciones eran importantes. Ningún hijo de Vulkan se daría el lujo de romper la tradición. Numeon había perdido su piel de dragón en la guerra. Tendría que conseguir otra; hasta entonces, tenía que enfrentarse a las llamas sin una capa con la que protegerse.

Vorko estaba a punto de apagar el lanzallamas cuando Zytos, sin que le temblase la voz, le ordenó:

—No te detengas.

Ni el legionario ni Darko estaban seguros de seguir la orden de su sargento.

—Es una orden, Vorko —le gritó Zytos—. No apagues la llama hasta que haya desaparecido esa inmundicia. Numeon es un nacido del fuego, como todos nosotros. Sobrevivirá.

«Tiene que sobrevivir…».

Con el semblante serio, Vorko avivó la llamarada que escupía su arma.

Vieron a Numeon de rodillas, atrapado entre las llamas. Tenía la cabeza agachada y portaba algo entre las manos, aunque les era imposible determinar qué era a través del humo y la calima.

Un grito entrecortado, proveniente del transmisor de audio, que luchaba por hacerse oír sobre el crepitar del fuego llegó a oídos de Zytos y de los demás legionarios:

—*Vulkan…*

—¡Lo estamos quemando vivo! —gritó Gargo.

Zytos levantó la mano y con ese gesto ordenó a Gargo que se callase. Tenía la mirada fija en las llamas mientras observaba con atención su visor retinario, en el que todavía se registraba un alto nivel de contaminación en el infierno que ardía ante sus ojos.

—*Vulkan* —oyeron de nuevo por el transmisor—. ¡*Vulkan… vive*!

Las llamas envolvieron al legionario de la Death Guard. Y a Numeon.

—Ya está. —Zytos casi le arranca la mano a Vorko del gatillo del lanzallamas antes de entrar corriendo, por segunda vez, en el túnel envuelto en llamas. En ese momento, la motivación y la urgencia que sentía no provenían de la ejecución de los traidores, sino de la salvación de su hermano.

El cuerpo de Numeon, chamuscado por el incendio, estaba arrinconado contra las paredes carbonizadas del túnel. Cubierto por un aura de calor fulgurante, seguía arrodillado cuando Zytos se acercó a él. Las juntas de su armadura se habían fundido y de esta salía humo, como si fuese una fogata móvil.

Sujetaba un martillo, un sencillo copador de fragua: el sigilo de Vulkan.

El lacado de su armadura crujió al intentar moverse y sobrevivió a la resistencia

del giróscopo calcinado.

Zytos le tendió una mano a su capitán, mientras se hacía con los broches que mantenían el casco unido al gorjal.

—Intenta no moverte, hermano capitán —le aconsejó Zytos.

Con las manos temblorosas, Numeon se quitó el casco. Si el aire todavía estaba contaminado, se contagiaría, pero el casco no era más que un impedimento para sus movimientos.

—Zytos, tengo que hacerlo si queremos limpiar el lugar de esos traidores —dijo Numeon, con voz áspera. Se levantó despacio y la capa de hollín caliente que le cubría la armadura empezó a desconcharse, así como la pintura, dejando al descubierto una capa caliente de ceramita.

Los ojos del capitán se cruzaron con la mirada de Gargo:

—Felicidades por la armadura de batalla, legionario —lo elogió Numeon—. No sabía que podía soportar tan bien el calor.

—Yo tampoco —le confesó Gargo, aceptando, aturdido, la mano que le ofrecía su capitán.

—¿Y la mácula? —preguntó Zytos, interponiéndose entre los dos Salamanders—. ¿No le ha afectado lo que sea que haya soltado esa bomba sucia?

Los datos biométricos de su armadura le habían confirmado a Zytos que la zona estaba limpia, pero no podían ofrecerle información del estado de salud de Numeon.

—Creo que —dijo Numeon, tras unos segundos—… me he librado.

—Xathen está cerca, podemos volver y…

—Como ya he dicho antes, Zytos —lo interrumpió Numeon—, tenemos que seguir. Todos…

Las palabras no terminaron de salir de la boca del capitán, pues lo impidió el puño cerrado del Death Guard, el cual se había levantado y lo estaba ahogando. El muñón del legionario lo identificaba como el portador de la volkita. Sus movimientos entre la humareda habían sido tan rápidos y sigilosos que ninguno de los Salamanders lo había visto venir hasta que lo vieron ahogando a Numeon ante ellos.

Antes de que el resto del equipo pudiese reaccionar, Numeon se había hecho con la empuñadura del gladio y lo había utilizado para atravesarle la garganta al legionario de la Death Guard. Se lo clavó con tanta rabia y tanta fuerza que la punta salió por la coronilla del casco de guerra del legionario. El Death Guard, tras soltar una maldición entrecortada en su lengua materna, resistió un par de segundos y luego cayó al suelo, muerto.

Numeon cayó con él, deshaciéndose de los dedos enguantados que le habían oprimido el cuello segundos antes.

—Los legionarios de la Death Guard… —dijo, mientras se agachaba para hacerse con *Draukoros* y después se inclinaba para extraer el gladio del cráneo del legionario — no caen sin oponer resistencia.

Zytos quiso añadir algo más, pero el tiempo era oro para salvar la vida de los

habitantes de la Baluarte. Los Salamanders siguieron su camino a toda velocidad.

En el núcleo de los generadores de potencia había estallado la guerra, que acontecía alrededor de tres gigantescas turbinas electrocinéticas. Cada uno de los generadores suministraba luz, calor y una atmósfera artificial a las cúpulas geodésicas de la Baluarte. Habían sido fortificados y construidos en una profunda cuenca, rodeados por una fila de protección de torretas automáticas y emplazamientos de armas manuales. Si alguien destruía o amenazaba con destruir los generadores, la Baluarte estaría perdida y sus habitantes morirían con ella. Los trabajadores y sus familias habían elegido ese lugar, el núcleo de los generadores, para reunirse y oponer una última resistencia.

Y era allí donde la crueldad y el poder de la Death Guard habían golpeado con más fuerza.

Catorce legionarios de la XIV Legión, vestidos con sus trajes en blanco sucio, se introducían a grandes zancadas en un frenético fuego sofocado. Contra sus armaduras chocaban rayos láser y proyectiles, pero estos a duras penas frenaban su avance; los obstáculos apenas servían para algo.

Tres líneas de torretas yacían en ruinas, y de las torres armadas brotaba humo; en las barricadas, destrozadas, había cuerpos esparcidos por todo el suelo. Algunos de ellos estaban envueltos en llamas. La Death Guard pasaba por encima de los cadáveres y de las ruinas de las defensas de los trabajadores de la Baluarte de forma cruel e implacable, sin reparar en los muertos y los heridos. Era un trabajo metódico, eficaz. Despiadado.

A paso lento y a propósito, machacaron la resistencia de los civiles hasta que solo unos pocos quedaron con vida.

—Ni una barrera de víctimas los detendría —dijo Dakar. Hablaba a cubierto, oculto en el amplio pasaje abovedado que los había conducido hasta la sala de los generadores.

Los Salamanders habían llegado justo después que la Death Guard. Un pequeño cuadro de sus enemigos, avisados por sus compañeros que ahora yacían muertos en el túnel, se había vuelto hacia ellos y había abierto fuego contra los Salamanders.

Gargo señaló a varios legionarios de la Death Guard muertos, cuyos cuerpos descansaban entre las ruinas de la habitación.

—Algunos legionarios han muerto.

—Mira hacia arriba, dirección noreste —dijo Numeon—. Ha sido gracias a él.

Zytos también lo vio: un legionario vestido con una armadura de batalla de color plomizo. No parecía lucir la iconografía de ninguna legión, ni tampoco ninguna insignia de rango y, además, vestía una armadura que les era desconocida y que, incluso en la distancia, parecía superior a la suya.

Llevaba una pistola bólter sujeta a la altura del hombro y disparaba a los legionarios de la Death Guard desde una de las torres armadas. Lo hacía con cuidado,

con dedicación. Le quedaba poca munición.

—¿Ese es el «Ángel» del que nos ha hablado Ushamann? —preguntó Gargo.

—Quizá —le contestó Zytos, mientras miraba fijamente al guerrero.

—Entonces…, ¿es nuestro aliado? —dudó Dakar.

—El enemigo de mi enemigo… —dijo Numeon—. Pero eso da igual. Morirá pronto si no actuamos.

Zytos asintió con la cabeza, resuelto a atacar.

—Descubramos de qué lado están sus lealtades.

Herido, Vorko se quedó atrás, pero no sin antes soltar una buena llamarada de promethium que prendió en llamas a la retaguardia de la XIV Legión. Los legionarios enemigos intentaron oponer resistencia, pero el fuego les dificultó la hazaña de forma tal que el resto de los Salamanders consiguió atravesar las puertas de la habitación sin un solo rasguño.

—Aprovechad el caos —ordenó, Zytos y levantó el dedo índice y el corazón—. De dos en dos, dispersaos y rodeadlos.

Los Salamanders obedecieron las órdenes del sargento. Numeon y Zytos se marcharon por un lado y Gargo y Dakar, por otro. No tardaron en encontrarse, a la misma altura, pues aquella era su táctica favorita. Los cuatro legionarios de la retaguardia, calcinados, heridos y en peligro, no supusieron una gran resistencia.

El comandante de la Death Guard reparó en la fuerte amenaza que implicaba la llegada los Salamanders, y les gritó varias órdenes a sus soldados. La avanzadilla se resguardó mientras el resto se volvía y entablaba combate contra los Salamanders.

Desde su parapeto, el Ángel vestido de gris pareció percatarse de la aparición de sus nuevos aliados y abrió fuego para evitar que los Death Guards tuviesen vía libre para atacar con todas sus fuerzas a los Salamanders.

Los proyectiles chocaban contra las barricadas destruidas en las que Zytos y los demás se habían resguardado, no muy lejos de la línea de fuego de la Death Guard.

—Ahora o nunca, hermanos. ¡Acabad con ellos! —gritó Zytos, y saltó por encima de la barricada. Una bala le rozó la hombrera. Había sido de refilón, un tiro que hizo que se tambalease, pero el sargento en seguida recuperó el equilibrio y devolvió el disparo.

A ambos lados del Salamander, Dakar y Gargo se adelantaron, cada uno entre fuertes disparos y explosiones. Un Death Guard avanzó dando tumbos, con el visor del casco hecho añicos por un disparo en la nuca. Su compañero se volvió, buscando al tirador para clamar venganza.

Dakar le disparó y le dio de lleno en el cuello.

Ya solo quedaban seis legionarios de la Death Guard en pie.

Numeon, con un amplio movimiento, soltó a *Basilysk* con la intención de distraer a sus enemigos, no de matarlos. Con un solo ojo, no podía fiarse de su percepción de la profundidad. De todas formas, prefería usar una espada y lo único que necesitaba era que sus hermanos estuviesen lo bastante cerca como para usar una.

Zytos lideró a los demás Salamanders; él, Gargo y Dakar avanzaron a paso firme. Desde el umbral de las puertas de la sala, Vorko cambió el lanzallamas por un arma de fuego, pues los legionarios de la Death Guard habían sobrepasado el límite de eficacia del arma de fuego. Los disparos percutores de una pistola bólter resonaron a la distancia. Se oyó el ruido sordo y metálico característico que hace la recámara de las pistolas cuando se queda vacía; del techo cayó un cargador usado. El legionario de gris había tirado su bólter y, de un salto, había dejado su posición. Cayó justo enfrente de la avanzadilla enemiga, y Numeon y él se colocaron a la misma altura, con el enemigo entre ellos.

—¡Avanzad! —ordenó Zytos al resto de Salamanders, mientras la Death Guard contraatacaba con ferocidad. Muchos legionarios enemigos, con marcas de disparos en sus armaduras, se levantaron y siguieron luchando, como prueba de la más que reconocida resistencia de la legión de Mortarion.

Dakar cayó tras recibir un balazo en la pechera de la armadura. El metal del visor de su casco, resquebrajado y en llamas, explotó al tiempo que el Salamander se desplomaba sobre un costado.

En el visor retinal de Zytos apareció un destello ambarino, que le indicaba que Dakar estaba herido.

Otra barricada, otro enérgico salto para esquivarla.

Numeon iba a la cabeza, avanzando casi sin protección. Su armadura, calcinada por las llamas, estaba llena de abolladuras y muescas. Pero eso no le importaba. Estaba a menos de cinco pasos de los Death Guards, quienes habían desistido de su empeño por acabar con sus enemigos a balazos y habían desenvainado las espadas.

Unas espadas negras como el carbón refulgieron pálidamente bajo la tenue luz de la sala de los generadores.

—Error —murmuró Zytos, y desenvainó su martillo.

Un poco más abajo, las turbinas rugían, funcionando al límite de sus capacidades. En las profundidades de la cuenca que había debajo de la sala, un rayo de luz en forma de arco brilló entre dos nodos con los márgenes desdibujados. Unas pasarelas industriales y calcinadas conectaban las dos turbinas, con el ancho y la potencia suficientes para soportar el paso de varios tanques a la vez.

Las botas de Zytos resonaron con fuerza contra el suelo mientras las recorría. Un fogonazo sin rumbo fijo emergió del suelo e iluminó la armadura de batalla del sargento, resaltando los colmillos que adornaban su casco y el aspecto de reptil de su armadura.

Un legionario con los guanteletes colocados a presión portaba una espada e intentó utilizarla para herir a Zytos con ella. La armadura de ese legionario de la Death Guard parecía compacta e impenetrable. El visor tenía una única abertura, por la que brillaban dos grandes ojos mortíferos en busca de sangre.

Zytos repelió el ataque de su enemigo y, al hacerlo, del mango de su martillo saltaron chispas. El golpe fue duro y provocó que una vibración le subiese por la

espalda hasta los hombros, pero no cedió con facilidad a la fuerza de su oponente.

Un par de pasos por delante de él, divisó a Numeon, quien desgarraba las entrañas de un Death Guard con el filo de *Draukoros,* atravesando la cota de malla y la carne del legionario. Las vísceras se derramaron a través de la herida sangrante del Death Guard y el hedor a carne necrótica se volvió insoportable.

Un segundo golpe le obligó a centrar de nuevo su atención en su enemigo, quien no dejaba de lanzar gritos en su lengua materna. Zytos hizo caso omiso de las palabras de su oponente y se volvió con el martillo en alto, listo para atacar. El traidor se balanceó hacia atrás por la fuerza del contraataque del sargento.

Zytos hizo girar su martillo, elevándolo hacia arriba cuando alcanzaba su punto más bajo; de esa forma, consiguió darle en la pelvis y en el abdomen de un solo golpe. El cadáver del Death Guard emitió un fogonazo al desplomarse. El arma de su enemigo cayó al suelo y el sonido metálico que produjo fue lo último que oyó Zytos antes de avanzar en la batalla.

La lucha entre las dos legiones no duró mucho tiempo más. Aunque no era sencillo acabar con la Death Guard, estos habían acabado destrozados y asesinados a manos de unos guerreros con un poder mucho mayor al suyo.

El legionario con armadura gris fue el mejor de todos ellos; de su gladio goteaban restos de sangre de los enemigos abatidos.

Zytos le había visto acabar con la vida de dos legionarios en una lucha cuerpo a cuerpo. Su estilo a la hora de pelear era brutal, decidido. No tenía maneras de esgrimista, sino de boxeador. Se parecía a la forma de pelear de Gargo.

Cuando la batalla acabó, en la sala de los generadores hubo un momento de calma y silencio, a pesar del estrépito que provenía de las turbinas.

Numeon fue el primero en acercarse al desconocido aliado. Gargo y Zytos no tardaron en unírsele, hasta que los tres rodeaban al guerrero en una especie de semicírculo.

—Te has ganado mi gratitud —le dijo, con un tono grave pero refinado. Sonaba un poco cansado, quizá herido. El guerrero echó un vistazo por encima del hombro del desconocido—. Y la de toda esta gente.

Tras él, los trabajadores de la Baluarte habían empezado a salir de sus escondites. La mayoría eran mujeres y niños, aunque resultaba imposible pensar por qué alguien llevaría a su familia a un lugar como ese. «Hombres desesperados», pensó Zytos, y sintió una punzada de solidaridad para con esos pobres desgraciados que intentaban ganarse la vida con poco más que piedras.

Muchos de los habitantes de Nocturne habían tomado la misma decisión, pero no había sentido ni un ápice de pena por ellos. Se preguntó dónde estaría la diferencia para su subconsciente.

—Gargo —lo llamó, con la mirada fija en el legionario de gris, pero sin darle las gracias por su ayuda, al menos por el momento—, ve a examinar a Dakar. Consigue que se recupere.

«Quizá la lucha no haya terminado».

Las miradas del sargento y de Numeon se cruzaron por un breve instante y Zytos se dio cuenta de que su capitán estaba pensando lo mismo que él.

—Dinos tu nombre, hermano —exigió Numeon al legionario desconocido. No fue una pregunta.

—Jamás me había dado cuenta de que los hijos de Nocturne erais tan desconfiados —respondió el guerrero.

—Ya, me imagino. Sobrevivir una y otra vez nos ha convertido en personas bastante recelosas. Ahora, tu nombre, o ¿me veré en la obligación de usar mi espada para conseguirlo?

La punta de *Draukoros* descansaba sobre el pecho del legionario de gris. Una sola estocada, una rápida pero certera puñalada: con eso bastaría.

Zytos no despegó los ojos de los dos guerreros. Sus pensamientos traicionaron la lealtad hacia su capitán, pues tuvo que admitir que no estaba seguro de cuál sería el resultado final de una batalla entre los dos oponentes.

El legionario con armadura gris levantó una mano, en señal de rendición:

—Hermano Kaspian Hecht —declaró.

—Tenemos muchas preguntas, hermano Hecht —le avisó Numeon—. Aunque las más importantes son por qué estás aquí y cómo es que llevas la marca del Sigilita grabada en la armadura.

Zytos ocultó, tras el visor de la amargura, la sorpresa que le embargó tras las palabras de su capitán. En ese momento, reparó en aquello de lo que hablaba Numeon: el inconfundible ojo del pueblo de Maleador grabado, de forma casi imperceptible, en la armadura gris del legionario.

—Pero, por el momento —continuó Numeon—, te escoltaremos a ti y a la gente de la Baluarte fuera de la estación. No puedo garantizar vuestra seguridad si os quedáis aquí.

Detrás de Hecht, los civiles habían empezado a salir de sus escondites y el capitán de la Pyre los miró.

—¿Y si me niego? —preguntó Hecht.

—Tengo el presentimiento de que no lo harás.

Los legionarios oyeron un estruendo de pisadas y se volvieron con brusquedad, en alerta ante la posible llegada de los refuerzos de la Death Guard.

Cuando vieron a Xathen y a su equipo, armados pero sin ningún enemigo al que enfrentarse, bajaron las armas.

—¿Nos hemos perdido la batalla? —preguntó Xathen, decepcionado.

Llevaba tantas armas encima que parecía un ejército él solo, de pie en el umbral de la sala de generadores.

Vorko le dio una palmada de consuelo en la espalda:

—No te pongas triste, hermano sargento, quizá queden más enemigos por ahí.

Xathen le lanzó una mirada fulminante al portador del lanzallamas; señaló a

Hecht y preguntó:

—Y ¿este quién es?

Antes de que alguien pudiese responderle, oyeron la voz de Zonn por el transmisor de audio:

—*Hermanos, nos han encontrado.*

—¿«Han»?

—*La tercera nave ha despegado y conocen nuestra posición.*

—Zonn —ordenó Numeon—, pase lo que pase, no dejes que esa nave abandone la Baluarte. Nadie debe saber que estamos aquí o a quién transportamos.

—*No creo que eso sea un problema, hermano capitán. No intentan huir.*

—¿Cómo?

—*Intentan matamos.*

Los Salamanders salieron a toda prisa del complejo, y Zytos no dejaba de lanzar órdenes a sus legionarios para un rápido redespliegue y una veloz respuesta ante la verdadera amenaza de la Death Guard. Gargo se quedaría atrás con Dakar y Vorko; el apotecario de *facto* tenía que curarlos y dejarlos listos para la batalla antes de que los Salamanders estuviesen preparados para marcharse de la Baluarte. Es decir, tenían que poder mantenerse en pie y luchar, como los demás. Además, también reunirían a los civiles para transportarlos hasta la Caribdis, todo eso dando por hecho que todavía les quedaba una nave para llevarlos hasta allí.

La responsabilidad de vigilar a Hecht recayó sobre los hombros de Xathen. El misterioso legionario de gris era un rufián del que Zytos no podía olvidarse. Después estaba Numeon…

El sargento condujo al resto de su equipo a toda velocidad por la estación. Si la Death Guard se enteraba de que los Salamanders no estaban en Macragge…, si descubrían que tenían a Vulkan en el interior de su nave…

Zytos conocía los riesgos. Sabía que adentrarse en la Tormenta de Ruina era una locura, y eso sin contar con que la Death Guard les pisase los talones, pero el comportamiento de Numeon rayaba en la imprudencia.

A pesar de todo, Zytos consiguió salir del túnel de la cúpula justo detrás de su capitán.

Todas las miradas se posaron en el cielo oscuro, donde una cañonera de la Death Guard había desatado los pesados bólters apostados en sus alas y atacaba el armazón ablativo del transporte de los Salamanders.

—Llamad su atención —ordenó Zytos.

Xathen aminoró el paso, apuntando con el bólter entre las manos.

Numeon también disparaba, pero su arma no poseía el alcance adecuado, o él, con un solo ojo, no contaba con la puntería necesaria para dar en el blanco.

El proyectil de Xathen dio de lleno en el armazón del motor izquierdo, donde se alojó y explotó. Una probabilidad entre cincuenta. Del motor se elevó una columna

de humo negro en forma de espiral, al expulsarlo los conductos de ventilación en llamas para, segundos después, volver a inhalarlo.

La nave se bamboleó de un lado a otro y perdió algo de altura, pero el piloto se encargó del problema y la embarcación se estabilizó. Herida, pero todavía en el aire. El morro de la cañonera viró y se dirigió hacia los Salamanders. Los cañones láser se conectaron con un agudo chirrido.

Una lluvia de proyectiles chocó contra la nave de la Death Guard, pero apenas hizo mella en ella; mientras tanto, los legionarios que luchaban desde tierra firme intentaron derribarla, pero necesitarían un milagro para conseguir hacerse con la victoria sin armas de mayor potencia en su poder.

Justo por debajo de la cañonera, la rampa trasera de *Draconis* se abrió y de ella salió una figura vestida con una armadura de batalla azul y gris.

—¿Es Ushamann? —preguntó Xathen, sin distraerse de su deber y lanzando una racha ininterrumpida de proyectiles, como hacían el resto de sus compañeros.

Zytos tenía su atención dividida entre Hecht y Numeon, quien al fin se había detenido para que el resto del equipo pudiese cubrirlo. Un rayo de luz cristalina llamó la atención del sargento de los Salamanders, y su mirada se fijó en el epistolario.

De la punta de los dedos de Ushamann se veía el crepitar de una tormenta que pronto se transformó en un corpóreo nubarrón flotante. El bibliotecario estiró un brazo, del que expulsó un rayo de luz que se clavó en el flanco blindado de la nave enemiga, como una lanza.

No…, no como una lanza. No solo alcanzó su objetivo, sino que además se contorsionó y lo perforó. Una serpiente de fuego divino recorrió el interior de la nave. Pequeños haces de luz ondeaban por todo el fuselaje, reduciendo la munición de las armas de fuego de la nave. De pronto, el glacis frontal de la embarcación se transformó en una telaraña de grietas. Ushamann estiró la otra mano y lanzó un segundo rayo, que se deslizó, ávido, como el primero e hizo explotar uno de los motores. Una columna de humo y fuego brotó de la escotilla lateral de la nave tras una explosión en el interior de la misma.

La cañonera cayó en picado, sin poder controlar su velocidad ni mantenerse en el aire.

Los cuerpos que se encontraban dentro del compartimento de carga de la nave se amontonaron contra lo que quedaba de la escotilla lateral, luchando por saltar, pero en esos momentos la cañonera vibraba en sus últimos estertores. Ninguno consiguió escapar antes de que los depósitos de combustible estallasen y una enorme bola de fuego iluminase el cielo allí donde segundos antes había estado la cañonera, como el atardecer efímero de un segundo sol.

Los restos de la nave y los cuerpos de los tripulantes chocaron contra el suelo. Los Salamanders se aseguraron de que no quedase ningún superviviente. Xathen fue el más implacable de todos. Hasta que no dieron fin a la batalla y se encontraron de pie, entre las ruinas de la nave y de su tripulación asesinada, ninguno de los presentes

se atrevió a acercarse a Ushamann.

—Hermano… —le dijo Zytos, acercándose al epistolario, pero se detuvo cuando vio cómo las vetas del fuego de San Telmo adornaban la armadura de Ushamann.

El epistolario estaba de rodillas pero todavía le quedaban fuerzas para levantar la cabeza.

—Un momento…

—Te habías desmayado.

—Me vi en la obligación de despertarme.

—¿En la obligación?

—Durante mi letargo, tuve una visión.

Ushamann estiró el cuello para mirar hacia arriba. Al contrario que Zytos, no llevaba puesto el casco, por lo que sus compañeros pudieron contemplar los brillantes ojos celestes del epistolario.

—De nuestro padre, de Vulkan. Me dijo que debía despertarme.

Numeon apretó el sigilo.

—Vulkan vive —susurró, y todos los que lo escucharon sintieron la creencia que destilaban sus palabras. Su fe.

Hasta Kaspian Hecht lo sintió.

VEINTIDÓS

Interrogatorio

Barcaza de batalla Caribdis, sala de interrogatorios

—¿Estás solo?

—¿En esta celda oscura? —le preguntó Hecht, mientras señalaba las paredes, la puerta y los límites de la prisión que casi estaba sumida en una total oscuridad.

—No es una celda, aunque podemos transformarla en una —le recordó Zytos.

El sargento se había quedado en el umbral de la sala de interrogatorios, en las sombras, con los brazos cruzados.

Var'kir era el encargado de hacer las preguntas; había dejado su casco en forma de calavera sobre la mesa circular, enfrente de él, y tenía la mirada, ojerosa, clavada en Hecht.

Hecht se fijó en Zytos, pero no se detuvo mucho tiempo en él. Le habían ordenado que se quitase el casco, y así lo había hecho. Ante los Salamanders se descubrió un rostro adusto, cansado de la guerra. Era difícil determinar el lugar de nacimiento de Hecht: tenía la piel un poco tostada y el porte de un aristócrata. Al principio, Zytos pensó que pertenecía a los Ultramarines o a los Imperial Fists, pero poseía una acritud, una vitalidad peligrosa de la que carecían esas dos legiones.

No era miembro de la Raven Guard, pues tenía la piel demasiado clara. No había ningún mecanismo biónico a la vista, por lo que también descartó la Legión de los Iron Hands. Tampoco se veían cambios cromáticos en el melanoma de su piel, aunque Zytos contó con que tanto él como Var'kir hubiesen reconocido al instante a un compañero de Nocturne.

—Una misión en solitario —le aclaró Var'kir al escandaloso legionario.

—No. Había otro legionario. Me habían ordenado encontrarme con él.

—¿En la Baluarte?

—No. Me atacaron: mi nave quedó prácticamente destrozada y a mí me dieron por muerto. Estuve vagando a la deriva, con mi armadura como única protección en

el espacio, hasta que una nave de mercancías me encontró y me llevó a la Baluarte.

—Tuviste suerte.

—No creo en la suerte.

Zytos soltó un bufido ante la insensatez del legionario, pero Var'kir levantó un poco la mano para avisarle de que tenía la situación bajo control.

—Nosotros mismos nos forjamos nuestra suerte.

—Yo creo en el juicio del Emperador. Él consideró que mi salvación era justa.

Var'kir entrecerró los ojos:

—¿Con quién te ibas a encontrar? ¿Cómo se llamaba?

—No soy libre de contároslo.

—Piensa con cuidado en tu libertad.

—No me encerraríais —contestó Hecht, seguro de sus palabras.

—¿Ah, no? Y ¿por qué no?

Hecht hizo un movimiento de cabeza:

—Soy un fiel servidor de Maleador *el Sigilita* —dijo, y volvió la espalda hacia la escasa luz de la habitación—. Podéis ver su marca en mi armadura.

—La hemos visto —repuso Var'kir—. ¿Te han mandado de Terra? ¿Sabes si todavía sigue en pie? —El capellán pronunció la pregunta con un tono de urgencia en su voz, a pesar del comportamiento frío que había mostrado hasta ese momento.

Las consecuencias de que Terra siguiese en pie eran bastante importantes, sobre todo para el segundo imperio de Guilliman. La urgencia era la que era, pero si semejante tarea, el establecimiento del Imperium Secundus, estaba teniendo lugar mientras el Trono del Mundo se encontraba en serios apuros, el segundo imperio se presentaría como algo de lo que todos los implicados deberían sentirse avergonzados. Hasta podría catalogarse de herejía.

Hecht titubeó mientras pensaba la respuesta que iba a darle a Var'kir. Era evidente que su vacilación provenía de la incertidumbre.

—Hace mucho tiempo que dejé Terra y no he vuelto desde entonces, ni tampoco he tenido contacto con lord Maleador desde las últimas órdenes que me dio. Pero solo yo debo saber cuál es mi misión. Ni siquiera vuestro inestable psíquico podría sondear mi mente y averiguarlo, así como tampoco lo lograríais con cualquier artilugio de tortura que poseáis. No os queda otra opción que devolverme mi libertad y dejarme ir. Por ahora, nuestros caminos se han cruzado. Por lo que he visto, apenas contáis con guerreros a bordo de esta nave, y es evidente que os dirigís a un lugar inhóspito, dado lo precavidos que os mostráis.

—¡A ti no te importan nuestro destino o nuestra precaución! —soltó Zytos.

Hecht levanto las manos en un gesto de conformidad:

—Ni pretendo que me importen. No tengo nave, no sé dónde está mí compañero, aunque lo más probable es que esté muerto. Por ahora, estoy en compañía de aliados. Dejad que cumpla con la voluntad de Maleador sin interponeros en mi camino. En cuanto consiga una nave, os dejaré tranquilos para cumplir vuestra misión, sea lo que

sea lo que estéis haciendo en el espacio.

—Puede que eso no sea posible, teniendo en cuenta hacia donde nos dirigimos —afirmó una tercera persona, alguien en quien Hecht no había reparado hasta que se había vuelto hacia él.

—Y, si me permitís la pregunta, ¿hacia dónde os dirigís?

Las brasas ardientes que Numeon tenía por ojos refulgieron cuando salió de las sombras de la habitación.

—Hacia la Tormenta de Ruina. Gargo leyó los datos del escáner biológico portátil que tenía en la mano y frunció el ceño.

—¿Qué significa la expresión de tu rostro? ¿Son buenas o malas noticias? —preguntó Ushamann, quien descansaba sobre una especie de camilla en la nave del apotecario.

—Al parecer, tus constantes vitales están estables —le contestó Gargo, bajando el escáner—. Pero no soy apotecario. Puedo vendar heridas, pero mis conocimientos fisiológicos son escasos.

—Buenas noticias, entonces.

Gargo enarcó una ceja:

—Y ¿eso por qué?

—A veces el desconocimiento es mejor que la verdad —le explicó Ushamann, y se levantó de la camilla para colocarse al lado de Gargo.

Hasta con la armadura de batalla puesta, Gargo le llegaba a Ushamann a la altura de la nariz. Ushamann era alto y esbelto, pero no tan corpulento como su hermano.

—No me creo que de verdad pienses así.

—Pues sí, Gargo. Tres franjas de pelo rojo intenso, afeitadas en forma de cabeza de dragón, adornaban la cabeza del bibliotecario, quien, sin ellas, estaría calvo. Siempre tenía los ojos entrecerrados, como si estuviese escudriñando, comparando cosas, y lucía la expresión cansada de un guerrero que ya ha visto demasiadas cosas en la vida.

Gargo era consciente de que la batalla en Isstvan V se había cebado especialmente con Ushamann. Había perdido a su mentor y a muchos de sus compañeros, quienes habían sido degradados a integrantes de tropas de asalto durante la masacre. Todo ese poder… se lo habían arrebatado y les habían privado de él.

Qué diferente podría haber sido todo.

¿Qué era lo que solía decir Xathen? «Todos hemos perdido algo».

—La guerra es una horrible verdad —comprendió Gargo—. Hermanos que se matan entre sí. Es repugnante, pero debemos enfrentarnos a la verdad.

—¿Cómo podemos hacer frente a la pérdida de Terra, hermano?

—No podemos saber con seguridad que haya caído.

—Cierto, pero, aun así, debemos enfrentarnos a esa posibilidad. Nuestro invitado, ese tal Hecht, afirma servir a Maleador y parece que no miente. Pero la existencia de Hecht no confirma que el Emperador todavía reine el Imperium…, solo demuestra

que lo hizo la última vez que Hecht estuvo allí.

Gargo ocultó su enfado:

—No puedes pensar así, Ushamann.

—¿Por qué no?

—Terra *debe* resistir. El Emperador debe resistir.

—Y, entonces, ¿por qué Guilliman está levantando un segundo imperio con la ciudad de Macragge como su capital? Al enfrentarnos en esta guerra, nos enfrentamos a una desagradable verdad. Lo mismo pasa con Terra. Y también con Vulkan.

Gargo lo miró con el ceño fruncido, indeciso. En esos momentos, parecía más joven.

—¿Con padre?

—Sí, con nuestro padre. ¿Qué pasa con Vulkan? ¿Te gusta saber la verdad?

—¿A qué verdad te refieres?

—A que está muerto y estamos transportando un cadáver hacia la tormenta de disformidad más grande jamás vista en toda nuestra historia.

—Numeon cree que sigue vivo.

—Y ¿esa es la verdad que has elegido creer?

A Gargo no se le ocurrió una respuesta inmediata a esa pregunta.

Ushamann se dirigió a la puerta para abandonar el apotecarion. De espaldas a Gargo, se detuvo en el umbral de la habitación:

—El desconocimiento me ayudó a creer que nuestro padre seguía con vida. Me esforcé en creerlo. Mis esperanzas crecían y mi fuerza con ellas. Entonces, las esperanzas desaparecieron y tuve venganza, pero Numeon nos dice que nuestro padre vive a pesar de que vemos con nuestros propios ojos que eso no es verdad. Tuve una visión en la que vi al primarca, pero ¿sabes qué es lo que sentí cuando inspeccioné la mente de Vulkan, Gargo?

El legionario le respondió con silencio.

—La nada. Una tumba. Tras la visión, la verdad ya no resultaba tan atractiva.

—¿Crees que no son más que falsas esperanzas?

—¿Alguna vez has pensado en el mundo y has sentido un gran desasosiego?

—A veces. Antes de luchar. Antes de Isstvan V. Creo que ese día todos lo sentimos; era como si pudiésemos notarlo en el aire. Ushamann, ¿tu visión no será un aviso de que ocurrirá algo horrible, algún desastre? ¿Es eso lo que me estás queriendo decir?

—En mi visión, vi fuego…, un fuego insaciable que acababa con cualquier rastro de vida. El immolus.

—¿Hablas de la Llama Liberada?

—Al fin y al cabo, es lo que pone en su epitafio, ¿no?

Gargo desvió la mirada. Había sido el epitafio de Vulkan, pero todo había cambiado. Numeon había regresado. Si él vivía, el primarca también podría hacerlo.

—Siento un gran desasosiego en mi interior, Gargo. Y cuanto más tiempo paso en esta nave, más crece. —Ushamann hizo una pausa, quizá porque esperaba encontrar algunas palabras de consuelo, pero, al ver que no tenía ninguna que ofrecer, cambió de tema—. Me necesitan en el puente de mando.

Ushamann se marchó de la habitación. Gargo lo vio partir, en silencio.

Sería muy sencillo ceder ante las dudas. Las creencias de Numeon desafiaban toda explicación racional y abrazaban un tipo de fe casi religiosa.

Ushamann había escogido no creer en las pruebas de su mente racional, pero Gargo también había presenciado algo. Había contemplado cómo Numeon resistía un bautismo en el que debería haber perecido, y la única explicación posible a su supervivencia era una armadura cochambrosa a la que se había aferrado con una convicción tal que consiguió apartar las llamas y desafiar a la muerte.

Decidió buscar consuelo en la herrería, donde el fuego y el humo podrían limpiar cualquier resto de duda que quedase en su interior.

Gargo podía soldar los huesos rotos, al menos hasta cierto punto. Podía frenar la salida del torrente de sangre y coser una herida cuando era necesario. Podía obrar milagros con el metal, pero solo Numeon y su fe ciega podían reparar su legión rota.

Todos sus conocimientos le confirmaban que los muertos no podían regresar a la vida. Sin embargo, lo que sentía le permitía llegar a una conclusión muy diferente a esa.

Lo proclamó en voz baja y ante una habitación vacía, pero lo hizo seguro, convencido:

—Vulkan vive.

VEINTITRÉS

Nuestro legado

Barcaza de batalla Caribdis, cubierta de embarque

Por fortuna para los refugiados, la nave en la que los cobijaron era lo bastante grande como para acogerlos a todos.

Con la Draconis ya de camino hacia la *Caribdis*, Zytos informó al capitán que llevaban un grupo de civiles, que se agrupaban en el compartimento de carga de la cañonera. Casi cincuenta personas habían sobrevivido a la batalla de la Baluarte.

Los civiles parecían enfermos, débiles y destrozados. El sargento le había asegurado a Adyssian que ninguno de ellos había enfermado por las toxinas liberadas por la Death Guard sobre sus seres queridos. A pesar de haber revisado el informe de Igen Gargo, Adyssian estaba decidido a verlo con sus propios ojos.

Un capitán debía estar al tanto de todo el cargamento que transportaba en su nave, hasta del último elemento que lo formaba.

Llevaba un cristal sobre el ojo izquierdo que le permitía examinar a fondo a cada uno de los refugiados que se arrastraban por la elevada pasarela. Ellos no podían verle (de todos modos, ¿quién lo miraría?), aunque él los veía a la perfección. Varios hombres, mujeres y algunos niños, vestidos con petos y con los restos de los trajes atmosféricos, observaban sin entusiasmo el amplio y tenebroso compartimento de carga.

Sus salvadores ya se habían marchado, dejando la *Draconis* en manos de los visioingenieros para que llevasen a cabo las tareas de mantenimiento de la cañonera. Zonn no tardaría en volver a la nave; siempre volvía.

Adyssian observaba el paso de los refugiados, que se movían en manada, apelotonados por el miedo, pegados los unos a los otros con gran desesperación. Le entristecía ver semejante espectáculo, ver lo que la galaxia les había hecho a los de su especie. A las versiones más básicas, a aquellos que no habían sido modificados genéticamente.

—¿En eso nos convertiremos? —susurró para sus adentros, aunque las palabras casi se le atragantaron al ver a una niña.

Por poco no notó su presencia; era muy pequeña, muy joven. Se escondía detrás del chal de una mujer que, a juzgar por la indiferencia que le mostraba, no era su madre. No fue el hecho de que la niña fuese huérfana lo que lo hizo detenerse; fue su rostro. Su comportamiento, tímida pero amable a la vez. Se aferraba a ese chal con tanta ternura…

—¡Por el Trono! —exclamó Adyssian. Se tuvo que sujetar de la barandilla de la pasarela para no caerse hacia adelante. El corazón le iba a mil por hora. El aire se le clavaba en el pecho.

«Maelyssa…».

Las lágrimas le surcaban el rostro, aunque no afectaron a la transmisión visual que recibía a través del cristal que llevaba en el ojo.

Antes de ser el capitán de la *Caribdis*, antes incluso de participar y servir en la Gran Cruzada, Adyssian había tenido una hija. Pero el universo, cruel y despiadado, se la arrebató de repente. Por ese entonces, la religión era un concepto que estaba desapareciendo, pero Adyssian rezó. Le rezó al Trono, apretando entre las manos un escrito vetado. Todavía lo tenía en su poder, a pesar del riesgo que ello suponía, tanto para su trabajo como para su libertad. El *Lectio Divinitatus*. La creencia que afirmaba que el Emperador de Terra era un dios.

Las oraciones de Adyssian no fueron contestadas. Escondió el libro y se olvidó de sus mentiras. Hasta ese momento.

—Ella no… —dijo entre dientes, apretando la barandilla con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Maelyssa no.

Se quitó el cristal y se marchó de la pasarela. Desde la muerte de su hija, Adyssian había mejorado su capacidad para compartimentar sus emociones. Recurrió a esa habilidad que tenía y, cuando llegó al puente de mando, ya se había serenado por completo. Nadie jamás descubriría el dolor que albergaba escondido en su corazón.

Nadie.

En el strategium había cartografías y mapas de papel vitela esparcidos por todas partes. Varias brújulas yacían diseminadas sobre los mapas celestes.

Adyssian tenía la mirada fija en esos mapas. Se había pasado así los últimos segundos. Ya casi había alcanzado el minuto cuando Gullero rompió el silencio que reinaba en la sala.

—Sin el Astronomicón o el Pharos para guiarnos, no podemos hacer otra cosa que dar saltos cortos y calculados.

—Arikk, crear una brecha en la tormenta más de una vez me espanta.

Adyssian levantó la vista de los mapas y miró a su primer oficial.

Arikk Gullero era un hombre joven, como Adyssian, pero tenía el pelo rubio y ralo y los ojos de un verde muy claro. Un terrano enviado para servir a la Caribdis.

—Tampoco tengo muy claro que Circe pueda aguantarlo.

—¿Qué otra opción nos queda? —le preguntó Gullero.

Adyssian suspiró, resignándose al destino que les esperaba a la nave y a su tripulación. Tenía las manos apoyadas en la mesa, con los dedos extendidos sobre los mapas, como si creyese que podría trazar una estrategia solo por el tacto del papel bajo la yema de sus dedos.

—Será duro, capitán —dijo Circe.

Llevaba puesta una capucha e iba vestida de negro. Sus movimientos eran ágiles, y había mantenido la cabeza agachada durante toda la conversación. Descalza, la navegante apenas había hecho ruido al rodear, despacio, la mesa del strategium, para analizar los mapas de Adyssian.

Al alzar la mirada, dejó al descubierto unos ojos llenos de perspicacia, verdes como el jade, y una diadema sencilla de plata, que llevaba en la cabeza para disimular su mutación ante el capitán de la nave y del resto de la tripulación.

—Pero soy lo bastante fuerte como para aguantarlo —afirmó la joven navegante.

El rostro de Adyssian reflejaba las dudas que tenía al respecto.

Circe era enclenque, pues su cuerpo se había consumido por los esfuerzos que debía hacer para dirigir la Caribdis. Utilizaba un bastón de madera de fresno, el que sostenía el peso de su esquelético cuerpo. Con unos dedos finos y que parecían garras, la joven se aferraba a la empuñadura con forma de cabeza de serpiente del bastón.

—No tenemos ni idea de a qué nos enfrentaremos después del salto. Navegarás a ciegas, Circe.

La joven sonrió con unos labios tan finos que parecían dos alambres.

—Un navegante jamás va a ciegas —dijo, y después señaló la mesa del strategium y el montón de cálculos y ecuaciones escritos en las muchas hojas de pergamino esparcidas por encima de los mapas celestes que descansaban sobre la mesa—. Con tus conocimientos de cartografía y mi sentido de la vista, lo lograremos. Llegaremos a Nocturne. Como dice el teniente Gullero, ¿qué otra opción nos queda?

Adyssian la miró con una sonrisa de cansancio dibujada en el rostro:

—No, mi señora. Solo quería asegurarme de que supieses lo que implicaba una decisión como esta y de que estuvieses de acuerdo con ella.

—Y si no lo estuviese —apuntó Circe—, ¿qué harías?

—Dar media vuelta.

La navegante soltó una risa dulce:

—¿Y desobedecer las órdenes de los temibles dragones? Tienes que estar de broma.

—Pues sí —admitió Adyssian—. Necesitarás la ayuda de Ushamann.

Ante la mención del nombre del epistolario, el rostro de Circe se ensombreció:

—Pero no la quiero. Ese hombre está rodeado por un manto de sombras.

—Sí, es un poco siniestro, pero es fuerte. Piensa en él como en un apoyo.

Circe asintió, tan tranquila y solemne como siempre.

—¿Algo más, capitán? —preguntó la muchacha.

Adyssian volvió a mirar los mapas que tenía enfrente, repasando rápidamente los cálculos que Gullero y él habían hecho. El capitán asintió.

—Descansa. El momento de actuar se acerca.

Circe se marchó del strategium y se dirigió hacia su santuario.

Cuando se quedaron solos, Arikk Gullero se dirigió a su capitán y le fue completamente sincero:

—Podría morir.

—Lo sabe —contestó Adyssian con franqueza, pero sintiéndose más desgraciado tras la estela de la muchacha—. Todos lo sabemos.

—¿Estás listo por si eso pasa?

—No —repuso Adyssian, sin mentirle a su teniente—, pero, aun así, haré lo que tengo que hacer.

A través del amplio óculo de la nave se podía contemplar un caos que iba en aumento. Delante de ellos, los acechaba una oscuridad insondable, como si una niebla arrolladora hubiese apagado todas las estrellas del firmamento.

La Tormenta de Ruina era tan gigantesca que se había tragado a sistemas enteros; no existía misiva que pudiese atravesarla y, de hecho, no habían recibido ni un solo mensaje del Mundo del Trono incluso desde antes de que Lorgar crease semejante abominación meteorológica. Todo comenzó en Calth, con una perturbación que se extendió como una enfermedad por Ultramar y, después, por toda la galaxia.

Pocos eran los que no creían que Horus ya hubiese llegado a Terra y la hubiese saqueado.

Adyssian no poseía ni la agudeza ni la astucia para ver la tormenta por lo que era realmente, pero sabía que estaba ahí. En cuanto cayeran en la disformidad, lo haría; contemplaría el infierno en su máximo esplendor.

—¿Zonn? —preguntó Zytos. El sargento estaba a punto de marcharse de la sala de interrogatorios cuando el techmarine lo llamó por el comunicados.

Hecht permanecía en el interior de la sala, encerrado, tal y como él había propuesto. Var’kir lo vigilaba. Numeon se había marchado mucho antes que él. Con la marca del Sigilita o sin ella, no correrían ningún riesgo con el legionario de la armadura gris. Durante la guerra, muchas cosas no habían resultado ser como habían parecido en un primer momento.

—*Sargento*. —Del transmisor de audio, salió la voz mecánica de Zonn—. *He estado examinando todos los datos que recogí cuando me infiltré en los sistemas de la Baluarte*.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Zytos.

—Si.

—Pues dímelo de una vez, Zonn. No esperes a que te pregunte de nuevo.

—Una señal de conexión por comunicador. Oculta. Un pulso o una baliza, todavía tengo que averiguarlo. Provenía de la embarcación de la Death Guard, de la nave que atacó la Draconis.

De repente, a Zytos se le heló la sangre:

—¿El destinatario era la nave estelar en órbita? —aventuró a preguntar el sargento.

—Sí, sargento.

—¿Llegó a su destino?

—Todos los datos que he recopilado parecen indicar que sí.

—Así que nuestros enemigos saben que estamos aquí, en el espacio… —mumuró Zytos, casi para sí mismo.

—Me temo que así es, al menos por lo que indican los datos, sargento.

—¿Algo más?

—Una cosa más. La nave estelar emitió un segundo mensaje segundos después de recibir el primer pulso.

—Por la sangre de Vulkan… —dijo Zytos en voz baja—. Le han mandado nuestra posición a otra nave, quizá a una flota entera.

—Lo más probable es que haya sido a una flota entera. ¿Le comunico estos últimos descubrimientos al hermano capitán Numeon? He intentado localizarlo, pero me ha sido imposible conseguirlo.

—Sé dónde está —contestó Zytos, y frunció el ceño—. Ya me encargo yo de informarle.

El sargento Zytos cortó la línea de comunicación.

VEINTICUATRO

Noche eterna

Crucero Monarchia, el altar

La nave no fue difícil de encontrar. Entre los muchos vigías, barcazas y fragatas, cargueros y barcas que partían de Macragge, era claramente la más grande.

Quor Gallek sonrió cuando su capitán mencionó el descubrimiento.

—*Caribdis* —murmuró, leyendo la designación del navío de una placa que tiró al momento—. En la mitología griega era un ser de las profundidades marinas, tan grandes sus fauces que se bebía el mar y un gran remolino arrastraba los barcos hacia su perdición.

Quor Gallek miró hacia arriba mientras estaba arrodillado en el altar. Sus ropajes color escarlata resaltaban en el frío suelo de losa. Estaban llenos de sangre y brillaban por la humedad a la luz intermitente del brasero. Allí no se permitían lúmenes ni lámparas de fósforo. Aquel era un lugar antiguo. Primordial. Ritual. De la misma forma que la cámara que ocupaba en ese momento.

—Poético, ¿verdad? —preguntó a su sombra acorazada.

—¿Qué importa eso? —respondió una voz rica y profunda—. A menos que signifique un ajuste de cuentas más rápido.

—Su destino es un torbellino —dijo Quor Gallek mientras se levantaba—. Seguro que no se te ha escapado la ironía de eso y el nombre de su nave, Degat.

—No he dicho que no lo haya visto, sino que no me importa. ¿Acaso nos llevará hasta él?

Degat permaneció impasible, con los brazos cruzados. Los llevaba al descubierto, como hacían los de la XVII, pero él se había entregado a la Palabra. Lo llevaba grabado en la piel, con un color tan oscuro que el tono de su carne también había cambiado por la tinta religiosa.

Era un fanático, un guerrero.

Llevaba la misma ropa oscura que Barthusa Narek.

Una ropa *similar*, dadas las últimas revelaciones.

—Nos llevará hasta la fulgurita —respondió Quor Gallek con honestidad—. Lo que, a su vez, nos llevará hasta Narek. Y a algo más.

—¿A Vulkan?

—Sí —dijo Quor Gallek.

—¿Lo sabías?

—Lo sospechaba. Hablan sin alma, aunque están motivados. Su conocimiento puede ser útil, aunque no siempre digno de confianza. —Quor Gallek sacudió la cabeza—. Elías siempre solía usarlos como instrumentos contundentes y mira adonde le ha llevado eso al pobre estúpido. Una fuerza tan poderosa atravesando el éter… no pasa desapercibida.

—Macragge es una fortaleza —dijo Degat—. ¿Cómo has conseguido que se fueran?

—Con el dolor. No le mentí a Numeon cuando le dije que sabía lo que pensaba. Lo sabía todo. Su desesperación le hace predecible. Sabía que la amenaza de Xenut Sul ofrecería el pequeño empujón que necesitaba.

—Una nave, vulnerable y sola, en vez de una fortaleza… —Los ojos de Degat se arrugaron, mostrando lo más cercano a una expresión divertida que jamás se había visto en su cara.

Quor Gallek asintió.

—Nos quedamos las tres.

—Narek morirá primero. Haz lo que quieras con el resto —dijo Degat.

—Ya he negociado con nuestros aliados —respondió el otro mientras caminaba por la sala, dando vueltas lentamente y en silencio, con los pies descalzos. Una pequeña cuchilla en su mano brilló con el reflejo de la luz.

Esa luz desveló también otras cosas. Él y Degat no eran los únicos ocupantes del altar, y aquel no era el único altar de la nave. Quor Gallek los llamaba de ese modo por su antigüedad y por su propósito para sacrificios. Cada uno de los ocho altares habían sido tallado en piedra colchisiana, gris en origen, pero ahora casi era carmesí debido a la cantidad de sangre que se había vertido sobre ella.

Había numerosos prisioneros transhumanos encadenados alrededor de la estructura octogonal, uno por cada punto. Ocho altares, ocho prisioneros, ocho puntos.

—Ocho al cubo…

Quor Gallek recitó las palabras del ritual en un tono solemne y bajo. Miró al primer sacrificio y le quitó la mordaza de la boca. Le gustaba escucharles primero para conocer sus confesiones y sus mentiras: la muerte sacaba a la luz la verdad. Era su penitencia por eludir a los verdaderos dioses. Les esperaba la aniquilación primordial.

Incluso a Degat.

Incluso a él.

Quor Gallek aceptó que, cuando terminara su cometido, también él se convertiría en parte del gran sacrificio. La extinción del todo.

Degat perturbó los pensamientos del Predicador.

—¿Y si resisten a la Tormenta de Ruina? —preguntó, alzando la voz detrás de la máscara, que solo le cubría la boca y la nariz. Sus ojos estaban visibles, sin proteger por el cristal del visor, y le brillaban como esquirlas de hielo, igual de punzantes.

Quor Gallek sonrió. Lo hizo con pena, pues observaba la cara desafiante del guerrero encadenado que tenía ante él. Agarró la mordaza y se la retiró.

—No me someteréis —gruñó entre dientes el legionario. Tenía la piel de hierro de Medusa y su pelo moreno aceitoso brillaba por el sudor. Una cicatriz cruzaba su ojo derecho, casi cortando el siniestro tatuaje que tenía debajo.

—Lo sé —respondió Quor Gallek, con tristeza—. Siempre he respetado el valor de los Iron Hands.

El legionario frunció el ceño, desconcertado. Su ojo bueno posó la mirada sobre la cuchilla de plata en la mano del Predicador. Hizo una mueca.

—Quítate el velo, libera a tus demonios. No encontrarás favor en mí.

Parecía que tenía experiencia luchando contra los No Nacidos. O quizá se había encontrado con uno de los Sin Conciencia de Quor Gallek como Xenut Sul.

—No funciona así —le dijo Quor Gallek.

—No temo a ninguna hoja encantada —escupió el prisionero.

—Solo es un cuchillo, aunque uno que deberías conocer bien.

El legionario volvió a fruncir el ceño, dejando ver grandes arrugas en su frente. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Quor Gallek le clavó la hoja en el cuello. El Predicador tuvo que hacer un poco de fuerza, ya que la carne medusana era muy firme.

Mientras la sangre brotaba de la arteria carótida, los anticoagulantes de la hoja inhibieron la cura larramana, condenando al sujeto a su muerte; Quor Gallek sonreía.

—El encantamiento viene de tu propia sangre, querido hermano. Lorgar te da las gracias por tu sacrificio.

En apenas unos minutos, el Iron Hand estaba muerto.

—No sobrevivirán a la Tormenta de Ruina —le dijo a Degat, pasando al segundo prisionero con el cuchillo aún ensangrentado—. Estoy componiendo una coda para la sinfonía del primarca. Su eco resonará por la noche eterna, y cuando los atrape, cuando vacilen…, nos abalanzaremos sobre los Dracos y terminaremos lo que se empezó en Isstvan.

VEINTICINCO

Los hijos de nuestro padre

Barcaza de batalla Caribdis, el santuario

Parecía un mausoleo, pero menos digno. El frío y la solemnidad de la cámara en Macragge habían cambiado por el frío y la solemnidad de una bodega de carga. Numeon lo llamó «santuario», y, en cierto modo, Zytos pensó que lo era.

La llama funeraria fue sustituida por una lámpara de fósforo, pero seguía siendo un panteón y no una cámara de crioestasis, como algunos creían.

—Entra, si quieres. —Numeon no alzó la mirada. Estaba de cuclillas y ensimismado, agarrando el arma como siempre y buscando signos de vida. Por petición del capitán de la Pyre, Zonn había instalado un biolector en el féretro del primarca. Aquello detectaría cualquier señal leve, por pequeña que fuera.

Nada había cambiado. Vulkan permanecía en lo que se podría decir «un sueño eterno».

Al atravesar el umbral del santuario, Zytos vio sangre en las manos de Numeon. La visión del goteo sobre la hendidura de la hoja ceremonial lo alteró un poco.

—Nuestra presencia en la Baluarte no ha pasado desapercibida.

—Es imposible, abatimos todas sus naves.

—No antes de que una de ellas enviara un pulso.

El temblor de la consternación apareció bajo el ojo ciego de Numeon.

—¿La fragata de la Death Guard?

Zytos asintió.

—Vendrán a por nosotros. Podremos vengarnos, al menos.

—Es cierto. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Son tus órdenes, sargento. Haz lo que creas conveniente. Yo mantendré la vigilia.

Numeon giró la vista al darse cuenta de que Zytos seguía allí.

—¿Algo más?

—En la Baluarte dijiste algo durante la misión —empezó a decir.

—Dije muchas cosas, hermano. Tendrás que concretar un poco.

—Dijiste que eran «mis hombres». Nuestros hermanos de batalla, los sesenta y seis de Macragge. La Pyre.

—En la Baluarte no llegábamos a sesenta y seis.

—Te referías a todos. Respétame al menos como para no negar eso.

—¿Respetarte? —gruñó Numeon, levantándose para hacerle frente—. Pensaba que ya te respetaba. Lideraste a nuestros hermanos en ausencia de nuestro padre y los mantuviste unidos. Deberían seguirte a ti, no a mi rango.

—Ahora eres nuestro líder. Si conseguimos volver a Nocturne…

—*Cuando* consigamos volver, hermano —le corrigió Numeon.

—En Nocturne nos llevarás de nuevo a la guerra, nos darás un objetivo.

—Ya tenemos un objetivo: Vulkan es el objetivo. Volverá a levantarse, como ya ha hecho antes. No soy un señor de legión, no mientras tengamos un primarca. Si vamos a triunfar, no puedo creer otra cosa.

—Solo somos una nave surcando el vacío. Tus creencias podrían matarnos a todos.

La declaración de Numeon fue rotunda:

—Yo lo sacrificaría todo por esto.

Zytos intentó hacerlo entrar en razón.

—Dirígenos, Numeon. Te escondes en esta tumba esperando un milagro. Sal de las sombras y vuelve a la luz. Es una locura mantener este rumbo.

—Y ¿qué quieres hacer, sino esto? ¿Quedarnos en Macragge como símbolo del miedo de Guilliman?

—¿Qué miedo? —espetó Zytos, sin poder controlar el volumen de su voz.

—El miedo a que Terra haya desaparecido y el Emperador haya sido asesinado. ¿Estás dispuesto a creer en ese horror pero no en que nuestro padre aún vive? Dime, hermano, ¿cuándo perdiste toda esperanza?

Zytos lo miró con tristeza.

—Cuando vi su cuerpo inerte.

Algo salvaje y angustiado rugió en el interior de Numeon. Negación, rabia, dolor, frustración…: las emociones se arremolinaban y luchaban por dominar a las demás. Embistió a Zytos con un golpe en el torso y lo tiró al suelo a pesar de la corpulencia del themiano.

Al caer ambos sobre el duro suelo, provocaron un estruendo al chocar metal contra metal.

Zytos contraatacó, dándole un puñetazo en la cara y haciéndolo tambalear.

—Tú te lo has buscado —dijo Zytos—, cada puñetero golpe.

Numeon bloqueó un gancho de derecha con el antebrazo, lo atrapó y golpeó con la palma el plexo solar de Zytos. La coraza se abolló.

Zytos se retorció de dolor. Agarró a Numeon por los brazos y lo estampó contra la

pared de la bodega de carga. Aguantándolo ahí, empezó a apretar más con las manos.

La rodilla de Numeon le golpeó como una maza. Gruñó ante el dolor y aflojó un poco el agarre. Aprovechando la oportunidad, Numeon se soltó de un brazo y le estrelló el codo en la clavícula. Ahora que ya casi se había liberado, volvió a dirigir la rodilla hacia la barbilla desprotegida del themiano.

Zytos se tambaleó, aturdido por un momento. Numeon dejó que se limpiara la sangre de la boca.

Fue un error.

Zytos cargó contra él con un brutal golpe, con todo su cuerpo. Un potente embiste revestido de adamantium y ceramita le sacó el aire de los pulmones y lo levantó del suelo. La cabeza le voló hacia atrás con el duro cabezazo que le propinó el themiano en la barbilla.

La boca de Numeon empezó a llenarse de rojo.

En una pelea, el ímpetu lo es todo. Zytos era quien lo tenía, mientras que Numeon luchaba contra la inercia. Con un cuchillo en cada mano, desenfundados y amenazando ambos lados del cuello del themiano, Numeon consiguió equilibrar la situación.

Zytos se estaba debilitando, se estaba ahogando.

Sacudiéndose el mareo, Numeon le propinó un puñetazo explosivo, agrietando la armadura de su hermano.

Al caer, Zytos no tuvo nada a qué agarrarse y se desplomó. Intentó incorporarse y casi consiguió ponerse de rodillas, pero entonces llegó una tormenta de golpes, rápida y poderosa. Su defensa logró detener los peores golpes, pero apenas mantenía el equilibrio.

Mareado, agarró a Numeon por el abdomen con el brazo, lo contuvo y lo lanzó de vuelta a la zona del cargamento.

Aunque cayó de bruces, este se puso rápido en pie, pero Zytos le propinó dos derechazos seguidos de un demoledor gancho de izquierda que le hicieron besar el suelo de nuevo.

—¿Qué demuestra esto? —gruñó Zytos. Agotado, sangrando y hecho polvo, su cara se había convertido en una máscara de pura rabia.

Numeon no estaba en mejor estado.

Intentó levantarse. Zytos cargó contra él otra vez.

—Quédate en el suelo —le advirtió.

Mirándolo y resoplando a través de los dientes ensangrentados, Numeon intentó alzarse de nuevo.

Zytos le golpeó aún más fuerte.

—Vas a tener que matarme —dijo Numeon, babeando sangre.

—Te creo.

Toda la furia de su rostro desapareció en cuanto Zytos dejó caer los brazos a los lados, como gesto de sumisión.

Inestable, Numeon se puso en pie. Con un paso vacilante llegó a la distancia para golpear a su rival.

El brazo le temblaba, pero levantó el puño.

—Puede que nuestro padre haya muerto, pero aún somos hermanos —dijo Zytos —. ¿No es suficiente?

—Es nuestro primarca, Barek. —Incluso al decirlo, Numeon sabía que aquello no era la respuesta, no era una excusa. Aflojó el puño. Dejó caer el brazo a un lado. Se había terminado.

Zytos se alejó, agotado, y dejó a Numeon solo para que se sumiera en su propia ira y autocompasión.

—Vivo o muerto —dijo mientras se marchaba—, esto no es lo que Vulkan habría querido.

—Solo pido esperanza —murmuró Numeon a sus espaldas.

—Entonces, dánosla, pero no así.

VEINTISÉIS

Hermanos rotos

Barcaza de batalla Caribdis, el santuario

El metal se combó y se retorció, cediendo al impacto.

Gargo volvió a golpear, más fuerte, y el repique del martillo resonó disonante en el aire. Los músculos de un hombro le quemaban, y bajo la armadura la piel estaba empapada de sudor, pero no por ello iba a dejar de trabajar.

Con un gruñido, golpeó una tercera vez y partió la greba; hacía falta soldarla y ensamblarla antes de poder usarla de nuevo.

Otras muchas piezas: gorjales, avambrazos, una coraza abollada e incluso un casco partido por la junta yacían en tres bancos de metal en las forjas de la *Caribdis*. Ubicadas bajo las cubiertas, cerca del enginarium, las forjas eran inmensas pero estaban casi vacías. Con solo sesenta y seis legionarios a bordo de la nave, Gargo había elegido una de las más pequeñas que se ajustaba a sus necesidades; iluminada solo por el brasero, con el aire cargado por el calor y el oscuro humo, el hollín cubría sus paredes escalando los contrafuertes internos. Un yunque dominaba el centro de la sala, y era allí donde Gargo se había aislado.

Se había asignado la reparación de las piezas de armadura rotas por la misión en la Baluarte. Sin un reabastecimiento a la vista ni la posibilidad de conseguir refuerzos, los Salamanders no se podían permitir ningún derroche. Todo debía ser usado y reutilizado hasta que se rompiera sin remedio.

Gargo ya había reparado muchas piezas y ahora estaban limpias y relucientes, emanando una ondeante aura por el calor. Había recompuesto todas las florituras artísticas, y la habilidad del herrero no conocía igual en la legión excepto el maestro T'kell. Aun así, fruncía el ceño cada vez que las miraba. Observó el brazo con el que sostenía las tenazas, las cuales mantenían sujetas las piezas de metal. Tiempo atrás, esa fue su mano para usar el martillo. Ahora solo podía mantener quieto el metal.

Levantó el martillo de nuevo para aplanar una abolladura cuando le detuvo una

voz desde las sombras.

—¿Qué será de nosotros, herrero?

Gargo se volvió hacia Xathen, que le había estado observando en silencio. Una columna de humo surgió de la comisura de su boca, inhalada de su pipa.

—¿Cuánto llevas ahí sentado?

—Un rato. ¿Qué más se puede hacer mientras surcamos las estrellas sino esperar?

Gargo posó el martillo con cuidado, que resonó débilmente contra la superficie del yunque. Luego dejó la greba que estaba trabajando, insatisfecho con sus esfuerzos.

—¿Eso es de Vorko? —preguntó Xathen.

—Sí.

Entonces asintió, impresionado.

—No pensé que pudieras arreglarla después de sufrir una volkita.

—Aún no está arreglada.

—Ah.

—¿Necesitas algo, Xathen?

—Una respuesta a mi pregunta.

—No sé qué será de nosotros, pero con Vulkan podemos volver a ser nuestra Legión.

—He visto su cadáver en la plataforma de carga que Numeon está usando como santuario, si te refieres a eso.

—No crees que Vulkan vuelva a levantarse.

—Es un poco retorcido pensar que los muertos pueden volver de la tumba, ¿no? Lo que muere no puede volver a ser lo mismo.

—En los tiempos ancestrales de Nocturne se creía posible. Los devotos del credo prometeano se embadurnaban la cara con cenizas blancas como parte de un ritual para invocar la resurrección.

—¿Eso te lo ha contado nuestro capellán? —Xathen ya sabía que sí.

Var'kir sabía mucho sobre la historia de Nocturne, acerca de sus costumbres y ceremonias. Cómo lograron encajar en una galaxia secular, gobernada por la Verdad Imperial, era una pregunta que nadie había pensado todavía formular, pero permanecía flotando en el ambiente, a la espera.

—Me habló del credo y yo lo escuché. Solo me confirmó que Vulkan aún vive.

Vulkan había moderado el credo y, con su habilidad como padre y herrero, moldeó la legión en una versión mejorada de sí misma. Cuando estaban sumidos en una espiral de autoinmolación, les dio no solo los recursos para sobrevivir, sino también para prosperar. No fueron sus actos, sino su sabiduría.

Xathen también aceptaba el credo, pero su interés se inclinaba más hacia lo volátil y lo incendiario, la supremacía del fuego. La templanza y el pragmatismo eran conceptos olvidados en su carácter.

—Vivo, muerto… —Xathen se encogió de hombros—. Yo solo quiero matar

traidores, hermano. Respiro venganza, mi sustento es el castigo. Solo quiero que ardan.

—¿Y una causa mayor?

—Para mí no hay nada más, nada mayor que eso.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Me aburría.

Xathen se levantó, había terminado con la autoflagelación. Chupó de la pipa, exhalando una última columna de humo negruzco.

—Nunca nos hemos entendido, pero somos hermanos —le dijo Gargo—. Este fatalismo es destructivo.

Xathen sacó una de sus cuchillas y la mostró a la luz.

—¿Reconoces esto?

—Claro.

—La forjaste tú.

—He forjado muchas de las armas de la Pyre —dijo Gargo. Xathen sacudió la cabeza como negativa, mientras examinaba el arma—. No. Esto es de antes de Macragge, antes de que nos convirtiéramos en cuerpos para la pira.

Sin estar seguro de adonde pretendía llegar, Gargo dejó que hablara.

—La armadura que forjaste para Numeon era una verdadera obra de arte. Cualquier maestro artesano estaría orgulloso, pero tú no, Gargo. —Le sonrió con tristeza—. Esto —levantó la hoja y le dio la vuelta antes de volver a envainarla— y esa armadura… son como el día y la noche, hermano. —La melancolía de Xathen se convirtió entonces en rabia—. No me digas que no quieres sangre por eso, por todo lo que has perdido.

Gargo observó las piezas de armadura con las que había trabajado, los finos grabados y cada pizca de esfuerzo que había invertido en ellas.

—Sí, quiero sangre por eso —dijo, mientras lo lanzaba todo a la forja, decidido a empezar de nuevo.

VEINTISIETE

Una luz que se consume

Barcaza de batalla **Caribdis***, novatum*

Circe solo veía oscuridad. Estaba encerrada en los estrechos confines de su novatum, lejos del resto de la tripulación.

Apenas amueblada, la sala era extremadamente austera. Ese no era su camarote, aunque había pasado mucho tiempo recluida en él. El novatum era una buhardilla de metal, no mucho más cómodo que una celda. Estaba anexo al puente, situado sobre este y accesible a través de una pasarela baja, pero no dejaba de estar aislado de los demás y de permitir un acceso limitado. Había suficiente espacio para un pequeño camastro. No había espejos ni superficies reflectantes de ningún tipo. Una simple unidad de comunicación le ofrecía conexión con el puente que tenía debajo, y los lúmenes que tenía a sus pies se mantenían a baja intensidad en todo momento. Hacía bastante calor, incluso resultaba sofocante, pero sabía que pronto haría más frío.

Un círculo arcano delineaba la zona en la que la navegante hacía su trabajo. Circe estaba arrodillada dentro, cual metáfora de la separación. Su don significaba aislamiento; era miedo, segregación, y la absoluta certeza de no tener jamás la oportunidad de llevar una vida normal. Su «ojo de la disformidad», como era conocido, podía percibir lo que los demás no podían ver, lo que la hacía increíblemente valiosa y casi universalmente detestada por sus compañeros.

Aparte de unos pocos materiales rudimentarios, el único adorno del novatum era una fotografía maltrecha. Mientras cerraba sus ojos naturales, acarició la imagen ya borrosa, imaginando que sus dedos tocaban la cara de la pequeña niña capturada para siempre en la instantánea.

Una lágrima recorrió su mejilla y se la secó con un movimiento suave.

Circe alcanzó el comunicador y escuchó la voz de la teniente Esenzi que provenía del otro extremo.

—*Señora.*

A Circe no le gustaba aquella palabra, aunque sabía que Esenzi no la usaba con mala intención. Entonces asintió.

—Estoy lista —respondió.

—*Todos preparados.*

Volvió a asentir, intentando contener un leve temblor de inquietud que se había manifestado de pronto en su estómago. Le pareció como un pinchazo helado dentro de la calurosa atmósfera del novatum.

—¿Capitán? —dijo, pidiendo la confirmación de Adyssian, aunque lo que quería era escuchar su voz.

—*A tu señal, Circe. Llévanos hacia la tormenta* —dijo, susurrando—. *Que la gracia del Emperador te proteja de todo daño.*

—Su luz nos guía… —respondió en voz baja, terminando la cita del *Lectio Divinitatus*.

Mientras alcanzaba su diadema de plata, empezó a temblar.

Tenía que admitirlo, estaba asustada.

—«Recobra la compostura, navegante» —irrumpió una voz profunda y dura. No fue a través del comunicador, sino que le habló directamente en su mente.

Ushamann.

Pese a la incomodidad que este le provocaba, se alegraba de la presencia del bibliotecario.

Circe se quitó la cinta, descubriendo su tercer ojo.

La oscuridad se abrió ante ella, una noche eterna. El silenció nubló sus sentidos, tanto los naturales como los preternaturales, pero no por mucho tiempo. Algo se movió en la sombra, un zarcillo que se desenroscaba lentamente. Se retorcía y se doblaba, curvándose mientras se desplegaban más zarcillos que intentaban alcanzar la *Caribdis*.

Circe vio la tormenta: no su corazón, sino sus bordes vírgenes…, y se estremeció.

—No hay luz…

—«Mantón tu posición» —le dijo la voz severa.

Al igual que un trueno presagia el quiebro de los cielos y el diluvio consiguiente, el silencio se rompió y en su lugar llegaron los gritos.

Circe apretó los dientes. Notó un sabor a sangre. Sus extremidades se echaron a temblar.

La nave corcoveó como una goleta golpeada por una fuerte ola. La tormenta empezó a agitar la *Caribdis*.

Presionando sus temblorosas manos contra las orejas, intentó, en vano, contrarrestar los gritos.

—«Mantón el rumbo» —dijo Ushamann, esta vez con un tono más cansado que severo.

Circe apenas pudo oírle, los gritos ahogaban las palabras.

—No hay luz… —sollozó.

Una oscuridad sin fin, fría y sofocante, la engulló entera.
—No hay luz…
Ella también gritó, perdió el control.
—«¡Navegante!».
Ushamann llegó demasiado tarde.
Circe cayó y, con ella, también la *Caribdis*.

VEINTIOCHO

Temblores

Barcaza de batalla Caribdis, cubiertas de carga

Un temblor recorrió toda la nave. La cubierta tambaleante lanzó a Zytos contra la pared, pero consiguió mantenerse en pie. Otros mortales en el pasillo que tenía delante cayeron redondos, y algunos resultaron heridos. Vio a una mujer con un tajo en la frente; estaba acompañando a una niña a su camarote cuando se produjo la sacudida.

Parecía una de las refugiadas.

—¿Estás bien? —le preguntó, ayudándola a levantarse.

—Solo es un corte, no pasa nada —respondió, frunciendo el ceño. Le sonrió, agradecida—. Gracias por salvarnos. Todos pensábamos que íbamos a morir en ese sitio. Desde que empezó la guerra… —En su mirada se reflejaba la pérdida; Zytos reconoció esa misma expresión en su cara—. Nunca habíamos encontrado Space Marines como vosotros.

—Lo tomaré como un cumplido. —Zytos se arrodilló para hablar con la pequeña, que se escondía abrazando la pierna de la mujer—. ¿Y tú? ¿Te has hecho daño?

Negó lentamente con la cabeza, con los ojos abiertos por la sorpresa y el miedo ante el guerrero de piel de ónice. La intensidad de las luces del pasillo aumentó, luego parpadearon y se atenuaron. Los ojos de Zytos brillaban como ascuas en la repentina penumbra.

—Buscad unos camarotes y quedaos dentro, ¿de acuerdo? —dijo, poniéndose en pie—. No os pasará nada mientras haya hijos de Vulkan en esta nave, pero no es seguro que vayáis deambulando por ahí.

La mujer pareció agradecer aquellas palabras, aunque la niña le lanzó una última mirada temerosa antes de hundir la cara en la pierna de la otra.

—¿Es tu hija? —preguntó Zytos.

—No, no la conozco —contestó ella—. Se pegó a mí cuando llegamos. No me

parecía bien dejarla sola.

—Ya veo —dijo Zytos, esperando algo mejor.

—Hermano.

La voz de Var'kir atrajo la atención de Zytos hacia el capellán, que ahora se encontraba en el pasillo ante él, observando cómo desaparecían los refugiados en sus respectivos camarotes.

—No tengo ni idea de qué se supone que debemos hacer con ellos —admitió Var'kir.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zytos.

De pronto, Var'kir se mostró preocupado.

—Hemos vuelto a salir de la disformidad.

—¿Tan pronto?

Var'kir asintió.

—La tormenta ha repelido a nuestra navegante.

—¿No se supone que Ushamann tenía que darle apoyo y evitar eso?

—No ha podido, el tumulto era demasiado fuerte. Se…

Otro temblor sacudió la *Caribdis*, hubo gruñidos y señales de protesta, y la fuerte onda de réplicas psíquicas golpeó el lateral de la nave como un tsunami.

Zytos frunció el ceño.

—¿Está intentando meternos de nuevo?

—No lo…

Las luces del pasillo volvieron a brillar, con tanta intensidad, tan magnésicas, que Zytos tuvo que cubrirse los ojos. Un fuerte zumbido presagió el apagón de cada lumen, y la nave cayó en una repentina oscuridad.

La resonancia del apagado del motor se extendió por toda la nave, con un fuerte eco. El perpetuo zumbido de los sistemas de a bordo desapareció, sustituido por el silencio. Los recicladores de atmósfera, la iluminación, el soporte vital y todo lo demás empezaron a fallar.

Pasaron varios segundos en silencio sepulcral, hasta que se activó la lenta maquinaria de los sistemas de emergencia, bañando el pasillo de una luz rojiza. El filtrado de aire se reactivó de nuevo, pero con poca fuerza.

Zytos ya estaba al comunicador con Zonn.

—*Hemos perdido energía durante un momento, sargento* —informó reste sin necesidad de preguntarle.

—Aún tiene que regresar a esta parte de la nave, techmarine. ¿Qué ha sucedido?

—Hemos sufrido daños al salir de la disformidad prematuramente. Ha desactivado algunos de nuestros sistemas vitales. Estoy trabajando para solucionarlo.

—¿Qué partes se han visto afectadas, hermano?

—Todas. Tenemos soporte vital mínimo, avanzamos por simple fuerza motora. Todos los sistemas ofensivos, augures y escudos de vacío están caídos. El puente, el

novatum, el sensorium, el apotecarion, las barracas, la sala de interrogatorios e incluso la galería están…

Var'kir les interrumpió.

—¿La de interrogatorios?

—Afirmativo, capellán. Todos los mamparos y las puertas de acceso se han desactivado.

—Maldita sea.

Kaspian Hecht tenía los brazos extendidos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo, y se encontraba esperando a sus carceleros cuando le invadió una sensación de confusión.

Un impulso mental envió temblores por toda su psique, lo bastante fuertes como para dejarlo paralizado. Sus manos se convirtieron en garras, aferrándose a la mesa para mantenerse erguido, ya que casi se cae del asiento.

—Por el Trono de Terra… —masculló, empapado en un sudor febril.

El ritmo de la respiración se le aceleró de repente cuando una quemazón se adueñó de sus terminaciones nerviosas. Se agarró la cara, como intentando impedir que la carne se derritiera, y consideró la posibilidad de estar bajo algún tipo de ataque psíquico.

Lord Maleador le había advertido de los peligros de su misión, de la atención que podía atraer. Los que pertenecían a los Knights Errant solían trabajar solos, y ahora que el supuesto compañero de Hecht andaba desaparecido y probablemente estaba muerto, significaba que los refuerzos no llegarían pronto.

Otro ataque se adueñó de él, provocando espasmos en su cuerpo y encendiendo cientos de pequeñas chispas en sus sinapsis. Su biología mejorada hizo todo lo posible por compensar el daño, inundando su sistema con sustancias químicas y activando su corazón secundario para estimular una reacción paliativa.

Hecht resbaló y apartó la silla sobre la que estaba sentado. Se habría caído de no haberse agarrado al borde de la mesa, asiéndola con tanta firmeza que empezó a formar grietas en su superficie.

Gracias a la luz parpadeante que se vertía sobre el reflejo de la mesa, vio su cara por un momento… y retrocedió.

Apartándose, Hecht intentó coger un arma que ya no llevaba. Sus dedos temblaban mientras luchaba por recuperar el control de sí mismo.

Entonces paró, y lo supo.

Con calma y seguridad, se levantó.

Al acercarse de nuevo a la mesa, seguía sin reconocer el rostro que le miraba, pero ahora sabía por qué.

Su mirada se posó entonces en la puerta. Un símbolo de color rojo intenso se iluminó en el mecanismo de cierre, indicando que no podía salir de allí.

Entonces las luces parpadearon de nuevo, justo antes de apagarse del todo. Igual

que el símbolo carmesí. A continuación escuchó el grave y metálico sonido del cerrojo abriéndose.

¿Divina providencia?

De camino a la puerta, no lo creía.

Zytos maldijo entre dientes.

—¿Hay algo que aún funcione, Zonn?

—El sensorium de bajo alcance y la astronavegación. Estamos fuera del nuevo imperio, en alguna parte del Sector Charadon. También he detectado una nave acercándose.

—¿Cómo? —Zytos notó que se le helaba la sangre mientras intercambiaba una mirada de preocupación con Var'kir.

—Es la Necrotor, *hermano sargento. Parece que nos han encontrado*.

—¿Cuándo podemos tener funcionando de nuevo los escudos y los sistemas ofensivos?

—No lo suficientemente pronto. A juzgar por su vector de aproximación, la Necrotor tiene los motores a toda potencia.

—¿Está cargando las lanzas? ¿Hay torpedos en el vacío?

Zytos sabía que la *Caribdis* era una nave mucho más grande que el pequeño crucero que se acercaba a ellos pero también sospechaba que el navío de la Death Guard solo era la avanzadilla de una flota mayor.

Además, la superioridad en tamaño y armas no significaba nada si no podían aprovecharse de ella.

—Negativo. Se están acercando. Mi análisis táctico es que pretenden abordarnos. Espero el lanzamiento inmediato de lanzaderas y torpedos de enganche.

Zytos había pensado lo mismo.

Var'kir ya estaba dando la alarma del asalto inminente por el comunicador.

—¿Cuánto falta? —preguntó el sargento.

Zonn se lo dijo.

—Helfyre… —Zytos cortó la comunicación.

Var'kir le miró a los ojos.

—¿Qué hay de Hecht? No podemos tenerlo rondando libre por aquí con todo lo que está pasando.

—¿Cuántos crees que habrá en el crucero?

—Podrían ser un centenar de legionarios. Tal vez más.

Zytos sacudió la cabeza con desesperación. La Caribdis era una nave increíblemente poderosa pero, por desgracia, no contaba con suficiente personal.

—Congrega a toda la Pyre, cuanto antes. Yo encontraré a Hecht.

—¿Y Numeon?

—Ya ha oído la orden —dijo Zytos—. Se quedará donde está o responderá a la llamada. Vienen sabiendo a quién llevamos y quieren asegurarse de que está muerto,

o quizá son oportunistas buscando, una buena recompensa. En cualquier caso, da lo mismo.

Var'kir asintió, colocándose el casco.

—Nos prepararemos.

Estaba a punto de irse cuando Zytos le agarró del brazo.

—Sé que este no es tu papel, capellán. Sé que no eres mi recadero.

Var'kir le dio una palmada en el hombro, de hermano a hermano.

—Todos somos lo que tengamos que ser en este periplo. Hacia las llamas, hermano —le dijo.

Zytos lo soltó.

—Espero que no ardamos en ellas.

Dentro del santuario, las luces brillaron una vez y luego se apagaron.

Numeon estaba arrodillado en silencio y miró hacia arriba ante la repentina interrupción. Entonces sintió un irracional ataque de pánico al escuchar el pitido del bioescáner y luego apagarse también.

Recordó que ya no ofrecía soporte vital, solo controlaba el estado. Aun así, el golpe psicológico de verlo muerto e inerte en vez de registrar el más ligero aumento de actividad biológica o neuronal hizo que su corazón se desbocara por un momento.

Se irguió y se puso en pie. Tenía los nudillos pelados y magullados. Igual que su cara. Lo vio en el reflejo del féretro de Vulkan.

Fatigado, hecho polvo, parecía más cadáver que su propio padre. También estaba sangrando, tenía el labio partido y el ojo derecho hinchado. Eran heridas de vergüenza, no de guerra.

El sigilo seguía frente a él como una ofrenda. Numeon se dio cuenta de que había rastros de sangre en el martillo. Sangre de Salamander. ¿La suya, la de Zytos?… ¿Importaba eso?

Numeon intentó no imaginar el juicio y la acusación en la cara de Vulkan. Si hubiera estado despierto para ver cómo dos de los hijos en los que tenía más confianza se peleaban entre ellos, su reprimenda habría sido grave.

Negación, rabia… El pesar lo había llevado por un camino oscuro. Tenía que salir de aquello, tomar el mando, liderar a aquellos guerreros desesperados.

Los Salamanders no levantaban los puños ni las armas contra los suyos cegados por la rabia. Vulkan los había educado mejor que eso, les había enseñado el valor de la vida y la hermandad. Los había salvado de la destrucción.

—Qué fácil se ha vuelto olvidar tus lecciones, padre —dijo en voz baja—. Al menos, ahora que ya no estás para recordárnoslas. —Entonces limpió la sangre del martillo.

Sobre él, escuchó los recicladores atmosféricos quedándose poco a poco sin energía. En pocos segundos, su zumbido desapareció por completo hasta que solo hubo absoluto silencio, seguido del leve sonido de activación de los sistemas de

emergencia de la nave.

Algo había sucedido durante el salto de disformidad. Aún estaban en el espacio real. Sin energía, también eran vulnerables.

Su lugar estaba en el puente, no allí al lado de su padre. Todavía no. Numeon levantó el sigilo y lo acercó a su cara.

—Padre —susurró—, te prometo que veremos Nocturne de nuevo y reviviremos tu cuerpo en la tierra. Pero he abandonado a mis hermanos y tengo que redimirme. Ahora lo veo. Veo el camino que debo tomar. Pero, por favor —dijo sollozando—, dame una pequeña señal. Muéstrame que aún queda vida en el señor de los dragones.

Bajando la vista hacia la yaciente figura del primarca, Numeon solo vio el plácido sueño de los muertos. A pesar de los muchos meses desde su fallecimiento, el cuerpo de Vulkan no se había descompuesto. Su carne permanecía inmutable ante la entropía. Eterna.

Era una débil esperanza, pero habían abandonado Macragge con poco más que eso.

Antes de salir del santuario, Numeon pronunció cuatro solemnes palabras que esperaba que resonaran en él.

—Sobre el yunque, padre…

VEINTINUEVE

Fisura

Barcaza de batalla **Caribdis***, sala de interrogatorios*

Al llegar a la sala donde habían dejado a Hecht, Zytos se llevó la mano al arma. No tenía motivos para pensar que el legionario gris tuviera malas intenciones, pero hasta que conociera los motivos y objetivos del supuesto agente de Maleador, no iba a confiar en él.

Como sospechaba, la puerta estaba desbloqueada, y abierta.

Zytos sacó su pistola de la funda y empezó a preguntarse si había sido prudente venido solo. Crear un pánico innecesario cuando estaban a punto de sufrir un ataque era una complicación que no necesitaba, al igual que un legionario desconocido rondando libremente por la nave.

En Macragge había sido fácil. Había liderado la Pyre y cuidado de Vulkan. Pero no tenía un propósito. Numeon le devolvió ese propósito a la legión, o a lo que quedaba de ella, pero había dejado que Zytos sujetara el hierro candente para marcar.

Dejando su irritación a un lado, Zytos irrumpió en la sala de interrogatorios sin hacer ruido y levantando la pistola con ambas manos. Se relajó en seguida, Hecht no estaba.

—Maldito hijo de…

Estaba a punto de avisar a Var'kir por el comunicador cuando una voz lo llamó.

—Hijo de Vulkan…

Zytos se volvió y vio a Hecht plantado en el pasillo que llevaba a la sala de interrogatorios, contrario a la esquina hacia proa por la que había pasado.

Por instinto, levantó el arma.

Hecht alzó las manos.

—Sigo desarmado —dijo—. Te llevaste mis armas, ¿recuerdas?

Hecht se hallaba al lado de una ventana que aún estaba nublada tras el reciente salto fallido de la disformidad. Su reflejo se veía en un manchurrón plateado.

—¿Puedo bajar las manos? —preguntó.

Zytos enfundó la pistola.

—¿Por qué has abandonado la sala?

—La puerta se abrió cuando se cortó la energía —explicó—. He ido a investigar. ¿Hemos salido de la disformidad?

—Ya sabes que sí —dijo Zytos con tono de reproche.

El Salamander se reunió con él a mitad del pasillo de estribor.

—¿Por qué no has huido? —preguntó.

Hecht sonrió, perplejo.

—¿Adonde iba a huir? Y ¿por qué iba a hacerlo? Estoy donde tengo que estar.

Zytos no tenía ni idea de qué significaba eso y dudaba que el enigmático legionario se lo fuera a decir.

—Bueno, pues necesito que vuelvas a esa sala.

—No, ni hablar —dijo Hecht, provocando que Zytos se volviera a llevar la mano a la funda.

—¿Te estás resistiendo?

—Están a punto de atacarnos.

—¿Cómo sabes que…?

—Tu comunicador está en un canal abierto, es fácil escuchar lo que pasa. Quería saber lo que decías sobre mí. Dame un arma. Deja que te ayude, como en la Baluarte.

Zytos se mantuvo escéptico.

—Para alguien que ansia la libertad tienes una forma muy rara de ganarte la confianza.

Hecht levantó las manos como gesto de arrepentimiento.

—No intento convertirte en mi enemigo. Sin embargo, puedo ayudarte a luchar contra los que sí lo son.

—¿Por tu libertad?

Hecht asintió.

—Puedo ser tu aliado, Salamander.

Zytos se vio abrumado por la indecisión. Numeon habría sabido qué hacer, pero él estaba solo y tenía que decidir por su cuenta.

—Ayúdanos y revisaré la decisión de mantenerte encerrado.

Hecht se rio con cierta tristeza.

—Parece que tengo poca elección.

—No tienes ninguna —respondió Zytos, entregándole su pistola—. Si nos traicionas, yo mismo acabaré contigo.

—Me parece bien —dijo Hecht, agarrando el arma y habituándose a ella—. ¿Qué hay de las armas que tenía?

Zytos sacó su martillo.

—No hay tiempo para eso. —Señaló al pasillo de estribor—. Por ahí, hacia el puente. Tú primero.

—¿Vigilas mi espalda o la tuya?

—Cuando nos reunamos con mis hermanos no tendré que hacer ninguna de las dos cosas.

Hecht volvió a reír.

—La guerra os ha vuelto muy cínicos.

Zytos recordó Isstvan V y luego el cadáver que yacía en la plataforma de carga de la *Caribdis*.

—Lo que nos ha vuelto cínicos es la traición. No te lo negaré, pero tenemos razones para que sea así.

—Puede —dijo Hecht—, pero nunca he visto una banda de hermanos más devota.

—Teníamos que ser así.

—Habéis perdido mucho.

Zytos murmuró con gravedad mientras emprendían su camino.

—Perderemos más antes de que esto termine.

Bandadas de servidores, visioingenieros y sirvientes mecánicos se apresuraban en las cubiertas de mantenimiento, sosteniendo herramientas y equipamientos de soldar.

Iban a toda prisa.

Los últimos rezagados pasaron por el cordón defensivo justo antes de que las barricadas se cerraran.

Far'kor Zonn activó la ristra de armamento de vigilancia. Los autocañones y los multiláseres pesados estaban preparados. La munición de cada puesto se registró en la pantalla retinaria del techmarine según se actualizaba la información en línea.

Al introducir una serie de cadenas binarias, treinta y seis servidores armados ocuparon la primera línea de barricadas. Los punteros llenaron el sombrío enginarium con un cruce de luces rojas granuladas. El resto de las defensas estaban ocupadas por sirvientes humanos armados con carabinas y escopetas.

La culebrina de Zonn zumbaba con suavidad en su guantelete. Aunque sabía que los demás aún no podían detectarlo, su oído aumentado reconoció el sonido de magnaradiales cortando poco a poco el maltrecho casco de la Caribdis. Sus autosentidos mejorados registraron fluctuaciones de calor, determinando los lugares de entrada más probables. Era allí donde Zonn había instalado sus defensas.

Antes de detectar el acercamiento de la *Necrotor*, había reunido a todos los sirvientes disponibles que conocieran los rudimentos de ingeniería y tuvieran la habilidad de usar herramientas pesadas para la reparación de la *Caribdis*: todo con la pericia de un general experimentado.

Había enviado a los mecánicos entrenados al enginarium para ayudar con la reparación de los sistemas de la nave, mientras que el resto debían repartirse en cuadrillas de trabajo por las zonas donde se había informado de daños estructurales.

El diagnóstico de Zonn sobre la *Caribdis* desveló que había pequeñas fisuras en el casco interno de la nave, pero nada que comprometiera su integridad de vacío. Sin

embargo, hasta la grieta más insignificante podría convertirse en algo serio si no se solucionaba, y había que tener en cuenta la edad de la nave. En Isstvan V había recibido serios daños por culpa de las armas antiaéreas de los renegados. Las heridas cosidas, como bien sabía, tendían a abrirse de nuevo si no se grapaban o se suturaban de nuevo de tanto en tanto.

Era un hecho que también se aplicaba a la legión.

Los Salamanders habían sufrido más que muchos, aunque quizá no tanto como otros pocos. Desde luego, si Zonn tuviera que realizar un análisis estadístico basado en hechos extrapolados que hubiera recopilado al sobrevivir a la masacre y sus consecuencias, habría determinado que en la XVIII se había reducido mucho la eficacia militar. Repartidos como estaban, su eficiencia era cercana a cero en el contexto de la gran guerra.

Zonn sabía que eran una legión al borde del colapso. Necesitaban a su primarca para restablecer el orden, y si Vulkan no podía hacerlo entonces debía ser otro quien diera un paso al frente para unificar las tribus repartidas. Así se hizo en la antigüedad y así debía ser ahora. La esperanza era lo único que les quedaba.

Nada de esto tendría sentido si esa esperanza muriera con la *Caribdis*.

Tras la barricada, los trabajadores seguían atareados. La fina línea gris de automáticas y servidores de piel pálida eran su única defensa contra lo que estaba cortando la coraza de la nave.

En el otro extremo del ancho pasillo en el que Zonn había instalado su barrera, un pequeño punto rojizo empezó a brillar en el casco de metal. En unos segundos se hizo más grande, expandiéndose en un círculo de calor y metal térmicamente torturado. En cuanto los arietes lograron atravesar el muro hasta el enginarium, la línea defensiva abrió fuego.

Disparos sólidos y rayos láser impactaron contra la lanzadera de asalto en cuanto se abrieron sus rampas y empezaron a salir los legionarios acorazados. De color blanco con algunas marcas verdes, la Death Guard llegaba a la *Caribdis*.

Muchos de los legionarios cayeron al desembarcar, abatidos por el fusilamiento del cordón defensivo, mientras que el resto logró avanzar y asegurar cobertura en las alcobas y salientes de los entresijos de la nave.

Dos arietes más consiguieron perforar el casco momentos después, y el fuego concentrado de los defensores se vio abruptamente dividido.

Zonn subió a la plataforma más alta de la barricada para descargar su culebrina. Rayos de volkita atravesaron la oscuridad e iluminaron el pasillo con fuego y plasma.

Atrincherados, los Death Guards respondieron con una coordinada tormenta de disparos. En la línea de defensa, los servidores se convirtieron en picadillo mientras las balas de reacción a la masa destrozaban sus cuerpos de carne y metal.

Su visor marcó a una masa de objetivos potenciales, y Zonn apuntó a un legionario que cargaba con un cinturón de explosivos. Cuatro legionarios más con escudos avanzaron al frente, soportando el grueso del fuego castigador que lanzaron

contra ellos.

Dos torretas, alertadas por la presencia de los incendiarios, cambiaron de objetivo. Una ráfaga de gravitones acabó con una, destruyendo el autocañón y provocando un espectacular estallido que hizo llover metralla sobre los defensores. Seis sirvientes murieron y dos servidores de combate quedaron hechos trizas. Los daños eran incalculables.

La segunda torreta disparó una corta salva antes de que una radial la cortara en dos a poca distancia.

Ignorando todo esto, Zonn atacó a los transportes de demolición, apuntando a los respiraderos y destruyendo los escudos, que saltaron por los aires por la explosión que tuvo lugar a sus espaldas.

Los cañones pesados láser y de plasma los aniquilaron antes de que pudieran retroceder.

Fue una victoria menor en un mar de derrotas.

Delante de la Death Guard se formaron densas nubes de humo mientras lanzaban fétidos agentes químicos a la atmósfera que rodeaba las barricadas.

La carne burbujeaba y se pudría, haciendo que los servidores se derritieran mientras seguían disparando. Los desprotegidos sirvientes murieron de forma horrible, con sus gritos resonando en el vasto espacio del enginarium. La armadura de Zonn estaba sellada herméticamente pero, aun así, registró la toxicidad de la nube, haciendo que su indicador de peligro pasara a color rojo.

Sus fuerzas cayeron al sesenta y dos por ciento. Desde los primeros segundos del asalto, la cantidad de bajas en la Death Guard se había reducido drásticamente. Muchos de los legionarios ya avanzaban de manera firme, con los escudos levantados y soportando la cada vez menos intensa descarga de la línea defensiva de techmarines.

Zonn dio la orden de retirada. Ya no era posible mantener la posición de manera efectiva. Los defensores se habían retirado hasta el siguiente bastión cuando la barricada en la que habían estado se rompió por tres partes, destruida de forma violenta por las fuertes cargas.

Más humo virulento se coló por los huecos, seguido de más legionarios con escudos. Sus rendijas rugieron con los disparos continuados de las armas.

Cuando una bala le rozó el hombro, Zonn envió a los servidores a primera línea armados con unidades flamígeras, y el pasillo se convirtió en un infierno. Duraron segundos, pues la Death Guard tomó la retaguardia y acabó con ellos.

El resto de los defensores de Zonn estaban a solo cincuenta metros. Un símbolo brilló en su visor, era el sensor de proximidad. Zonn lo armó con un comando subvocal. Una arcada separaba la sección del enginarium donde estaban congregados los Death Guards y aquella en la que se había agrupado la fina línea de servidores y sirvientes metálicos para la última batida.

Cuando la vanguardia de legionarios se disponía a avanzar hacia la gloria, uno de

ellos se dio cuenta de los diodos rojos que brillaban alrededor de los soportes de la arcada. Una sonora advertencia en su nativa lengua barbárica presagió la detonación de quince minas de proximidad que Zonn había preparado en ese punto.

La explosión fue ensordecedora. La vanguardia desapareció entre el fuego y el humo mientras grúas, tuberías y gran parte de la cubierta superior se desplomaban sobre ellos.

El Salamander se quedó delante de los defensores y esperó a que el polvo y los escombros lo ocultaran. Algunos de los sirvientes más cercanos se cubrieron las cabezas, protegiéndose de la explosión. Todo terminó en menos de un minuto. Para entonces, el pasillo ya estaba sellado por un inmenso muro de ruinas.

Zonn no tenía forma de saber cuántos miembros de la Death Guard habían muerto en la explosión. Había esperado a que estuvieran justo debajo para activar la detonación, así que estimaba que el número fuera importante. Significaría que sus esfuerzos por atravesar los escombros se verían drásticamente mermados, ofreciéndoles tiempo suficiente para efectuar las reparaciones en los sistemas de la Caribdis.

—El enginarium está asegurado, hermano sargento —dijo por el comunicador—. Procedemos a restaurar la energía de la nave.

TREINTA

Reparación

Barcaza de batalla **Caribdis***, plataformas de carga*

Numeon sintió la vibración a través de la cubierta a sus pies.

Una explosión.

Durante su vigilia con el primarca había apagado su comunicador. Ahora lo había activado de nuevo y captó la cháchara de emergencia que se escuchaba por toda la nave.

«Nos atacan». La Death Guard estaba a bordo de la Caribdis.

Estaba a punto de llamar a Zytos cuando oyó el eco de unas botas llegando desde el pasillo de enfrente. Aún estaba en las plataformas de carga, no lejos del santuario, un laberinto en el que era fácil perderse dentro de la miríada de túneles si no se iba con cuidado.

Agazapándose, a cubierto, Numeon prestó atención a las voces. El acento era denso y chillón. No reconocía las palabras, pero sí la cadencia.

«Barbarano».

Numeon esperó hasta poder verlos.

Cinco legionarios, poco armados y protegidos. Escopetas recortadas y rifles bólter. Cuchillos cortos pero gruesos enfundados en la cadera. Un equipo de reconocimiento.

Se movían de forma lenta y cuidadosa, pero por simple mentalidad de entrenamiento y no porque esperaran problemas. Era una infiltración silenciosa, una daga clavada mientras el martillo caía en otro lado.

La Death Guard no había venido a destruir la nave. Los otros ataques a bordo de la *Caribdis* solo eran una distracción. Habían venido a por Vulkan.

Numeon sacó a *Draukoros* de su vaina lo más silenciosamente que pudo. En la otra mano tenía el martillo. Observando desde las sombras, vio al último miembro del pelotón de reconocimiento pasando por una esquina antes de que todos

desaparecieran por otro pasillo.

Estaba claro, buscaban algo.

Saliendo de su cobertura, con la hoja hacia abajo y pegada a su costado, Numeon empezó a seguirlos. Se estaba acercando a la esquina en la que los había perdido de vista cuando oyó un gruñido gutural en barbarano.

Uno de los legionarios estaba volviendo, Numeon lo tenía casi encima.

Era demasiado tarde para volver, así que tomó la única decisión que podía tomar.

En cuanto el legionario dobló la esquina, le estampó el martillo en el cuello. Con la tráquea aplastada de forma instantánea, el Death Guard se asfixió antes de ahogarse con su propia sangre mientras, con *Draukoros* le golpeaba en el pecho y le atravesaba la espalda.

Mientras Numeon observaba la pálida cara del legionario, vio una lenta comprensión en sus ojos oscuros y su demacrado rostro. Había algo enfermizo en aquellos desgraciados. Lo había visto en la Baluarte, tras las sucias máscaras de los destructores, y ahora volvía a verlo en esos guerreros.

—Sorpresa —susurró, dejando al legionario empalado para poder sacar su pistola.

Al resto les costó unos segundos entender lo que había sucedido. Para entonces, ambos bandos ya se estaban liando a tiros. Numeon descargó una ráfaga con *Basilysk* y vio caer a otro Death Guard agarrándose la rodilla destrozada. Los otros tres dispararon a su camarada, que Numeon estaba usando como escudo de carne.

Soltando el cuerpo, este se vio obligado a esconderse tras la esquina por el intenso fuego enemigo. El pasillo tembló con el estruendo de las carabinas recortadas, complementado por tres rondas erráticas de una pistola bólter.

Después de unos segundos, la ofensiva cesó y Numeon se quedó solo con el eco de los disparos. El humo y el hedor a cordita llenaban la atmósfera privada de oxígeno.

Uno de los Death Guards maldijo en barbarano. Entonces empleó el gótico.

—Te superamos en fuego, dragón —dijo, con una voz profunda y áspera—. Ríndete, y te mato rápido.

Numeon detectó otro sonido tras las amenazas. Se lanzó hacia atrás para apartarse de la esquina mientras estallaba una granada. Pero no era de las explosivas; al menos, no de las que mataban.

Un humo denso y titilante fue expulsado de la granada al impactar, formando una nube de rápida expansión. Las lentes de su casco se volvieron locas en seguida, con interferencias visuales. Todos los autosentidos empezaron a fallar.

Apenas capaz de oír las botas corriendo hacia él, Numeon se quitó el casco y se puso a cubierto en cuanto una tormenta de balas y proyectiles llenaron el pasillo.

Su comunicador estaba en silencio. Incluso sin su casco aún podría haber contactado con Zytos o alguien de la Pyre, pero la bomba había interferido en todos los sistemas de comunicación.

Los contenedores eran una barrera bastante sólida, pero no dejaban de recibir

impactos. Los Death Guards disparaban y avanzaban, moviéndose de manera lenta y metódica mientras se aproximaban a su presa.

Numeon esperó. Dejó que los disparos disminuyeran. Siguió esperando hasta saber que sus enemigos empezaban a pensar que lo habían herido y estaba inconsciente o incluso muerto… Entonces disparó pasando un brazo por el lateral del contenedor, con *Basilysk* en modo automático. Era un disparo a ciegas para cerrar el objetivo en un riesgo calculado. Casi dejó el arma sin munición, pero la ráfaga de fogonazos y de balas explosivas llovieron con intensidad. Oyó un gruñido seguido de una coraza estallando. Resonó con un estruendo al golpear el suelo. Con su visión periférica alcanzó a ver la sangre salpicando en la pared. A esto siguió un fuerte golpe; un cuerpo.

—Quedan dos —murmuró, y continuó adentrándose en la plataforma.

Venían a por él. Las maldiciones le persiguieron mientras corría por un largo y estrecho pasillo.

Le seguía el ruido de armaduras, y se volvió mientras avanzaba para realizar un par de disparos disuasorios. *Basilysk* se quedó vacía. Eran sus últimas balas.

Sin espada ni pistola, Numeon se había quedado solo con el martillo. Era una reliquia, pero no dejaba de ser un martillo. Pensando de manera pragmática, podía matar con él.

Consiguió llegar a la siguiente esquina; el fuego a su espalda se había reducido a un solo tirador. ¿Estaban conservando la munición o es que no querían matarlo?

Se le hizo un nudo en la garganta al comprender que le estaban tendiendo una emboscada.

Los últimos dos legionarios se habían separado. Habían estudiado la plataforma de carga y se estaban moviendo para acorralarlo. Numeon escuchó al segundo acercándose, llegando desde su punto ciego, intentando avanzar sigilosamente.

Salió de su escondite y corrió hacia el siguiente cruce, sabiendo que sería una diana para el segundo legionario pero esperando ser lo bastante rápido y repentino como para alterar la puntería del Death Guard.

Un disparo resonó en sus oídos, y notó el dolor de fragmentos de bala en el hombro izquierdo. El impacto fue fuerte y lo sacudió, pero logró alcanzar el siguiente corredor sin heridas graves.

Abandonando toda intención de ser sigiloso, Numeon echó a correr. Pasó como un rayo por una amplia sala, una pequeña plataforma de almacenamiento en la bodega, y se dirigió al santuario. Vulkan estaba allí con sus armas. Forjada por el propio primarca, un legionario podía manejar su arma de mano si la llevaba a dos manos. Era mejor que nada.

Numeon activó el comunicador, pero seguía sin funcionar bien.

—Aquí Numeon —dijo de todos modos—. El ataque es una distracción. Han venido a por el primarca. Están aquí por Vulkan.

Cortó la conexión. Necesitaba concentrarse, escuchar a sus enemigos.

Entonces se detuvo, pensando en cómo planeaba un pelotón de reconocimiento compuesto por cinco hombres ejecutar a un primarca. No tenían ni idea de la condición de Vulkan, ni de si estaba protegido.

El santuario estaba delante, pero los dos perseguidores no llegaban. Numeon ya no podía oírlos intentando darle caza. Esperó, agazapado en las sombras. Nada. Ni susurros ni blasfemias. O era una trampa o habían dejado de moverse por alguna razón.

Quedarse quieto lo volvía tan vulnerable como mantenerse en acción. La puerta al santuario permanecía sellada. Decidió arriesgarse.

Volviendo por donde había venido, llegó al umbral de la plataforma de almacenamiento. Lo que vio en el centro le heló su fogosa sangre.

Una unidad de teletransporte.

El repentino estallido de luz fue tan cegador que le obligó a mirar a otro lado. Las energías actínicas se arqueaban y se extendían por la sala, escalando las paredes y quemando el suelo.

Envuelta en San Telmos y plantada en medio de la sala mientras desaparecía el brillo del teletransporte se encontraba una corpulenta figura ataviada con una armadura de exterminador modelo Cataphractii. Con una pechera blanca y verde envuelta con una cota de malla, un guerrero enjuto y sucio miró a Numeon con ojos asesinos a través de sus lentes. Su alto gorjal ocultaba la mitad baja de su casco, y de su espalda salían tubos alquímicos como si fueran espinas.

Incluso en Isstvan V, luchando contra los famosos Deathshrouds, no había visto nada similar.

Era un monstruo.

Y había abordado la *Caribdis* para asegurarse de que Vulkan estuviera muerto.

El exterminador se movió con pesadez para realizar una repentina embestida, aprovechando la inercia de su fuerza bruta y la energía de su potente armadura. Dos garras eléctricas restallaron ominosamente en cuanto las activó.

No pronunció palabra: solo hubo un desagradable sonido gutural emitido a través del vocalizador de su casco. Sus pisadas sonaban como una lluvia de morteros al golpear el suelo.

Numeon retrocedió. Había perdido de vista a los otros dos legionarios pero ahora no podía preocuparse de eso. Mientras corría de vuelta al santuario, aferrándose a la absurda esperanza de que Vulkan pudiera despertar ante la amenaza o que al menos sus armas le dieran una oportunidad de hacer frente al monstruo, el Salamander maldijo su suerte.

Cuán arrogantes habían sido. Qué estúpidos al pensar que podrían abandonar la protección de Macragge y surcar la Tormenta de Ruina como si nada. Sus enemigos sabían lo que transportaban antes de haber salido siquiera del puerto de Hera, y ahora haría falta un milagro para protegerlo.

Llegó al santuario y estaba a punto de abrirlo cuando se volvió de golpe.

El exterminador seguía avanzando. Había perdido algo de ventaja, pero el impulso del Death Guard era imposible de detener. La luz de la cubierta superior llegaba en forma de rayos grises y turbios. Resaltó sus marcas de muerte, puntuación y heridos, el legado de la guerra que había soportado aquel inmenso pedazo de armadura.

Numeon zarandeó el martillo sujetándolo con ambas manos. La empuñadura era corta y sus manos se tocaban, pero pudo agarrarlo con firmeza. Era un símbolo, una muestra de la vieja armadura del primarca que se había convertido en reliquia. ¿Cómo iba a detener a aquel monstruo con una antigualla?

Numeon no imaginaba lo patético que iba a sonar lo que iba a decir a continuación.

—También es un martillo…

El monstruoso rugido a través de la rejilla del exterminador disipó sus pensamientos, un estruendo tan potente como el de una granada, magnificado por los cercanos e inescapables confines de la bodega.

Como un mítico héroe del antiguo Nocturne enfrentándose a un dragón de las profundidades, Numeon no flaqueó. Levantó el mentón, agarró bien el martillo y se dispuso a balancearlo…

Entonces rugió, pues haber hecho otra cosa habría significado aceptar la inevitabilidad de su propia muerte sin la más mínima muestra de desafío. Y quería parecer desafiante ante aquella cosa.

—¡Vulkan!

Zarandeó el martillo y calculó el golpe de manera precisa para que llegara al pico de su fuerza en el momento justo en que llegaba el exterminador.

Lo que sucedió a continuación fue una cadena borrosa de movimiento y reacción.

Una bala impactó en el costado del Death Guard y le arrancó un pedazo de armadura ablativa, desestabilizándolo. Levantó la cabeza, dirigiendo la mirada hacia la amenaza y preparándose para convertir a su enemigo en carne picada, cuando un segundo disparo le dio en la rodilla y destrozó un servomotor.

Dudando entonces de su equilibrio, el exterminador se echó abajo a la izquierda y su hombrera arrancó un trozo de la pared al chocar contra ella.

El martillo le golpeó en el plexo solar, abollando primero la pechera y luego hundiéndose en ella. La ceramita se resquebrajó y se partió, mientras que el adamantium se desprendió como piel muerta por el potente impacto del mazo.

Engranajes, piel, hueso, órganos. Todos capitularon cuando el legionario de armadura Cataphractii se quedó quieto, con la muestra del impulso abruptamente detenido emanando del punto en que Numeon le había golpeado. El cristal de un medidor de temperatura cercano se partió, las tuberías gimieron al doblarse, y el suelo a sus pies se fracturaba y se contraía por el peso.

Se había terminado.

Numeon se quedó de pie, sujetando el martillo y procesando lo que acababa de

pasar.

Un legionario armado hasta los dientes yacía muerto ante él, con su armadura Cataphractii destrozada y un lúgubre agujero tiñéndose de rojo oscuro allí donde debía haber un pecho.

El martillo no se manchó de sangre. Como siempre, se mantuvo como un símbolo de Vulkan.

Ese símbolo, junto con su portador, cobró un nuevo significado para Zytos cuando se acercó asombrado.

Su mirada atónita pasó de Numeon al martillo y viceversa, antes de caer de rodillas.

Zytos susurró las palabras porque no tenía voz suficiente para pronunciarlas más fuerte.

—Vulkan vive…

Numeon asintió y, por primera vez, sintió la fe de su hermano. Se había convertido en un reflejo de la suya.

—Lo hará —le prometió—. En Nocturne, el señor de los dragones se alzará de sus cenizas y nuestra Legión será…

Los ojos de Numeon se abrieron como platos mientras cogía a *Basilysk*, sabiendo que ya no tenía balas.

Kaspian Hecht salió de las sombras y realizó dos rápidos disparos.

Demasiado tarde para reaccionar, Numeon notó cómo las balas le pasaban cerca de la cabeza. Encontraron su objetivo justo detrás, donde los dos legionarios que quedaban del equipo de reconocimiento yacían ahora muertos.

Uno por un impacto en el cuello y el otro en el corazón. La muerte fue casi instantánea.

Zytos se dio la vuelta, ya de pie, y vio su pistola en la mano del legionario gris.

—El que quedaba con la rodilla destrozada lo he matado de cerca —dijo Hecht, sujetando la pistola por el cañón durante unos segundos antes de girarla y ofrecerla por el mango—. Tu arma, Salamander —añadió con serenidad.

Zytos la cogió pero entonces se dio la vuelta hacia Numeon.

—¿Cómo, hermano? ¿Cómo?

La respuesta de Numeon fue profunda.

—Vulkan.

TREINTA Y UNO

Catarsis

Barcaza de batalla **Caribdis***, puente*

Adyssian se sentó en silencio, nervioso, agarrando los brazos de su trono. Casi no podía ver a su tripulación, aunque sabía que estaban diligentes en sus puestos, esperando a que la luz volviera. Se habían quedado solo con los lúmenes de emergencia, y los inundaba un brillo rojo sangre. Se reflejaba en las armaduras de los legionarios que guardaban la puerta que daba al puente, convirtiendo su equipamiento en una masa carmesí monocromo.

Apuntaban con sus armas a la puerta, manteniendo una postura rígida. Ellos también esperaban. No hablaban ni cambiaban de posición. Adyssian no estaba seguro de si respiraban.

Todos contenían el aliento.

La *Caribdis* había sido invadida y el enginarium estaba bajo asedio. La última transmisión de Far'kor Zonn fue para declarar que su sección era segura y que pretendía restaurar la energía de la nave.

Como capitán de una barcaza de batalla de Space Marines, Adyssian tenía un gran poder. Podía arrasar planetas si así lo deseaba, o si se lo ordenaban, pero en ese preciso momento se sintió tan impotente como un niño.

Brillaron las luces, y los sistemas que habían estado inertes durante los últimos minutos volvieron a activarse. Un hololito volvió a la vida en la segunda tarima ante el trono de Adyssian, suspendida sobre la cubierta. Este mostraba la nave que los había asaltado. Había empezado a separarse. Una última ráfaga de descargas láser hizo poco más que rasar parte de la coraza del maltrecho flanco de la Caribdis. Era una nave muy robusta, haría falta más que eso para dañarla. La matriz defensiva de estribor se activó al fin y los disparos de la Necrotor cesaron a la vez que la Death Guard comprendía lo inútil que resultaba ahora. Iban a emplear hasta la última iota de poder en sus motores, intentando escapar.

Adyssian sabía que era en vano. Habían encontrado una bestia herida en los páramos y habían intentado matarla, pero la criatura se había despertado y ahora iba a por ellos.

El capitán sintió el beligerante espíritu máquina de la *Caribdis* mientras se inclinaba en su trono, volviendo a sentirse dueño del universo. Exigía un castigo, con un gran rugido saurio que desbocó el corazón de Adyssian como si lo hubiera oído resonar de verdad por toda la nave. Con toda la satisfacción del mundo, dio la orden.

—Cañones del flanco derecho… —Sonrió como un depredador cuya esquiva presa estaba por fin a la vista—. Fuego.

Un temblor recorrió la columna de la nave, notándose incluso en la tarima del puente donde Adyssian se sentaba. Desde las cubiertas inferiores, llegó el repique de un trueno lejano.

Tal como describía el hololito, la nave conocida como Necrotor desapareció tras la silenciosa explosión de los escudos de vacío estallando. Abrumada y sobrecargada, su pobre protección fue destruida en segundos, antes de que solo un cuarto de los cañones de la *Caribdis* disparara contra su objetivo. La coraza ablativa cedió sin resistencia y las inmensas células de energía que nutrían a la *Necrotor* recibieron todo el daño, iniciando una reacción en cadena que primero partió la nave en dos por la zona dorsal y luego la desintegró por completo.

Los pedazos de escombros llegaron hasta la *Caribdis*, pero los escudos de la barcaza de batalla absorbieron el impacto.

Fue una única salva castigadora. Todo terminó en segundos.

Adyssian se recostó, satisfecho.

—Somos los destructores de mundos —murmuró, citando un viejo dicho naval—. Somos los navegantes del mar indómito.

TREINTA Y DOS

Templado

Barcaza de batalla **Caribdis***, igneum*

En el igneum se celebró una reunión.

La Pyre no se había reunido de esa forma desde el barrio ceniza de Macragge. Sesenta y seis hermanos se sentaron unos frente a otros en una gran mesa circular. Por lo que sabían, eran los últimos Salamanders. Allí se discutiría el destino del primarca y de la legión.

Los recuerdos de su legado colgaban de las bóvedas del gran salón o se alzaban en alcobas hundidas tras los brillantes y casi imperceptibles campos de integridad.

Desde la gloria de Antaem a la ignominia de Isstvan, había banderas y estandartes para cada batalla importante. Como un gran depredador oceánico del vacío, la Caribdis se había convertido en una nave reliquia. Mucho se había perdido durante la masacre, tribus enteras de Nocturne fueron aniquiladas y puede *que* nunca volvieran a verlas, pero el igneum había guardado y protegido una pequeña porción de esos recuerdos.

Era un escenario extraño pero a la vez muy adecuado para celebrar el cónclave. Era muy posible que aquellas fueran las últimas historias de los Salamanders y que los sesenta y seis guerreros a bordo de la Caribdis fueran los únicos que las vieran.

Tenían que esperar que no fuera el caso, que otros hubieran sobrevivido a la tormenta. Quizá en el Abismo de Geryon o en uno de los otros puestos. Si Nocturne había resistido, era posible que algunos reclutas tomaran la ardiente marca de los caídos. Con un primarca… Muchos habían empezado a atreverse a creer. Numeon había traído a los hijos de Vulkan algo que les había faltado desde que las bombas cayeron en el sucio suelo de su mayor derrota.

La esperanza.

Pero era la supervivencia lo que dominaba las palabras en el gran salón.

—No, hermano —dijo Numeon—. Saben que estamos aquí y a quién llevamos.

Esto es solo el principio.

Xathen frunció el ceño.

—Pensaba que habíamos destruido a la *Necrotor*, o ¿me he imaginado sus huesos ferrosos llenando el vacío a nuestra partida, igual que me he imaginado la batalla?

—Solo era una nave de avanzadilla, hermano —dijo Zytos—. Seguro que pronto llegará una flota.

Xathen murmuró con amargura, aún frustrado por haberle negado el combate contra la Death Guard, pero encontró difícil contradecirle.

Desde el ataque, no todos los sistemas de la *Caribdis* habían vuelto a funcionar. Tenían escudos de vacío limitados, y el soporte vital básico y los cañones laterales ya estaban listos. En cuanto reactivaran los motores de plasma, la nave volvería a estar a punto. El progreso por el vacío era lento, pero Zonn aún tenía que terminar las reparaciones. De toda la legión a bordo de la *Caribdis*, solo el techmarine estaba ausente en el cónclave. En cuanto consiguiera que los motores de disformidad volvieran a funcionar, intentarían de nuevo cruzar el turbulento velo de la Tormenta de Ruina, pero no sin que Ushamann preparara a Circe más concienzudamente.

—He visto la presencia de la Death Guard en las llamas —dijo Var'kir.

—Los cazadores siguen nuestra estela —dijo Ushamann, confirmando la situación—. Una nave inmensa… Pesada y lenta, pero imparable.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Gargo—. Vienen a por Vulkan, eso lo tenemos claro.

Todas las miradas se posaron en Numeon, que había ganado una gran aura de impresión y respeto desde que se extendió lo sucedido en las plataformas de carga.

Este asintió.

—Aunque, a diferencia de nosotros, no crean que nuestro padre vive, su cabeza es un premio al que es difícil resistirse.

Zytos notó que la mirada de Var'kir caía de forma proporcional a la convicción de que Vulkan seguía vivo, de alguna forma, en su estado de óbito, pero prefirió no cuestionarla. Por ahora, todo lo que importaba era que Numeon volvía a estar con ellos.

—La *Caribdis* es una nave fuerte y Adyssian un capitán capaz, pero es vieja y no será rival para una flota entera —respondió Gargo—. Dicho esto, la Death Guard es tenaz. No se rendirán ahora que nos han encontrado.

—Tengamos esperanza —murmuró Xathen, aunque muchos del cónclave ignoraron su inapropiada beligerancia.

Zytos lo mandó callar.

—Un ajuste de cuentas con ellos no es lo más deseable, pese a nuestro deseo *compartido* de venganza. Si ese monstruo que nos persigue es tan grande como la nave que describe Ushamann, entonces deberíamos evitar la lucha.

—Estoy de acuerdo —dijo Var'kir, y muchos asintieron ante la decisión del capellán. Ningún Salamander evitaría una lucha si era llamado al frente, pero hacía

mucho que habían abandonado sus tendencias casi suicidas.

—Si no podemos luchar, entonces debemos perderlos de vista y esperar a que nuestra fortuna en la tormenta mejore —dijo Numeon.

—¿Quieres que sigamos huyendo hasta Nocturne? —preguntó Zytos.

Numeon sonrió, pero sin bondad.

—Haría que nos arrastráramos sobre nuestros estómagos si eso nos llevara a casa. Ofende a todos los instintos que poseo, pero, sí, tenemos que huir de los perros de Mortarion. Y te aseguro que eso es justo lo que son. Escoria que busca su pequeño momento de gloria. La nuestra es una causa mayor forjada por la hermandad.

—Hablando de eso —interrumpió Var'kir—. El asunto del legionario gris.

—Kaspian Hecht —confirmó Zytos—. Yo digo que es uno de los nuestros.

—Jamás podrá ser uno de los nuestros, hermano —dijo Xathen, y muchos de los presentes estuvieron de acuerdo—. No sabemos nada de este legionario, salvo que afirma que sirve al Sigilita, y la única prueba de eso es la marca en su armadura.

—Lo he visto luchando a nuestro lado. Con nosotros, Xathen —le recordó Zytos.

—Luchó para salvar su propio pellejo —dijo Var'kir, ganándose una mirada de reprimenda por parte del sargento.

—Contra traidores reconocidos que intentaban matarlo tanto a él como a nosotros. Yo diría que eso nos convierte en aliados, ¿no?

—Ya he luchado antes junto a aliados —dijo Xathen, dejando claro que tanto él como el capellán eran los dos miembros principales de la oposición a los que debía convencer.

—Esto es distinto.

—Pero ¿es sensato, Zytos? —preguntó Var'kir—. Ahora mismo nos persiguen adversarios que, de alguna manera, saben quiénes somos y la naturaleza de nuestro preciado cargamento.

Altos murmullos llenaron la sala con comentarios de aprobación.

—No —respondió Zytos, teniendo que alzar la voz—, pero abandoné las decisiones sensatas en el momento en que elegimos este rumbo.

Numeon levantó la mano, pidiendo silencio.

—Soy consciente de que tenemos muchos enemigos, pero no creo que Hecht sea uno de ellos. Es enigmático, es cierto, pero creo que estábamos destinados a encontrarnos. Ahora, el legionario gris forma parte de esta misión tanto como nosotros.

—¿Destinados? —le murmuró Xathen a Ushamann, quien había hablado muy poco en la reunión hasta el momento.

—Antes de que se empezara este cónclave le dije esto a Hecht —mencionó en alto—: En la Baluarte sentí el alivio de los supervivientes al ver su presencia. Fue algo abrumador. Dice que hay un camino para atravesar la Tormenta de Ruina.

Un clamor de sorpresa y excitación se extendió entre los Salamanders ante la noticia.

—¿Qué camino? —preguntó Numeon, centrando su atención en Ushamann.

—Uno que debemos crear nosotros.

Numeon gruñó, incapaz de esconder su irritación.

—No más enigmas, bibliotecario. ¿Cómo surcamos la tormenta?

Ushamann agachó la cabeza, mostrando el dragón que llevaba dibujado en el cráneo a la luz del titilante brasero.

—No es ningún enigma —respondió—. Una sola nave empujada por la esperanza. Es el hilo de luz más pequeño que puede atravesar la oscuridad, allá donde un rayo no podría. Nuestro propio camino. Tomé este concepto de sus propios pensamientos, hermano.

Xathen seguía escéptico.

—Y ¿qué significa eso?

Numeon, quien hasta entonces había estado convencido de su camino y objetivo, no supo responder.

—Tal vez que nuestro destino sigue siendo nuestro —contestó Gargo, no menos críptico que el bibliotecario.

—Y ¿que más viste, Ushamann? —preguntó Var'kir—. ¿Qué hay del propósito de Hecht aquí?

Ushamann le sostuvo la mirada al capellán.

—Nada más.

—¿Te escondió sus pensamientos?

Asintió.

—No de manera intencionada, su mente está protegida. Las barreras me resultan impenetrables. Conozco pocos psíquicos que pudieran desbloquearla. Dudo que ni siquiera el señor Umojen lograra hacerlo.

Algunos de los presentes murmuraron juramentos de honor y memoria ante la mención del jefe bibliotecario, cuyo paradero nadie conocía. Se encontraba en Terra durante la masacre de Isstvan V, pero si las suposiciones de Guilliman eran correctas, entonces Umojen ya era cenizas junto con el Mundo del Trono.

—Si la protección no es de Maleador, entonces es lo bastante potente como pasar por una barrera suya —concluyó Ushamann.

Zytos sopesó aquello en silencio durante unos segundos. Entonces habló a toda la sala.

—Tenemos que confiar en alguien, hermanos —dijo, pasando la mirada hacia Var'kir—. Tú mismo lo has dicho, hermano.

Cayó un silencio pensativo que se apoderó de todo el cónclave.

La confianza no era un concepto tan sencillo para un Salamander en aquel momento.

Numeon rompió el hielo.

—Hecht está con nosotros, nos guste o no.

—¿Eso es una orden, Numeon? —preguntó el capellán.

—Lo es.

—¿Es que eres el capitán de la Pyre, hermano? —preguntó Gargo, y todos los ojos se volvieron hacia el legionario que una vez fue caballerizo de Vulkan.

Numeon no esquivó la pregunta. Si acaso, se creció con ella.

—Hasta que vuelva el señor de los dragones, yo soy vuestro señor.

Xathen se puso en pie y sacó su espada kaskara.

Entonces todos hicieron lo mismo, incluso Zytos, cuyo orgullo herido fue salvado por el regreso de su capitán.

—¡Salve, Numeon! —gritó Xathen, con la espada en alto.

Sesenta y cinco espadas y martillos, todos únicos, mortales y finamente forjados, brillaron a la fiera luz de las antorchas mientras se alzaban en señal de respeto.

—¡Vulkan vive! —gritó Xathen, antes de que las sesenta y seis voces sonaran al unísono.

—¡Vulkan vive!

«Por fin», pensó Zytos, mientras el eco de la reafirmación se acalló. «Aún queda algo de esperanza…».

TREINTA Y TRES

Maldición

Gran crucero de guerra Sudario del Segador*, puente*

Un cadáver con la columna partida, las costillas abiertas y los intestinos a un lado goteando en el vacío pasó al lado del *Sudario del Segador*. El inmenso navío de guerra de clase Venganza empequeñecía a la destrozada *Necrotor*, y su sombra engulló por completo lo que quedaba del crucero ligero.

—¿Todos? —preguntó una voz húmeda y ronca.

La respuesta fue corta, con una rabia apenas reprimida.

—No hay supervivientes.

Malig Laestygon exhaló una sangrienta gárgara de estremecimiento.

A través del hololito, vio un mapa gris granulado de la nave destrozada.

—Amplía.

Un breve titileo de interferencia y la imagen se amplió, desvelando más detalles. Pedazos de coraza, fragmentos del exoesqueleto de la nave, cubiertas enteras arrasadas y expuestas al vacío flotando sin rumbo, todo ensombrecido por las llamas.

—Amplía.

Cajas de munición, puertas destrozadas y arrancadas de sus marcos, cuerpos…

—Amplía.

Armaduras abolladas, yelmos partidos, una lente rota. Caras retorcidas de angustia y furia, extremidades libres de sus torsos, ojos inyectados en sangre, pieles heladas.

Muerte.

Decenas de miles tomados por el vacío, derrotados por el gran sacrificio.

—Señor Laestygon…

Una buena cosecha, una siniestra colección de cráneos…

—¡Comandante!

Laestygon oyó la llamada pero mantuvo la mirada hacia el macabro panorama

que había creado en el puente del *Sudario del Segador*.

—Fue una gran nave —dijo—, hizo estallar la *Necrotor*.

—La densidad de su plasma sugiere un crucero o una barcaza de batalla —comentó el capitán—. Parece… que la atacaron.

—Pequeños avariciosos. —Laestygon dejó escapar una risotada flemosa y cancerígena—. Estaba tocada e intentaron abordarla, pero se equivocaron de víctima.

En su mente, Laestygon visualizó la desesperada e impulsiva acción que debió de tener lugar en aquel abordaje. Vio los sistemas ofensivos de la nave devolver el fuego y la consiguiente destrucción que llegó con ello.

—Así que Huruk no estaba mintiendo…

El último informe de la *Necrotor* había sido enviado desde la nave enemiga. Hacía algunas declaraciones de naturaleza extraña. Eran las mismas promesas realizadas por el Predicador durante su última comunicación.

Un primarca, decía. Un primarca imposible de matar, vulnerable y yaciendo inerte a bordo de la nave. Su propósito, desconocido. Su cargamento, casi imposible de comprender.

Las alianzas no eran del gusto de Laestygon. Era un purista, con todo lo que eso implicaba, pero el Predicador había resultado útil. Podría, incluso, llegar a ser vital si verificaban los rumores que venían de la *Necrotor*.

—¿Era un santuario?

—Sí, señor —respondió el capitán.

Laestygon aún no se había dignado a mirar al mortal cuando se dirigía a él.

—La vanagloria de Huruk nos ha costado una nave, pero puede que todavía resulte de algún valor. —Laestygon pensó en voz alta. Huruk fue el oficial de mayor rango a bordo de la *Necrotor* y el líder de una gran banda que él había acogido de los campos de muerte de Isstvan V. Muchos no eran más que perros que habían sido abandonados, pero Huruk había mostrado algo de potencial.

Una pena que hubiera muerto.

Por suerte, no fue en vano.

Laestygon sonrió, alejando la mirada del hololito por primera vez en un rato.

—Convoca al Predicador.

El capitán hizo una breve reverencia, y estaba a punto de dar órdenes a uno de sus subordinados cuando Laestygon lo interrumpió.

—Y si vuelves a llamarme así por mi rango te haré probar el sabor de mi espada, Rack.

El capitán palideció y sus manos empezaron a temblar antes de que pudiera retomar el control.

—Sí, señor. No volverá a ocurrir.

Laestygon se volvió y dejó escapar un baboso suspiro por sus inflamados labios.

—Bien.

Desde su nacimiento, el dolor había sido un compañero constante de Malig

Laestygon.

De niño contrajo una grave viruela, y habría sucumbido a ella de no ser por su resistencia y sus ansias de vivir. Como neófito perdió varios dedos durante un ejercicio, y casi el brazo también, pero se sobrepuso al pequeño revés. En los ejércitos de Mortarion sufrió mucho. Luchando contra las hordas de Galaspar, un incendiario le arrancó parte del abdomen y estuvo a punto de cortarle la pierna izquierda, pero logró huir cojeando de aquella batalla. En los campos de muerte de Isstvan V, una volkita le quemó la mitad de la cara y le dejó un desastre de carne derretida. Quemaduras de radiación, fosfex, vacíos incapacitantes…, Laestygon había estado expuesto a todo ello, y seguía con vida.

Si había alguien imposible de matar, era él.

Pese a sus muchas heridas, Malig Laestygon se había negado a implantarse aumentadores, confiando en su constitución barbarana para seguir respirando. Ahora lo hacía con un cierto ronquido, pues tenía la laringe muy quemada por haber inhalado sin querer vapor de promethium durante el saneamiento de Isstvan III.

Por cada batalla, otra cicatriz. Sabía que para muchos guerreros era igual. Su estrella nunca fue buena. Subiendo de rango con su lucha impasible y asumiendo el cargo de los fallecidos, Laestygon atribuía todo su modesto éxito a una sola cosa.

Era un superviviente.

Pero allí, ahora, tenía la oportunidad de hacer algo grande. De ser recordado.

«Tengo que ser el primer legionario en matar a un primarca».

Desde que Fulgrim decapitó a Ferrus Manus, ya parecía factible acabar con uno de los hijos del Emperador. Antes de ese punto de inflexión en Isstvan, habría sido fácil pensar que los primarcas eran inmortales. Cuando Fulgrim tomó la cabeza de la Gorgona, la carnicería no terminó ahí. Como chacales, los enloquecidos guerreros de la rebelión de Horus cayeron sobre Ferrus Manus. Algunos intentaron llevarse trofeos, mientras que otros saquearon su cuerpo empujados por un extraño instinto animal, lo más cercano al miedo que un legionario puede sentir. Pero fue Fulgrim quien asestó el golpe final.

Se dice que el propio Horus posee ahora la calavera de Ferrus Manus, y que considera al fenicio el verdadero asesino del primarca.

Ahora Laestygon tenía la oportunidad de adjudicarse tan singular mérito.

No había tardado en asimilar esa posibilidad, y ahora ya casi estaba a su alcance, prácticamente salivaba al pensarlo. Aunque Vulkan fuera ya un cadáver, cogería su cabeza y proclamaría la gesta como si hubiera matado él mismo al vástago del Emperador.

No era orgullo lo que buscaba, sino solo un poco de gloria con la que acicalar su estandarte, en vez de la aglomerada mugre de la guerra.

Su sucia armadura blanca y verde, adornada con espadas clavadas, ennegrecidas por los láseres y las balas, no era precisamente un ejemplo de gloria.

«Soy un veterano», pensó, sentándose en su trono por encima de Rack y del resto

de la tripulación. Su maltrecho yelmo con la rejilla parcialmente dañada estaba a su lado, vigilando a los mortales ocupados con sus insignificantes labores. Como comandante, Laestygon tenía una cimera pero evitaba ponérsela, puesto que la consideraba innecesaria y un peligro ante los enemigos, que podrían dispararle a la primera oportunidad. Sí llevaba un manto, pero estaba raído y manchado con la suciedad de más de un centenar de campos de batalla.

Su cuchillo kukra estaba mellado pero conservaba la punta afilada. Una pistola bólter de dos cañones descansaba en una funda tosca, pero nunca se había encasquillado y a pesar de su apariencia desgastada estaba bien cuidada.

«No soy nada que intenta convertirse en algo».

El creador de esa ambición se acababa de materializar en la matriz hololítica de la nave.

La imagen de Quor Gallek parpadeó hasta que el señor del augur de la nave ajustó la frecuencia y el Word Bearer apareció con claridad.

—Predicador, ¿te pones alguna vez tu traje de batalla o prefieres la suavidad de tus vestimentas sacerdotales?

Laestygon no hizo ningún intento por ocultar su burla.

Quor Gallek tampoco pensó responderle.

—Volverán a intentarlo —declaró, con una voz un poco distorsionada por la comunicación—. Es su única opción: enfrentarse a la Tormenta de Ruina y llevar a Vulkan por la disformidad.

—Me dijiste que la confusión que causarías provocaría el fin de la *Caribdis* y me la dejarías en bandeja. Pero aquí estamos, contemplando los restos de una de mis naves.

Quor Gallek hizo todo lo posible por esconder la irritación de que le hablaran como si fuera otro de los esbirros de Laestygon.

—Debería haber sido así, pero he subestimado su tenacidad.

—Y ¿qué hacemos?

—Dejaré que se adentren más en la tormenta, tan adentro que cuando los No Nacidos ataquen su nave terminará a la deriva.

Laestygon se relajó en el trono de comandancia. Sus dedos enguantados se clavaron en la superficie de su yelmo, añadiendo más cicatrices al metal.

—Los fanáticos como tú tenéis mucha confianza en esos demonios. ¿Cómo estás tan seguro de que son esclavos de tu voluntad?

—Hemos realizado pactos, inquebrantables.

—Te garantizo que los Cuervos, los Dracos y la Décima de Hierro declararon algo similar mientras les llovían las primeras bombas, antes de que les clavaran los cuchillos en la espalda. Los pactos siempre se pueden romper. Pero tú y yo nos entendemos, Predicador. —Laestygon sonrió sin una gota de sinceridad—. Yo confío en ti. Por eso quiero que lo hagas tú mismo.

Quor Gallek titubeó un momento, las palabras de Laestygon le habían cogido

desprevenido. Se recuperó en seguida, con una genuina expresión de satisfacción recorriendo su cara.

—Así se hará.

—Y cuando lleguemos a esa tormenta… no tendremos que preocuparnos de nada, ¿verdad, Predicador? —Laestygon se inclinó hacia la versión hololítica de Quor Gallek, como intentando intimidarle para que fuera honesto.

—Puedo guiaros.

—Y el primarca, si está a bordo…

—Lo está.

—Si lo está —prosiguió Laestygon—, su cabeza es mía.

—De nada me sirve un cadáver, primo. Yo solo quiero el asta de piedra que saldrá de su frío cuerpo.

Laestygon sonrió. Ya había oído otras veces hablar sobre la lanza a la que se refería. Quor Gallek la había llamado «fulgurita», una piedra relámpago. Cualquiera que fuera su poder, resultó suficiente para acabar con Vulkan, si es que podía creer lo que decía el Word Bearer. Laestygon había considerado traicionarlo para hacerse con ambos trofeos (una vez completada la misión, había descubierto que la traición era un hábito fácil de desarrollar), pero necesitaba que el apóstol oscuro y su afinidad con la disformidad le garantizaran el paso de vuelta por la tormenta.

Habían llegado a un trato: tenían un pacto.

—Tendrás tu piedra, y en cuanto envíe lo que quede de esa nave ardiendo hacia el éter, tú y yo no volveremos a vernos.

—Nada me complacería más —respondió el Predicador, haciendo una reverencia antes de que se cortara la conexión hololítica.

«Sí, qué fácil es traicionar a los demás», dijo Laestygon para sus adentros.

A bordo del *Monarchia*, la luz del hololito se apagó, dejando a Quor Gallek en la oscuridad.

Escuchó cerca la pesada y agitada respiración de Degat.

—Intentará traicionarnos —dijo el sargento mayor.

—Casi por descontado —siseó el Predicador—. Por eso, cuando hayas matado a Narek acabarás también con la vida de Malig Laestygon. —Se dio la vuelta. La musculosa silueta de Degat era lo único que se veía del guerrero—. ¿Te parece correcto, hermano?

—Desde luego —respondió él, resoplando con satisfacción.

—¿Cuántas almas devotas tenemos a bordo de la nave, Degat?

—Más de doscientas.

—Son guerreros curtidos, ¿cierto?

—Los he entrenado yo, así que sí.

—Laestygon ha actuado demasiado pronto. Ha soltado la correa de sus hombres y ahora los dragones la han quemado. Pero nosotros somos sabios y elegiremos el

momento adecuado. ¿Sabías que cuando un demonio pasa por el portal deja un rastro, un anzuelo que se puede coger al seguirlo? Piensa en ello como un camino al Mar de las Almas, efímero pero posible de atravesar con el tipo de imprecaciones adecuado.

Degat gruñó.

—Menos misterios, Predicador. ¿Cómo usarás a mis hombres?

—Haré que sigan un camino —dijo Quor Gallek mientras sacaba algo de los pliegues de su sotana. Era un cuchillo, solo un poco más largo que un dedo, pero extremadamente afilado. No era uno de los célebres Fragmentos de Erebus: ese cuchillo no partía el materium, tenía un propósito distinto.

—Si una bruja usa un athame para conjurar y maldecir, ¿cuál es la herramienta de un cirujano?

Quor Gallek giró la hoja para examinarla, y el minúsculo filo y el cuerpo de plata brillaron a la luz, un arma tan fina que era casi invisible a simple vista.

—Un escalpelo —gruñó Degat, con un humor difícil de diferenciar de su hostilidad.

—Un escalpelo —respondió Quor Gallek, recordando cómo se había infiltrado en el campo de batalla para quitarle a la Gorgona uno de los dedos y forjarlo.

No había hueso ni sangre, solo un metal sobrenatural que resultó de provecho en cuanto la vida abandonó a su huésped. Asirnoth le había entregado ese regalo a los Iron Hands. Ahora ese poder pertenecía a Quor Gallek. Las escamas de un dragón para cortar la carne de otro y tomar lo que había en su interior.

—Cayeron sobre él como chacales, Degat —dijo con voz profunda, recordando. Su aversión por la, escena resultaba evidente, pese a lo que comportó para él—. No fue en absoluto una muerte gloriosa. Creo que debió de ser el miedo lo que los hizo actuar así, lo que los hizo destrozarlo de esa manera, como si reducir a la Gorgona a una masa de huesos y sangre implicara que su alma ya no sería una amenaza.

—Eso me da igual, Predicador. Tú dime cuál es tu plan.

Quor Gallek lo miró con agresividad durante un momento, como si la locura que acababa de recordar le hiciera revivir la escena cuando hablaba de ella, pero no tardó en recobrar la compostura.

—Haremos lo que pide Laestygon. Pero también tomaremos lo que es nuestro y cortaremos la fulgurita de la propia carne de Vulkan. Entonces, cuando la Death Guard se acerque a acabar con ellos, los atraparé en la tormenta y los dejaré allí para que se pudran.

TREINTA Y CUATRO

Milagros

Barcaza de guerra* Caribdis*, strategium

Zytos sostuvo la mirada de Kolo Adyssian con gran resolución. En su mente, no había otra opción posible.

—Tiene que volver a intentarlo, capitán.

—Eso la matará.

Adyssian parecía demacrado, su brío juvenil había desaparecido al ver a Circe tras el fallido intento de saltar a la disformidad. Arikk Gullero le había contado a Zytos que Adyssian casi tuvo que romper la puerta al santuario para poder parar los gritos de Circe.

—Hecht cree que hay un modo.

Adyssian frunció el ceño y lanzó una mirada a la figura ensombrecida del legionario gris que estaba en la esquina de su strategium. La sala poco iluminada sostenía el puente y estaba llena de cartas estelares y cartografía diversa, que el capitán había usado para planear la escalonada ruta de la *Caribdis* por la Tormenta de Ruina. Para tener alguna esperanza de atravesarla, cada transporte en disformidad tenía que ser pequeño y estar meticulosamente planeado por rutas conocidas. Apenas habían empezado el viaje y ya se hablaba de abandonarlo.

—Con todos los respetos, ¿hay alguna forma de conseguirlo sin matar a mi navegante y probablemente a vuestro bibliotecario?

Ushamann también había sufrido. No tanto como Circe, pero parecía agotado mientras esperaba al fondo. Zytos no se había fijado durante el cónclave, pero ahora que lo hacía, veía en él la lenta llama de la decisión.

Hecht avanzó hacia la luz de un solo lumen en el techo.

—Tenéis que querer entrar en la tormenta —dijo.

—Y ¿ya está? —Adyssian no parecía impresionado—. ¿Ese es tu consejo?

—Sin exaltarse, capitán —advirtió Zytos.

Adyssian levantó la mano.

—Mis disculpas, tengo los nervios un poco alterados. Tenéis que entenderlo, cuando saqué a Circe del novatum estaba delirando. —Se lamió los labios—. Hacerla pasar por eso tan pronto… Temo por ella.

—Que no lo vea —dijo Hecht—. En el portal, la voluntad lo es todo. Cualquier debilidad, cualquier punto débil se verá expuesto y explotado por lo que acecha en el Mar de las Almas.

Adyssian negó con la cabeza.

—Ya he viajado por el portal. He visto a hombres volverse locos por lo que hay allí, pero lo que le ha pasado a Circe es distinto. «Noche eterna», decía. Que no había luz. ¿Qué significa eso?

—Que un velo cubre la galaxia, ocultando toda luz y todas las voces salvo las atrapadas en la tormenta. Esas voces son almas y gritan de angustia.

Adyssian dejó escapar una risotada sarcástica.

—Y ¿quieres que naveguemos por ahí dentro?

—No es nuestro deseo, capitán —dijo Zytos—. Son tus órdenes y vas a seguirlas.

Adyssian se mordió la lengua por un momento, sopesando bien sus palabras. Cuando habló de nuevo, se dirigió a Hecht.

—Pues dime, ¿cómo vamos a hacerlo?

—Imagina que el velo es una fina resma de tela negra —respondió él—. Desde lejos, todo aquello que la toque, cualquier luz, sea la impresión física o astronómica de una astrovía, se verá absorbida por ella. Anulada. Pero un fino hilo de luz puede penetrar donde un rayo no puede, aprovechándose de las pequeñas imperfecciones de la tela, brillando sobre ella y, al final, más allá del velo. Si podemos ver lo que hay delante, podremos ver el camino. Si viajamos lo bastante lejos, nuestro destino también se hará visible.

—En una noche oscura, los marineros de antaño usaban linternas para iluminar su camino —dijo Adyssian—. Pero ¿qué luz tenemos que pueda cruzar esta tempestad?

—En Sotha había una baliza que iluminaba Macragge —dijo Zytos—. Así es cómo llegamos a Ultramar por la tormenta.

—Un refugio —dijo Hecht—, un puerto seguro.

—No tenemos nada de eso —dijo Adyssian.

—Si esos marineros se encontraran con un arrecife, ¿qué harían? —preguntó Hecht.

—Recoger las velas para detener el barco y usar la linterna para encontrar las rocas.

—Salvo que en la Tormenta de Ruina las rocas son los gritos estridentes de las almas condenadas y las criaturas nacidas de ellas. Es pura emoción que se manifiesta.

Zytos intercambió miradas con Ushamann, pero el bibliotecario estaba escuchando atentamente y no tenía más comentarios al respecto. Sin embargo, preguntó aquello que rondaba por la mente de Zytos.

—¿Cómo puedes saberlo? Esa clase de conocimientos son… peligrosos.

Hecht se encontró con la mirada inquisidora de Ushamann.

—Todo conocimiento es peligroso si no se usa adecuadamente —dijo, como si eso fuera suficiente respuesta—. Cualquier agitación emocional que lleves contigo al entrar en la tormenta: miedo, odio, celos… se multiplica por mil o diez mil una vez dentro.

Aunque intentó no hacerlo, Adyssian no pudo evitar recordar a Maelyssa. Pensaba que había enterrado ese recuerdo, pero cuando vio a la refugiada…

—Tienes que dominar tus emociones o te consumirán. Nos consumirán a todos —dijo Hecht—. ¿Alguna vez habéis visto o luchado contra un demonio? No digo uno que haya tomado a un huésped vivo y lo haya cambiado poco a poco, hablo de un No Nacido de verdad.

Zytos recordó a la criatura contra la que luchó junto a sus hermanos y los ultramarines en Macragge. Recordó cómo el monstruo en el cuerpo de Xenut Sul deseaba su liberación y cómo había desfigurado su piel y lo había cambiado.

—Sin Conciencia… —dijo sin darse cuenta.

Todos los ojos se volvieron hacia él, Hecht entrecerró los suyos.

—La carne poseída solo es una sombra de lo que podemos encontrar en la Tormenta de Ruina. Vuestra rabia, vuestro miedo y odio, todo pensamiento de envidia, cada complot, cada parte de vosotros volverá con un cuerpo retorcido y buscará a su creador para devorarlo.

—Solo la esperanza nos guiará por la tormenta —dijo Hecht, repitiendo las palabras de Ushamann—, y la disposición a aceptar nuestro destino.

—No puedes esperar que la tripulación mortal no tenga miedo —dijo Zytos.

—Pues encerradlos o encadenadlos. La debilidad nos destruirá. Pero no penséis que nosotros somos inmunes. ¿Podéis asegurar que nunca habéis actuado en deshonor, por ira o por deseo, con objeto de una venganza injusta?

Zytos aún tenía magulladuras de su pelea con Numeon. Había querido matarlo, al menos una pequeña parte de él. Y su orgullo herido por haber renunciado al liderazgo de la Pyre…

—Vulkan nos enseñó la templanza y nos dio el credo prometeano —dijo Zytos—. Eso nos enderezará en los días oscuros.

Hecht levantó las manos en señal de aceptación.

—Entonces no tengo más que enseñaros.

Ushamann se dispensó con un gesto de cabeza para salir.

—Me aseguraré de que tanto yo como la navegante estemos preparados.

Adyssian observó cómo se iba, pero aún no estaba convencido.

—¿Esperanza? —preguntó—. ¿Qué esperanza tenemos?

—Numeon —dijo Zytos, como si eso lo explicara todo—. Numeon nos ha dado esperanza. Probemos de nuevo, capitán —dijo—. Circe tiene que entrar en la tormenta y mantenerse firme.

—¿Y si muere?

La cara de Zytos se ensombreció, pero aún mostraba su determinación.

—Entonces sí que nos quedaremos sin esperanza.

Los legionarios salieron del strategium, dejando a Adyssian con sus pensamientos. Se quedó mirando las cartas estelares durante unos minutos, intentando imaginar una situación que no terminara en fracaso y muerte. Entonces activó un canal de comunicación privado con el novatum.

—*Quieren que vuelva, ¿verdad?* —dijo Circe, sin necesidad de que el capitán dijera nada.

—Sí.

—¿Has vuelto a verla?

—No, aún no. He estado en el puente.

—No te acerques a ella, Kolo. Por favor.

—Tranquila, lo prometo. —Se esforzó por mantener el nivel de su voz, pues la agonía del recuerdo seguía tan fresca como si acabara de suceder, como una herida en carne viva que está al aire.

—No puede estar aquí conmigo cuando vuelva.

—Lo sé, Circe… No tienes por qué hacerlo.

—Sí, sí que tengo.

Corto la comunicación. A la penumbra del strategium, Adyssian agachó la cabeza.

Gargo los había llevado a las forjas. Se sentaron alrededor de un banco de trabajo en una de las armerías donde descansaban algunas de las obras del herrero en las estanterías. El aire se había llenado de cenizas y humo, y la débil luz proyectaba grandes sombras. Una llama titilante iluminaba una pared, filtrando su brillo por un pequeño ventanuco por el que podían ver las forjas.

—Bueno, hermano —empezó Numeon—, ¿cuál es tu experta opinión?

Gargo dejó de frotarse la barbilla para reflexionar y luego examinar el martillo.

—Es un martillo, claro —respondió—. De forja, para ser más precisos. —Sujetándolo con una mano, sopesó la cabeza. Incluso golpeó la parte plana con la mano—. Es robusto. Creo que podría forjar con esto.

—Y ¿nada más?

Gargo negó con la cabeza.

—Solo es un martillo.

—Y un símbolo, del mismísimo señor de los dragones —dijo Numeon, haciendo que Gargo asintiera. Cogió el martillo y se lo ofreció a Zonn.

El techmarine lo dejó en la mesa con cuidado. De los puntos hápticos de carga de sus guantes salieron mecadendritos que empezaron a examinar los detalles del martillo.

—No hay metales inusuales —dijo—. Su constitución es… común, lo que en sí mismo se podría considerar extraño dado que anteriormente formó parte de la armadura de nuestro primarca.

—Entonces, ¿cómo explicas lo que hice con él?

La fría mirada de Zonn pasó al capitán.

—No puedo. Lógicamente, no tiene ningún sentido. No tiene ningún campo de fuerza ni fuente aparente de energía más allá de su portador. Y, aun así, destrozaste esa armadura Cataphractii como si hubieras usado un martillo de trueno.

—Fue más que eso.

Zonn asintió, volviendo a configurar sus giroscopios del cuello.

—Sí, creo que sí.

Numeon se llevó la mano a la boca y miró hacia abajo, pensativo. Exhaló un largo suspiro antes de mirar arriba de nuevo.

—Cuando el Marcado de Rojo de Thiel me rescató, dijo que habían rastreado una baliza, algo que había en el martillo. ¿Puedes encontrar pruebas de eso?

Zonn cogió el martillo y se lo dio.

—No hay nada más que lo que vemos los tres ahora mismo.

—Sin embargo, nuestros ojos no ven toda la verdad, ¿no es así?

—La verdad es milagrosa, hermano capitán —dijo Gargo, con fe brillando en sus ojos.

Numeon se sintió algo incómodo. Creía en Vulkan, en el retorno del primarca y el papel de Nocturne en su resurrección. Gargo le miraba como una especie de figura mesiánica, un símbolo de carne y hueso que los llevaría por la tormenta de vuelta al fuego.

Se puso en pie, guardando el martillo en el cinto.

—Aquí no tenemos más que averiguar. Haz lo que puedas para reforzar la nave. Si volvemos a abandonar la disformidad de manera inesperada, no quiero que la *Caribdis* se parta en dos.

Zonn asintió.

Gargo se inclinó con reverencia.

—Vulkan vive, capitán.

Numeon estuvo a punto de responder pero no pudo encontrar las palabras adecuadas, así que se limitó a asentir en silencio.

Se dirigió al santuario, donde no había estado desde el ataque a la *Caribdis*, y allí encontró a Var’kir.

Había encendido un brasero y lo estaba observando con detenimiento.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Numeon.

Al capellán le costó unos segundos dar su respuesta.

—¿Desde que miro la llama —repuso, volviéndose hacia el capitán— o desde que bajé a seguir la vigilia?

—Cualquiera de las dos opciones. Ambas cosas. ¿Qué es lo que ves? —le

preguntó Numeon mientras se arrodillaba junto a él.

—Lo mismo que antes. Fuego, y más allá… nada excepto brasas.

—¿Por qué has vuelto, Var'kir?

—Porque esperaba que algo hubiera cambiado.

—Sí que ha cambiado. Nosotros hemos cambiado. Todos. Ha vuelto la esperanza.

—No, hermano. Es una fe ciega.

Numeon frunció el ceño.

—¿Es que la hay de otro tipo?

Var'kir se puso en pie.

—Gargo te mira y ve al primarca renacido. No puedo imaginar lo incómodo que te debe de resultar eso, Artellus.

Numeon agachó un poco la cabeza, confirmando las sospechas del capellán.

—He oído hablar de milagros y quizá hemos cogido algún hilo del destino y lo estamos siguiendo hasta Nocturne. Pero no veo nada en las llamas. No he venido aquí confiando en los milagros, Artellus. He venido de luto. Vulkan se ha ido.

Numeon refunfuñó.

—¿Cómo es que tú, de entre todos nosotros, eres el que sigue dudando, Var'kir? ¡Eres nuestro capellán, por la sangre de Vulkan!

—Precisamente por eso debo mantenerme escéptico, para preservar nuestro espíritu y nuestro propósito, para ser firmes y claros cuando los otros se vean atraídos por conceptos idealistas. Si no lo hago yo, ¿quién lo hará? Estamos en peligro de olvidar quiénes somos.

—Entonces, ¿por qué luchar con tanta vehemencia? ¿Por qué estás tan decidido a que volvamos?

—Porque Vulkan pertenece a Nocturne. Pertenece a la montaña, y volverá a la tierra. Quiero que nuestro padre esté en paz, hermano. Eso es todo.

—*Yo* soy quien quiere estar en paz, Var'kir. No me he sentido en paz desde antes de Isstvan V.

Var'kir posó su mano en la frente de Numeon y el capitán cerró sus ojos al tacto de los dedos enguantados del capellán.

—Haz las paces con Zytos. A pesar de nuestras diferencias en esto, tú y yo pensamos igual cuando se trata de hacer que la *Caribdis* atraviese la tormenta y volvamos a Nocturne. Todos mis esfuerzos están dedicados a esta empresa, pero no me pidas que crea en la resurrección de Vulkan. No puedo.

Var'kir dejó caer la mano.

Cuando Numeon abrió los ojos de nuevo, el capellán ya se había ido.

TREINTA Y CINCO

Hacia la tormenta

Barcaza de guerra* Caribdis*, puente

Adyssian observó las contraventanas reforzadas cerrarse contra su vano, ocultando el vacío del exterior.

Con los brazos recogidos a la espalda, se encontraba en la proa del puente, delante de la gran abertura de vidrio reforzado que acababa de desaparecer detrás de una cubierta de adamantium. Para el capitán, el panorama que se extendía ante él era la vista más gloriosa y humilde de la existencia, el enorme abismo del espacio.

Aún recordaba la primera vez que lo había visto, no ese negro lienzo cuajado de estrellas visible desde la superficie de Terra, sino la luz de las balizas solares atravesando la nebulosa multicolor y los perlados paisajes lunares. Entonces no era más que un simple alférez, durante la Gran Cruzada, pero la vista no había perdido ni un ápice de su embrujo y belleza.

Qué dañada estaba ahora la galaxia y cómo había cambiado la imagen romántica que de ella tenía Adyssian. Horus reptaba ahora a través del golfo, haciendo a un lado las estrellas y asesinando a los soles hasta que lo único que quedaba era una absoluta oscuridad. ¿Qué futuro le auguraban a la humanidad estos tiempos inciertos?

Adyssian se retiró del mirador sellado y regresó al puesto de mando.

En el puente solo estaban él y su tripulación; todos los Salamanders se habían dispersado por el barco para mantener el orden y la seguridad.

«Soy maestro de nuevo», pensó, pero en ese momento no quería serlo. El deber fortalecía su fragilidad de simple mortal dándole el valor para actuar como debía.

Adyssian se reclinó sobre el comunicador del sillón. Iba a emitir un mensaje por todas las cubiertas de la *Caribdis*, a los soldados que esperaban en sus barracones, a los sirvientes que se afanaban en las entrañas del enginarium, al equipo médico mortal del apotecarion, a cada uno de los refugiados y las almas en peligro del barco.

—A todos los hombres, estad preparados. Vamos a volver a entrar en la tormenta.

Cualquier hombre o mujer, sea de la tripulación o no, que no tenga necesidad de vagar por los pasillos del barco, que se quede en la cabina asignada. A los que deban atender sus obligaciones les digo lo siguiente: aferraos a vuestro valor, aferraos a vuestro objetivo y sobreviviremos.

Cortó la emisión y se volvió en el sillón hacia el primer oficial, que se encontraba a su lado.

—A tu puesto ya, Arikk. —Adyssian no podía recordar la última vez que había utilizado el nombre de pila del teniente estando en el puente. Dadas las circunstancias parecía lo más apropiado.

—Sí, señor.

Mientras Gullero iba a sentarse, Adyssian se dirigió a Esenzi.

—Lyssa, cédele el control a Circe.

Esenzi asintió y realizó los ajustes necesarios.

—La navegante tiene el timón, capitán.

—Eso es —murmuró Adyssian. Su mano izquierda se deslizó por los pliegues de su uniforme y encontró el parche que había llevado consigo desde el final de la Gran Cruzada—. El Emperador nos protegerá.

Conectó con el novatum.

—Circe, estamos preparados.

—Estoy lista.

—¿Y tu sombra?

—Puedo sentir la presencia de Ushamann.

El bibliotecario estaba encerrado en su cámara, tanto por precaución para con la tripulación como para concentrarse mejor.

—Que Él te asista… —susurró Adyssian, que ya no se refería a Ushamann.

—… cuando camines por sitios oscuros —concluyó Circe—. *Porque no temeré la oscuridad y acogeré la luz de Su única verdad para que me guíe*.

Con estas últimas palabras, Circe se zambulló en la tormenta con la *Caribdis*.

La nave se retorció, envuelta en el intenso oleaje. Revuelto y violento, el Mar de las Almas padecía una atroz tormenta. La embarcación se resentía con cada golpe.

Adyssian no podía verla pero la sentía como si los dedos de la más oscura emoción le rasgaran la cordura. Sin darse cuenta, se aferraba con tanta fuerza a los brazos del sillón de mando que los nudillos brillaban blancos, sin un ápice de sangre en su interior.

Un réquiem se abrió paso entre las cubiertas. Llegó su eco hasta el puente, susurrando entre las escotillas, colándose por debajo de las puertas, infectando la Caribdis con un lamento atonal que se parecía de forma inquietante a los alaridos de miles de moribundos.

Se preguntó, solo por un momento, si la suave voz de Maelyssa estaría entre ellos.

—Dios-Emperador —sollozó, sobrecogido por una repentina tristeza—, preserva su alma inocente.

Mientras la nave cabeceaba y daba bandazos, una visión se desplegó ante los ojos de su mente. Era capitán de una goleta perdida en altamar en una temible tormenta en una noche sin luz. Al timón, mientras las velas se hinchaban hasta casi romperse y la tripulación asustada se aferraba a sus puestos, Adyssian miraba hacia el mar y solo veía olas negras y el estallido de los rayos más allá.

Se sentía perdido, indefenso.

—Circe —susurró, y se dio cuenta de que había dicho su nombre en voz alta cuando la navegante le respondió.

—… oscuridad… Una oscuridad interminable. Su presencia está por doquier.

Eso era diferente de la última vez.

—¿Quién, Circe? Dímelo.

—… maligno, inspecciona mi mente, lo desvela todo… Kabar…

Adyssian frunció el ceño. Era vagamente consciente de que la tripulación del puente también estaba sufriendo, pero en ese momento solo le preocupaba la navegante.

Era un galimatías, los efectos de atravesar la tormenta.

—Resiste. Mantente fuerte por nosotros, Circe.

El metal se retorció, la nave gimió y sus campos Geller se tensaron hasta romperse como las velas imaginarias de la visión de Adyssian.

—*Ya llega… el rey Un Ojo. Lo noto…, abriéndome la mente como una caja sin cerrojo…, cribando mis pensamientos*. —Su grito fue tan fuerte que reverberó en la conexión.

—¡Circe!

La oyó respirar de forma agitada, pero al menos el grito había cesado. Circe emitía un sollozo lento y lúgubre, que atravesó el corazón de Adyssian como un puñal.

—*Tengo… La nave…* —jadeó—. *Ushamann está conmigo*.

Ahora parecía más tranquila, en tensión pero con un mínimo de control. Aquello que la había poseído brevemente había pasado.

—Resiste, Circe —le suplicó Adyssian con voz tenue. Las lágrimas le sabían saladas en los labios.

—*Resistiré* —murmuró, mientras la necesidad de concentrarse superaba la necesidad de consuelo—, *mientras pueda*…

La línea quedó muerta cuando Circe cortó la conexión. Estaban en plena tormenta, atrapados en su furia. No había nada que él pudiera hacer ahora.

—Gallero —dijo levantándose del sillón de mando—, el puente es tuyo.

Tenía que descansar, aunque solo fuera un momento, para encontrar una solución.

Adyssian apenas alcanzó a oír una respuesta entrecortada antes de salir del puente y dirigirse, con aire cansado, a su cuarto.

De camino se encontró con uno de los Salamanders, Rek’or Xathen. Con él iban otros cinco legionarios con sus lanzallamas acoplados a los guanteletes, preparados.

Piroclastas, de los pocos que quedaban, tal vez los únicos.

Aparte de Xathen, que llevaba el casco en el recodo del brazo, los demás portaban velos de cuero de dragón en las viseras. El efecto era desconcertante.

Xathen le dirigió un brusco asentimiento al capitán cuando se cruzaron en el pasillo. Se dirigía al elevador que había bajo cubierta. La seguridad se reforzaba. En la disformidad podían ocurrir cosas extrañas; cosas extrañas y sangrientas que reducían a los hombres sanos a desechos balbuceantes y convertían a los santos en asesinos.

Adyssian se volvió cuando los pasos de los Salamanders se detuvieron. Todos habían entrado en el elevador. Xathen entró en último lugar y permaneció mirando al capitán mientras cerraba la reja en acordeón.

En su mirada despedía peligro, decidió Adyssian antes de que el Piroclasta se colocaba el yelmo. Había visto la frustración y la ira de Xathen cuando le negaron el combate con la Death Guard. A Adyssian le recordó a un chacal hambriento que olfatea la carne pero no puede probarla. Sabía que los Piroclastas eran volubles y que su conducta, igual que su forma de guerrear, era incendiaria, pero Xathen necesitaba una válvula de escape. Por lo poco que sabía sobre la legión, había pensado a menudo en los Piroclastas como la orden que más recordaba al pasado destructivo de los Salamanders, y por eso estaban destinados a autoinmolarse.

Xathen parecía estar siempre al borde de la combustión.

Adyssian se dio la vuelta y se dirigió a su cuarto.

Estaba en la puerta, pensando todavía en Xathen y en enviarle por el comunicador sus preocupaciones al sargento Zytos, cuando vio algo por el rabillo del ojo. «Un parpadeo blanco. Un vestido brillante y diáfano. Pies diminutos descalzos. La suave risa de una niña».

Apretó un puño contra los ojos e intentó alejar de sí los pensamientos sobre la hija que había perdido, que él y Circe habían perdido.

Pero no era ella. Era la refugiada, la que había visto antes vagando por el barco.

Adyssian estuvo a punto de llamar a los soldados para que la atraparan, pero se contuvo. Solo era una niña. Él se valía solo.

—Puedo hacerlo —dijo para sí, aunque sonó más parecido a un eco.

Ella se dirigía hacia las cubiertas inferiores de popa, al salón refectorio.

Adyssian fue tras ella.

TREINTA Y SEIS

Reforjada

Barcaza de batalla **Caribdis***, cubierta de proa*

Después de abandonar el strategium, Zytos había llamado a Xathen por el comunicador para que formara a los Pyres en patrullas que controlasen la *Caribdis*.

El barco tenía su propia dotación de soldados, pero Zytos les había ordenado confinarse en sus barracones para utilizarlos solo como último recurso. En el puente se mantenía una patrulla de cinco hombres, pero esa era la única concesión. Solo los legionarios patrullarían las cubiertas mientras estuvieran dentro de la tormenta.

Debido a su inmenso tamaño, la mayor parte de la *Caribdis* había sido cerrada y sellada. Cubiertas enteras permanecían frías, vacías y a oscuras, ya que el soporte vital se concentraba en las zonas habitadas del navío.

Un esquema que destacaba las zonas y las cubiertas activas cubría la lente derecha de Zytos. En cambio constante mientras él y su patrulla avanzaban por la nave, el mapa se actualizaba en tiempo real conforme comprobaban y daban por segura cada área.

—Hermano sargento. —La voz de Abidemi sacó a Zytos de sus pensamientos.

Se concentró en la sección final del pasillo que habían estado patrullando y vio una figura que reconoció.

Los demás saludaron cuando la figura se acercó. También Zytos, aunque algo más tarde.

—Pensaba que estarías en el santuario —dijo.

—Allí estaba —contestó Numeon, señalando hacia Abidemi, Dakar y Vorko.

—Puedo enviar una patrulla para que vigile al primarca.

—Eso no será necesario. Orhn y Ran'd montan guardia. El santuario está sellado. Vulkan está todo lo seguro que puede estar.

Orhn y Ran'd eran Dracos de Fuego, dos de los pocos que quedaban, guerreros salidos del mismo molde que los Pyre Guards.

Numeon extendió la mano enguantada.

Zytos la observó desconcertado.

—Me he equivocado contigo, Zytos —dijo Numeon—, y con mis hermanos de esta nave —añadió, refiriéndose a los demás—. He permitido que mis deseos egoístas nos sobrepasen. Y he levantado mi mano contra ti con furia, cuando debería habértela ofrecido en hermandad.

Tras una breve pausa, entrechocaron los antebrazos a la usanza de los guerreros.

—Me sorprende que te hayas apartado su lado, Numeon, Había empezado a pensar que creías que solo tú eras capaz de proteger a nuestro padre.

—Como en muchas de mis últimas decisiones, estaba equivocado. Sé dónde me necesitan. Humildad… —dijo Numeon—, Vulkan nos lo enseñó. Aún nos sigue enseñando, incluso cuando su cuerpo ya no tiene el aliento para hablar.

—Que su sabiduría nos guíe —murmuró Vorko. Gargo se había esforzado para unirse al paso de legionario, pero aún caminaba con una leve cojera.

Dakar asintió. Varias cuchilladas habían perforado su visera, y se apreciaban tajos en la boca, la nariz y el cuello.

La armadura de Abidemi estaba marcada y oscurecida en una docena de puntos y Zytos ostentaba contusiones faciales.

Maltrechos pero indoblegables: era su camino, su credo. Superar cualquier obstáculo, como uno, como legión.

—¿Tendrás a bien aceptar mi espada, hermano sargento? —preguntó Numeon, liberando del choque de manos a su hermano.

La respuesta de Zytos fue sincera y genuina.

—Será un honor, capitán.

Zonn presionó la mano enguantada contra el casco interior de la *Caribdis*.

—Las heridas son profundas… Su espíritu está en carne viva, pero todavía no está acabada.

Había grietas y desgarros en la capa dérmica de la superestructura de la nave a lo largo de toda la cubierta. Las lámparas cabeceaban arriba y abajo revelando así más daños. Soportes doblados, chapas blindadas partidas, sellos entre secciones rotos, todos ellos necesitaban soldaduras y aseguramiento.

Las motas de polvo caían, en suspensión desde las vigas por la actividad en la cubierta superior, pero parecían flotar en aparente éxtasis en la luz difusa. Ahí abajo no había vida. Zonn había llegado a una de las varias zonas deshabitadas del barco, sellada y aislada, pero necesitaba de reparaciones de todos modos.

Nada podía sobrevivir en aquellos pasillos fantasmales. No había calor, ni luz ni oxígeno. Había cadáveres flotantes, ya que no había gravedad que los atrajera…, y los sirvientes tenían demasiado miedo para abandonar sus puestos cuando la nave estaba sellada.

Zonn apenas los vio. Solo veía la *Caribdis* y su carne herida necesitada de cuidados.

—Adyssian dijo que tenía un espíritu fuerte.

Gargo estaba de pie a su lado, martilleando una pieza de recubrimiento interior ablativo sobre una brecha en el casco.

Hordas de trabajadores se afanaban a lo largo y ancho de la sección de medio kilómetro realizando reparaciones similares. Todos llevaban reinhaladores y trajes atmosféricos. Al contrario que los legionarios, que sujetaban magnéticamente sus botas a la cubierta metálica, los mortales usaban un cable que les impedía flotar junto a los cadáveres descubiertos por la intrusión de Zonn.

La abyecta oscuridad de la gran subcubierta estaba iluminada por gran cantidad de chispas de los soldadores de arco y de las herramientas de plasma.

—Pensaba que esta cubierta había sido barrida —dijo Gargo, señalando con la cabeza el cuerpo que había visto a lo lejos acercarse a un soldador de arco que manejaba un sirviente ataviado con un mugriento mono de trabajo del enginarium. Un tatuaje de operario circundaba el ojo derecho del hombre e indicaba que había recibido cierta instrucción del Mechanicum por parte de alguno de los visioingenieros de a bordo—. No deberían haber estado aquí abajo.

Gargo observó a Zonn mientras el techmarine accionaba una antorcha de plasma para cortar un trozo de chapa doblada.

—Detecto una intensa emoción en tu voz, hermano. Lo sientes por estas pobres almas y lamentas que sus vidas terminaran de esta manera.

Apagando la llama del soldador, Gargo se volvió hada Zonn.

—¿Tú no?

—Donde tú ves carne y hueso yo veo operarios reparando las entrañas de esta nave.

Gargo sacudió la cabeza.

—¿Es que los marcianos te extirparon la humanidad y el sentido del humor, techmarine?

Zonn no respondió de inmediato, sino que consideró su respuesta.

—Inmerso en una tarea mecanizada, necesito esforzarme para verlo como tú —admitió—. Lamento la pérdida de mi compasión y mi humanidad nocturneanas, pero sé que mi sacrificio redunda en beneficio de mi Legión.

Zonn hizo un gesto hacia la amplia cubierta. Sus palabras habrían resonado con eco, y no a través del comunicador de Gargo, si hubiera habido aire que las transportara.

—Es una tarea mundana, pero necesaria. Un grupo de sirvientes podría hacerlo fácilmente sin supervisión.

—Entonces, ¿qué estoy haciendo aquí? —preguntó Gargo, levantando de nuevo el soldador de arco.

—Asegurarte de que la *Caribdis* no se caiga a trozos, igual que yo. Te has

convertido en un obrero, hermano mío.

Gargo se fue a asegurar los pernos. En unos segundos había terminado. Los sirvientes trabajaban más despacio, aunque exhibiendo signos de agitación y nerviosismo.

—Este lugar los asusta, creo. Algo instintivo, el miedo a la oscuridad o algo así.

—Y ahora ya sabes el otro motivo de nuestra presencia aquí —dijo Zonn.

Gargo sonrió. Tal vez Far'kor Zonn no había perdido su empatía, después de todo.

—Apenas es el trabajo de un artesano —dijo el herrero, abandonando la sección que acababa de sellar para dirigirse a la siguiente.

—En este contexto, prefiero la durabilidad antes que la artesanía, hermano.

Gargo soltó el soldador de arco y volvió a coger el martillo.

—Espero que mi presencia aquí abajo sirva para algo al menos.

—¿Preferirías estar en la fragua?

—Hay muchas cosas que preferiría, pero, no, la fragua ya no es un refugio para mí.

Mucho se había perdido a raíz de la traición en Isstvan V. En la legión se hablaba de confianza, de eficacia marcial y de la muerte de los primarcas, pero también había pérdidas más pequeñas y personales que a menudo se pasaban por alto.

Gargo había perdido su brazo derecho.

Hecho con recursos insuficientes y suministros pobres, el biónico era primitivo, incluso para los estándares básicos de la legión. De maestro artesano, Gargo había pasado a ser poco más que un lisiado. Al menos a sus ojos.

—Al subir a este barco y emprender este viaje, todos nos hemos embarcado en una prueba —dijo Zonn—. Nadie saldrá ileso. Algunos de nosotros no saldremos…

Zonn se calló y volvió la cabeza.

Gargo dejó de martillear y trató de ver lo que había llamado la atención de Zonn.

—¿Qué es eso?

—Aquí abajo hay algo más. —Zonn liberó su pistola bólter.

—¿Una amenaza? —preguntó Gargo mientras le hacía gestos a un sirviente armado.

—Hay movimiento donde no debería haberlo. —Zonn miró al visioingeniero que dirigía a los grupos de obreros—. Sigue trabajando. —Después se dirigió hacia la fuente de la perturbación con Gargo detrás de él.

El herrero deslizó la platina de su bólter e introdujo un cartucho en el cargador, dispuesto a disparar. Lacado en negro con una cabeza de serpiente, un lanzallamas de dos boquillas estaba ajustado bajo el cañón principal del arma y acoplaba una bayoneta metálica bajo la embocadura.

Gargo la llamaba *Draaken* por los dracos escupefuego de Themis y aseguraba que los colmillos y la llama que poseía se bastaban para acabar con esas brutales criaturas.

A través de sus lentes de ámbar hizo los cálculos de la atmósfera, la distancia y el espacio, pero no encontró signos biológicos ni evidencia alguna de lo que había alertado al techmarine.

—Es anómalo —dijo Zonn, mientras avanzaba con precaución y activaba el servobrazo conectado al generador de potencia de su armadura.

—¿La Death Guard?

—¿Un escuadrón asesino abandonado después de la anterior invasión? Inconcluyente…

—Pero posible.

—Si es así, ¿por qué no nos han atacado todavía?

Gargo activó el comunicador de su casco, pero solo le llegaron ruidos de estática.

—Se ha cortado la conexión.

Zonn se dio la vuelta bruscamente. Gargo podía adivinar por la expresión del techmarine que eso no debería ocurrir, ni siquiera en esas profundidades de la nave.

—Es inusual.

—Podría ser una sobrecarga en la señal.

Zonn miró de nuevo a la zona donde había detectado movimiento.

La cubierta era grande como un hangar y los largos pasillos reverberaban. Había cadáveres flotando en la penumbra, atenazados por el *rigor mortis* y apenas visibles en sus congeladas siluetas.

—Sea lo que sea —replicó el techmarine—, debemos encontrarlo.

Dejando atrás los resplandores de arco y las chispas de los soldadores, Zonn y Gargo se aventuraron en la oscuridad donde no había más movimiento que el de los muertos.

TREINTA Y SIETE

Confusión

Barcaza de batalla **Caribdis***, solitorium*

Var'kir se arrodilló en la reconfortante oscuridad del solitorium del barco. En una mano sostenía las perlas de ónice de su rosarius. Con la otra se aferraba a la empuñadura con cabeza de dragón de su crozius.

Tenía la cabeza inclinada, cual capellán en paz.

En verdad, era un hijo embargado por la confusión.

Reclinándose sobre sus perneras blindadas, prendió el brasero que tenía delante y que cobró vida emitiendo una cálida luz ambarina y haciendo retroceder las sombras hasta que se encogió en la ornamentada periferia del solitorium.

La mayoría de los navíos que servían a los Dracos disponían de solitoriums para la reflexión y la renovación. Las paredes de fuego negro, cubiertas de cenizas del aire sofocante, también servían para realizar el marcado de hazañas sobre la carne con un hierro candente.

Pero no había en las cercanías ningún sirviente para aplicar el hierro. Var'kir estaba solo. Necesitaba soledad, no purificación. Todavía no.

Desde que se había reunido con sus hijos, Vulkan había apoyado las virtudes del sacrificio y la autosuficiencia. Aislar el pensamiento marcial y reordenar los objetivos era la forma de ser de los Salamanders. Recaía sobre Nomus Rhy'tan la instrucción de la legión en este credo cuando el primarca no podía.

Cómo anhelaba ahora Var'kir la sabiduría espiritual de su mentor.

Con cuidado liberó los enganches que acoplaban el yelmo al gorjal. Las abrazaderas produjeron un leve siseo por la presión liberada y el capellán se quitó lentamente el casco.

En menos de diez segundos sus sentidos se realinearon. La vista, el oído y el olfato se recalibraron como parte de una reacción psicológica mejorada. Mientras observaba el interior de las llamas, sus ojos vieron a través del color carmesí de la

esclerótica y no con el intenso ámbar de la lente.

—Padre —le suplicó al fuego—, ayudadme a veros.

Las llamas parpadearon y se elevaron con un rugido cuando el acelerante del brasero prendió fuego, pero nada se le reveló.

—Mi señor —murmuró con los ojos acuosos por tan atenta observación—, por favor, enseñadme lo que Numeon puede ver.

Una llama eterna, la conflagración ondulante que se extendía hasta los límites del ojo de su mente, era la recompensa de Var'kir.

—¿Es esta mi prueba? —chasqueó los dedos en las sombras, repentinamente furioso, como si Vulkan lo observara desde la humeante penumbra—. ¿Debo ser yo el que duda cuando los demás creen? ¿Debo asumir ese papel en esta empresa?

No llegó ninguna respuesta, y Var'kir cerró los ojos antes de que la proximidad al fuego se los abrasara.

—Ya no quiero seguir estando ciego —dijo con voz sosegada, ya agotada la ira, en absoluta desolación.

Y en su desesperación, Var'kir no se dio cuenta de que ya no estaba solo, después de todo.

Una solitaria figura lo observaba en secreto, con su armadura gris actuando como el perfecto camuflaje.

Mientras observaba, Kaspian Hecht desenvainó lentamente una corta hoja *spatha*.

Rek'or Xathen había querido morir en Isstvan V. Cuando se reveló la traición y las bombas cayeron en serio, quedó atrapado en la depresión de Urgall con el resto de sus hermanos.

Dieciocho compañías, casi mil Piroclastas de Aethonion acorralados y masacrados sin apenas presentar batalla. Tras el devastador bombardeo inicial, el orden se vino abajo. Xathen luchó codo con codo con los restos de otras compañías hermanas y con los desperdigados supervivientes de la Raven Guard, cuyas líneas habían cedido y se habían esparcido entre la fracturada avanzadilla de los Salamanders.

Alcanzó las estribaciones del Urgall para encontrarse con el implacable muro de mártires de la Death Guard, rigurosamente entrenado y dirigido por líderes de sección fuertemente blindados.

Había visto luchar a la XIV Legión. Eran fuertes. Los batallones imperiales blindados fiaron más productivos. Entre el terreno, el alambre de cuchillas y el denso blindaje de la Death Guard, los Piroclastas de Aethonion fueron aplastados.

Los Salamanders estaban especializados en tácticas asimétricas, pero ahí, sobre la arena negra teñida de sango, fueron superados en armamento y en número. No existía estrategia o ardid que pudieran contrarrestar tan funesto pronóstico.

Sobrevivir o morir. Matar o morir. Morir.

Morir.

Morir.

Xathen rebasó un montón de cadáveres. Gritó. Estaba furioso por la traición de aquellos que consideraba su familia y angustiado por la cruel matanza de sus hermanos. Era una afrenta al honor, a la fraternidad, a todo cuanto las Legones Astartes habían defendido.

Ya había agotado su lanzallamas, así pues recurrió a una afilada espada de combate con filo de siena. Y acuchilló. La sangre de Barbarus empapó su armadura Mark III, inundando la rejilla de respiración y apelmazando Lt junta entre la axila y la greba.

Un destello, una espada oscura reflejaba la menguante luz del sol. Una punzada de dolor atenazó a Xathen desde la oreja izquierda pasando por la nariz hasta la sien derecha, esquivando por muy poco el ojo.

Había perdido el casco, partido por la mitad, la máscara hecha pedazos por un kukra salvaje que un oficial portaba en su mano cubierta de sangre. Salpicó a Xathen en la mejilla, aún caliente, mientras el Death Guará se alzaba en batalla.

Un proyectil bólter le acertó en el cuello arrancándole el gorjal y rasgándole buena parte de la garganta. El guerrero se moría ahogado en su propia sangre. Xathen acabó con él con una estocada en el corazón, empuñando la espada de combate con ambas manos.

Había matanzas por doquier, mezclándose en un mosaico de dolor y horrible sufrimiento.

La guerra que hacían las Legiones era diferente a lo que hasta entonces habían conocido los hombres. Derribaba ciudades, incendiaba los cielos, convertía los océanos en nubes de vapor y reducía civilizaciones a polvo. Llevaba mundos a la ruina. La guerra que hacían las Legiones contra otras Legiones era infinitamente peor.

Los tanques ardían en escuadrones, apilados como esqueletos de animales. Los Contemptor se arrastraban con las piernas amputadas y babeando humo. Un Raven Guard trató de alzarse en el aire, pero fue retenido, aun con los reactores encendidos, y apuñalado por otros seis legionarios. Un capitán que se aferraba a la bandera de su compañía fue decapitado por un rayo láser. Su cuerpo sin cabeza se quedó de pie unos segundos hasta que un Proteus lo tiró a tierra bajo su piel blindada.

Nubes de gas ácido y otras armas químicas letales avanzaron voraces atravesando las líneas de apiñados legionarios, corroyendo las armaduras y derritiendo la carne.

Por encima de sus cabezas, las cañoneras Stormbird que se afanaban por alcanzar la capa superior de la atmósfera fueron abatidas por bandadas de Fire Raptor. Piezas de chatarra descendieron en una lluvia letal. Una de las cañoneras pesadas descendió con ella, aplastando a una tropa de Sicaran Venator que iniciaba un contrataque. Su resistencia acabó antes de empezar.

Desmembrados, partidos en dos, destrozados, empalados, desollados, eviscerados, incinerados, los leales hijos del Trono y del Emperador fueron masacrados por miles. Isstvan V se había convertido en una hecatombe inconcebible, donde incluso los seres divinos pasaban por el hacha del verdugo, según iban pronto a comprobar los Iron Hands.

Los orgullosos guerreros se habían convertido en temeros de camino al matadero.

El rugido de los alaridos de muerte se mezclaba con el de las descargas de fuego.

Xathen se hincó de rodillas, sobrecogido, llegada casi a su fin su entereza transhumana.

Cuando alzó la vista, una falange de legionarios Destroyers estaba cayendo sobre él. Dracos y Cuervos yacían rotos y formaban charcos de sangre. Algunos estaban siendo mutilados. Calaveras y torsos descamados se alzaban a modo de funesto trofeo. La mirada radiactiva de los Destroyers se posó sobre Xathen y lo que restaba de su menguada compañía.

Tambaleante y sangrando, se afianzó sobre los pies y ansió la muerte. Morir de pie, con la espada en la mano y maldiciendo la infamia de los que antes había considerado sus aliados.

Pero no había de ser.

Un leve chirrido se abrió paso por encima del furor de la batalla, tan leve que Xathen estuvo a punto de no oírlo. La explosión fue contundente y barrió a los Salamanders.

El calor sofocó a Xathen, lo sentía a través de los cuerpos hirvientes de los que habían caído sobre él. Se oían gritos distantes a través de la neblina de la batalla, que se iba disipando y sustituyendo por una brisa contaminada con el calor y el acre hedor del metal.

Lo sacaron a rastras del campo de batalla, mutilado, medio muerto, y lo metieron en una Stormbird. Xathen no había prestado mucha atención a lo que ocurría a su alrededor. Recordaba a Gargo aferrándose al muñón de su hombro y al apotecario de la Raven Guard atendiendo a un Salamander caído antes de que un francotirador le disparara en la espalda. Su figura acorazada rodó sin vida por la rampa de acceso y desapareció en el caos inferior cuando la nave inició el ascenso.

Xathen se había desvanecido después de eso. Era el último recuerdo que tenía de Isstvan V.

A bordo de la *Caribdis*, mientras descendía a las cubiertas de carga, la traición de aquel día inflamaba al Piroclasta.

Xathen no había luchado en el mismo batallón que los que ahora le hacían compañía, pero sabía que esos cuatro estaban igual de furiosos que él. Querían venganza, pero desde la masacre no habían dejado de huir. Vencidos. Destrozados. Patéticos. Todo terminaba ahora. Con o sin Vulkan, Xathen estaba decidido a tomarse cierta dosis de venganza contra la Death Guard, contra todos los malditos traidores

que se levantaron en la XVIII.

Apenas llevaban media hora en las cubiertas inferiores cuando la voz de Zadar sacó a Xathen de sus oscuros recuerdos.

—Ahí delante —gruñó el legionario a través de la máscara que ocultaba la rejilla de la boca.

Kur’ak se adelantó a la patrulla para reconocer el terreno. Se movía despacio pero sin pausa, con el lanzallamas preparado, el detonador emitiendo una débil llama.

—¿Qué has visto? —preguntó Xathen sin más. No aparecía nada en su visor retinal, así que repasó el espectro visual para asegurarse de no perderse lo que Zadar había podido vislumbrar.

—Algo… —contestó el otro Piroclasta—. Una sombra, una figura.

—¿Ambas cosas?

Zadar sacudió la cabeza.

—Estaba ahí.

Xathen resopló irritado.

—Kur’ak.

Kur’ak iba unos cincuenta pasos por delante de la patrulla.

—¡Se acerca por el lateral! ¡Al este! —De repente inició una laboriosa carrera con los depósitos de combustible golpeando contra la manguera de promethium reforzada que alimentaba su lanzallamas.

Los otros cuatro reaccionaron como uno solo, con Xathen colocándose a la cabeza de ellos.

Entre Kur’ak a su espalda y el resto de los Piroclastas por delante, lo que fuera que Zadar había visto estaba atrapado.

—No tengo línea de visión —susurró Mu’garna, mientas recorría con los ojos el corredor en penumbra.

—Nada —coincidió Baduk, sacudiendo la cabeza.

Xathen frunció el ceño contrariado.

—¿Has visto algo o no, Zadar?

—Una figura, como ya he dicho.

La bodega de carga era una confusión de túneles y estrechos conductos, cámaras y alacenas. Algunas zonas de las cubiertas inferiores eran enormes galerías similares a hangares donde los chasis casi por completo ensamblados de las cañoneras se almacenaban para servir para piezas de repuesto; otras zonas eran poco más que cámaras.

En aquel laberinto era bastante usual que los mortales que eludían sus obligaciones o los polizones buscasen refugio, creyéndose olvidados por sus capataces. Un refugiado, un sirviente perdido…, fácilmente podía ser uno de ellos lo que Zadar había visto.

Pero Xathen sabía otra cosa. Su instinto nunca se equivocaba. Incluso antes de Isstvan V, había sabido que algo estaba fuera de lugar. Solo su vínculo fraternal con

aquellos que él creía sus compañeros de legión le había impedido ver la verdad. Pero ya no.

Xathen lo atrapó con su visión periférica. Un caparazón blanco sucio contra el verde moteado de las hombreras. Cascos de guerra con frontal inclinado y máscara de rejilla de listones. Un hedor nauseabundo. Solo había una conclusión posible.

—¡La Death Guard está aquí! —rugió Xathen—. ¡Acabad con ellos!

Quería venganza. Quería recuperar el honor.

Y, sobre todo, quería que los hijos de Mortarion sufrieran.

Desatando un infierno, Xathen inundó el túnel con fuego.

—¡Los traidores arderán! —le juró a voz en grito a la figura que se retorcía de dolor envuelta en la conflagración que acababa de generar.

Le costó unos segundos darse cuenta de que alguien más estaba gritando.

«Otra vez Zadar».

Mu’garna y Baduk lo sujetaban por los hombros, tirando de su lanzallamas.

Xathen bramó, enfurecido y confundido.

—¡Soltadme!

El humo bloqueó su visión, incluso a través de las lentes del casco, aunque un icono de advertencia estaba parpadeando.

Con cierto retraso, Xathen se dio cuenta de que la identificación táctica de Kur’ak se había vuelto de color ámbar.

Estaba herido. La biométrica transmitida por el alimentador retinal sugería que su estado era crítico.

Demasiado tarde, Xathen comprendió lo que había hecho.

La coraza blanca sucia resultó ser el verde ennegrecido por el fuego. Un hermano estaba hincado de rodillas, con la armadura en llamas y el reinhalador derretido, impidiéndole incluso aullar su agonía.

El fuego menguó, y los compañeros le arrebataron el arma a Xathen. Recordó caer sobre una caja de suministros médicos. Conforme se iba deslizando hacia el suelo, el depósito de combustible emitió un estruendoso chirrido, a medida que arañaba el metal.

Zadar alcanzó el primero a Kur’ak. El Piroclasta herido seguía ardiendo cuando se dejó caer a su lado.

Dándole vueltas a lo que acababa de hacer, Xathen levantó la mirada a los cielos y se encontró con alguien mirándolo a él.

Frunció el ceño confuso.

—¿Qué haces tú aquí? —masculló.

Mu’garna y Baduk aminoraron la marcha cuando vieron que Zadar se daba la vuelta. Estaba gritando otra vez y los urgía a que dieran marcha atrás con furiosos movimientos de brazo.

En un segundo, la reserva de promethium de Kur’ak se consumió y el depósito que lo contenía estalló.

Kur’ak y Zadar saltaron por los aires. La onda expansiva estrelló a Mu’garna y Baduk contra un mamparo. Los crujidos de las armaduras fueron audibles incluso por encima de la explosión.

El recuerdo de Isstvan V asomó su feo rostro de nuevo y por segunda vez en su vida Xathen prendió en llamas.

TREINTA Y OCHO

Malos espíritus

Barcaza de batalla **Caribdis**, *cubiertas inferiores deshabitadas*

Adyssian había seguido a la niña refugiada hasta las cubiertas inferiores.

Casi la había atrapado en el comedor, persiguiéndola entre un laberinto de bancos y sillas con el aroma de las correosas raciones recicladas flotando en el aire, pero se le había escapado. Con su risa se burlaba de él, pues resonaba por el amplio caos del barco, que estaba intimidatoriamente desolado con la *Caribdis* en estado de emergencia.

Por mucho que lo intentara no podía atraparla. Ella siempre iba un poco por delante, su forma delicada desaparecía detrás de un mamparo y su mugriento vestido blanco se agitaba detrás de ella como si de alas de ángel se tratara. Pero siempre dejaba el rastro necesario para que él la siguiera.

—¡Niña! —Adyssian la había llamado más de una vez—. Ven aquí, niña. Este sitio no es seguro.

—Este sitio no es seguro —repetía la niña riéndose—. ¡Sígueme, sígueme! —gritaba alegremente.

A Adyssian le parecía raro que esta fuera la misma niña aterrorizada que había visto en la cubierta de embarque, la que tanto se parecía a la hija que había perdido. A esta no pensaba perderla.

Volvió a considerar solicitar ayuda, pero mantuvo su comunicador acoplado al cinturón.

Al final la siguió hasta una de las cubiertas inferiores escasamente habitadas. Se estaban realizando algunas tareas de mantenimiento, pero las únicas personas que Adyssian vio durante su persecución fueron unos sirvientes con la mente borrada.

Y hacía ya un rato que no los veía.

Estaba de pie en el extremo de un conducto sellado, perfectamente quieta, como si esperara que la encontrara, como si supiera que el juego había terminado.

—Ya basta —le dijo Adyssian desde el otro extremo del pasillo, entornando los ojos para distinguirla en la tenue luz.

La niña no contestó en seguida.

Adyssian no podía verle la cara. El pelo se la oscurecía y ella estaba de perfil, con la cabeza ligeramente ladeada.

Echó a andar en su dirección, pero solo alcanzó a dar un paso. Lo que dijo le congeló las extremidades igual que una toxina paralizante:

—Papi…

Era la voz de Maelyssa.

Adyssian apenas podía respirar. Se le aceleró el corazón y un sudor febril le empapó las palmas de las manos.

—No es posible.

Entonces ella se volvió y Adyssian le vio el rostro.

Arikk Gullero había ocupado el trono en ausencia del capitán. Le sentaba bien, igual que estar al mando. Su lugar estaba en la tarima, con la increíble potencia de una nave espacial literalmente en sus dedos. Antes de la guerra le habían asignado el mando de un navío. Era más modesto que la *Caribdis*, pero una embarcación robusta. Había servido con orgullo a Kolo Adyssian, pero Gullero tenía ambición y una afinidad natural con la guerra.

Pero sin Isstvan su vida habría sido diferente.

Sentado tranquilamente en el trono, consideraba que muchas más cosas serían diferentes si no hubiera ocurrido la masacre. Sus pensamientos lo estaban absorbiendo, y se obligó a concentrarse.

El puente estaba en silencio, había pocas distracciones para la nerviosa tripulación. Gullero ya había requerido informes de estado a Esenzi y a los demás oficiales. Sin novedad. Nada que hacer aparte de observar y esperar.

Incluso las conversaciones habían decaído hasta no ser más que un murmullo sordo. La ansiedad se esparcía como una enfermedad contagiosa y empeoraba con cada vibración en el metal, con cada flexión de un soporte.

En la disformidad, la curtida tripulación del puente tenía un nivel de actividad mucho menor. Gullero se sentía impotente. Entregarse a Circe y a su capacidad para atravesar las mareas lo tranquilizaba y lo ponía nervioso. Para Gullero, volver al helado corazón del vacío no sucedía todo lo pronto que él quería. Solo esperaba que la *Caribdis* pudiera soportar los golpes que estaba recibiendo de manos de la tormenta.

Observó la ventana de visualización apagada. Sus franjas superpuestas de grises hacían poco por distraerlo. Dejó vagar la mirada pasándola por los operarios en sus puestos. Varios de ellos parecían tranquilos, pero aferraban con tal fuerza los bordes de sus consolas que se les blanqueaban los nudillos. Solo los servidores estaban inmóviles, pues hacía tiempo que sus emociones habían sido remplazadas por la

doctrina automatizada.

La *Caribdis* tenía a varios servidores entre la tripulación del puente para el procesado rápido de datos y otras funciones mundanas automáticas. Aunque eran fríos y apenas humanoides —mucho menos, humanos—, Gullero sabía que eran útiles, pero su presencia seguía resultándole desagradable. Esa sensación se formó de nuevo en él mientras observaba al operador de augures del barco.

En esencia era un interpretador de datos, y ahora el drone había vuelto a su estado vegetativo con los brazos colgando inertes y la cabeza inclinada hasta tocar el pecho con la barbilla. Incluso el cableado que salía de su cuerpo mecánico y lo conectaba con la matriz de augures a la que estaba encadenado parecía débil y nervioso.

Gullero estaba a punto de moverse cuando se percató de algo que había debajo de la matriz, escondido entre el montón de cables y enchufes.

Un diminuto par de manos pálidas. Un vestido blanco diáfano que enmarcaba una pequeña figura infantil.

La luz desvaída le dificultaba verla con claridad, y además ella parecía mezclarse con las sombras de debajo del puesto de augures.

Gullero se inclinó en el trono para asegurarse de que sus ojos no lo estaban engañando. Llegó hasta el borde de la tarima antes de volverla a ver.

Era joven, prácticamente una niña.

—Teniente Esenzi —dijo—, ¿has visto eso?

Lyssa Esenzi miró en la dirección que señalaba la mano extendida de Gullero. Al principio frunció el ceño, pues otros miembros de la tripulación se habían vuelto para mirar también, intrigados por la súbita conmoción.

—¿Es una niña? —preguntó con la confusión grabada en su habitualmente sereno rostro.

Gullero se aventuró a avanzar un poco más, acuclillándose mientras abandonaba la tarima y descendía los escalones para ponerse a la altura de la pequeña. Ella estaba arrodillada y vuelta hacia un lado de modo que Gullero no podía verle la cara, ensombrecida tras unos largos mechones de cabello negro.

—No pasa nada —dijo, aunque sentía un estremecimiento de inquietud en las entrañas, como si hubiera comido algo malo en la cantina—. Ya puedes salir.

Gullero escuchó una leve risita infantil, pero la niña no se movió.

—No puedes quedarte ahí abajo —le dijo, mientras se acercaba al puesto de augures—. No deberías estar aquí.

—No deberías estar aquí —repitió ella con una voz tan grave y fuera de lugar en una niña que Esenzi se mareó al instante.

Gullero apenas tuvo tiempo de procesar que uno de sus oficiales había sido violentamente herido cuando la niña salió a rastras de su escondite. Cuando se enfrentó a él, el pelo se le separó, enseñándole al teniente y a toda la tripulación del puente lo que había debajo.

Con gran mérito, Arikk Gullero tuvo la entereza de buscar su arma de mano.

Incluso era vagamente consciente de los soldados que se habían quedado en el puente para investigar.

Pero ya era demasiado tarde.

Cuando dejó de mirar el fuego, Var'kir se recostó contra el brasero. Agarró el borde del recipiente candente con las manos enguantadas pero no se quemó. Solo llevaba el rostro expuesto, el resto del cuerpo estaba blindado con ceramita ignífuga.

Había esperado, con desespero, ver algo, encontrar algún vestigio en las llamas, algún indicio enviado por Vulkan. En su lugar vio la inmolación, una conflagración que prendería en llamas un mundo.

Su significado se había perdido, igual que el capellán.

Lentamente, se reclinó aún más y notó un pinchazo de calor del brasero candente. Algo se movió detrás de él, se oyó metal arañando piedra, una bota saltando sobre los pendones artificiales del solitorium.

Var'kir abrió los ojos y miró el fuego. Retrocedió con la cabeza casi ardiendo, la piel en llamas, y a través de una visión borrosa y difuminada por el calor vio a un enemigo echándosele encima.

«¡Es un Word Bearer! Vestido con el hierro gris de su creación».

Var'kir rugió alzando el crozius con cabeza de dragón para defenderse.

El Word Bearer llegó hasta él con la espada desenvainada, pero, en lugar de atacar, el colchisiano bloqueó la embestida de Var'kir.

La espada spatha chocó contra el mango de escamas de draco de la maza. Saltaron chispas del canto de la espada, casi mellada por la dureza del cuero.

—Solo los cobardes y los asesinos atacan desde las sombras —siseó Var'kir, con los ojos centelleantes—. ¡Yo nací del fuego, necio! No puedes matarme sin más.

—No es lo que pretendía… —farfulló el Word Bearer, asiendo con la mano la muñeca del capellán mientras Var'kir lo agarraba a su vez por la garganta. El atribulado guerrero asintió detrás del capellán soltando la espada—. ¡Mira!

El tono de voz del Word Bearer hizo que Var'kir se volviera solo un poco, lo suficiente para ver a la pequeña niña retroceder hacia las sombras en el extremo de la habitación.

—¿Qué es…? —Var'kir liberó la presa cuando comprendió que no era un enemigo, sino Kaspian Hecht, quien rápidamente recogió la espada y corrió hacia la pequeña.

—Es solo una cría —gritó Var'kir, pero Hecht lo ignoró. Las sombras engulleron a la extraña niña, y antes de que Hecht pudiera reaccionar ya había desaparecido.

—No es una niña —dijo Hecht, en un susurro ahogado.

Envainó la espada y señaló el brasero que se hallaba detrás de Var'kir. Lo habían pulido hasta parecer un espejo y reflejaba la parte trasera de la armadura del capellán. Visibles por el calor se apreciaban dos diminutas huellas de manos en las protecciones de los hombros, demasiado altas y demasiado anchas para pertenecer a

una niña, pero ahí estaban.

—Ni por asomo —dijo Hecht.

—Creía que tú ibas…

—Ya sé lo que creías. Ella te habría quemado vivo en ese fuego.

—No me di cuenta… ¿Cómo ha podido? Es solo una…

—No es una niña —insistió Hecht.

Var'kir trató de llamar a sus hermanos pero no recibió respuesta por el comunicador.

—¿No hay comunicación? —preguntó Hecht.

Var'kir asintió.

—¿Qué sabes de esa criatura?

—Criaturas. Vendrán más. Usa la maza. Los bólters apenas les provocan arañazos. Ahora estamos en su reino. Se volverán más fuertes y difíciles de matar.

—¿Matar?

—Es una forma de hablar. Esto no son Sin Conciencias, capellán. Son *diabolus*, demonios No Nacidos.

Var'kir se puso el casco. Al cerrar la visera sobre el rostro, se le iluminaron las quemaduras. La roja carne viva estaba enmarcada por ampollas feas y dolorosas. Los Salamanders nacían del fuego pero no eran inmunes a sus efectos.

—¿Ni una disculpa, pues? —dijo Hecht, un poco en serio.

—No —repuso Var'kir sin más.

Pero el fuego frío de su lente de visión se cruzó con el de Hecht. Hubo un instante de mutua comprensión. Se reconoció una deuda y se estableció un inmediato vínculo de confianza, el que se formaba cuando un guerrero le salvaba la vida a otro guerrero.

—Busquemos a Zytos y a Numeon —dijo Var'kir, y las dudas que lo corroían durante su aislamiento fueron reemplazadas por una súbita necesidad de actuar—. De inmediato.

TREINTA Y NUEVE

Luz fría

Barcaza de batalla **Caribdis**, *cubiertas de proa*

Un icono parpadeaba con insistencia en la visión retinal de Zytos, una silenciosa petición de ayuda.

Venía del puente.

Todos los intentos de contactar con Adyssian o con cualquier otro oficial en esa ubicación hasta entonces solo habían sido recompensados con estática.

—Sigue sin conexión —dijo Zytos. La comunicación de toda la nave estaba igual, como si la Tormenta de Ruina hubiera invadido el interior de la *Caribdis* con su cegadora y ensordecedora influencia.

—Algo va mal —dijo Dakar, hablando a través de una rejilla de boca llena de colmillos—. Adyssian habría respondido, ya debería haber contactado alguien con nosotros.

Los cinco Salamanders se habían detenido en el umbral entre cubiertas. Por debajo se encontraban los barracones principales y los depósitos de armas. Por encima, la cubierta de mando, donde estaban ubicados el puente, el apotecarion y otras instalaciones vitales.

Numeon asintió.

—Estoy de acuerdo.

—Dirijámonos al puente —dijo Zytos—, a toda prisa.

Vorko se golpeó la pierna con la mano enguantada. Le faltaba la greba (Gargo todavía no había terminado de reforjarla), y la herida de la volkita se veía perfectamente.

—Yo solo os retrasaría —admitió el legionario con el lanzallamas.

Numeon apoyó la mano sobre el protector de hombro de Vorko.

—Espera aquí, hermano. Y si uno de nosotros no regresa pronto, reúne a cuantos puedas y preparaos para defender la nave.

Vorko asintió solemnemente, y Zytos no pudo evitar sentir cierta satisfacción al ver a Numeon ir al encuentro de su destino.

Los demás lo siguieron con rapidez, pues el paso que marcó Numeon fue ligero.

—Crees que están muertos. —Zytos no se lo estaba preguntando.

—Creo que lo estarán si no nos damos prisa.

Los fuertes golpes metálicos de las botas resonaron por la cubierta. Nadie se interpuso en su camino. Los pasillos estaban desiertos, la mayor parte de la nave estaba bajo el toque de queda hasta que acabase la tormenta.

—Esa señal identificativa —comentó Dakar mientras seguía a toda prisa a los dos oficiales Salamanders.

Zytos ya sabía lo que estaba pensando el legionario.

—Alerta máxima, sí, yo también lo he visto.

La expresión de Numeon se ensombreció detrás de su imponente máscara de draco. El tono de su voz no dejaba lugar a dudas.

—Quienes la enviaran deben de seguir vivos. Que lo sigan estando depende de quién o qué haya tomado el puente.

Pronto lo averiguarían.

—¿Un ataque? —preguntó Abidemi—. Somos la única nave que está atravesando esta tormenta.

La cubierta se sacudió, como para recordárselo, y empujó a los Salamanders contra el mamparo, aunque se mantuvieron en pie.

—No creo que sea una nave —dijo Zytos, desenganchando el martillo conforme franqueaban el siguiente cruce y alcanzaban a ver las puertas del puente—. Pero no solo las naves navegan los mares de la disformidad.

Cuando llegaron a la parte exterior de la puerta del puente, no pudieron apreciar nada extraño. No había evidencia de un asalto ni de descargas de armas de ninguna clase. Tampoco había cadáveres.

—¿Insurgentes que no hemos detenido? —sugirió Dakar, mientras cogía su pistola bólter del lateral del generador.

Numeon sacudió la cabeza.

—De la Death Guard, no. Esto parece diferente. —Sujetó el sigilo con una mano mientras con la otra empuñaba a *Draukoros*. La espada dentada refulgió ávida en la tenue luz.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Zytos.

Numeon aplicó la oreja contra el robusto metal, escuchando a través de los autosentidos del casco.

—No oigo nada. No detecto ningún altercado.

—¿Llegamos demasiado tarde? —preguntó Zytos.

—No —respondió Numeon con tono áspero alejándose de la puerta—. Hay algo ahí dentro. Puedo oírlo. Algo que puede infiltrarse en nuestra nave sin ser vista y silenciarla sin que nadie se le oponga. —Sus lentes se encontraron con las de Zytos;

el sargento había tomado posición en el lado opuesto del marco de la puerta.

—Fuego de cobertura, después empuñaremos las espadas —les dijo a los demás, recordando lo que Aeonid Thiel Les había contado sobre los demonios.

Dakar y Abidemi asintieron al unísono.

Numeon acopló el sigilo a su cinturón durante un momento para comprobar las puertas. Eran inmensas, suficientemente grandes como para que varios legionarios las cruzaran uno al lado del otro o para que un dreadnought las franqueara sin tener que encorvarse. Con un espesor de varios metros, serían necesarios cortadores láser y cargas explosivas para forzarlas. Durante el tránsito por la disformidad, especialmente en la tormenta, las puertas habían sido aseguradas.

Numeon descubrió que estaban liberadas. Les hizo un gesto a Dakar y Abidemi, quienes se posicionaron delante de la puerta. El primero llevaba el bólter enganchado en el recodo del hombro; el segundo lo sostenía bajo y contra la cadera blindada.

—Asegurad el objetivo, disparos sueltos —dijo Numeon—. Recordad que puede haber mortales aliados ahí dentro. Pero, de igual forma, esos mortales podrían no ser lo que aparentan.

No todos en la disgregada legión habían visto y luchado contra lo antinatural. Al menos no habían sido conscientes de ello. Sin Conciencia, No Nacidos…, tenían distintos nombres y todos sabían que eran antiguos, poderosos y peligrosos.

—Asegurad esta puerta —dijo Numeon a los dos soldados—. Nada entra ni sale sin nuestro permiso. En cuanto Zytos y yo hayamos despejado el puente, seguidnos en retaguardia. ¿Comprendido?

Ambos asintieron y Numeon se dirigió a su sargento.

—Tú y yo vamos a entrar.

Con los puños aferrados a la empuñadura de su martillo de trueno, Zytos le confirmó que estaba preparado.

Entonces la puerta doble se abrió, franqueándoles el paso hacia una escena de sangrienta masacre. El puente se había convertido en un matadero, apenas reconocible detrás de un velo de sangre. Los cadáveres estaban esparcidos, algunos boca abajo, masacrados cuando intentaban huir, otros empalados con puntales de acero arrancados de las paredes. El caliente hedor metálico a sangre arterial recién derramada flotaba por el aire, removido por los recicladores ambientales que finalmente se ralentizaron y se atascaron.

Un carmesí oscuro, acentuado por los resplandores intermitentes de las luces zenitales, teñía todas las superficies. Expresiones de horror congeladas y miembros rotos y retorcidos quedaron al descubierto con esa luz.

Los cadáveres suspendidos desde el techo por sus propios intestinos se balanceaban lentamente cual marionetas durmientes. Eran como muñecos, meros juguetes para el monstruo que los había torturado y asesinado.

Aguardaba en las sombras, aunque al principio ningún Salamander la vio.

Zytos cometió el primer error.

—Un superviviente —gritó sombríamente a Numeon, quien se había desplazado hasta el otro extremo del puente. Ambos Salamanders avanzaron lentamente. Con los recicladores ambientales apagados, reinaba un silencio sepulcral. El alimentador de energía del martillo de trueno de Zytos emitió un furioso zumbido al acercarse a la niña. Ella se escondía debajo de una consola, apenas visible entre las piernas de un servidor que había sido partido en dos desde la cintura hacia arriba. De momento era imposible identificar el torso entre el resto de partes del cuerpo.

—Despeja primero la sala —le dijo Numeon.

—Es una niña, hermano.

Zytos estaba casi a la altura de ella cuando vio la sangre. La figura que formaba lo hizo detenerse. El vestido blanco estaba impoluto. Había pequeñas huellas de pies por toda la cubierta. En algunos lugares no parecían en absoluto las huellas de una niña pequeña. Zytos no podía verle el rostro. Demasiado cabello —demasiado negro, demasiado lacio y demasiado largo— se lo cubría. Pero sus manos estaban sanguinolentas, como si hubiera escarbado y desgarrado las rojas entrañas de esas pobres almas.

Se detuvo, y la mano con la que pretendía agarrarla y atraerla hacia la luz se fue convirtiendo en un puño.

—¡Numeon!

Ella retrocedió encogida, riéndose con dos voces mezcladas y ligeramente asincronizadas.

El golpe de Zytos desgarró los restos del servidor y destrozó la consola, que lanzó una lluvia de chispas y trozos de metal. Apartó de sí de una patada lo que quedaba, pero la niña ya no estaba allí.

Se escondía en la parte trasera de la sala, en las sombras de la ventana de visualización en blanco.

—No deberías estar aquí —dijo la niña, con una voz inquietantemente parecida a la de Arikk Gullero, aunque el primer oficial de la *Caribdis* estaba entre los primeros cadáveres que habían encontrado.

—¡Abandona este navío, enemigo! —Numeon se movía en círculo para flanquear a la pequeña mientras Zytos se dirigía directamente hacia ella.

La criatura volvió la cabeza, todavía oscurecida por todo aquel pelo, aunque ahora se apreciaba en ella algo retorcido y sinuoso.

—Vulkan está muerto —escupió entre risitas, hablando al fin con su propia voz, profunda y resonante—. Nadie te cree. Vulkan está muerto. No puedes regresar. Nadie puede regresar.

Los Salamanders fueron a por ella al mismo tiempo, pero cuando retrocedió ante las armas levantadas, desapareció entre las sombras.

Zytos miró a su alrededor, buscándola.

Numeon envainó la espada.

—Se ha ido. No malgastes tus fuerzas, hermano.

—¿Qué era esa cosa? ¿Como Xenut Sul?

—Hecht dijo que nos enfrentaríamos a algo peor en esta tormenta. —Numeon observó el montón de cadáveres que tenían delante—. Este horror es peor. —Enmudeció y deslizó la mano por la empuñadura de Draukoros.

Había un superviviente, una pequeña figura encajada en una hornacina. Salpicada de sangre y reducida a la posición fetal en que se encontraba, le costó reconocer a Lyssa Esenzi, mirándolo desde el otro extremo del puente con ojos horrorizados.

Numeon soltó la empuñadura de su espada y se acercó a ella.

—Por el trono de Terra… —susurró Zytos al ver a la desaliñada oficial.

Numeon se había acuclillado y se había quitado el casco para mostrarse menos intimidante. Dejó el sigilo de Vulkan delante de él para tenerlo a la vista en todo momento. Aún seguía caliente al tacto y desprendía una débil aura de calor. Había empezado a comportarse así justo antes de entrar en el puente.

—¿Estás herida, teniente? —preguntó Numeon con delicadeza, pero utilizando su rango para recordarle quién era y sus obligaciones para con la nave.

Esenzi sacudió lentamente la cabeza.

—Creo… —empezó, esforzándose por formar palabras—. Creo que no.

Estaba cubierta con tal cantidad de sangre que era difícil saber si era suya o no.

Se aferraba a algo, un pequeño amuleto que llevaba oculto en su uniforme. Con mucho cuidado, pues las manos de ella eran diminutas en comparación con las suyas, Numeon abrió los dedos de Esenzi para ver lo que era.

Era una sencilla aquila de oro, suspendida de una fina cadena del cuello de Esenzi. En la parte trasera, ella había grabado el símbolo de un martillo. El símbolo de Vulkan.

—He rezado —jadeó, aliviada por la confesión, pero también temerosa de lo que los legionarios seglares podrían hacer. La religión era un pecado herético, pero la iluminación del Emperador había desafiado dicha creencia.

Numeon le dedicó una triste sonrisa mientras volvía a cerrar los dedos de Esenzi sobre el amuleto.

—Tenlo siempre cerca —le dijo—. No se lo enseñes a nadie.

Zytos lo había visto todo sin decir palabra. Igual que Numeon, había visto cosas que estaban más allá del entendimiento de los mortales, cosas que desafiaban los baluartes de la razón y dejaban pocas explicaciones más allá de las esotéricas.

Numeon se puso en pie y les hizo señas a los demás para que entraran.

—Tenemos que ponerla a salvo y encontrar a Adyssian —le dijo a Zytos.

—No podemos quedarnos aquí.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿adonde?

El comunicador crepitó por encima del alimentador, era el primer contacto desde hacía rato.

Era Zonn.

—*Algo ha estado interfiriendo en las comunicaciones, hermano capitán* —dijo el techmarine—. *Creo que acabamos de encontrárnoslo en una de las cubiertas fantasma*.

—¿Una niña con un vestido blanco?

—*Exacto.*

—¿Hay víctimas?

—*Nosotros disparamos primero y preguntamos después.*

Numeon alzó una ceja ante la aparente insensibilidad del techmarine.

—¿Abristeis fuego contra una niña?

—*No respiraba y había sobrevivido a temperaturas adversas para la condición humana. También percibí una diminuta fisura en el escudo contra la disformidad antes de que Gargo y yo hiciéramos contacto. Eso nos sugería que algo no humano había conseguido abordamos. El campo Geller sufre con la tormenta. Se están formando grietas.*

—¿Es así cómo superó nuestras defensas?

—*Creo que ya estaba dentro, hermano capitán. Alguien lo trajo consigo, aunque tendrás que preguntarles a Ushamann o al legionario gris cómo es eso posible. Está más allá de mis aptitudes darte una explicación.*

—Entendido. Asegurad la cubierta y volved aquí arriba. Estoy sellando la nave por completo para que podamos cazar y matar a esa cosa.

Zonn contestó afirmativamente y cortó la conexión.

Zytos observó a Esenzi antes de asentir hacia los demás y después miró a Numeon.

—Si Zonn la vio abajo, en las cubiertas fantasma, y nosotros acabamos de verla en el puente…

—Es que hay más de una. Una plaga ha subido a bordo de este navío. De qué plaga hablamos, solo puedo hacerme una vaga idea.

—¿Deberíamos salir de la disformidad?

Era una sugerencia válida pero no aceptable.

—Es demasiado arriesgado, tanto para la navegante como para el bibliotecario. Y también dudo sobre si lo soportaría la *Caribdis*.

—Entonces debemos luchar.

Numeon sonrió con ferocidad.

—Llevamos luchando toda la vida, Zytos. —Miró a Dakar y a Abidemi—. Vosotros contactad con Vorko y llevad a la teniente Esenzi bajo cubierta, al librarium de Ushamann. Ahora mismo no se me ocurre otro lugar más seguro. Y sellad este maldito puente. De cualquier forma, en este momento no nos sirve para nada.

—Y ¿qué pasa con Circe? —preguntó Zytos—. Su novatum forma parte del puente. Ella también quedará atrapada.

—Y por ese motivo estará más segura. Circe no puede ser interrumpida. Casi morimos la última vez que perdió la concentración. Ella se queda.

No había dudas sobre si había sobrevivido o no. Su novatum estaba protegido contra intrusiones. Si hubiera muerto, todos los tripulantes lo habrían sabido de inmediato.

—¿Y nosotros?

—Tú y yo, Zytos, vamos a buscar a nuestro errante capitán. Una vez salgamos de la disformidad necesitaremos que él y la teniente estén aquí de nuevo.

—Dijo que se iba a su cuarto antes de… —Esenzi había encontrado fuerzas para ponerse en pie, pero todavía no podía asimilar por completo el terror al que había sobrevivido.

Numeon le apoyó gentilmente una mano enguantada sobre el hombro.

—Entonces empezaremos por ahí. Gracias, teniente. Ahora estás bajo nuestra protección. Mis legionarios no se apartarán de ti.

Ella asintió, intentando no mirar la carnicería que se había hecho de sus compañeros, intentando no temblar demasiado y mostrar valor ante sus nobles señores.

—Vulkan vive —le dijo Numeon en voz baja, y Esenzi tocó el amuleto que disimuladamente había vuelto a guardar bajo el uniforme.

—Que él te proteja igual que hizo conmigo, mi señor. —Se acercó para tocar una mancha de ceniza de una quemadura de la armadura del capitán de la Pyre. Entonces se dibujó un sigilo en la mejilla con el dedo. Era un antiguo ritual. De origen prometeano. Tal vez lo había aprendido de uno de los legionarios de a bordo. Xathen era un guerrero asceta, podría haber sido él. En cualquier caso, el sigilo significaba «protección».

Numeon la dejó marchar. Algo estaba cambiando dentro de la Pyre, y eso incluía a la tripulación del barco. La fe, pero en algo ancestral. Podía haberla reprendido, defendiendo la secularidad por encima de la superstición, pero había demonios a bordo del barco. Auténticos demonios que desafiaban lo natural y reforzaban la creencia en los antiguos y malévolos dioses. Numeon no pensó más en ello. Era el momento de buscar a Adyssian, si es que aún seguía vivo.

Adyssian huyó. Huyó sin saber hacia dónde se dirigía ni en qué parte de la nave había caído en una trampa. Un terror ciego se había apoderado de él, y la reacción instintiva era correr.

A menudo, en especial desde que había visto a la niña refugiada, había imaginado que se reunía con su hija. Aferrándose a los raídos pergaminos del *Lectio Divinitatus*, había rezado por ello y también había ensayado lo que le diría a su querida y perdida Maelyssa.

Esas palabras se le escapaban ahora, igual que él escapaba de la aparición que había adoptado la forma de su hija.

—Papi, papi, papi…

La resonante voz que lo perseguía le provocó un escalofrío tan profundo que casi

era incapaz de hablar. La resistencia y el deseo de venganza contra la cosa que había corrompido su recuerdo de Maelyssa le dieron el valor que necesitaba.

—¡Cállate! ¡Guarda silencio! Tú no eres mi hija… —sollozó, la tristeza de un tiempo pasado volvió a hacer mella en él—. Maelyssa está muerta.

—Estoy aquí, papá. No te vayas. ¡A ver si me coges!

La cosa que llevaba puesta una versión de la carne de Maelyssa rio, y cuando Adyssian doblaba la siguiente esquina, tratando de ignorarla, la vio esperándolo en el siguiente cruce.

—Ah, por el Trono… —Se tambaleó y su carrera se redujo a un vacilante paso.

La cubierta se sacudió y Adyssian fue lanzado con fuerza contra la pared. La niña no se movió, se quedó firmemente erguida haciéndole señas en silencio.

La mano de Adyssian se deslizó contra un panel en la pared. La puerta que abría daba paso a los barracones de los soldados. No se atrevió a pensar qué le haría esa cosa si lo atrapaba. Necesitaba ayuda. Mediante la autorización de capitán desbloqueó el cierre. La puerta se deslizó solo en parte, revelando una franja de una sala de un color rojo oscuro que apestaba a sudor y a hierro caliente. Se atascó, y cuando miró hacia arriba, Adyssian supo por qué.

Ushamann se encontraba por encima de él, con el rostro contraído por la concentración. Sus ojos brillaron con un color cerúleo cuando centró su atención en la niña.

—¡Quemad a la bruja! —dijo la niña entre risas, avanzando hacia ellos a gran velocidad.

—Tú y yo nos vamos, capitán —le dijo Ushamann. Levantó la mano y la niña se detuvo como atrapada en una gelatina psíquica. Con el sudor corriéndole por la frente, Ushamann cerró la puerta de los barracones y dejó a Adyssian con solo una pista del horror que contenía.

—¿Adonde? —preguntó, paralizado al ver que la niña retorcía los brazos para romper el confinamiento—. ¿Dónde hay un lugar seguro en esta nave?

Ushamann hizo una mueca por el gran esfuerzo.

—Sé de un lugar. Sígueme, ahora.

Juntos retrocedieron por el pasillo. Adyssian solo se volvió brevemente, pero al mirar atrás la niña ya había desaparecido.

—Ella…

—Regresará —concluyó Ushamann.

—¿Qué es lo que quiere?

—Tiene hambre, capitán. Quiere darse un festín.

CUARENTA

Ellos o nosotros

Barcaza de batalla **Caribdis***, cubiertas inferiores*

Un icono parpadeaba con insistencia en la visión retinal de Zytos, una silenciosa petición de ayuda.

Var'kir dirigía una columna de veinte hombres de la Pyre a través de las cubiertas inferiores. Todos los esfuerzos por reunir a la dotación de soldados de la nave habían fracasado. El comunicador llegaba hasta los barracones, pero las llamadas del capellán no habían recibido respuesta.

Estaban bajo ataque. Otra vez.

Cómo habían subido a bordo los atacantes y cómo parecían estar en todas partes le resultaba imposible de imaginar. No se había detectado ninguna señal de teletransporte, no había brecha en los métodos convencionales. Era otra cosa, pues, algo desconocido y sin duda vinculado a la disformidad.

Otro navío, mucho más pequeño que la *Caribdis*, pero demasiado grande para ignorarlo, había aparecido de repente en la tormenta. Puesto que ningún navegante cuerdo se habría atrevido a enfrentarse a esa tormenta, el capellán solo podía asumir que sus enemigos los habían encontrado de nuevo.

De la niña, ni él ni Hecht habían vuelto a ver señal. Pero seguía estando presente en el barco; Var'kir podía casi detectarla por la profunda inquietud que sentía en las entrañas. Punzadas de dolor le recorrían el rostro, aunque su fisiología transhumana se afanaba por mitigarlo.

Ella era un heraldo, una distracción para permitir que el verdadero enemigo subiera a bordo de la *Caribdis*. Su aparición hizo que la llegada del otro barco no pareciese una coincidencia. Y cuando vio su designación en su visión retinal, las piezas encajaron.

El *Monarchia*.

Los labios de Var'kir se tensaron por el sabor de una venganza aún no satisfecha.

Era menos sutil que el primer ataque y se limitaba a las cubiertas de proa y los almacenes inferiores. Ocurrió de prisa, pero no llegó de la mano de No Nacidos o Sin Conciencia.

Los Portadores de la Palabra abordaron la *Caribdis*, sus cuerpos fueron lanzados a través de la disformidad por voluntad de su capellán y de los entes oscuros a los que servía.

Var'kir lo reconoció, aunque el Predicador vestía la armadura barroca con grabados colchisianos, no la toga encarnada que Numeon le había descrito.

Los ojos del capellán se cruzaron con los del otro capellán salvando la larga extensión de la cubierta abandonada. Sus ideologías, ambas antiguas, ambas anatemas una de otra, colisionaron en esa mirada.

Var'kir gruñó.

Ambos dieron la orden de disparar simultáneamente y en el pasillo resonó el rugido de los bólters.

Varios legionarios de ambas partes fueron abatidos antes de que la mayoría encontrase cobertura en las alacenas y detrás de pequeños mamparos. Los muertos fueron abandonados en terreno abierto y los heridos fueron arrastrados a un lado. Cualquier trozo de metal que se interpusiera entre el cuerpo y el bólter era bienvenido. Algunos legionarios disparaban desde una firme posición de rodillas, otros estaban de pie y descargaban breves ráfagas, o disparaban a ciegas desde detrás de pilares y soportes. Los casquillos vacíos comenzaron a llenar el hueco entre ellos, y el resplandor de las viseras centelleaba como estrellas moribundas en la oscuridad.

—Están retrocediendo —dijo Ungan. Desde Hesiod, Ungan había sido el maestro del comunicador, antes de la masacre. Ahora era un legionario y una de las almas más valientes del lado de Var'kir. Con qué rapidez cambian los destinos durante la guerra.

Había otra de esas valientes almas, que Var'kir conocía menos, y en la que apenas confió hasta que le hubo salvado la vida en el solitorium.

Kaspian Hecht sacudió la cabeza, hablando entre los continuos disparos de bólter.

—No, no lo creo. Se dirigen hacia un objetivo y dejan rezagados para entorpecernos.

Un Word Bearer cayó hacia atrás cuando su visor explotó, arrancando buena parte de su cabeza. Otro giró violentamente y chocó contra la pared, rebotó y regresó a la lluvia de disparos con la garganta prácticamente destrozada.

Var'kir había estado consultando la visualización táctica superpuesta sobre la lente del ojo izquierdo. Este era uno de los varios combates que sucedían simultáneamente en la *Caribdis*.

«Necesitamos más hombres», pensó con amargura. Sesenta y pocos legionarios para defender un navío de ese tamaño contra un enemigo que podía aparecer en cualquier parte sin previo aviso… Había demasiadas vulnerabilidades que proteger a la vez.

—¿Cómo nos han abordado sin que nos diéramos cuenta?

—No se me ocurre ninguna explicación —contestó Hecht, despachando a otro Word Bearer de un certero disparo y dejando al descubierto detrás de él la figura en retirada del capellán enemigo.

Var'kir trató de no imaginar el poder que un individuo como él tendría dentro de la tormenta. En vez de eso, se concentró en ser pragmático.

—¿Adonde van?

—A juzgar por las bombas incendiarias que llevan los de retaguardia, diría que quieren hacer estallar algo importante —contestó Ungan.

Una iluminación repentina se manifestó en Var'kir, como si hubiera observado la llama y hubiera visto en su interior la verdad de las intenciones de su enemigo.

—Quieren hacer caer el campo Geller y llenar la nave con descendientes del demonio. Esa niña despreciable era solo la vanguardia.

Hecht asintió mientras los proyectiles que erosionaban el mamparo que lo protegía se iban espaciando por la rápida retirada de los Word Bearers.

—Si el campo cae, caemos todos. Todos nosotros.

Var'kir escaneó la alimentación táctica. Far'kor Zonn e Igen Gargo eran los únicos Salamanders que estaban cerca del generatorium.

El Predicador y su séquito estaban ya fuera de alcance. Los Word Bearers más rezagados ya alcanzaban las filas de los traidores.

Ungan se reclinó contra un mamparo para recargar.

—No podemos abrirnos camino sin ayuda.

—Sería demasiado tarde —repuso Var'kir.

—Yo puedo pararlos o al menos retrasarlos hasta que lleguen los refuerzos.

Var'kir dirigió las llameantes lentes hacia Hecht.

—¿Y tú? ¿Cómo planeas llegar hasta el generatorium?

—Por los conductos que van desde esta cubierta hasta la inferior. Volveré sobre mis pasos, entraré por una trampilla de mantenimiento y llegaré sin ser visto.

Hecht ya se estaba yendo cuando Var'kir lo agarró. Hecht miró la mano enguantada que le sujetaba la muñeca.

—¿Hay algún problema, primo?

Var'kir lo fulminó con la mirada mientras decidía si había un problema o no.

—Yo lo haré.

—Tú debes estar aquí. Además, a un capellán lo echarían en falta, mientras que yo ni siquiera debería estar en esta nave.

Los ojos del capellán se entornaron detrás de su celada.

—Yo creía que aquí era precisamente donde debías estar.

—No te caigo muy bien, ¿verdad, Var'kir?

—Los traidores aún me caen peor.

—¿Es eso lo que soy para ti? Porque a mí me parece que también me están disparando. —Hecht se encogió de hombros—. Soy un agente de Maleador. O bien confías en mí o bien morimos todos. De todas formas, puede que ya estemos

condenados.

—Llega al generatorium antes que ese maldito Predicador —le dijo Var'kir, permitiéndole que se fuera.

—No me verán venir —dijo con frialdad antes de marcharse.

«¿Ellos o nosotros?», pensó Var'kir.

Quor Gallek había dejado el tiroteo en manos de Degat y otros doce. Podía sentir la presencia de los No Nacidos y todavía percibía la atadura psíquica que había usado para subir al elegido de Degat a bordo del barco. Era como un alambre tenso. Si tirabas lo suficiente de él y lo soltabas, volvería con un chasquido a su punto de origen. Si tirabas demasiado, el alambre podía partirse por la mitad.

El ritual había requerido un sacrificio, como todos. Todos los altares del *Monarchia* se habían teñido de rojo, las celdas del navío se vaciaron de prisioneros. Varios de los guerreros de Degat habían muerto antes de llegar al barco de los Salamanders, aunque «muerte» sería un concepto demasiado misericordioso para describir lo que en realidad les había ocurrido.

Toda acción, todo pacto tenía un coste. Y la cuenta nunca llegaba a saldarse. Quor Gallek lo aceptaba; aceptaba el precio por formar parte del gran sacrificio. La humanidad y sus miserables hordas no merecían más que la extinción.

Un temblor nervioso agitó el cuerpo de Quor Gallek provocándole convulsiones. Escupió sangre contra la parte interior del casco. Otro coste.

—¿Has visto eso? —Degat señaló algo con la punta de su espada sierra. Estaba corriendo, y la sangre del filo del arma salpicó la pared.

A través de la última punzada de agonía, Quor Gallek vio cómo desaparecía la estela de un vestido blanco diáfano por otro pasillo.

—Ignóralo.

—Era una niña pequeña.

—No, qué va.

Degat gruñó, o rio. Era difícil de distinguir.

—¿Una de tus mascotas, Predicador?

Quor Gallek no contestó. Podía sentir el hambre de los que esperaban fuera, ávidos por comer. Como en un zoo invertido, los depredadores esperaban fuera de la jaula, impacientes por acceder a ella.

Y sentía otra cosa. Poderosa. En camino… El alambre se tensó. Tiraba de los mismísimos huesos de Quor Gallek.

—Date prisa, Degat.

CUARENTA Y UNO

Padres ausentes

Barcaza de batalla **Caribdis***, cubiertas de proa*

Vulkan caminaba por las salas de la *Caribdis*. Como un espectro solitario, se movía despacio con apenas una chispa de vida.

No podía ser real. La conciencia de Numeon lo rechazaba con vehemencia y sin embargo…

—¡Padre!

Numeon gritó, sintiendo que un súbito temblor de excitación recorría también a Zytos.

Pero Vulkan continuó caminando despacio y sin objetivo aparente, con las botas acorazadas repicando sordamente contra el suelo de la cubierta. En unos segundos desapareció de la vista.

—No es posible —jadeó Zytos, conmocionado. Iba unos pasos por detrás de Numeon, quien seguía al primarca.

«No es posible». Las palabras resonaban en la mente de Numeon mientras intentaba recordar dónde había estado y qué estaba haciendo antes de este momento, pero en su mente solo aparecía Vulkan guiándolos.

Su mente racional se rebeló, pero estaba atrapado en sus emociones.

Vulkan caminaba.

Ya había ocurrido antes. En Macragge. Vulkan se había levantado. Nadie lo había visto, a diferencia de ahora, pero había sido lo mismo. El señor de los dragones vivía, aunque atrapado en algún extraño estado de sonambulismo.

Mientras Numeon se acercaba al extremo de la intersección por donde había desaparecido Vulkan, Zytos le gritó.

—¡Hermano, espera!

A pesar de la sensación de urgencia que recorría sus extremidades, Numeon se detuvo y se volvió hacia su sargento.

—No la veo —dijo Zytos al alcanzarlo.

Numeon frunció el ceño, ansioso por seguir adelante, pero un instinto emergente lo mantuvo firme.

—¿Cómo?

—La punta de lanza. No estaba, hermano.

—La ha eliminado, por eso ha vuelto a nosotros. Tiene que haber… —Numeon enmudeció, esforzándose por pensar.

«Esto no es real».

—¿Dónde estamos?

La zona de la nave en que se encontraban le resultaba extraña, podría ser cualquier parte.

Numeon sacudió la cabeza intentando deshacerse de la neblina que envolvía sus pensamientos.

—No tiene importancia —dijo, decidido a ponerse en camino de nuevo.

«No, espera. Piensa. ¡Piensa!».

Dado el tamaño de la barcaza de batalla, había muchas áreas de la *Caribdis* que no conocía. Zytos asintió, con la misma incertidumbre reflejada en sus movimientos.

Juntos llegaron al extremo del pasillo y doblaron la esquina para encontrarse con que Vulkan los estaba esperando.

Los llamaba por gestos, pero no respondió a ninguno de sus hijos.

—¿Hueles eso? —susurró Numeon.

—Nuestro padre está aquí, Artellus. ¡Está de nuevo entre nosotros!

«No lo está. Ese espectro no es él. No puede ser él, ¿verdad?».

Parecía que Zytos no lo había escuchado, pero Numeon estaba seguro de haber hablado.

Aunque la presencia de Vulkan era indiscutible, apenas a cincuenta pasos de distancia, estaba envuelto en la oscuridad y, conforme Zytos y Numeon se iban acercando, otra sombra se deslizó fuera de la oscuridad, como la espada de un asesino abandonando en silencio su vaina.

Él era uno con la noche, el huérfano de Nostramo.

Konrad Curze.

Tanto Zytos como Numeon habían sacado sus armas, pero Curze estaba encogido detrás de Vulkan, comportándose casi como su sombra. Ninguno de los dos tenía un disparo limpio.

El olor regresó, un aroma extraño evidentemente fuera de lugar y a destiempo.

«¿Metal quemado?».

Numeon no veía ningún fuego. La cubierta estaba fría, como los ladinos ojos de Curze.

Zytos echó a correr gritándole a Vulkan que se diera la vuelta para ver al asesino que tenía a su espalda.

Numeon olió metal quemado, y ahora incluso sentía que se le calentaba la greba.

«Debo despertar».

Un aura caliente purgó el copador de fragua que Numeon llevaba acoplado en un costado. Con un mínimo roce, la mentira se desveló y el sueño se disipó, revelando la cubierta fantasma y el enorme abismo que se abría entre ella y la que había por debajo, y al que Zytos se dirigía sin darse cuenta.

Numeon disparó tres veces su *Basilysk* para detener a Zytos antes de que cayera y muriera. Pero un momento antes, un breve movimiento adelantó al primarca, y los gestos de Vulkan se transformaron en una desesperada súplica para que parase. Incluso desde lejos, Numeon podía leer la palabra en sus labios: «No».

Los disparos del bólter llegaron después. Para entonces, Zytos había aminorado bastante su carrera, así que la advertencia sirvió de algo.

Ante ellos se abría un abismo.

La brecha entre las cubiertas recordaba a unas fauces erizadas de puntales retorcidos y barras de acero rotas. Un borde serrado de metal doblado daba paso a la oscuridad. Zytos trastabilló en ese mismo borde, la mentira se había revelado a sus ojos momentos después que a Numeon.

En la otra parte de la grieta, la niña del puente se encontraba exactamente donde había estado Vulkan.

Zytos echó mano de su arma, pero la voz de Numeon a través del comunicador detuvo el movimiento.

—No desperdicies la munición ni tu furia.

La niña retrocedió poco a poco, riéndose conforme se internaba en las sombras.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Zytos, mientras Numeon llegaba a su altura.

—Sospecho que muy pronto lo averiguaremos, hermano. —Miró a su alrededor, a la fría cubierta despojada de atmósfera—. Ni siquiera recuerdo cómo he llegado aquí.

Zytos sacudió lentamente la cabeza.

—¿Cómo vamos a poder confiar ahora en nuestros ojos?

—Confía en tu instinto, Zytos. —Esgrimió el sigilo recordando la última segunda transformación de su primarca—. Y confía en Vulkan.

Numeon hizo aparecer abundantes datos en su visión retinal.

—El diagrama de la nave nos sitúa cerca de la posición del identificador de Adyssian. No nos hemos desviado mucho.

Aún no tenían conexión con el sistema de comunicación general de la *Caribdis*, por lo que podían localizar al capitán, pero no contactar con él.

Una única cubierta separaba a los Salamanders de Adyssian, pero tenían que moverse de prisa.

De niño en Terra y más tarde de cadete en la armada, Adyssian había escuchado cuentos de sirenas. Entonces los había tratado con la misma seriedad con que trataba a los *myrwyrd* o a los *kraeken*. Esas bestias eran antigüedades que formaban parte de mitos y leyendas, los cuentos de los nacidos del vacío o de ancianos capitanes que

habían pasado demasiado tiempo apartados de la civilización.

Desde la guerra, había visto muchas cosas que desafiaban a la razón, pero nada comparado con la aparición de Maelyssa.

No existía explicación racional para ello, y por eso Adyssian había recordado el mito de las sirenas. A menudo disfrazadas de mujeres hermosas, atraían a marineros crédulos a su condenación. En el vacío, eso significaba despertar en un fulgor solar o en las enormes fauces de un agujero negro. A bordo de la *Caribdis*, era incluso más traicionero. Esta sirena había atraído a Adyssian valiéndose de su tristeza, pero ahora que la mentira estaba expuesta, no rehusaría cumplir con su deber. Por su alma.

Aun en su huida, protegido por el aegis de Ushamann, podía sentir cómo le extraían lentamente la esencia de su mortalidad. Se preguntó si sería tan terrible sucumbir al hambre del alma.

—Aférrate a tu propósito. —La voz del bibliotecario fue como un toque de clarines atravesando la neblina de dudas de Adyssian—. No hay rendición posible ni para ti ni para mí, capitán. Un alma no se consume y luego descansa en paz, sino que arde en tormento eterno.

—¿Acabas de… leerme la mente?

—Tu debilidad es evidente.

Se habían detenido un momento para que Ushamann pudiera orientarse y recuperar fuerzas. El bibliotecario estaba demacrado, como si las sirenas estuvieran extrayendo su esencia y no la de Adyssian.

—La tuya también —repuso Adyssian—. ¿Cuánto tiempo debemos seguir adelante?

—Hasta que lleguemos al librarium. —Se encogió como si estuviera perdiendo la fuerza en las piernas y tuvo que reclinarse sobre la pared para evitar caer de rodillas—. He fabricado… disformidades. —Ushamann respiraba con dificultad y el brillo de alrededor de sus ojos empezaba a desvanecerse—. Ella está cerca…

Tras desaparecer un buen rato, la risita juguetona regresó. Su eco les llegó antes de que Adyssian la viera.

—Bibliotecario…

La respuesta de Ushamann fue el golpe de la poderosa armadura contra la cubierta. Había perdido la consciencia.

CUARENTA

Ellos o nosotros

Barcaza de batalla **Caribdis***, cubiertas inferiores*

Un icono parpadeaba con insistencia en la visión retinal de Zytos, una silenciosa petición de ayuda.

CUARENTA Y DOS Jugarse el pellejo Barcaza de batalla *Caribdis*, generatorium Un estrecho pasillo flanqueado por robustos mamparos ofrecía el refugio defensivo óptimo contra el ataque.

Aun así, Zonn calculó que no sería suficiente. Había estado tentado de retener a los equipos de trabajo para reprogramar rápidamente a los servidores con protocolos ofensivos y subrutinas violentas; hacerlo costaría solo unos segundos. Sin embargo, eso reduciría a aquellos hombres a meros despojos. Vivirían y respirarían, en el mejor de los casos, pero sin nada en el interior de la carne muerta.

Los había enviado a las cubiertas superiores lejos de la inminente invasión de Word Bearers para que se encerraran en sus cuartos.

Si la *Caribdis* y su tripulación sobrevivían a esta última crisis, necesitarían a los visioingenieros y a los equipos de trabajo, servidores y siervos mecánicos, para que la mantuvieran en funcionamiento. Los legionarios no sabían nada de esos asuntos, excepto unos pocos. Mejor dicho, solo dos. Y si él y Gargo seguían sin recibir refuerzos, morirían y ya no servirían de nada.

—Los retendremos aquí. —La voz de Gargo sonaba enérgica mientras colocaba el bólter en posición, usando el reborde de la esquina de un mamparo del lado derecho como un improvisado soporte de tiro. También sonaba agresiva.

Zonn se había apostado en la parte opuesta, acuclillado de igual modo, escaneando con los ojos la activación del elevador, una incursión poco 97Q habitual, el fulgor del teletransporte o cualquiera de los otros medios por los que los Word Bearers pudieran llegar hasta ellos.

—Se reducirá a un combate cuerpo a cuerpo —le dijo a Gargo, revisando

transmisiones de escenarios tácticos mezclados con cientos de variables de información. Sobrecarga en las armas, configuración del enemigo, dispersión estratégica… Tal como estaban las cosas, en ninguna versión de los acontecimientos ni Gargo ni él salían con vida, mucho menos victoriosos.

—Tenemos respuesta para eso, hermano.

Un martillo colgaba de la argolla acoplada al cinturón de Gargo. También llevaba una espada de combate más pequeña. El servobrazo de Zonn era un arma eficiente y además llevaba un corta espada en una funda de escama de draco sobre la cadera. Incluso la cantidad de armas, barrenas y sierras que podía lanzar desde sus implantes hápticos no sería suficiente.

En un extremo del generatorium, el gemido de una bocina anunció la inminente llegada de una plataforma elevadora. Destellos de luz ambarina bañaron la cubierta. El ruido de las poleas recogiendo el pesado cableado se mezcló con el zumbido de las alarmas.

—No permitas que se nos acerquen demasiado en seguida —dijo Zonn mientras apuntaba con el bólter.

La base de la plataforma elevadora se hizo visible entre una cortina de aire a presión, bordeada de galones y rodeada por una jaula metálica.

—Ráfagas cortas y constantes —dijo Zonn.

Quince legionarios esperaban dentro con las armas preparadas. La armadura carmesí atrapaba la luz y brillaba como sangre recién derramada. Mediante su visión potenciada, Zonn distinguió letras sobre la armadura y la carne de los Word Bearers. También vio a un capellán entre ellos y seguramente a un oficial.

—Bólters —dijo Zonn, mientras la jaula replegaba su acordeón metálico— y explosivos pesados.

Como sospechaba, venían a destruir el generatorium y, con él, el campo Geller.

—¡Ya llegan! —gritó Gargo, y ambos iluminaron la cubierta con el furioso resplandor de los disparos.

Alineados en filas apretadas saliendo del elevador, los Word Bearers usaron a sus guerreros de vanguardia a modo de armadura ablativa. Ellos murieron los primeros, rápidamente, pero eran de poca importancia. Muñecos de paja entregados al fuego de los bólters.

El resto se dispersó al salir y buscó refugio detrás de alacenas sobresalientes o de pilares.

—¡Cuento nueve! —Valiéndose del comunicados Gargo no tenía necesidad de levantar la voz, pero la adrenalina convirtió sus palabras en un grito.

Zonn coincidía. Seis legionarios habían sido abatidos, los muertos yacían donde habían caído y los críticamente heridos se retorcían de dolor. Gargo disparó a la cabeza de un Word Bearer cuya cavidad pectoral había sido abierta en canal.

—No desperdicies balas, hermano —le dijo Zonn—, y deja que esos despreciables sufran.

Les devolvieron el fuego, esporádicamente al principio, pero después con mayor intensidad conforme los Word Bearers empezaban a actuar al unísono. Ellos eran fanáticos y Predicadores, pero la XVII la formaban legionarios que demostraban su formación en táctica con habilidad.

El estrecho corredor que los Salamanders habían escogido para funcionar de cuello de botella pronto se llenó de una lluvia de proyectiles explosivos que los obligaba a retroceder. Un tiro certero alcanzó a Gargo en el hombro izquierdo. El protector se llevó la mayor parte del impacto, disipando el golpe en sus contornos redondeados, pero el explosivo detonó. Trozos afilados de metralla atravesaron el adamantium y se enterraron en la carne del hombro de Gargo.

Gruñó de dolor mientras evitaba por poco una bala rebotada que se dirigía a su rostro y que terminó incrustándose en el mamparo; la tormenta de proyectiles que caía sobre él iba abollando el metal. El herrero desvió un pulsante cordón de fuego de bólter que iba directo a Zonn, quien estaba agachado igual que él.

—¿Cómo es que somos los únicos legionarios disponibles para defender el generatorium? —gritó, con un sentimiento de injusticia en la voz.

Desperdigados por el inmenso barco, aun con muchas de sus cubiertas selladas, sin los soldados de la *Caribdis*, los Dracos siempre se afanaban por contener un asalto masivo simultáneo en diferentes ubicaciones. Pero ellos eran vulnerables, estaban expuestos a lo que fuera que se escondiera tras la carne de la niña del vestido blanco.

Zonn no tenía respuesta. Era ilógico, pero estaban solos y no había argumento racional capaz de cambiar ese hecho. El pragmatismo, tal como enseñaba Vulkan, debía prevalecer.

—Deja que vengan —le dijo al techmarine—. Los detendremos aquí, ojo por ojo, diente por diente.

Gargo disparó a ciegas por la esquina del mamparo que se iba desintegrando poco a poco y fue recompensado con un grito de dolor de un enemigo no avistado. Estaba cerca. Los Word Bearers habían comenzado a avanzar.

—Dime que tienes generador de campo de estasis o un escudo de fuerza entre todos esos adornos, techmarine.

—Tengo sierras, barrenas, cortadores de plasma y equipo para reparaciones. Nada más.

—¿Podríamos derribar el pasillo? Se lo echamos encima y los obligamos a arrastrarse por los escombros.

—Buena sugerencia, hermano Gargo, pero el enclave del generatorium está fabricado para resistir impactos de artillería de nave a nave. No tenemos nada que produzca el efecto que deseamos.

Gargo volvió a disparar a ciegas. También Zonn, aunque ya sabía que estaba empezando a quedarse sin munición.

—Con garras y dientes tendrá que ser —dijo Gargo cuando se le acabó el último

cargador y el bólter emitió un chasquido. Lo dejó caer y empuñó el martillo y la espada. Sostenía el martillo con su mano de carne y hueso para equilibrar la eficacia asesina de sus armas. Además de ser un hábil espadachín, Gargo luchaba con el corazón, y ahora se acuclilló en su posición de combate preferida.

Se oían pisadas de botas atravesando la cubierta y acercándose hacia ellos, audibles sobre el estruendo ensordecedor del generador de campo Geller.

Amparado detrás de una estructura reforzada de placas de adamantium superpuestas, el armazón del dispositivo tenía un único punto débil: una trampilla circular de acceso lo bastante grande como para que entrase un visioingeniero o un techmarine. Detrás de la protección estaba el generador, un motor vibrante de singular tecnología, una reliquia de la Edad Oscura de la Tecnología.

Sin él, la supervivencia en la *Caribdis* se mediría en segundos.

Cual necio, el primer legionario en llegar al estrecho pasillo escupió un mantra colchisiano, y Gargo se inclinó hacia delante para apuñalar la barbilla del fanático antes de que consiguiera alzar su arma.

Zonn abatió a un segundo Word Bearer ensartándolo primero por el pecho con un cortador de plasma y después arrancándole violentamente la cabeza con su servobrazo.

La sangre manó como de una fuente en el angosto espacio, salpicando sus lentes visuales y cubriendo de rojo la parte trasera del hombro izquierdo de Gargo.

Mientras limpiaba el visor, un disparo de bólter alcanzó a Zonn en la parte superior del pecho, arrancando trozos de blindaje y cortando el cableado del servobrazo. Un manguito hidráulico de la armadura dañada emitió vapor por delante de su visera. Se tambaleó pero se recuperó lo suficiente como para atravesar un torso con su espada sierra. Más sangre y trozos de carne cayeron sobre el techmarine, tiñendo de rojo su armadura.

Gargo avanzaba andando sobre los cadáveres para acortar la brecha con los Word Bearers que surgían del estrecho camino en dirección al generatorium. Un legionario moribundo le desgarró el tobillo. Mirando hacia abajo, Gargo le hizo estallar la cabeza de un pisotón. Cuando levantó la vista, un enorme guerrero se había interpuesto en su camino con los musculosos brazos al descubierto y en posición cuneiforme. Gran cantidad de cicatrices surcaban su piel detrás de la escritura rúnica. También llevaba el rostro al descubierto, con el reinhalador acoplado sobre nariz y boca.

Ambos embistieron simultáneamente, Gargo con su spatha, el salvaje Word Bearer con una maza con mango de colmillo. La espada spatha desapareció en un fulgor de luz enfurecida y metal chirriante, dejando tras de sí un humeante mango sin filo.

La maza debía de ser un arma poderosa.

Esperando igualar la balanza, Gargo arremetió con el martillo, pero el Word Bearer también llevaba una segunda espada y con ella cortó primero la armadura,

llegando después a la carne y finalmente al hueso.

Durante un momento Gargo pensó que el golpe seco contra el suelo provenía del mango sin filo, pero un súbito desequilibrio le sobrevino cuando se inclinó y entonces comprendió que le habían cercenado su único brazo de carne y hueso.

Una ingente dosis de adrenalina inundó su torrente sanguíneo para calmar el dolor y evitar el bloqueo neurológico. El cuerpo de un Space Marine estaba genéticamente diseñado para seguir luchando incluso después de recibir heridas críticas. Donde la reacción y el instinto fallaban, tomaba el mando el impulso hipnocondicionado y por eso Gargo no procesó mentalmente en un principio la pérdida del miembro; seguía luchando para sobrevivir.

Incluso desarmado, su biónica seguía siendo un arma efectiva. Antes de que el Word Bearer pudiera acabar con él, Gargo insertó el filo de su mano biónica en el pecho del otro legionario. Las placas metálicas se abrieron con el impacto, y los huesos del pecho se desmenuzaron.

Un violento revés arrancó el reinhalador del Word Bearer, que perdió varios dientes en ese mismo golpe. Una salvaje sonrisa se escondía tras la máscara de rejilla, a pesar del dolor de la herida.

En lugar de rendirse, el Word Bearer luchó con más furia y embistió alcanzando a Cargo en el vientre con la empuñadura de la maza y arrojándolo al interior del armazón blindado del generatorium, donde se desplomó.

Zonn vio caer a su hermano Salamander y avanzó para interceder, defendiendo el apretado pasillo con su cuerpo acorazado y bloqueando todo avance de los Word Bearers.

—Te gusta que corra la sangre —dijo el Word Bearer que había derribado a Gargo, enarbolando sus armas gemelas.

Zonn no contestó. En vez de eso, alzó su espada sierra hasta la posición de defensa.

El Word Bearer asintió ignorando los gritos de sus compañeros legionarios que se apelotonaban detrás de él.

—Bien —le dijo a Zonn—, a mí también.

Espada y maza embistieron al unísono, y Zonn tuvo que caer sobre una rodilla para contener la inmensa fuerza del guerrero. Los dientes de la sierra se pusieron en marcha, limando las dos armas del Word Bearer. También limaban el guantelete de Zonn, de modo que el techmarine tuvo que detener la hoja cortante de su arma para no verse superado.

Las venas del cuello del Word Bearer se hinchaban por la presión que aplicaba contra la defensa de Zonn.

Todos los techmarines tenían diferentes grados de aumento. Algunos habían mejorado sus sentidos, el oído, el olfato o la vista. Otros disponían de miembros biónicos que aportaban velocidad o fuerza mejoradas. Los de Zonn se extendían desde implantes hápticos en las manos hasta biónicos implantados en el cuello. De

estos últimos se valió ahora, levantándose de su flexión forzosa y embistiendo con la vaina de su espada sierra haciéndola saltar hacia delante.

Su contrincante retrocedió, su resistencia se había quebrado, y fue alcanzado en el pecho donde los dientes de la sierra de la espada de Zonn rastrillaron el blindaje.

Fue un impacto violento que también lanzó hacia atrás el brazo de Zonn. Durante un momento, su defensa había caído. Casi llegó a recuperarse, pero el Word Bearer fue más rápido.

Un grueso plastiacero penetró el cuello de Zonn y se agitó.

La espada penetró rápido, entre filas de cableado blindado y alambres. Cayeron chispas de la herida y una lengua de aceite se vertió sobre el pecho del techmarine como si fuera sangre.

Su armadura registró el daño crítico exponiendo los datos en el visor retinal de Zonn, una descripción biométrica de la armadura mostraba iconos rojos de alerta en el punto donde el gorjal se unía con el casco.

Esto lo procesó en un nanosegundo; su siguiente acto fue activar el cortador de plasma de su avambrazo derecho. Por algún motivo falló la activación. Con el tiempo de reacción disminuyendo rápidamente, no vio la segunda alerta crítica en la lente.

«Brecha en la coraza pectoral, rotura de la protección lateral, órganos internos en peligro y fallando».

Asimiló los datos tan desapasionadamente como un cogitador. Solo cuando bajó la mirada y vio la punta de la maza clavada en su pecho se dio cuenta de lo gravemente herido que estaba.

De un violento tirón se arrancó la espada del cuello, estropeando así su visor, intentando encontrar a su contrincante a través de las ráfagas de estática que afectaban a su procesador. Un segundo ataque alcanzó la herida causada en el primero, y Zonn sintió que llegaba hasta la carne.

La sangre se mezcló con el aceite, sangre negra que caía por su pecho y abdomen y goteaba hasta el suelo a sus pies.

Unos dedos débiles dejaron caer la espada sierra. En un principio, a Zonn le pareció que el Word Bearer había crecido, pues el traidor se elevaba muy por encima de él. Pero después se dio cuenta de que él había caído, esta vez sobre ambas rodillas.

Se liberó de la espada una vez más, la cabeza se sacudió por el violento movimiento, y el visor estaba borroso.

—Vulk…

Enmudeció cuando le rebanaron el cuello y la cabeza se le separó del cuerpo. Degat saltó el cadáver y entró en el núcleo del generatorium. Podía sentir el zumbido de la energía en los huesos y saborear la descarga eléctrica de la maquinaria que estaba tras el armazón blindado donde aún resistía el otro.

No muerto, pero caído.

—Pronto volveré para acabar contigo —le prometió al legionario de un solo brazo, gritando sobre su hombro por encima de las explosiones.

La granada perforante emitió un sonido sordo al ser lanzada, hizo estallar la trampilla de acceso al armazón y expuso el motor que contenía. La luz y el ruido invadieron el pasillo mientras haces viperinos de energía lamían y escupían la destrozada trampilla.

—Rompedor —gruñó, y quedó esperando a que se produjera la explosión.

Nunca se produjo.

El rompedor cayó a un lado con la mejilla izquierda perforada por un proyectil de bólter. Una detonación hizo estallar el blindaje craneal del guerrero en una confusión de esquirlas de hueso y materia gris. Sin cabeza, el Word Bearer se mantuvo de pie un segundo más antes de desplomarse, todavía sujetando el explosivo.

Degat sonrió, agachándose para evitar la lluvia de fuego de cobertura que caía sobre él y sus hombres.

Solo había visto un instante a su asaltante pero le había bastado.

—Por fin —murmuró, retrocediendo ante la nueva descarga y riendo cuando otro de sus hermanos de batalla fue abatido.

CUARENTA Y TRES

El Emperador protege

Barcaza de batalla **Caribdis***, cubiertas de proa*

Adyssian creyó que Ushamann había muerto: la luz de sus ojos se había extinguido, y no se movía. Antes de sucumbir a ese estado de fuga, había arañado algo en la pared con los dedos enfundados en la armadura.

«Encontrar a Kabar».

Quién era Kabar o por qué Ushamann había grabado su nombre en el metal era un misterio para Adyssian. Un breve movimiento en su visión periférica apartó su atención de la pared.

La niña se había movido o, al menos, la cosa que se había fabricado a sí misma como una niña. Desenterrada del subconsciente de Adyssian, era la aparición más cruel que la disformidad podía haber hecho.

—Maelyssa…

Lloró, no porque la cosa que lentamente les daba alcance le recordara a su hija fallecida, sino por el verdadero recuerdo de lo que había perdido y la gran pena que sintió por ello.

Estaba cerca y el capitán casi era capaz de ver lo que había por debajo del cabello largo y lacio. Adyssian no quería verlo y, por mucho que le doliera a su orgullo marcial morir de rodillas, cerró los ojos.

El arrugado pergamino que llevaba bajo su uniforme estaba viejo y desgastado pero le daba consuelo. No tenía que mirar las desvaídas páginas para recitar la oración; Adyssian se sabía cada palabra de memoria.

—A la sombra del Emperador no flaquearé —susurró, aferrándose con fuerza al *Lectio Divinitatus*—. Pues Él desterró a los moradores de la Vieja Noche con la luz de la Verdad Imperial.

Lo interrumpió la risa de la niña, demasiado profunda y resonante, pero Adyssian no se detuvo.

—Soy Su siervo. Por Su voluntad y mis acciones estoy salvaguardado del mal, pues el Emperador protege y Su resplandor…

El estridente fuego de bólters cortó la oración de Adyssian, y cuando abrió los ojos, encogiéndose contra la pared para ofrecer un blanco más pequeño, vio fogonazos y la figura menguante de la niña.

Figuras fuertemente blindadas irrumpieron entre su estela y el fulgor de los bólters que se desvanecía.

—No malgastes munición —oyó que decía uno de ellos—. Los martillos y las espadas son nuestras únicas armas seguras.

—Sí, hermano capitán.

Adyssian se deslizó por la pared, su alivio era palpable. A pesar de lo exhausto que estaba, obligó a su cuerpo a ponerse en pie y se encontró con Artellus Numeon.

Dirigía a otros cuatro Salamanders, incluido el sargento Zytos. Una sexta figura, mucho más pequeña que el resto, provocó que las lágrimas se derramasen de nuevo por el rostro del capitán, olvidando cualquier rastro de decoro.

—¡Lyssa!

Adyssian y Esenzi se abrazaron como dos amigos perdidos tiempo atrás, separados por un abismo temporal. La indulgencia fue momentánea, y cuando se separaron Adyssian inquirió con la mirada a su teniente de bandera.

Esenzi sabía qué le estaba preguntando; la respuesta era obvia a su triste entender. Casi se limitó a asentir, pero en el último momento recordó su adiestramiento y le dio el informe como había aprendido a hacer.

—El teniente Gullero ha muerto, señor. Todos están muertos, la tripulación del puente al completo. Soy la única superviviente.

Adyssian trató de no quedarse boquiabierto ante el horror que aquello suponía. Miró a Zytos, quién asintió levemente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Esenzi, aunque sospechaba que la respuesta implicaría el recuerdo de su hija fallecida.

Numeon se acercó, su ansiedad por avanzar era obvia.

—Tenemos que encontrar un lugar seguro para ti y la teniente Esenzi, capitán.

Adyssian asintió despacio, aún recuperándose de la fuerte conmoción.

—Desde luego, sí. —Los necesitaban a ambos para tripular la nave en cuanto regresasen al vacío. Se alisó el uniforme, abriendo la mano que sostenía el pergamino en el bolsillo interior de su chaqueta.

Dakar había ido a ver a Ushamann mientras Abidemi y Vorko montaban guardia vigilando ambos extremos del pasillo.

El sitio seguro del que había hablado Numeon no era allí, evidentemente.

—¿Qué tienes en mente, mi señor?

—Ushamann te estaba llevando al librarium, ¿verdad?

Adyssian asintió. Observó cómo Dakar hacía una señal de batalla sobre el plastiacero antes de comprobar que el bibliotecario volvía a la vida.

—Entonces iremos allí ahora —decidió Numeon, observando las palabras grabadas por Ushamann pero sin hacer ningún comentario—. Todos nosotros.

Se disponían a emprender la marcha cuando el comunicador también regresó a la vida, después de estar en silencio desde que Numeon y Zytos habían abandonado el puente.

La marchita voz de Var'kir se manifestó en la transmisión.

—¿Numeon? ¡Vulkan misericordioso! Estás vivo, hermano capitán. Al no poder contactar contigo me temí lo peor.

La conexión era inestable, muy lejos de perfecta, pero al menos Numeon estaba de nuevo en contacto con su capellán.

—Var'kir, hay algo a bordo de la *Caribdis,* una especie de…

—Es un demonio, Artellus. Sé cómo suena, pero estamos siendo manipulados por un morador de la Vieja Noche.

—Suena más que plausible, viejo amigo. —De fondo, Numeon distinguió un esporádico intercambio de disparos y gritos—. ¿Dónde estás? ¿Qué ocurre?

—*Las cubiertas inferiores están siendo atacadas. Word Bearers, hermano, y en gran número. Nos tenían acorralados, pero se rompió una sección…* —Var'kir enmudeció para descargar un proyectil de su pistola. Pasaron varios segundos antes de que regresara y, durante un momento, Numeon temió que hubiera resultado herido o algo peor—. *Se dirigen al generatorium.*

—¿El campo Geller?

—¿Qué otra cosa podría ser? Quieren infestar el barco con los hijos del demonio.

Si hubiera sido otra época, antes de Isstvan, antes de Traoris y de los horrores que había presenciado en Macragge, Numeon habría resoplado ante tal afirmación. Ahora le parecía razonable. Tras reconocer algo así, llegó una fuerte revelación. La Verdad Imperial, esa que negaba la existencia de dioses y deidades por encima del mundo natural, que rechazaba la superstición y lo esotérico y promovía en su lugar la ciencia y el razonamiento como las herramientas de la iluminación, era mentira.

—Conmigo están Adyssian y Esenzi. ¿Quién defiende el generatorium?

Var'kir se lo dijo. También le dijo que los Pyre estaban desperdigados por toda la *Caribdis,* acudiendo en distintas direcciones a los avistamientos de la niña y por otras visiones que habían llevado a los guerreros a abandonar sus puestos. Con el capellán iban veinte legionarios, pero no había forma segura de convocar a los demás.

—¿Y Xathen? —Numeon sabía que el veterano estaba de patrulla en esa zona del barco.

—He perdido el contacto con todos los que se encuentran más allá de la zona en la que estoy combatiendo. Con todos excepto contigo, hermano capitán.

Mediante un parpadeo, Numeon colocó un diagrama de la nave en su visor y en unos segundos encontró lo que buscaba.

—Hay una ruta desde el Librarium que nos llevará hasta las cubiertas inferiores. Desde allí daré a Zonn y a Cargo los refuerzos que necesitan.

—Entendido. Yo trataré de abrirme camino hacia allí si puedo. Hay una cosa más. El legionario gris está acudiendo en auxilio de otros hermanos en peligro.

—¿Hecht?

—El mismo.

Detrás de su visera draconiana, Numeon enarcó una ceja.

—¿Le has permitido ir solo?

—Es lo que dijo Zytos, que debemos confiar en alguien.

Numeon presintió que había algo más en el cambio de actitud del capellán, pero se limitó a asentir. Él y los demás estaban avanzando desde que Var'kir había logrado contactar.

—Vulkan vive, capellán —dijo.

—*En ti, hermano capitán* —contestó Var'kir antes de que la transmisión se silenciara de nuevo.

Era evidente que algunas cosas todavía no habían cambiado.

Gargo se arrastraba. El pecho le quemaba allí donde lo había alcanzado la maza. La mellada armadura le presionaba las costillas, clavándole puntas donde el metal había cedido por el impacto.

Se arrastró con una mano dejando una estela de sangre a su paso, clavando los dedos en la rejilla del suelo, tirando de su peso con el brazo biónico. Se encontró con Zonn y apretó brevemente el antebrazo del techmarine en un último momento de recuerdo antes de proseguir. Una de las piezas oculares de su yelmo estaba rota y le dificultaba la visión, pero era incapaz de quitarla.

Por encima oyó disparos ensordecidos y se percató de que su transmisor de audio también debía de estar dañado. O eso o que él estaba más cerca de la incapacidad absoluta de lo que se temía.

La batalla se había desplazado al exterior del estrecho pasillo donde él y Zonn habían opuesto resistencia. Alguien más había atacado a los Word Bearers antes de que pudieran concluir el sabotaje. Y aunque el pasillo estaba vacío ahora, los cadáveres le impedían el paso. Gargo se impulsó por encima de ellos, destrozando gargantas o aplastando ojos allí donde aún persistía cierto rastro de vida. Se dijo que era algo necesario, nada que ver con la maldad o la venganza, pero cuando recordaba la visión de la cabeza cercenada de Zonn, la verdad salía a la luz.

Las fuerzas de Gargo se estaban agotando cuando alcanzó el extremo del pasillo y salió a la cubierta. Los Piroclastas, liderados por Rek'or Xathen, se enfrentaban a la horda de Word Bearers.

Mientras caía en la inconsciencia, Gargo se dio cuenta de que algo no iba bien. A medida que la oscuridad lo envolvía, se percató de que el Predicador no estaba entre los atacantes. Estaba en otra parte con un propósito desconocido que, sin duda, no sería bueno.

CUARENTA Y CUATRO

Encontrar a Kabar

Barcaza de batalla **Caribdis***, bodega de carga*

Quor Gallek atravesó el barco a la carrera, usando cintas transportadoras y elevadores cuando era necesario, pero se topó con escasa resistencia. Unos pocos marineros de cubierta desorientados, rápidamente silenciados, fueron los únicos que se interpusieron en su camino.

Era el camino que lo llevaba al primarca. Enclaustrado en algún sitio en las cubiertas inferiores, entre la carga, yacía el artefacto que Quor Gallek buscaba. Al estar incrustado en la carne de Vulkan, sería difícil de extraer. Intuía, sin llegar a tener la certeza, que los Salamanders habrían intentado sacar la fulgurita con la vana esperanza de recuperar a su señor. Cuentos de hadas, nada más, a los que se aferraban sus desesperados hijos.

Solo un cuchillo especial podía cortar la carne de un primarca, aquel que contuviera la esencia de otro primarca. La daga de Asirnoth descansaba inofensiva en su vaina, tan afilada que podía romper las vetustas escamas del señor de los dragones.

Quor Gallek siguió el rastro de las hermanas. Él las había liberado y persuadido de abordar la *Caribdis*, y ellas no lo habían decepcionado. Solo le hizo falta encontrar la grieta más fina. El capitán había sido un blanco fácil, pues la figura de su hija muerta era la imagen ideal con la que atormentar y embaucar.

No obstante, estaba debilitando a Quor Gallek. Sentía que la atadura alrededor de su alma se iba apretando. Pronto ya daría igual. Podría liberarse antes de que se cerrara del todo y volver al Monarchia con los que quedaran. Solo tenía que alcanzar el santuario del primarca…

Lo sacó de sus pensamientos un legionario que se interponía en su camino.

Llevaba una armadura gris, aunque ninguna marca a la vista, al menos ninguna que Quor Gallek reconociera.

El Predicador dejó de correr; cien pasos los separaban, pero la distancia se iba

acortando con cada paso que daba.
—Tú no eres un Salamander —dijo, mientras con disimulo acercaba la mano a la pistola bólter que llevaba en la cadera.
—Ni tú —replicó el extraño legionario gris.
Quor Gallek ladeó ligeramente la cabeza.
—Aunque hay algo en ti que me resulta familiar. ¿Quién eres, legionario? ¿A quién sirves?
—Soy Kaspian Hecht —contestó desenvainando la espada—. Sirvo a lord Maleador.
—Qué interesante… ¿En calidad de qué?
Hecht señaló el arma de mano del Predicador.
—Podrías desenfundar eso, pero te dispararé si lo haces. Soy más rápido y un excelente tirador.
Quor Gallek apartó la mano del arma enseñándole a Hecht los dedos abiertos.
—Y ¿por qué no lo haces? ¿Por qué no me has matado todavía?
Los ojos de Quor Gallek se entornaron. Había algo en su forma de moverse, en su tono, incluso en su voz real.
Cincuenta pasos los separaban.
Hecht echó los hombros atrás, los protectores se autoajustaban para permitir el movimiento. Hizo crujir el cuello, a izquierda y derecha.
—Porque me hace falta ejercicio. Antes he matado a otro legionario de un disparo. Me merezco un duelo.
Quedaban veinte pasos de separación entre ellos cuando Quor Gallek alargó la zancada.
—¿Filo contra filo, entonces? —preguntó, desenvainando su espada. Accionó el puño y de un filo pasó a tener tres, convirtiendo así la espada en un tridente de mano —. Muy bien, pero no esperaba encontrarme a otro Word Bearer a bordo de este barco.
Cinco pasos.
Hecht titubeó.
—¿Qué?
Quor Gallek lo sorprendió con la guardia baja: apartó el apresurado bloqueo de Hecht y le clavó el tridente en el blindaje pectoral hasta alcanzar la carne de la parte superior del torso.
Habló con desprecio.
—Narek de la Palabra.
Hecht cayó, conmocionado, gruñendo de dolor y no solo por la profunda herida en su pecho.
Quor Gallek retorció la hoja, cortando la carne antes de arrancarla haciendo brotar la sangre.
Hecht bramó en agonía y cayó sobre una rodilla.

—Yo soy…

La espada cayó de su mano.

—Sea lo que sea lo que te hicieran —le dijo Quor Gallek, arrancando de un tirón el casco de Hecht—, caló hondo, pero no llegó hasta el fondo. —Lo sujetó por la barbilla, levantándole la cara hacia la luz—. Pareces diferente, hermano, pero eres tú. —Se inclinó sobre él—. Lo percibo, Barthusa Narek. Nunca olvido a los míos.

Soltó a Narek como descartándolo. Abatido, el legionario no podía hacer más que mirarlo.

—Qué pena que Elías te encontrara antes que yo.

—Deja de hablar —masculló Narek, mientras ciertas partes bloqueadas de su cerebro quedaban al descubierto y se entrelazaban unas con otras—. Y acaba de una vez.

Quor Gallek lo miró durante un momento, decidiendo si acabar con la miserable existencia del traidor.

—¿Qué sentiste?

Narek gruñó confundido. El rostro de Quor Gallek se retorció.

—¡La fulgurita, idiota! ¿Qué sentiste cuando la tocaste? ¿Qué te hizo, Narek? ¿Por qué has renunciado a la Palabra?

—No hizo más que abrirme los ojos a la verdad. —Se rio, y la tímida risa inicial pronto se convirtió en una estridente carcajada.

Quor Gallek golpeó a Hecht en la mejilla izquierda con el puño de su espada dejándolo inconsciente. Se le contrajo el rictus cuando sintió que la atadura constreñía aún más su alma.

Degat obtendría lo que se le prometió. Quor Gallek se lo debía. Ahora no, pero pronto. Y entonces la Palabra se libraría de Barthusa Narek.

Quor Gallek lo dejó allí inconsciente. Su objetivo estaba casi a su alcance, ya no tenía tiempo para más traidores.

CUARENTA Y CINCO

No hay redención sin fuego

Barcaza de batalla **Caribdis***, generatorium*

Xathen había esperado encontrarse a sus hermanos muertos. A través de la multitud de Word Bearers en llamas, vio que uno sí estaba muerto: la cabeza de Zonn yacía separada de su cuerpo. En realidad, nunca había comprendido al techmarine —su fría lógica se apartaba mucho de la intempestiva volubilidad de Xathen—, pero había sido un Salamander. Un hermano.

«Igual que mis hermanos de Aethonion, yaciendo muertos sobre la arena negra, un mar de enemigos alrededor, cuchillos clavados en nuestras espaldas…».

La muerte exigía venganza.

En las cubiertas inferiores, Xathen había sucumbido a un estado mental febril. Zadar y Kur'ak estaban muertos por eso, por su culpa.

El fracaso exigía reparación, pero no existía redención sin fuego.

Xathen quería que los Word Bearers ardieran en él.

—¡Incendiadlos! —bramó, y su voz se mezcló con el rugido de los lanzallamas.

Sus armaduras se calcinaron, pero ellos continuaron vivos y furiosos; Mu'garna y Baduk liberaron una estela de promethium candente.

Xathen también quedó ennegrecido. Su guantelete flamígero había resultado dañado, así que recurrió a la pistola bólter. Disparar a la cabeza entre la neblina del calor y la cortina de humo le pareció demasiado misericordioso.

Tras abatir a los cuatro primeros, con los cascos reventados y las lentes arrancadas por las potentes detonaciones, Xathen guardó el arma de fuego y empuñó un par de espadas.

En la mano izquierda sostenía una kaskara, con la ancha pala brillando a la luz; en la derecha, un cuchillo serrado de casi la misma longitud que el antebrazo.

—¡No os rindáis!

Mu'garna y Baduk no tenían intención de rendirse, y avanzaron para intensificar

la conflagración.

Xathen rebanaba a cualquier guerrero que saliera de la tormenta de fuego que se mantuviese consciente y más o menos en pie. Ensartó la kaskara entre la rejilla de boca de un Word Bearer y oyó el satisfactorio borboteo de sangre conforme la hoja atravesaba la garganta y el gorjal. Otro se desplomó sobre sus rodillas, aún en llamas, asfixiándose hasta que Xathen le rebanó el cuello con el cuchillo.

El chorro de sangre candente cayó sobre el antebrazo del Piroclasta y lubricó el blindaje del pecho.

Fue como un bautismo, que lavaba la vergüenza de lo que había hecho en las cubiertas inferiores. No podía restituir su honor, pero podía aplacar un tanto su ira.

Un par de guerreros trastrabillaron en la carnicería, con los visores encendidos escudriñando entre el humo para ver al agresor entre la niebla.

Uno de ellos alzó un bólter, entonces Xathen le atravesó el ojo con el cuchillo. La luz retinal murió al instante, después parpadeó y se apagó para siempre antes de que el Word Bearer se desplomara hacia delante.

El segundo solo llevaba una espada sierra, su arma de mano estaba hecha pedazos y vacía.

Con el zumbido del filo serrado, a Xathen le resultó difícil entender la maldición colchisiana que profirió el guerrero.

La repentina carga lateral de Xathen puso al Word Bearer en alerta, y Xathen tuvo que esquivar primero su acometida para después insertar la kaskara en el abdomen con tal fuerza que la punta asomó por la nuca del guerrero.

—Yo no hablo el idioma de los traidores —escupió en el receptor de audio de su casco mientras le daba una patada para liberar la espada.

Se detuvo solo para extraer el cuchillo del ojo del otro legionario muerto y siguió interponiéndose entre los traidores y la entrada del túnel al generatorium mientras Mu’garna y Baduk alejaban al resto de allí.

Gargo había vuelto, arrastrándose sobre la barriga, cubierto de la sangre de su brazo amputado y de la cabeza cercenada de Zonn.

—Mátalo —rechinó el herrero, alzándose hasta quedar sentado y apretando contra el pecho lo que parecía una carga explosiva.

Xathen asintió, con la sangre caliente, haciendo girar ambas espadas con movimientos rápidos para sacudir la sangre y demás restos y liberarse del peso extra. Una espada cubierta de sangre era un impedimento que no se podía permitir, especialmente viendo cómo se le acercaba un inmenso legionario.

—Vulkan… —maldijo, deseando haberse quedado con el bólter.

Degat se internó a grandes zancadas en el fuego, haciendo caso omiso de las quemaduras que le producía en los brazos desnudos. Solo necesitaba la Palabra: eso le garantizaría la fuerza y la entereza para sobrellevar el dolor, la fatiga y el resto de preocupaciones de los hombres débiles.

Vio a uno de aquellos hombres ante sí, guarnecido de armas y espadas, como si eso supusiera alguna diferencia en el resultado de aquel combate. Sus herramientas eran sencillas, una pistola bólter en la cartuchera de la cadera y una espada sierra rugiendo en sus manos.

¿Qué necesidad tenía Degat de llevar un arsenal cuando ya poseía la fe en la Palabra?

El ataque había sido inesperado. Los había pillado por sorpresa. Reconoció que se había deleitado con la humillación de los dos hombres que habían enviado para detenerlo, pero se había sentido insultado y necesitaba enviar un mensaje.

Expulsado del generatorium por el fuego, y por el rompedor que habían dejado en la boca del túnel, la situación actual era un impedimento a su misión.

Haciendo caso omiso del incendio que abrasaba lentamente a los legionarios que iban detrás de él y de los refuerzos que habían descendido desde la cubierta superior, evaluó la carnicería que se extendía a la entrada del túnel.

—Asesinas bien, dragón —dijo—, rebanando a hombres como a cerdos cuando se tambalean cegados por el fuego, escupiendo las entrañas y asfixiándose con el humo. Muy noble.

—Mi hermano me dice que tú eres el siguiente. ¿Eres tú el que le ha quitado el brazo?

Degat asintió.

—Y volveré a por el otro. Adornará mi estandarte. Tú, no obstante… —Enarboló la espada en dirección al Salamander a modo de dedo acusador—. Tú quedarás abierto en canal desde la ingle hasta la coronilla y te abandonaré echando humo sobre el montón de tus propias entrañas.

—Te debo una muerte.

—Quieres cortarme el brazo y la cabeza, entiendo.

—Mientras mueras, igual me da.

—Basta de charla.

Degat embistió.

El Word Bearer era fuerte. Xathen notó el impacto de la primera acometida del guerrero contra su defensa. Incluso con la armadura, la violencia del ataque resonó hasta el hombro, haciéndolo temblar violentamente.

También era rápido.

En cuanto paró la primera acometida, llegó la segunda.

Un golpe alto, con una sola mano. Y después otro, pero con las dos manos. Con este inmovilizó la defensa de Xathen, convirtiendo en inútil cualquier réplica.

La tercera acometida se dirigió contra la zurda de Xathen, quien la desvió con una de sus espadas, todavía incapaz de usar la ventaja de portar dos armas.

El legionario impulsó la cuarta dando una estocada y así rompió la defensa de Xathen, provocando un desgarrón en su costado derecho que penetró hasta la malla

de su armadura. El guerrero era formidable. Un monstruo. Sabía que los Word Bearers eran fanáticos, pero había visto pocos luchadores en esa legión que expresaran su fanatismo mediante el combate.

Xathen se estaba viendo en apuros para seguir luchando, y mucho más para salir victorioso.

—¿Ya te has cansado, dragón?

Xathen le contestó con un rechinar de dientes.

—Creía que se había acabado la charla.

El Word Bearer debería empezar a cansarse. Cada arremetida era brutal, sin contención alguna.

Los guerreros no luchaban así, ni siquiera los transhumanos. Con excepción de los World Eaters, tal vez. Algo lo espoleaba, una oscura vitalidad que no tenía fin impulsaría sus miembros hasta que Xathen quedara hecho pedazos.

Cayeron tres fuertes golpes encadenados, uno tras otro. Los tres le sacudieron los huesos. Una grieta se abrió paso en la hoja de la kaskara presagiando su destrucción.

Aprovechando un momento de duda del Word Bearer, Xathen arremetió con el cuchillo serrado y perforó el estómago de su enemigo. Había penetrado profundamente; intentó girarlo pero recibió un revés que lo dejó casi sin sentido.

Retrocedió y observó casi con indiferencia cómo se le escapaba el puño del cuchillo, con el cráneo zumbando. El arma se quedó ensartada como si fuera un espantoso clavo atravesando metal y carne.

Le dolía, Xathen podía oírlo en la pesada respiración del guerrero, pero eso no lo ralentizaba.

La espada sierra arremetió de nuevo, sedienta de sangre.

Xathen paró el golpe con la protección del hombro, dejó que se deslizara hacia abajo y que arañara el brazo, confiando en que la armadura lo protegiera lo bastante como para reaccionar antes de que llegase a la carne y al hueso.

Asestó un golpe directo con la kaskara a la vulnerable junta del cuello.

La espada sierra seguía girando, escupiendo chispas y esquirlas de metal. Apestaba a calor de fricción y a quemado. Rastrilló el brazo, arrancó trozos de cables y mordió la malla.

Xathen sacó la espada de un tirón y embistió de nuevo. Esta vez embistió con fuerza y consiguió arrancar un grito de dolor.

Un salvaje puñetazo en la barriga casi consiguió agrietarle el blindaje. El cabezazo que llegó después partió el frontal de su casco. La visión retinal quedó trastornada inmediatamente. Un segundo golpe arrancó un pedazo de la visera, dejando expuesto el ojo derecho de Xathen. Sangraba profusamente, impidiéndole ver, y se tambaleó mientras la consciencia amenazaba con abandonarlo cuando más la necesitaba.

La espada sierra se soltó de una sacudida de la destrozada armadura al mismo tiempo, pero el Word Bearer estaba lejos de desanimarse o de darse por satisfecho. Le

dio una patada en el estómago a Xathen, que se dobló sobre sí mismo y cayó a la entrada del túnel.

Xathen se desmayó unos segundos, y cuando volvió en s, el Word Bearer estaba sobre él con la espada sierra levantada para rematarlo. Xathen alzó la kaskara para intentar desviar el golpe fatal, pero vio que solo empuñaba el mango y un trozo de filo. La otra mitad seguía insertada en la vulnerable junta del cuello del Word Bearer, allí donde se había clavado en el segundo golpe de Xathen.

Aturdido, no se había dado cuenta de que el arma se había roto.

No podía defenderse.

Escarbó a su alrededor, sabiendo que tenía un instante para reaccionar, y atrapó un objeto con forma de pistola. Lo apuntó hacia el Word Bearer y apretó el gatillo esperando que brotase algo letal.

Su disparo erró el blanco por poco, aunque un proyectil de plasma arponeó la pierna del guerrero, abrasando carne y hueso y dejándolo casi mutilado. Eso bastó para hacerlo retroceder.

Un brutal alarido resonó en la pequeña estancia entre la cubierta y el generatorium, y Xathen le dio las gracias a Zonn y a la antorcha de plasma que el techmarine llevaba entre sus muchos pertrechos.

El Word Bearer estaba salmodiando entre toses una gutural y monosilábica letanía en el antiguo idioma de Colchis. Xathen no tenía ni idea de si era a modo de protección o de maldición. Tampoco importaba.

—Ya te lo he dicho, basta de charla —gruñó, el dolor le atenazaba la mandíbula, y disparó de nuevo.

CUARENTA Y SEIS

A la deriva

Barcaza de batalla **Caribdis***, Librarium*

Un chillido emergió desde el casco, demasiado crudo y torturado para tratarse solo de metal. Si Circe todavía se aferraba al timonel de la *Caribdis*, lo hacía solamente con las puntas de sus dedos, ya que la Tormenta de Ruina afectó a cada trozo desgastado del blindaje de la nave. Estaba así desde que habían alcanzado el Librarium de Ushamann. El campo Geller de debía estar todavía intacto; lo habrían sabido de no ser así. Incluso en el santuario que era el Librarium, lo habrían sabido.

No, se trataba de la Tormenta de Ruina machacándolos lentamente hasta la aniquilación. Todos intentaban matar a los Salamanders para impedirles alcanzar Nocturne. En su corazón, si no en su cabeza, Numeon sabía que era porque lo que estaban haciendo importaba. La resurrección de Vulkan no solo era fundamental: estaba predestinada. ¿Por qué si no se aliarían tantas fuerzas oscuras contra ellos?

En medio de los bramidos del klaxon, Numeon ordenó sus pensamientos. ¿El generatorium o Vulkan? Vulnerables y expuestos, la *Caribdis* y el primarca estaban ambos en peligro. Orhn y Ran'd eran legionarios dignos que habrían defendido a Vulkan con sus vidas, pero la forma de actuar de su enemigo era traicionera y capaz de quebrantar la mejor defensa.

—Sirenas —murmuró Adyssian. Sus ojos se posaron sobre las sombras del Librarium, como esperando que engendrasen algún horror salido de sus más oscuras pesadillas. Si el campo Geller fallaba, lo harían. Y al principio se parecería a su hija muerta, pero solo al principio.

Esenzi agarró su mano, tanto para su consuelo propio como para el de su capitán.

Ushamann hizo un gesto con la cabeza a Numeon.

—Ve —dijo el epistolario, fatigado e irritado—. Si abaten el campo Geller, a las sirenas apenas les llevará unos segundos infiltrarse en nuestro casco. Será como si estuviésemos protegidos por aire.

—¿Son sirenas, Ushamann? —preguntó Zytos. Como los demás, estaba rearmándose y recargando.

Ushamann sonaba resentido.

—Nos han tendido una trampa, ¿no? Nos sedujeron con su canción para dejarnos a merced de sus amos como un sacrificio. Marchaos, yo mantendré a los mortales a salvo.

Ushamann había colocado custodios en cada posición del Librarium. Algunos los había grabado, otros se encontraban descritos en ceniza. Cada sigilo quebrantaba el Edicto de Nikaea, pero la razón y la abstinencia no les protegerían de lo que aguardaba más allá del campo Geller. Puede que los sigilos sí.

—La superstición se va a imponer a la ciencia, hermano —dijo Numeon al epistolario.

—Ya lo ha hecho, Numeon. La lucha se acabó en el momento en que Horus nos traicionó.

Numeon se preguntaba si Ushamann hablaba de manera filosófica o se refería a la guerra. Finalmente, desenfundó a Draukoros y dio la orden de salir. Se deslizó de la vaina ruidosamente, con hambre. Los dientes alrededor de sus mortíferos bordes brillaron en la sanguinolenta luz del Librarium.

Otro temblor se sucedió y Numeon tuvo que agarrarse a la cubierta, clavando sus dedos enguantados en el metal.

Dejó a *Basilysk* en su funda y prefirió confiar en el sigilo de Vulkan. Nadie lo cuestionó. La mayoría había visto o sentido su poder. Cómo o por qué tenía tanto poder era imposible de decir; lo único que importaba era creer en él.

Zytos levantó su martillo. Los demás tenían dagas cortas de combate y pistolas, excepto Vorko, que llevaba un lanzallamas.

El fuego y el metal eran las armas más efectivas de un guerrero contra los demonios, eso y su voluntad innata. El Ultramarine Aeonid Thiel había sido inflexible en ese aspecto. La pérdida de Inviglio debió de dolerle, pensó Numeon, aunque lo había disimulado al separarse en Macragge. Los Marcados de Rojo parecían una orden muy unida, no demasiado diferente a los Pyre Guards. Un sitio vacío escoltaba a Thiel ahora, un espacio perteneciente a un hermano que solo una sombra ocupaba.

Numeon, al que también acompañaban esas sombras, sacudió la cabeza para librarse de los recuerdos.

«Todavía están torturándonos» pensó, teniendo la suficiente autoconciencia para comprender lo que pasaba. Ni siquiera estaban seguros en el Librarium. Aunque los custodios repelían la presencia física de lo que ellos llamaban sirenas, las mentes de los Salamanders todavía estaban en peligro.

Numeon miró durante un instante a las figuras, apiñadas en la oscuridad, que tenían que dejar atrás, aferrándose las unas a las otras igual que hacían con sus últimos atisbos de cordura. Esenzi intentó levantarse.

—Quédate abajo —dijo Numeon a la teniente—. Sella esta puerta una vez hayamos pasado. No vuelvas a abrirla hasta que Ushamann te lo diga.

Esenzi miró con nerviosismo al epistolario, que apretaba los dientes y mantenía los ojos cerrados. Igual que Circe, él afrontaría su propia batalla cuando surcaran la marea de la tormenta.

—Si tenemos éxito, volverá. —La voz de Numeon se oscureció—. Si fracasamos, de todas maneras dará igual. ¿Tenéis vuestras armas? —preguntó a ambos mortales.

Esenzi asintió en silencio. Adyssian miraba fijamente a las sombras pero todavía tenía su pistola.

—Ya sabéis qué hacer si algo que no somos nosotros se cuela.

—Llévate esto —dijo Esenzi, quitándose con cuidado el amuleto aquila del cuello y dándoselo a Numeon—. Para protegerte contra el mal.

El capitán de la Pyre asintió, sus fieros ojos de dragón se encontraron con los de la teniente, sintiéndose honrado por la simplicidad del acto.

—Te lo devolveré.

—Estaré esperándolo —dijo ella.

Numeon se dio la vuelta, con su humanidad guardada a buen recaudo. Ahora necesitaba que aflorase una faceta diferente de su carácter. La determinación incendiaba sus venas. Avivaba el humo de su ira.

«Dirígelo. Utilízalo. No dejes que te utilice».

La sabiduría de Vulkan. Numeon tenía la certeza que la necesitarían en los tiempos que estaban por venir.

Pondrían rumbo a al generatorium, esperando que Gargo y Zonn resistieran.

Con la mano sobre la palanca de apertura de las compuertas, Numeon se detuvo.

A través del objetivo del casco su visión era borrosa, estaba ocluida por interferencias y otras imágenes, gestos irrealmente fantasmales creados por el vertido de la disformidad.

—Ahí fuera, no os fieis completamente de vuestros sentidos. Confiad los unos en los otros. Confiad en vuestro instinto —dijo, suponiendo que la alimentación visual sería la misma para el resto.

Numeon inició la apertura. Poco a poco, con el engranaje chirriando pesadamente, las compuertas se separaron, abriéndoles paso a la zona de la *Caribdis* que se encontraba más allá del librarium.

La titilante penumbra apenas les iluminaba durante unos instantes, con un blanco fosforescente, lo cual no ayudaba a disminuir la sensación de malestar, fuera en el pasillo de acceso ventral que daba al librarium.

Velos transparentes de plastek, con el aislamiento desgarrado debido a metros de cableado, se mecían suavemente frente a ellos dificultándoles la visión. Algo se movió en la artificial brisa generada por el sistema de ventilación de la nave, pero Numeon intentó no darle demasiada importancia. Eran finos despojos que la luz fosforescente hacía resplandecer con un color rojo pálido. Las partes que podían

atisbar parecían caras: la piel estirada que había recubierto miembros antaño, un tatuaje deformado, un piercing todavía incrustado en la carne, huecos donde los ojos antes…

Numeon sacudió la cabeza y los velos volvieron a ser plastek. Dentro del casco, el sudor le recorrió la frente hasta llegar al puente de su nariz. El apagado parcial del soporte vital había enfriado la *Caribdis*, pero él seguía sudando.

Al traspasar el umbral del librarium, Numeon levantó la mano:

—Esperad aquí.

Tenían que esperar. Numeon se dijo que era para asegurarse de que la compuerta se había cerrado tras ellos, pero la verdad se aproximaba más al hecho de querer esperar a ver qué les aguardaba en la oscuridad.

—¿Hueles eso? —susurró Dakar.

Numeon asintió, con los ojos fijos en las profundidades llenas de sombras frente a ellos. El pasillo del acceso ventral donde estaban situados terminaba en una intersección: un camino dirección estribor, el otro a babor, sin estar del todo alineados.

—Todos lo olemos —murmuró Zytos, apretando todavía más el mango de su martillo.

Divisaron sigilos en los penetrantes fogonazos de luz fosforescente. Sucios y fragmentados, habían sido cruelmente embadurnados por manos no humanas. Numeon no había reparado en ellos al entrar, pero ahora, mojados, resplandecían.

Una leve risita atravesó el aire.

—No hagáis caso —lo dijo tanto para él como para los demás—. Esas cosas no pertenecen a la nave. Las quiero fuera. Calcinad las cubiertas si es necesario.

Conforme se acercaban a la intersección, la risa se volvió más fuerte y profunda.

—Dame un blanco —susurró Abidemi. El encendedor de su lanzallamas siseó. Empezaba a parecer una voz *chistando…*

Más velos de plastek colgaban en el pasillo, ondeando tan lentamente como antes. Enormes trozos de los conductos arrancados de la pared colgaban desparramados como intestinos.

Un golpe sacudió la nave, cortando brevemente la electricidad. Sobrevolaban mareas etéricas con una aterrorizada timonel al frente, tambaleándose entre oleadas de emociones y sentimientos.

La *Caribdis* ya había sufrido bastantes daños. Circe podría incluso estar muerta, lo que los dejaría realmente a la deriva.

Numeon se quedó quieto en la oscuridad. Los demás lo imitaron, con Abidemi y Vorko frente al pasillo de estribor. Zytos y Dakar estaban de espaldas a ellos, mirando hacia el otro pasillo, a babor.

La extraña alineación separó al escuadrón mientras intentaban cubrir ambos flancos.

—Veo algo —dijo Abidemi.

Numeon también la veía.

—Está aquí —dijo.

Al final del pasillo, justo enfrente de la escotilla de ventilación, apareció una pequeña figura. Su vestido blanco y andrajoso le llegaba a las rodillas. Se volvió y, descalza, saltó ágilmente entre las tiras colgantes de plastek.

El suave canto de una niña se oyó levemente a través del comunicador.

Numeon intentó fijar el blanco a través del casco pero el punto de mira se movió velozmente a través del proyector retinal hasta que tuvo que cerrarlo. Lo que vio a través de las lentes desafiaba cualquier explicación racional.

Su cabello oscuro y liso caía sobre su cara, ocultando sus pálidas facciones. No importaba lo volátil que pareciera, sus mechones nunca se retiraban.

—He vuelto a perderla —dijo Vorko, avanzando unos pasos. Numeon no se había dado cuenta de que se había movido.

—Está justo aquí.

—No, todavía nada. Dame un blanco. —Vorko siguió avanzando.

—Dame un blanco… —susurró la voz de una niña. Soltó una risita lo suficientemente fuerte como para activar el audio de Numeon.

Con el ceño fruncido, apartó la vista de la traviesa criatura, la cual todavía estaba a más de cincuenta metros de distancia, y vio a Vorko adentrado en el pasillo. Numeon se lanzó hacia él, agarrándolo de la hombrera y tirando de él hacia atrás.

Zarcillos de un blanco diáfano, semejantes a un vestido andrajoso, se alejaron de Vorko en ese preciso momento.

—Permanece en tu puesto —le espetó Numeon. Vorko asintió, visiblemente afectado.

Cuando Numeon volvió la vista al pasillo, la niña lo miraba fijamente. Ella levantó el brazo pero en vez de una mano tenía una garra. Acto seguido agitó las pinzas, amonestándolo.

—No muerde el anzuelo.

Parecía como si estuviera de pie a su lado.

—No le gusta el juego…

Entonces su voz cambió, volviéndose más profunda, más adulta, desdoblándose en varias de forma asincronizada.

—Mis hermanas quieren jugar.

La niña se triplicó.

—Eso es nuevo…

Numeon estaba a punto de lanzar una advertencia cuando Vorko se adelantó. La sangre se deslizó por sus piernas desde un corte profundo en su abdomen, tan fino que apenas lo había notado.

Anteriormente, la niña se había contentado con simples burlas y engaños; ahora quería sangre.

—Nuestras caricias, nuestra gentileza…

Gruñendo para bloquear las voces en su mente, Numeon tomó el lanzallamas de Vorko y bramó:

—¡Destruidlas!

Con la boquilla al máximo, desató una amplia llamarada de promethium. Y luego otra.

Una de las hermanas ardió en llamas, bufando y chillando como un pájaro discordante mientras su vestido se incendiaba.

—¡Tres más detrás de nosotros! —gritó Zytos, mientras él, Abidemi y Dakar cambiaban a pistolas eléctricas. Las espadas aseguraban la muerte, pero de momento tendrían que mantener a la basura a raya. Numeon oyó los violentos disparos, sintiéndolos resonar dentro de su cráneo mientras lanzaba por tercera vez una feroz ráfaga. Ennegrecida, la sirena inmolada se derrumbó y quedó reducida a cenizas.

—¡Dos más por este lado!

Dejando caer el lanzallamas, Numeon sacó su espada de donde la había guardado en cubierta. Con la otra mano tiró de Vorko hacia arriba.

—¿Te estás muriendo, hermano? —Vorko negó lentamente con la cabeza. Ya había sacado la pistola.

—¡En marcha!

Los Salamanders avanzaron juntos, Zytos colocándose al frente con Numeon mientras Dakar y Abidemi tomaban la retaguardia.

Desde que habían dejado el librarium, la intensidad del combate había aumentado considerablemente, pero los legionarios estaban adaptándose.

Numeon los condujo al pasillo en llamas. El plastek se había derretido como la cera en medio del infierno que había desatado, goteando en largos zarcillos desde el techo de cubierta. Tras ser revelada su verdadera naturaleza, las sirenas pasaron a la ofensiva.

Vorko acertó a una de las hermanas tres proyectiles, pero ella se alzó de inmediato. Se abalanzó sobre él en segundos, trazando surcos sobre la armadura del Salamander mientras este gritaba y peleaba.

Numeon hundió a *Draukoros* en su espalda, y ella chilló tan fuerte que resquebrajó su lente. Estiró el cuello hasta casi girarlo por completo para mirarlo.

—Ella le sacará el otro ojo…

Arrancó su espada de la espalda de la sirena, liquidándola. Con la boca abierta en un grito silencioso, se disolvió en la materia visceral que emanaba de las fisuras de cubierta. Estaba acabada.

Pero Vorko también. Se desplomó contra la pared del pasillo, incapaz de contener sus tripas trituradas.

Jurando venganza, Numeon blandió a su alrededor a Draukoros sin encontrar a nadie. La otra sirena se había marchado.

La titilante luz fosforescente regresó a la nave. El ruido del sistema de ventilación se impuso.

—¿Se ha acabado? —preguntó Dakar, buscando blancos frenéticamente.

—Para Vorko, sí —respondió Zytos con tristeza.

Numeon se arrancó el casco, sintiendo un breve lapso de incomodidad al notar cómo su cuerpo se ajustaba al cambio repentino en la atmósfera. De todos modos, se quedó mirando unas grietas.

—Separémonos.

Zytos se volvió rápidamente:

—¿Qué?

—Es peor de lo que pensaba —dijo Numeon, refiriéndose al cuerpo de Vorko—. El infierno que han traído los Word Bearers a esta nave… —Bajó la mirada al sigilo que tenía agarrado con fuerza en la mano—. Encontrad al resto, reagrupaos. Yo me voy al santuario. Numeon se levantó y se volvió para encontrarse con las lentes en blanco del casco de Zytos.

—No se trata de obsesión o negligencia, hermano. Tengo que proteger al primarca. Tengo el presentimiento de que está bajo amenaza.

—Está bien protegido, hermano respondió Zytos.

—Y, sin embargo, no hemos oído nada, no ha habido ninguna señal de Orhn y Ran'd.

—Mientras hablamos, Xathen deambula por estos pasillos, hermano.

—Nosotros también patrullábamos cuando terminamos en una de las cubiertas selladas. Lo que vimos… no creo que fuera solamente una manifestación de las sirenas.

—¿Crees que era real?

—¿Por qué otra razón te habría obligado a detenerte, Zytos? El cuida de nosotros incluso muerto y ahora me toca a mí devolverle el favor. Desde Traoris, he sabido que este era mi deber.

Zytos y Numeon unieron sus antebrazos, sellando su pacto de guerreros.

—Salva a nuestro padre; yo salvaré la nave.

CUARENTA Y SIETE

Intrusos

Barcaza de batalla **Caribdis***, bodega de carga*

Había estado inconsciente durante un momento, pero cuando Hecht se despertó, el Predicador ya se había marchado.

Se tambaleó, levantándose y cayendo contra la pared, aferrándose a ella mientras recuperaba algo de autonomía sobre su cuerpo. Sin embargo, no solo su cuerpo lo había traicionado. Su mente también había sido comprometida.

Dos personalidades compartían la misma psique y rivalizaban por el dominio. Él era Kaspian Hecht y Barthusa Narek. Sus objetivos eran tan similares que cualquier condicionamiento neuronal que hubiera recibido había fallado y lo había dejado en ese estado esquizofrénico.

Quor Gallek lo había visto, y aquella revelación al enfrentarse a la mente consciente de Hecht lo destrozó sucintamente. Por más que lo intentó, ya fuera Narek o Hecht, no podía recordar qué le habían hecho o qué órdenes, profundamente enterradas, le habían dictado seguir.

Recordó su reflejo, lo extraño que le había parecido y, sin embargo, completamente congruente al mismo tiempo. Sabía que tenía una misión. Siempre lo había sabido, solo que la naturaleza de esta le era ajena.

—Soy Kaspian Hecht —murmuró en voz alta, pero sus palabras no sonaban del todo convincentes. Sirvo a lord Maleador como su Knight Errant, yo…

«No, eres Narek de la Palabra», dijo su monólogo interno, pero incluso eso sonó hueco.

Había un charco de sangre, resultado del corte que Quor Gallek le había provocado en la cabeza al golpearle. Miró su reflejo de nuevo, los nobles rasgos que se ajustaban sutilmente a su fisionomía, la decoloración de la carne que dejaba un lienzo en blanco despojado de escrituras colchisianas.

Vio las marcas del cirujano, distinguiendo los cortes e injertos, la realineación

ósea y el crecimiento de los músculos.

«Me han hecho de nuevo», pensó.

Sin embargo, quedaba un misterio por desentrañar, y que servía a su propósito. Era impreciso, estaba solapado por una capa de memoria similar a un impulso anterior pero todavía algo distorsionado, como si se tratara de una visión borrosa y deteriorada.

—Soy Barthusa Narek —dijo en voz alta, aunque la cara ya no se correspondía al nombre. Y, al pronunciarlo, su propósito le fue revelado.

Su misión.

Matar a un primarca.

Narek recogió su espada del suelo. Los esbirros de Maleador habían fracasado. Siguiendo a Quor Gallek, ahora sabía qué tenía que hacer.

Quor Gallek dejó los cadáveres de los dos legionarios a su paso mientras buscaba una forma visible de penetrar el santuario. A través del turbio cristal, podía ver el ataúd del señor de los dragones, pero todavía no conseguía divisar la fulgurita.

Una vez más, sintió cómo la cuerda psíquica tiraba de él y supo que se estaba quedando sin tiempo.

La puerta que daba al santuario no suponía demasiado impedimento en sí misma. Sellada y reforzada, podía detener la mayor parte de los explosivos e incluso aguantar contra los magnaradiales durante un tiempo, pero los obstáculos materiales no representaban una barrera para alguien que podía moverse por medios inmateriales.

Para acceder tendría que utilizar una parte mayor de su fuerza, ajustando todavía más el nudo alrededor de su alma, que era lo único que había arriesgado para poder subir a la nave. Sin embargo, antes de poder llevar a cabo ese último acuerdo, necesitaba superar otra dificultad.

Habían tallado protecciones psíquicas alrededor del marco de la puerta, invisibles tanto para ojos mortales como no mortales, pero no para un apóstol de la Palabra. Eran efectivas contra rituales y lo arcano.

Quor Gallek frunció el ceño, quitándose el casco para poder observar las protecciones sin las lentes de cristal que se lo impedían. Le llevaría un tiempo eliminarlas. Se quitó un guantelete y desenfundó un cuchillo de sierra, colocando la hoja sobre su palma y apretando. Luego deslizó el cuchillo ensangrentado sobre las protecciones, rascándolas meticulosamente mientras murmuraba cánticos de profanación y adoración impía.

Todo podía ser deshecho. Tal era la voluntad del Caos.

Solo, Numeon se dio cuenta de que era vulnerable, pero esperaba pasar desapercibido entre las sirenas, al menos hasta que llegara al santuario.

Solicitando un esquema de la nave, parpadeó para obtener informes de diagnóstico, incluida la integridad hermética de la tumba de Vulkan.

Asegurada.

Le alivió saberlo.

Un temblor repentino sacudió el casco de la nave, arrojando a Numeon de rodillas. Hizo una mueca cuando una punzada de dolor le subió por la pierna. El chirrido de la coraza exterior de la *Caribdis* sonó a través del casco. Cada golpe despedazaba lentamente la nave. Otro duro impacto estrelló a Numeon contra la cubierta. Un tercero lo arrojó contra la pared.

El parpadeo de luz frenético indicaba un corte de energía inminente. Los klaxons bramaban sonoramente una y otra vez. Numeon se mordió la lengua para centrarse, ignorando el mareo que sentía. Agarró un montón de cables colgantes y se aferró a cada muro interno que sobresalía, atravesando de esta manera la cubierta.

Una señal apareció de súbito en su pantalla retinal. Se trataba de un transportador vertical que conducía a las cubiertas inferiores, situado cerca del santuario. En un instante, la lectura pasó de indicar «asegurada» a «peligro de fisura inminente».

—Vulkan…

¿Podía fiarse de lo que estaba viendo? Decidió que era demasiado arriesgado.

Numeon se subió al transportador.

Descendiendo velozmente por el eje del transportador, Numeon se sostuvo a la barandilla mientras el vagón se sacudía. A medida que sentía pasar el aire, empezaron a manifestarse sentimientos de culpa. Había dejado que Zytos y los demás se enfrentaran solos al horror. Por su padre, un cuerpo inerte, había olvidado a sus hermanos.

Ignoró aquella sensación, sabiendo que la provocaba la influencia de las sirenas, o quizá simplemente el extraño mal creado por la tormenta. En cualquier caso, la mente de Numeon se había fortalecido. Dominaba sus emociones, aferrándose a su propósito y deber.

—Vuelve con nosotros, Vulkan —susurró, con la voz tomada por la urgencia de su descenso.

Al llegar a la cubierta más baja de esa parte de la nave, Numeon abrió la celda y avanzó rápidamente hacia el santuario. Las cubiertas inferiores estaban vacías, y sus pisadas resonaban a través de la nave. Cuando se acercó a la puerta de la cámara, se dio cuenta de que no estaba solo, aunque no se había encontrado con nadie en el camino. No era solamente eso, lo habían atraído a ese lugar.

—Está aquí…

Quor Gallek eliminó la última protección con la cara inundada de sudor febril. El esfuerzo procedía del nudo que comprimía su alma. Se arrodilló para eliminar la última barrera protectora pero le costó levantarse de nuevo.

Se estiró para coger el casco pero decidió dejarlo atrás. El estrecho espacio de metal solo conseguiría sofocar el poco aliento que le quedaba. Haciendo acopio de su fuerza, pronunció un encantamiento adicional y atravesó la puerta como si fuera tan incorpórea como la niebla. La disformidad se había expandido por la nave, no lo

suficiente como para realizar una gran incursión, pero sí para permitir que Quor Gallek pasara a través del sólido adamantium y emergiera en el santuario.

Quor Gallek quitó la tapa del sarcófago de Vulkan con respeto, ya que se encontraba ante un primarca. La deslizó lo suficiente a un lado para poder alcanzar la fulgurita. Incluso para el ojo experto de Quor Gallek, el señor de los dragones parecía sumido en un sueño sobrenatural. Colocado sobre el pecho, Vulkan tenía agarrado el mango de un enorme martillo. La armadura festoneada que le cubría el cuerpo era fúnebre. Ambos lo conducían a su descanso final, quemándolo hasta convertirlo en ceniza en las piras de su mundo. Quor Gallek no era un experto en las costumbres de otras legiones, pero sabía lo suficiente para darse cuenta de que eso era lo que los Salamanders planeaban.

Sus ojos se desviaron hacia el premio que tanto había buscado, aquel que Elías había derrochado.

—Empalado como el *striganoi*, el bebedor de sangre de las leyendas, o el poder en la sombra de la fábula de Albión… —exhaló Quor Gallek, pensando en las leyendas terranas de demonios nocturnos y reyes de piedra de antaño. Estaba asombrado por la visión de aquel artefacto, ahora a su alcance, y dudó antes de tocarlo—. Me pregunto a quién te pareces más.

Rozó la lanza con la yema de los dedos y luego, con más confianza, los envolvió alrededor del mango. No sintió… *nada*. Frunció el ceño, sin estar seguro de lo que había esperado.

Narek había asegurado haber tenido una epifanía. La verdad, dijo. Le había abierto los ojos.

Quor Gallek pensó que a lo mejor él ya tenía abiertos los suyos. Se preguntó cómo aquel trozo de piedra común podía matar a un primarca.

Al verla, parecía imposible.

A pesar de sus dudas, no pudo resistirse a tirar de la lanza. Tal y como era de esperar, no cedió.

Con un resoplido de burla, soltó el mango y agarró el cuchillo de Asirnoth. Ya fuera por la esencia de un primarca reaccionando frente a otro, o alguna otra cosa, la hoja pareció vibrar en la mano de Quor Gallek.

El destino, que parecía inminente, le provocó un vuelco en el corazón.

Levantó el cuchillo por encima de su cabeza, apenas consciente de que hubiera otra presencia fuera, en el pasillo del santuario. Daba igual, estaba demasiado cerca para que lo detuvieran. La fulgurita sería suya y, con ella, él…

Quor Gallek se estremeció cuando la inmensa presencia psíquica que había sentido al acercarse a la *Caribdis* se manifestó de repente. Apenas había tiempo suficiente para reclamar una mínima parte de lo que realmente quería. Gruñendo con frustración, desató el nudo y el santuario desapareció para ser reemplazado por una luz cegadora.

La niña del vestido blanco andrajoso se encontraba sola, descalza, enfrente de

Numeon. Entre los mechones revueltos de su cabello, pudo vislumbrar unos ojos mezquinos e inhumanos. Demasiado grandes y negros, le indicaban sin pestañear que se acercara.

—Le va a arrancar el otro ojo…

Numeon blandió a *Draukoros* y sonrió.

—Y esta te va a arrancar tu corazón de demonio.

Su sonrisa se desvaneció entonces, sustituida primero por pena y luego por rabia, cuando vio la matanza. Orhn y Ran'd estaban muertos, cada uno ensartado en la espada del otro, obra de algún mal primordial que Numeon no alcanzaba a comprender pero que ahora consideraba real.

Superstición contra ciencia; la ilustración, falsa, ante la evidencia de lo arcano y misterioso. Había convertido a Horus, el mejor de todos supuestamente. ¿Qué probabilidades de ganar habían tenido Orhn y Ran'd?

Aun así, Numeon resistía. Otros también lo hacían, su padre entre ellos. La guerra había traído una oscuridad lúgubre, pero no carecía de bastiones de luz.

En aquel breve momento de revelación, Numeon tuvo una cosa clara: Vulkan tenía que volver.

—Apártate, desgraciada —dijo, mostrando los dientes detrás de una máscara que tenía colmillos propios.

La pequeña sonrió tímidamente. También tenía colmillos que hacían juego con sus garras.

—Sagrado es seis y seis es sagrado —dijo con una voz chillona y cantarina.

La audacia de Numeon lo abandonó cuando cinco sirenas más aparecieron de oscuros rincones y surgieron sombras donde antes solo había aire.

Levantó el sigilo y lo sostuvo frente a él, sintiendo que le insuflaba valor.

—Te enviaré de vuelta al etéreo —prometió—. ¡Apártate de mi padre!

Las hermanas parecieron dudar al ver el símbolo del primarca apretado con tanta vehemencia por alguien con esas creencias. Por un momento, Numeon tuvo la esperanza de que pudiera protegerlo el tiempo suficiente hasta llegar a Vulkan.

—Le corta la mano. Mata al padre…

Las sirenas se convirtieron en una, sin que sus piececitos hicieran sonido alguno al moverse por la cubierta. Numeon blandió a *Draukoros* para practicar su estocada y relajar la muñeca y el hombro. Sus dientes silbaron mientras cortaba el aire.

—Ciego y con una mano todavía podría desafi… —Se quedó sin habla. Las hermanas pararon de moverse. Todo se había detenido. Incluso las motas de polvo cayendo a través de los haces de luz fosforescente. El goteo condensado de las tuberías, el humo elevándose de las rejillas de ventilación, las chispas saltando desde los cables cortados… Todo permanecía estático.

Con el corazón latiéndole como un tambor y respirando sonoramente, a Numeon le embargó la calma mientras trataba de entender por qué él se podía mover todavía. No tardó en comprenderlo.

—Estás perdido, Artellus —pronunció una voz quebrada y áspera.

Había una figura frente a la puerta del santuario, demasiado grande para un legionario.

Un primarca.

Numeon luchó contra el impulso de arrodillarse cuando sintió la increíble sensación de inmenso poder y fuerza sobre él. La esperanza que albergaba se desvaneció rápidamente cuando el primarca salió —o se obligó a aparecer— de entre las sombras.

Su piel de bronce se desconchaba en una pátina rugosa de verde oxidado. La armadura de cuero cocido estaba agrietada y partida. Llevaba un báculo, retorcido y arqueado, que apretaba con dedos finos. Sus extremidades, frágiles y llenas de afiladas protuberancias. Un solo ojo, el otro era un tajo cruel entre tejido cicatrizado.

El Cíclope.

—Más allá de todo alcance… excepto el mío.

Arrogante. Omnisciente.

Magnus *el Rojo*.

CUARENTA Y OCHO

El Rey Carmesí

Barcaza de batalla **Caribdis***, bodega de carga*

Numeon se encogió ante el todopoderoso primarca de los Thousand Sons. No por miedo —no era una reacción psicológica a la presencia del Rey Carmesí—, sino por obligación. A pesar de la prisa que tenía su mente, el Salamander notaba las piernas pesadas. Bajó la cabeza en una súplica forzada. Solo su vista permanecía levantada, cautelosa pero a la vez desafiante, mientras observaba al primarca.

Era difícil sostenerle la mirada. Un aura volátil emanaba de Magnus *el Rojo*, tan caliente que quemaba al mirarlo. Se asemejaba a su cruel apariencia.

No era tal y como Numeon recordaba (aunque ese encuentro, largo tiempo atrás, había sido breve). Ahora, en ese preciso momento, parecía casi… *más pequeño*, quebrado de alguna manera. No era de la incumbencia de Numeon entender cómo o por qué, pero sin duda era lo que parecía.

—He recorrido la tormenta —dijo Magnus—, y sé lo que acecha dentro de sus aguas turbulentas, igual que sé qué se esconde en tu interior, Numeon.

Más allá de rumores, poco más se sabía de la lealtad de los Thousand Sons. Los informes de la gran guerra que habían llegado a los supervivientes de Isstvan V eran escasos y pocos podían ser verificados. Incluso dentro del Imperium Secundus, Numeon solo había podido recoger los restos de lo que los Ultramarines sabían. La información era insuficiente y estaba oculta entre océanos de duda y silencio.

Magnus podría ser leal al Trono o estar asociado con Horus; Numeon no era capaz de distinguirlo con solo mirarlo. Lo único que distinguía era su ira. Y un condescendiente regocijo.

—La duda —dijo Magnus, y una cruel sonrisa se dibujó en sus labios— puede acabar contigo como cualquier cuchillo.

Numeon quería negarlo, declarar su fe y su propósito, pero consideró que sería una decisión extremadamente mala interrumpir al semidiós que tenía delante.

Si Magnus había podido escuchar sus pensamientos, no lo demostró. En cambio, arañó con las uñas el casco interno y arrastró el báculo por la cubierta, como si le divirtiera ver el estado deteriorado del barco.

—Lanzándoos a la disformidad sin ni siquiera pensarlo, sin reparar en la naturaleza del océano que navegabais. Tan ignorantes —dijo con desdén—, tan arrogantes. Sois todos almas caprichosas y estáis a mi merced.

Numeon sintió picazón en la piel debido al calor que emanaba del aura del Rey Carmesí pero no se inmutó. Sintió que su equilibrio pendía de un hilo, observando el abismo abriéndose a cada lado. Comprendió que a Magnus le ocurría lo mismo, destinado para algo diferente, y en ese instante estaba decidiendo cómo castigar a Numeon y sus hermanos.

El primarca se inclinó hacia delante, como para ver mejor el alma de Numeon.

—Estáis todos perdidos, pero tú eres el que realmente se ha desviado del camino.

—Sí, estamos perdidos —dijo Numeon finalmente, intentando levantarse, pero era un esfuerzo demasiado grande. Quería agarrar el martillo para reconfortarse, esperando otro milagro, pero el poder que poseía era lo suficientemente cauto como para permanecer dormido frente al primarca.

Magnus lo miró de la misma forma que un rey miraría a un campesino, o un hombre a una hormiga.

—Ayudadnos —imploró Numeon, comprendiendo que tenía que convencer al primarca—. Ayudad a mi padre, a vuestro hermano.

Magnus sonrió, aunque era como una mueca, como si frunciera el ceño.

—¿Crees que puedo?

—Sí.

—A lo mejor soy un fantasma, un producto de tu imaginación, un aspecto que tu mente enfebrecida manifiesta.

—Me parecéis tan de carne y hueso como lo soy yo, como mi padre. —Numeon hizo un ademán hacia el santuario.

Magnus se irguió, apoyándose más sobre su báculo para ello.

—Vulkan. —Entrecerró el ojo, provocando la aparición de un cúmulo de arrugas en su cara—. Quieres traerlo de vuelta.

Numeon levantó la barbilla. Necesitó un esfuerzo sobrehumano para alzar las manos y quitarse el casco. Quería mirar al Rey Carmesí a los ojos antes de declarar:

—Vulkan vive.

Un atisbo de tristeza recorrió el semblante del primarca, oscureciéndola con melancolía en vez de rabia.

—Está muerto. Vulkan está muerto.

—No. —Numeon negó vehemente con la cabeza—. Me niego a aceptarlo. Me niego a…

—¿Te niegas? —gritó Magnus, tambaleándose hacia delante para alzarse sobre el Salamander arrodillado—. No es una petición. Mi hermano está muerto. Su mente

desapareció y su esencia se dispersó. Transportas un cadáver, nada más.

Numeon quería abalanzarse sobre él, clavar su espada en aquella criatura mentirosa, pero sabía que llegaría su fin en el momento en el que alzara su mano con ira.

—Está vivo —dijo en cambio.

—Realmente lo crees…

—Y vos también. ¿Por qué si no intervendríais? —Numeon gesticuló hacia las estatuas congeladas de las sirenas.

Magnus volvió a encogerse, encorvado y cansado, mientras reparaba en una de las criaturas.

—Pequeñas demonias… —Su siniestro ojo examinaba a las sirenas—. Son cosas, cáscaras inanimadas hambrientas de almas, una miserable manifestación de oscura emoción. Fueron creadas por manos mortales. Como siempre ha sido y será. He visto tales entidades en el Ojo.

—No lo entiendo.

Magnus volvió el siniestro ojo para mirar al Salamander. Estaba lejos de ser el glorioso primarca del que Numeon había oído hablar pero era tan arrogante y amenazador como uno podía suponer.

—Pocos lo entienden, excepto mi padre y yo. —La mención del Emperador provocó en la cara de Magnus un temblor, originado por un trauma no resuelto—. Puede que Lorgar también, aunque mi hermano tiende a extralimitarse.

—No —dijo Numeon—, lo que no entiendo es por qué estáis aquí. Si es para acabar con nosotros, entonces hacedlo. Pero el Magnus del que mi padre hablaba era sabio y generoso.

—Tu padre, ¿eh? ¿Crees que me conoce, que sabe lo que pienso? Sé cómo piensa él.

Su rostro cambió repentinamente, como si sus facciones fueran de arcilla y una mano invisible las hubiera moldeado a capricho del primarca. Lo frágil se volvió sólido, la carne parda se oscureció hasta tomar el color del ónice. Su espalda encorvada se enderezó. Sus extremidades se engrosaron y se fortalecieron. Sus huesos crujieron, como si se rompieran físicamente para luego modificarse a voluntad.

La armadura, dañada y llena de bultos, adquirió un brillo nuevo. El moho, resultado del paso del tiempo, que se hallaba en la chapa de bronce se convirtió en una pátina que resplandecía vibrantemente a medida que la dura entropía desaparecía. Bordes dorados emergieron de las grebas tal y como los pétalos reaccionan al sol. Su capa harapienta adquirió la firmeza de las escamas. La melena pelirroja, lacia y despeinada se retiró hacia un cuero cabelludo de piel cada vez más negra.

Con la cabeza inclinada y el cuerpo temblando, el primarca se había convertido en el mítico Proteo de antaño, pero su cambio estaba lejos de resultar fluido. Ninguna llamarada de luz transformadora inundó la bodega de carga. Era dolor, la agónica

transformación de algo roto y quebradizo en una forma más sustancial, despojada de cualquier resentimiento.

Por último fueron los ojos, los cuales Numeon no distinguió hasta que la voluble forma levantó la vista de su doloroso cambio y se encontró con su mirada aterrorizada.

La luz del fuego ardió dentro de ellos, dejando a Numeon aturdido, en silencio.

—Has estado buscándome, hijo mío —dijo Vulkan, elevándose en toda su estatura. Gracias a su fuerza de voluntad, Numeon superó la parálisis, obligándose a ponerse en pie.

Dio un paso atrás, observando al señor de los dragones.

—Es un truco cruel —exhaló, cerrando su mente a las implicaciones planteadas por la aparición. ¿Tan sencillo era crear una imitación de su padre? ¿Podrían haberlo engañado con tanta facilidad anteriormente?—. Tú no eres él. —Trató de echar un vistazo donde sabía que su verdadero padre reposaba todavía, pero no pudo ver el santuario ni el ataúd en su interior—. Esto es mentira…

Vulkan se movió tan rápido que Numeon apenas tuvo tiempo de darse cuenta antes de que un guantelete escalonado se cerrara alrededor de su garganta.

—¿Mentira? —La voz era profunda y venenosa. El tono pertenecía a Vulkan, pero no las palabras. Gruñó, revelando colmillos de dragón. Escamas negras aparecieron en su cuello, oscureciendo las marcas.

Numeon se ahogaba, su cuello estaba constreñido incluso dentro de la armadura, mientras lo alzaban de la cubierta.

—¿Así es cómo saludas a tu desaparecido padre, que ha vuelto de entre los muertos? —Una membrana transparente se deslizó sobre la esclerótica de ambos ojos cuando Vulkan parpadeó.

Los dedos alrededor de la garganta de Numeon se tensaron tanto que le costó responder.

—No eres… mi padre.

Los ojos de Vulkan ardieron todavía más, dos hornos llenos de ira. Una lengua serpentina se deslizó entre sus labios para probar el aire.

—¿Ah, no? ¿Tan diferente soy, Artellus? Nada que vuelva puede ser lo mismo, eso dice el círculo de fuego.

La negrura se arrastró al borde de la visión de Numeon, anunciando que se iba a desmayar. Luchó por aguantar un poco más.

—No eres él… Ni siquiera estoy seguro… de que seas… Magnus…

La tensión alrededor del cuello de Numeon se relajó al instante cuando lo liberó. Repiqueteó contra la cubierta, jadeando y arrancándose el gorjal.

Una risa amarga salió de los labios del primarca. Volvió a encogerse, encorvado y miserable. Manchas de un bronce sucio y verde oxidado reaparecieron en la armadura de dragón. El ónice se agrietó y se desprendió como una piel de serpiente, revelando un rojo furioso debajo.

El cabello volvió a crecer, mientras sus miembros se marchitaban y la desaliñada forma de Magnus el Rojo se restauraba. Inclinado, con una melena lacia de pelo rojo tapándole una parte del rostro, lo miró.

—¿Cómo es que has vivido tanto, Salamander, cuando mi hermano, con todos sus dones, no ha podido?

Volvió a reírse, pero esta vez a Numeon le pareció percibir arrepentimiento.

—Vulkan volverá. Me ocuparé de eso.

Una risa burlona y sin entusiasmo escapó de los labios de Magnus.

—Eres tan arrogante. ¿Crees que ha sido el destino el que te ha traído hasta aquí? ¿Creías que la disformidad le dio algún poder a mi hermano? —preguntó, frunciendo el ceño divertido—. ¿O a ti?

Otra vez de pie, Numeon se negó a dejarse intimidar de nuevo.

—He sido testigo de milagros.

Magnus sonrió, pero la sonrisa no se mostró en su frío ojo.

—¿Un faro que trajo gente para rescatarte? —dijo—. ¿Detener la furia mortal de Xenut Sul? ¿Sobrevivir a un bautismo de fuego? ¿El golpe que destrozó aquella armadura Cataphractii? ¿Son estos los milagros de los que hablas, Artellus Numeon? Dime, ¿cuántas veces has engañado a la muerte?

—Yo…

—Moriste en Traoris y has estado atado a mí desde entonces. He cuidado de ti, Numeon.

—¿Por qué? ¿Con qué propósito?

—Vulkan es mi hermano, ¿acaso no es razón suficiente?

—No tiene sentido.

—Nada en esta guerra lo tiene —admitió Magnus, con melancolía en su voz. Apartó la vista, como si buscara para sus adentros—. Quería saber si lo tenía en mi interior.

—¿El qué?

El primarca volvió la vista al Dragón.

—La compasión. La crueldad. Estoy dividido entre ellas en este amargo caparazón —pronunció, y el rencor regresó a su voz—. Así que te puse hilos y observé cómo te revolvías contra ellos. Los milagros no existen, solo mi poder. Mi voluntad.

Numeon negó con la cabeza.

—No puede ser…

Era un ardid, otro truco cruel.

Retrocedió otra vez, casi tocando una de las formas demoníacas congeladas que aún se mantenían estáticas debido a la cronomancia del Rey Carmesí.

—Fue la voluntad de Vulkan —dijo Numeon, pero no sonaba convencido.

—¿De veras?

—Sentí su fuerza dentro de mí. Soy su recipiente.

—¿Lo eres? —El ojo de Magnus se entrecerró a la vez que acortaba la distancia entre ellos—. ¿Lo eres de verdad?

—Solo llamamos vuestra atención porque estáis atrapado dentro de la tormenta como nosotros.

—¿Así fue? ¿Lo estoy?

—Es una prueba de mi resolución y valía.

—Si eso es lo que piensas…

—No habéis estado guiándonos, ni cuidando de mí.

—¿Ah, no?

Numeon apretó los puños pero los soltó casi de inmediato.

Algo le dijo que esto era lo que Magnus quería, que le inundara la ira.

—Matadme o dejad de burlaros de mí, pero tened por seguro que nada de lo que digáis me convencerá de esto. Yo creo en Vulkan. Él vive.

—Si pudiera revivir, ¿qué estarías dispuesto a sacrificar para traerlo de vuelta?

—Daría cualquier cosa para llegar a Nocturne.

—No es lo que he preguntado.

Numeon dejó de hablar. Sintió que no había mucho más que decir, de todas formas. Necesitaba acabar con esto, de una forma u otra.

—¿Podéis atravesar la tormenta y llevarnos allí o no?

—No —dijo Magnus—. Pero puedo darte una elección.

—¿Qué elección?

—La única que te queda. Mira a través del fuego para encontrar tu camino…

Una luz resplandeció, más brillante y caliente que cualquier sol. Quemaba, arrancando armadura y carne, convirtiendo los huesos en cenizas, hasta que no quedó nada más que polvo en el viento. Numeon gritó cuando la agonía se apoderó de él, sacudiendo su mente, inundándola de fuego. De un fuego eterno.

—¡Aquí está! —retumbó la voz de Magnus, con arrogancia y grandilocuencia—. ¡Tu destino, hijo de la Tierra!

El fuego rugió, volviéndose cada vez más feroz hasta que eclipsó todo sonido y se hizo el silencio otra vez.

Numeon respiró. En un solo instante, todo había cambiado.

Magnus se había ido, y con su ausencia llegó la anarquía.

CUARENTA Y NUEVE

Alianza frágil

Crucero Monarchia*, el altar*

Degat parpadeó y reparó en que estaba abordo del *Monarchia*.

El y algunos otros, los que habían sobrevivido al ataque en la nave de los Salamanders, permanecieron estupefactos dentro del círculo arcano del altar más grande.

Uno de ellos estaba agachado, con la cabeza inclinada.

Quor Gallek se estremeció y, durante unos instantes, Degat pensó que el Predicador se convulsionaba debido a alguna parálisis de la disformidad. Entonces se dio cuenta de que, en realidad, Quor Gallek se estaba riendo.

—El Rey Carmesí —siseó—. Está con ellos.

Degat lo agarró bruscamente, poniéndolo de pie.

—¿Y qué? ¿Por qué nos has enviado de vuelta?

El calor de la batalla tardaba en desvanecerse; apretó y aflojó la mano. Con la otra se aferraba a la espada sierra que todavía giraba, gruñendo irritado porque lo hubieran privado del festín.

La apagó, liberando a Quor Gallek al mismo tiempo.

—No tuve elección, Degat. Nos habría matado de habernos quedado. Degat sabía muy poco de Magnus *el Rojo*. Pocos habían oído hablar del primarca desde tiempos de Próspero. Otros pensaban que estaba muerto.

—Y ¿qué pasa con nuestra presa? ¿Se la servimos en bandeja al Rey Carmesí, después de pelear y sufrir tanto?

No mencionó que la huida había sido de lo más oportuna, ya que el dragón lo tenía acorralado con un arma de plasma. Degat podía sentirlo en su pierna herida.

Quor Gallek había notado la cojera; bajó la mirada hacia la herida pero no dijo nada.

—Hay más —dijo Quor Gallek, y levantó los ojos hasta encontrarse con los de

Degat—. Barthusa Narek los acompaña.

—¿A bordo de la nave?

—Estaba muy cambiado. Pero era él, estoy seguro de ello.

Degat dio un paso atrás, como preparándose para algún ritual.

—Envíame de vuelta.

—No puedo.

Avanzó hacia Quor Gallek, estrangulando al Predicador.

—Quiero su cabeza, Predicador —gruñó—. Envíame de vuelta.

Quor Gallek repitió lo mismo:

—No puedo.

Degat esperó un poco más, debatiéndose entre romper o no el cuello de Quor Gallek. El ritual de llevarlo a él y a sus guerreros a través de la disformidad hasta la *Caribdis* había debilitado al Predicador. Era la única razón por la que Quor Gallek estaba siendo tan dócil. No tenía otra elección.

—No nos has servido de nada.

—Yo no diría eso —graznó Quor Gallek, sosteniendo un pequeño fragmento de roca.

Era una parte de la fulgurita. No podía tratarse de otra cosa.

Degat lo soltó.

—¿Lo has matado? ¿Al señor de los dragones?

Quor Gallek se frotó el cuello y negó con la cabeza.

—No puedes matar algo que ya está muerto.

Levantó el fragmento hacia la luz, que pareció intensificarse a su alrededor.

—Con este fragmento podremos lograr algo más.

—¿Qué poder puede tener un trozo de roca común? —preguntó Degat, pero alargó la mano hacia el fragmento.

—Le dio a Narek un propósito diferente —contestó Quor Gallek. Degat apartó rápidamente la mano, como si se hubiera quemado.

Dio la espalda al Predicador, haciendo un gesto con la cabeza a sus hombres para que se marchasen pero estuvieran listos para un despliegue inmediato.

—¿Quién es él, entonces?

—Un legionario de gris. Un alma perdida. Dijo que la fulgurita le mostró la verdad.

—La única verdad que me interesa es la de Lorgar —dijo Degat—. ¿Cuál es su propósito a bordo de la nave? ¿Se ha unido a ellos?

—No hemos acabado, Degat. Todavía no. Narek será tuyo y las respuestas llegarán. Fluirán, al igual que la sangre.

Los nudillos de los guanteletes de Degat crujieron cuando cerró las manos en dos puños.

—Haré que se ahogue en ella.

—No hables con nadie de eso, hermano, ni de lo que acabamos de tratar —dijo

Quor Gallek, volviéndose para mirar al servocráneo que planeaba por la estancia—. Tenemos compañía.

Un holograma se proyectó de la boca del cráneo, trazando la beligerante forma de Laestygon.

—Otro fracaso, Predicador.

El *Segador del Silencio* debía de andar cerca para ser capaz de comunicarse mediante hololitos. Había alcanzado al *Monarchia* y sin duda disponía de munición lista para una ejecución inmediata.

—La única razón por la que la nave no está todavía hecha pedazos es porque te necesito, Quor Gallek.

Quor Gallek fue lo bastante juicioso como para inclinarse. Degat no hizo nada pero al menos miró al comandante de la Death Guard.

—Acabaremos con ellos —trató de tranquilizar a Laestygon—. Su nave está a punto de desaparecer, su tripulación devastada y los guerreros medio muertos. Ahora que estás aquí podemos…

Laestygon alzó su mano enguantada para evitar que Quor Gallek siguiera hablando.

—No más promesas ni mentiras, Predicador. La nave ha desaparecido.

—¿Ha desaparecido? ¿Cómo? Están a merced de la tormenta. Una nave no puede simplemente…

—Y, sin embargo, la *Caribdis* no aparece en ninguno de mis sensores. Se han ido. Y necesito que me digas adonde. —Se inclinó hacia delante, hasta que su cara acorazada llenó la captura de la imagen—. Pero permíteme ser claro: no siento ningún apego por los de tu clase, aficionados y lacayos de los demonios. Te necesito para lograr algo, Quor Gallek. Cuando esto se haya acabado, tú y yo separaremos nuestros caminos. Y entonces será mejor que corras. Muy lejos.

CINCUENTA

Arrancados de la tormenta

Barcaza de batalla **Caribdis***, bodega de carga*

El tiempo se había reanudado sin Numeon, quien había sido empujado repentinamente a la oscuridad. Los recuerdos de lo que el Rey Carmesí le había mostrado se desvanecieron rápidamente. Se aferró a ellos, tratando de anclar los fragmentos que pudo a su mente despierta, pero resultó ser tan efectivo como tratar de atrapar humo.

«Una tormenta creciente.

Mareas de fuego.

Un trueno en el aire.

Un camino en llamas.

La montaña».

A medida que el presente se asentaba, los klaxons volvían a sonar. Los gritos de aquellos seres antinaturales cesaban poco a poco mientras la cubierta se volvía roja debido a iluminación de las luces de emergencia.

Todavía estaba en la bodega de carga, no demasiado lejos del santuario, cuando la *Caribdis* se sacudió con fuerza a babor. Al salir despedido, Numeon chocó contra la pared. Se agarró de la rejilla de cubierta con los dedos a la vez que la nave volvía a girar.

Escuchó las voces del comunicador en su oído, filtradas a través de su aparato de comunicación. Los gritos dando órdenes e informes desesperados llenaban el canal.

Cada soporte y barra de refuerzo, cada muro y fragmento de la estructura maltratada de la *Caribdis* bramaban atormentados.

Una violenta turbulencia arrancó un pesado contenedor, que se estrelló contra el cuerpo de Numeon y lo apartó de la cubierta. La gravedad no era de gran ayuda en ese momento. Cayó hacia atrás a lo largo del pasillo, lejos del santuario. Parecía como si estuviese cayendo en picado por un pozo. Buscó algo para detener su

descenso, haciendo una mueca cuando más cargamento se desprendió de sus amarras y le golpeó el hombro. Tuvo que soltar su agarre a un estante cuando una caja de munición le impactó en el pecho.

Se esforzaba por mantener la orientación mientras caía dando vueltas. Al chocar contra un mamparo, Numeon sintió que se quedaba sin aire. Se aferró a él, con la vista temblorosa a causa de los últimos coletazos de agonía de la nave.

Oyó cómo se quebraba acero, rasgándose y separándose, y vio cómo una viga salía despedida hacia él como una lanza. Tras apenas recobrar el aliento, rodó y sintió el tirón de la gravedad.

Gritando y sacudiéndose, Numeon intentó agarrase de nuevo a algo pero quedó atrapado en medio de un torbellino de cajas y barras de refuerzo que se precipitaban hacia él desde la bodega de carga. La viga se había ensartado en el mamparo, partiéndole y sobresaliendo por el otro amenazadoramente.

Más vigas la siguieron, arrancadas de su sitio, como una tormenta de escombros. Propulsadas por la fuerza de su impulso, los extremos afilados de las vigas destrozadas perforarían la armadura de Numeon con facilidad.

Rugió enfadado y dolorido, maldiciendo la ignominia de todo aquello. Pensar que iba a morir así, después de todo lo que había sobrevivido…

Un repentino y doloroso tirón detuvo su descenso, dislocándole el hombro. La abrupta parada lanzó a Numeon contra la pared. Las vigas se curvaban a un palmo de su cara. Estiró el cuello para identificar a su salvador.

Kaspian Hecht parecía tan dolorido como Numeon, aferrándose a la muñeca extendida del Salamander.

—¿Te vas a quedar ahí colgando? ¡Vamos!

Tiró de él y Numeon se aferró con la otra mano y los pies, luchando por alcanzar el hueco en el que Hecht se había refugiado. Hecht arrastró a Numeon adentro. El legionario gris estaba de espaldas a la pared interior, con los pies apoyados contra el lado opuesto, embutiéndose así en el rincón.

Era un sitio estrecho con apenas espacio para los dos.

—Gracias —dijo Numeon sin aliento. La sangre le corría por la cara y el hombro. Tenía algunos huesos fracturados.

Hecht asintió, destrozado también. Su brazo apoyado contra el pecho sugería que se había roto algo, un ligamento o un músculo, al intentar poner a Numeon a salvo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Numeon.

—No creo… que la tormenta quiera dejarnos ir.

Habían dejado la disformidad. Numeon todavía no sabía si habían caído o los habían expulsado. Durante unos segundos, tuvo problemas para discernir si lo que había visto era real o se había imaginado la presencia del Rey Carmesí.

Adoptando la misma postura que Hecht, Numeon se recolocó el hombro dislocado. El dolor fue momentáneo, y pudo sentir cómo su biología transhumana unía de nuevo las heridas.

Lentamente, el temblor se detuvo cuando la *Caribdis* comenzó a enderezarse, y la presión contra el pecho de Numeon disminuyó. La ferocidad de la cascada de cargamento que salía despedida disminuyó. Primero las cajas se deslizaron y tambalearon, hasta que al final se detuvieron.

Los lamentos del casco se convirtieron en un crujido sordo mientras el blindaje se asentaba y el tensado esqueleto interior de la nave se relajaba.

Cuando sus pies tocaron de nuevo al suelo, Numeon no sintió que ningún motor sacudiera la cubierta o las paredes. Estaban tan a la deriva como antes.

Exhaló una larga respiración, con calma.

—Te debo la vida, Hecht. ¿Qué hacías aquí, tan cerca del santuario? —preguntó, mirando al otro legionario.

Hecht hizo una mueca, era evidente que las heridas aún le dolían. Había perdido el casco durante el caos y tenía un feo moretón en el costado de la cabeza.

—Debo de haber dado la vuelta —dijo—. Me dirigía al generatorium cuando todo… *cambió*. Sucedió de repente. Confieso que me cuesta trabajo recordar exactamente qué ha pasado.

Se volvió para mirar a Numeon a los ojos.

—A no ser que tú puedas iluminarme.

Algo en la expresión de Hecht detuvo a Numeon, como si ya supiera o tuviera una idea lo bastante clara de lo que había sucedido.

—Un primarca ha intervenido en nuestro nombre, el Rey Carmesí.

Hecht no puedo disimular su conmoción y su asombro.

—¿Magnus *el Rojo*?

—O una parte de él, no estoy seguro. Fue críptico.

—¿Qué ha dicho?

—Me ha enseñado una visión de un posible futuro, quizá. No lo sé. Pero ha dicho que teníamos una elección. Tampoco sé qué significa eso.

—¿Nada más? ¿Ningún trato o pacto?

—¿Debería haberlo habido?

Sostuvo la mirada de Hecht durante un momento más, tratando de descubrir a qué se refería el legionario gris. Después de todo este tiempo todavía no estaban seguros de la naturaleza de su misión.

—Los primarcas no dan obsequios sin nada a cambio —dijo—. La lealtad de los Thousand Sons todavía nos es desconocida.

—No creo que tuviera la intención de desvelarla. Creo que lo hizo por Vulkan, un último gesto de fraternidad en tiempos de fratricidio. Quizá solo quería mostrarnos de lo que era capaz. ¿Cómo voy a saber los motivos del Rey Carmesí? Me alivia que no nos matase a todos, la verdad.

Numeon negó con la cabeza, irritado por el interrogatorio de Hecht, y activó el comunicador, tratando de encontrar una voz entre los restos del canal y el ruido estático.

Encontró a Zytos.

—*Me alegra volver a oír tu voz, hermano capitán* —dijo Zytos con calidez.

—No es tan fácil matarme, Zytos.

—*Eso ya lo sé. ¿Sabes qué ha pasado? Lo último que recuerdo es que iba camino del generatorium. Estábamos rodeados de sirenas y luego… esto. ¿Está Vulkan a salvo?*

Numeon ya estaba en movimiento. No podían contar con cualquiera que fuera el indulto que Magnus el Rojo les había concedido. Tampoco tenía idea dónde les había hecho salir la tormenta.

—Está a salvo, y el santuario permanece intacto. Estoy con Hecht. Vamos a por ti. Te lo contaré todo entonces.

—*Estamos en el puente de mando. Numeon…*

Cualquier noticia que Zytos estuviera a punto de revelar, era lo suficientemente importante como para interrumpir los pasos de Numeon. El Salamander le hizo un gesto a Hecht para que se detuviera.

—Habla, Zytos. ¿Qué pasa?

—*Zonn está muerto y Gargo…* —Numeon podía oír al otro Salamander negar con la cabeza—. *Estamos malheridos, pero eso no es todo.*

Numeon cerró un puño al oír la noticia de la muerte del techmarine. Tantas pérdidas. Tenía que significar algo. Las palabras del Rey Carmesí resonaban en su mente. La falsedad de los milagros. La mentira de que Vulkan guiaba a los Salamanders a través de él. La visión del fuego. Sus dedos tocaron suavemente el sigilo, pero Numeon no podía sentir su calor ni obtuvo consuelo de su presencia. ¿Magnus le había dicho la verdad?

Su voz sonó débil, llena de dudas.

—¿Qué más, Zytos?

—*Ven al puente* —le dijo—. *Hemos dejado atrás la tormenta pero tienes que ver esto con tus propios ojos para creértelo.*

—¿Creer qué? —preguntó, incapaz de enmascarar la irritación de su voz—. ¿Hemos vuelto a los límites de Ultramar?

—*Me temo que no, hermano capitán. Hemos salido al otro lado de la tormenta.* —La emoción embargó las siguientes palabras de Zytos, como si apenas creyera lo que estaba diciendo—. *Terra sigue en pie, Artellus. La guerra todavía no ha terminado. El Emperador vive.*

Numeon se tambaleó. Ya fueran sus heridas, la fatiga dándole alcance o la importancia de lo que acababa de escuchar, tuvo que apoyarse contra la pared para evitar caerse. Rechazó con la mano la ayuda que le ofrecía Hecht, mientras intentaba entender qué era lo que Zytos acababa de decirle.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes saberlo?

—*Hemos interceptado un mensaje, repitiéndose una y otra vez* —dijo Zytos—. *Es de lord Dorn. Ordena a todos los hijos leales al Emperador regresar al Palacio*

Imperial.

Una elección, había dicho Magnus. Numeon no estaba seguro de que fuera esto. Cortó el enlace y dejó que el silencio reinara durante unos segundos antes de dirigirse a Hecht.

—Hemos vuelto.

Hecht frunció el cejo.

—¿A Nocturne?

—No —dijo Numeon, sus palabras pesaban tanto como su corazón—. A Terra.

CINCUENTA Y UNO

Terra sigue en pie

Barcaza de batalla **Caribdis**, *puente de mando*

Incluso con el telescopio a máximo aumento, la frontera del territorio de Terra era todavía una mancha en la distancia.

Pero aquí estaban. Habían llegado a través de la tormenta y se hallaban no muy lejos del Mundo del Trono.

Todas las señales indicaban, sin duda alguna, que habían alcanzado el Segmentum Solar y que se encontraban a solo unas semanas de viaje del territorio soberano del Emperador. Debido a los locos caprichos de la disformidad, habían conseguido viajar más allá de Nocturne.

Numeon representaba una figura solitaria, de pie ante el iris completamente abierto del oculus principal de la nave. Al regresar al espacio real, las persianas de la *Caribdis* se habían levantado y la abertura frente al Salamander constituía una amplia e imponente vista.

Los ingenieros habían logrado restaurar la función motriz de las unidades de plasma de la nave. Los motores de disformidad también permanecían funcionales, aunque ahora no los necesitaban. Pusieron en marcha el rumbo con una mezcla equilibrada de esperanza, desesperación y melancolía.

Adyssian parecía haberse llevado la peor parte. Ahora ausente del trono de mando, el capitán de la nave tenía un aspecto harapiento y demacrado, y había dejado el puente en manos de Esenzi.

Circe vivía pero la habían mandado al apotecarion, bajo el cuidado del medicae. La navegante había regresado a un estado de fuga disociativa catatónica y no había pronunciado ni una sola palabra desde que regresaron al espacio real. Cualesquiera que hubiesen sido los horrores vividos por la tripulación y Adyssian, ella había sido sometida a ellos también.

El puente de mando se encontraba casi vacío, ocupado por una escuálida

tripulación formada por cualquiera que quedase vivo. Excepto Adyssian y Esenzi, el resto habían sido asesinados a manos de las sirenas. A pesar del trabajo de limpieza de los servidores, la cubierta todavía estaba manchada de rojo.

Tantos muertos…

Numeon sostenía el sigilo sin encontrar consuelo todavía. Aun así, sentía algo. Algo peor que la decepción, la ira o la frustración.

Era alivio.

Al fin se había terminado. Con Terra a su alcance, podría descansar.

—Escuchémoslo de nuevo —dijo a Zytos, que se encontraba cerca con Dakar y Abidemi. Kaspian Hecht era el único otro legionario en cubierta, ya que había llegado con Numeon. Con los brazos cruzados, se apoyó contra una columna, distante y apartado de los demás, como siempre había hecho desde que subió a bordo.

Zytos puso una alentadora mano en el hombro de Numeon.

—Nadie podría haberte pedido más, hermano capitán.

Numeon asintió, agradecido pero poco receptivo.

—Esta vez en toda la nave —dijo—. Transmitidlo en cada comunicados La gente que queda de nuestra compañía, legionarios y tripulación, deberían saber que Terra todavía resiste.

Después de unos momentos de sonido estático, el mensaje fue transmitido a través de cada comunicador en la *Caribdis*. Desde los barracones hasta la sala de máquinas, cada mujer y hombre de la tripulación, cada legionario dejaron lo que estaban haciendo en ese momento.

En el apotecarion, donde se encontraba ayudando a gente como Gargo y otros heridos, Ushamann levantó la cabeza para escuchar. Al lado de Circe, Adyssian estrechaba su mano gentilmente con la esperanza de que ella también lo oyera.

Mientras patrullaba los pasillos de la nave, asegurándola y tratando de reparar su fracaso anterior, Xathen se detuvo y miró a una unidad de comunicación que crepitaba cerca. Sus guerreros hicieron lo mismo, bajando sus armas y prestando atención.

A solas en el solitorium, Var’kir abrió los ojos y pausó sus meditaciones.

Durante unos momentos, todo el mundo cesó su actividad, sosteniendo la respiración con embelesada atención ante las palabras del séptimo primarca:

—*Hijos e hijas del Emperador* —entonó una profunda voz estentórea, entrelazada con ruido y señales estáticas—. *Terra resiste. Prestad atención a mis palabras, las palabras de Rogal Dorn, señor de los Imperial Fists y Pretoriano del Emperador. Terra… sigue… en pie. Resistimos, desafiantes e indomables, ante la traición de Horas. El Emperador os suplica que regreséis al Mundo del Trono. Todas las legiones leales deben regresar al Mudo del Trono de inmediato*.

«*Terra sigue en pie*». Ave imperator.

El mensaje terminaba ahí pero se transmitía en bucle a través de los comunicadores desde el Palacio Imperial. Zytos cortó la grabación.

Era una llamada a las armas. Horus debía estar dirigiéndose a Terra. Dorn necesitaba la ayuda de todos los súbditos leales.

—Guilliman dijo que se había acabado —dijo Numeon—. Se equivocaba. Una legión entera… No, *tres* legiones atrapadas al otro lado de la tormenta, languideciendo en desesperada ignorancia. —Meneó la cabeza—. Si supieran…

—Si lo supieran, entonces cada súbdito leal que se encontrase todavía en Macragge abandonaría el Imperium Secundus y correría a Terra —dijo Zytos, terminando la frase—. Podemos ser los mensajeros, hermano capitán. Puede tratarse de nuestro significado, de nuestro propósito.

—Una vez lleguemos a Terra, no podremos volver. Dorn no lo permitirá. —Numeon pensaba en voz alta. Se volvió hacia Esenzi, que se encontraba sentada en el trono de mando de Adyssian—. ¿Podemos contactar con ellos?

—Cualquier señal que estén usando está amplificada muchas veces. Parece que un coro astropático entero haya prestado su voz. Tendríamos que acercarnos mucho más, mi señor.

Zytos sintió la inquietud de Numeon cuando volvió su mirada a las vistas del espacio encapsulado por el oculus. Era lo suficientemente inteligente como para hablar en voz baja, para que solo su destinatario pudiera escucharlo.

—¿Estás considerando no volver a Terra?

—Parece que nos encontramos en un punto de inflexión, ¿no? Un lugar donde el camino diverge. En un extremo se encuentra Terra, y en el otro… —dijo Numeon.

—Ya hemos intentado el otro. Casi nos mata.

—Hice un juramento, hermano —dijo Numeon, apretando todavía más fuerte el sigilo.

—Al igual que yo, todos nosotros. —Zytos se acercó. Numeon odiaba lo conspiratorias que sonaban sus palabras—. Pero se trata de Terra. El Palacio Imperial. ¿Realmente podemos darle la espalda?

Numeon lo miró a los ojos. Nunca antes había sentido cada una de sus heridas, de sus pruebas, tan pesadas.

—No obstante, le damos la espalda a Vulkan. —No era una acusación, sino la declaración genuina de un hecho. Era casi una solicitud de permiso.

«Déjalo. Déjalo estar. ¿Acaso no he dado suficiente?».

Zytos estaba a punto de replicar pero Numeon ya se marchaba.

—Hermano capitán —sonó desconcertado cuando habló a la espalda de Numeon—. ¿Adónde vas?

—A la última vigilia.

CINCUENTA Y DOS

La última vigilia

Barcaza de batalla* Caribdis*, santuario

No era la primera vez, pero seguramente sería la última que Numeon inclinaba su cabeza en reverencia en los confines cercanos del santuario.

Desafiando toda razón, había venido una y otra vez en busca de un milagro, de una señal que le diera esperanza.

Durante un tiempo, pensó que había encontrado una, pero todo lo que Numeon veía ahora era la forma yacente de su padre muerto. Descansando. No en la tierra de Nocturne, pero finalmente se encontraba a salvo.

Al menos, en Terra Vulkan se reuniría con su padre.

—Te he fallado, padre, y me arrepiento enormemente —pronunció esas palabras medio ahogadas, con una voz solemne y ronca. Al decirles en voz alta solo hizo que la realidad de su fracaso fuera más palpable.

—Y lo he intentado, de verdad que sí. He sufrido, todos lo hemos hecho. Pero no hay manera de regresar a Nocturne, no mientras la tormenta arrecie y la galaxia arda.

Vulkan no respondió, ni se movió. Permaneció como estaba, como siempre había estado desde que lo embarcaron en la *Caribdis*. Sin vida. Un cadáver frío.

—Creo que si pudiéramos devolverte a la montaña…, en los fuegos podrías…

Cerró los ojos, respirando hondo para ordenar sus pensamientos. Fragmentos de la visión regresaron, de la profecía del Rey Carmesí.

«Una tormenta creciente.

Mareas de fuego.

Un trueno en el aire.

Un camino ardiente.

La montaña».

Fuego Letal.

«Mira a través del fuego», le había dicho Magnus.

Numeon abrió los ojos. Quería ceder y aceptar que al menos estaban vivos y habían llegado a puerto seguro. Vulkan sería enterrado en las bóvedas funerarias de Terra y honrado a lo largo de los tiempos.

Pero algo lo hizo detenerse.

El epitafio en el ataúd de Vulkan llamó su atención.

—La Llama Liberada —dijo Numeon en voz alta.

«El fuego.

Mira a través del fuego».

—¿Quien ha visto la Llama Liberada?

«Encuentra tu camino».

—Una montaña se cierne sobre mí, envuelta en una nube de luto…

Numeon pensaba que Magnus se refería a su camino, su destino.

Levantándose con urgencia, se dio cuenta de que había descifrado las palabras del Rey Carmesí erróneamente.

Había ceniza en la base del ataúd de Vulkan, quizá de una vigilia anterior. Numeon las tocó con el dedo y renovó la marca blanca de su cara.

—Vulkan vive —susurró, y lágrimas de esperanza se formaron en sus ojos, mientras se dirigía al solitorium.

Al oír el ruido de las botas, Var'kir levantó la vista de su ensoñación frente al brasero en llamas.

—¿Están sus sombras entre las llamas, capellán? —preguntó Numeon, manteniendo su voz baja por respeto al santuario.

—Veo a Zonn, Orhn, Ran'd, Zadar, Kur'ak… Veo a los muertos, hermano capitán.

—Pero jamás has visto a nuestro padre, nunca a Vulkan —dijo Numeon, arrodillándose al lado de Var'kir.

—No, nunca a Vulkan. —Miró a Numeon con sinceridad—. Sé que no hemos estado de acuerdo en muchos aspectos con respecto a nuestro padre. Desearía haber creído como tú que podía ser resucitado, pero una huella de ceniza en tu cara no será capaz de obrar milagros.

—Estamos vivos. Eso es un milagro.

Var'kir asintió, volviendo sus ojos a las llamas.

—Algunos, sí.

—No hay nadie en esta nave que sienta su pérdida más que yo. Soy el responsable de sus muertes.

Su mente vagó brevemente mientras los recordaba.

Una mano en su hombro apartó a Numeon de su oscuro ensimismamiento.

—Supone un golpe duro no poder llegar a Nocturne. Pero al menos en Terra podremos volver a unirnos a la guerra.

—Tu fe te acredita, Var'kir, como siempre. Pero no fracasamos: yo he fracasado.

Vulkan todavía permanece en este estado porque no pude atravesar la tormenta.

—Volveremos, Artellus. Cuando la guerra se acabe y la rebelión de Horus haya sido aplastada, Vulkan podrá descansar en paz.

—Sé que volveremos, pero no seré yo quien nos guíe. Serás tú.

Var'kir se volvió rápidamente. Frunció el ceño, sin entender.

—¿Adonde, Numeon?

—A Nocturne.

Meneando la cabeza lentamente, Var'kir empezó a levantarse.

—Veo que todavía te engañas a ti mismo. Esperaba que…

La mano enguantada agarrando su muñeca lo interrumpió. Miró primero su mano y luego alzó la vista hacia Numeon.

—Suéltame, Artellus —dijo con voz calmada pero firme—. Este sueño autodestructivo ya ha llegado demasiado lejos. ¡Los muertos en nuestro crematorio lo avalan!

—Mira —le urgió Numeon, agarrando al capellán mientras hacía un gesto al brasero—. Mira a través de las llamas, Var'kir.

—Eso he hecho innumerables veces. No hay nada. Solo fuego. —Bajó la vista hasta su muñeca otra vez—. Ahora suéltame, hermano —dijo con los dientes apretados—. Ya no puedo ser partícipe de esta locura.

—Tú viste la Llama Liberada.

Al comprobar que captaba la atención del capellán, lo soltó.

—Eso no prueba nada. Contemplé una llama, un fuego eterno que rugía perpetuamente. Vi el immolus, «aquel que lo devora todo» —dijo, citando el credo prometeano—. El fin de todas las cosas.

—Y ¿qué nos dice, capellán? ¿Qué nos dice el credo de esas llamas?

—De todo final surge un renacimiento, es el círculo de fuego. No significa que Vulkan vaya a resucitar. Podría tener otras cien interpretaciones.

—¿Has considerado que no veías a Vulkan porque estabas viendo otra cosa?

—Habla claro, hermano, o me marcharé y recomendaré que seas relevado de tu mando.

—El fuego eterno que lo devora todo —dijo Numeon— es Fuego Letal, la montaña de Nocturne, la eterna llama. Es el immolus, capellán. Eso es lo que viste.

Por un momento, la convicción de Var'kir vaciló y frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Mira otra vez —pidió Numeon—. Antes de que arrojemos nuestros cuerpos y almas a la tormenta de nuevo, mira al fuego —dijo, y oyó las palabras de Magnus como un eco.

Var'kir volvió a arrodillarse. Y miró a través del fuego.

CINCUENTA Y TRES

La reunión de la Pyre

Barcaza de batalla* Caribdis*, igneum

Zytos había reunido a la legión en la sala de reliquias.

—Están todos aquí, Numeon —dijo, uniéndose a su capitán en el umbral. Detrás, una llama ardía en la oscuridad del igneum. Sus brasas crepitaban rompiendo el silencio. Largas y parpadeantes sombras llegaban hasta la mesa vacía donde los hijos de Vulkan se habían reunido por última vez. Esta vez estaban de pie junto a un gran brasero ardiente.

Cuando Numeon se acercó, se percató de que quedaban pocos de ellos. El fuego iluminaba los rostros demacrados y los cascos dañados de los Salamanders heridos, ahora congregados en un estrecho semiarco. La ceniza se apilaba a sus pies, flotando como motas de polvo desde el cuenco del brasero.

Tomando su lugar entre los demás, Numeon metió la mano en un caldero y alimentó el fuego con un puñado de carbón negro.

—Estamos reunidos para poder decidir nuestro destino. —Miró a los otros, tratando de medir su estado de ánimo. Menos de la mitad de los que habían dejado Macragge estaban ahora de pie. Les había costado caro.

—No veo una hermandad derrotada —les dijo, mirando brevemente a Var'kir que asintió ligeramente—. Todavía veo determinación en vosotros.

El capellán se hallaba casi pegado a Xathen, quien parecía menos temeroso que el resto pero, en cierto modo, más desilusionado. Por el contrario, Gargo escuchaba con atención cada palabra de Numeon. Ni siquiera la pérdida del brazo de carne y hueso que le quedaba había disminuido su creencia en él.

—Alimentad la llama de nuestra venganza —dijo Numeon, invitándolos a todos a alimentar el brasero ardiente— y ved restaurado nuestro propósito.

Uno por uno, los Salamanders tomaron un puñado de carbón negro y alimentaron el fuego. Lo hicieron solemnemente y en silencio.

Todos excepto Xathen. Su enemigo había escapado, aquel que había matado a su techmarine y maltratado a Gargo. Había desaparecido como humo en el viento, pues el sucio rito que hubo permitido a los Word Bearers subir a bordo de la *Caribdis* había expirado o se había roto. Lo enfurecía, al igual que cada deshonra que sus antiguos hermanos de batalla convertidos en renegados les habían infligido. Por lo tanto, su estado de ánimo era particularmente amargo cuando desafió a Numeon.

—¿Qué significado tiene todo esto? —preguntó, apoyándose frente al brasero. La luz del fuego proyectaba sombras en forma de dagas en su rostro y armadura.

—¿De quién es el destino que debemos decidir?

La mirada de Ushamann emitía un débil resplandor cerúleo, sobresaliendo en el mar de ojos ardientes que ahora se concentraba en el capitán de la Pyre. Numeon maldijo al epistolario en voz baja por aquella pequeña traición.

—Significa que abandonemos nuestro curso —dijo Ushamann—. Quieres que regresemos a la Tormenta de Ruina.

Una mirada de incredulidad se deslizó por el rostro de Xathen y de algunos otros.

—¿Es cierto?

—Sí —dijo Numeon—. Nocturne es donde estamos destinados a estar. Por Vulkan.

—¿Por Vulkan? Nuestro padre está muerto —dijo Xathen—. Deseo que descanse en paz tanto como el resto, pero se acabó. Tienes que entenderlo. Var'kir, tú lo sabes.

El capellán asintió.

—Lo sé y estoy de acuerdo, Rek'or. Lo creo igual que tú pero he mirado a través de las llamas y contemplado un camino.

—¿Una ruta a través de la tormenta? —preguntó Gargo.

Xathen frunció el ceño:

—¿Qué camino? ¿Qué ves, Var'kir? Como uno de los Igniax, ¿qué visión te ha proporcionado la llama?

—El camino a Nocturne.

Xathen sacudió lentamente la cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—¿Qué tipo de locura es esta? —Se apartó de la llama.

Numeon cerró la distancia entre ellos y agarró el brazo de Xathen antes de que este pudiera darse la vuelta. Lo hizo con tal violencia que varios Salamanders miraron a sus hermanos, sin estar seguros de lo que sucedía o de si debían intervenir.

Mu'garna y Baduk empezaron a intervenir a favor de su sargento pero una mirada de Zytos los detuvo. Giró su martillo para que el eje se sostuviera sobre su cuerpo. Ningún guardián se había puesto nunca tan serio.

—Recordad vuestros juramentos —les advirtió—. Todos juramos seguir a Numeon como nuestro señor. Da igual el coste, o adonde nos lleve.

Prudentemente, ambos Piroclastas retrocedieron.

—Tenemos que estar todos, hermano —dijo Numeon. Durante el breve altercado,

su mirada no había dejado la de Xathen, quien miró primero a su capitán y luego la mano posada sobre su brazo, hasta que se lo soltó.

—No me importaría morir —dijo—. Con una muerte digna, no como víctima de la tormenta a la que apenas hemos sobrevivido. No a merced de nuestros enemigos. Death Guards, Word Bearers, ¡criaturas del infierno que parecen niños, por el amor del Trono! Será vergonzoso, y Vulkan acabará perdido ante lo que se esconde más allá del velo. Si volvemos, estaremos indefensos. ¿Y si nuestra venerable nave se da finalmente por vencida? El cuerpo sin cabeza de nuestro techmarine yace en el depósito de cadáveres de la nave, junto a los cuerpos de los hermanos que maté —gruñó, conteniendo su dolor y su ira—. Zadar, Kur'ak… Su sangre pesa en mi alma. ¿Cómo? ¿Cómo vamos a hacer esto?

—Con fe —dijo Numeon, ofreciéndole un puñado de carbón—. Pero solo si estamos unidos. La tormenta sofoca toda luz, y no contamos con la guía del Astronomicón, cierto. Pero si podemos arder en la oscuridad e izar una luz propia en nuestro mástil, entonces vislumbraremos qué hay más allá. Fuego Letal será nuestro faro. Solo tenemos que verlo.

—¿Quieres que atravesemos la tormenta con esperanza? —Xathen todavía parecía incrédulo. Se volvió hacia los demás—. Pero ¿estáis escuchando esta locura?

—Cuidado —le advirtió Zytos.

Numeon alzó la mano para pedir calma.

—No tiene sentido, pero tampoco lo tiene la disformidad. Es emoción destilada, corriendo sin freno. El dolor de nuestro propio capitán fue usado contra nosotros. Nuestro deseo de volver a ver a Vulkan con vida. ¿Puedes decirme que no sientes lo mismo?

La expresión oscura del rostro de Xathen le dijo a Numeon que no podía.

—¡He visto a los muertos, asesinados sin gloria, sin posibilidades de luchar, Numeon! ¿Cómo puedes pedirnos lo mismo otra vez? Estoy harto de estar a merced de la espada de mi enemigo. Por una vez, quiero ser quien decida mi propio destino, en un campo de batalla de mi elección, con mi enemigo frente a mí. Sin engaños, sin traición.

Murmullos de aprobación corroboraban las palabras de Xathen. La legión había esquivado la destrucción una vez y no tenían ningún deseo de volver a hacerlo.

Pero Xathen no había acabado.

—Si hacemos esto y regresamos a la tormenta, aunque sobreviviéramos… —Echó una mirada al capellán—. Var'kir no es un navegante. Aunque sea capaz de vislumbrar un camino a través del velo hacia Nocturne, ¿cómo guiará la nave?

—No lo hará —replicó Ushamann—, seré yo. Y Circe, si es que vive.

—Ningún navegante puede atravesar esta tormenta, Xathen —dijo Var'kir—. Se intentó y nuestros esfuerzos fracasaron. Debemos abrazar las viejas costumbres, aquellas que Vulkan nos enseñó. Al hacerlo, nos alejamos de la ilustración, abandonando los principios de la Verdad Imperial. No estoy diciendo esto a la ligera,

pero estoy seguro de que es la única forma de llegar a Nocturne.

—Te das cuenta de que es una locura.

—Has nombrado a los muertos, hermano —contestó Numeon—. ¿Qué significado tiene su sacrificio si abandonamos los juramentos que hicimos a Vulkan y entre nosotros? ¿Desde cuándo han tomado los Salamanders el camino fácil?

—Es una muerte segura, Numeon.

—Quizá, pero no lo creo. La esperanza, nuestra fe en los demás y en Vulkan es todo lo que tenemos para protegernos de estos horrores —dijo Numeon, blandiendo el sigilo—. Este martillo me trajo de regreso a mi Legión. Me ha salvado la vida en más de una ocasión. Pero es solo un martillo, una pieza de la armadura de nuestro primarca. Me presento ante vosotros no como vuestro capitán o un profeta, sino como Salamander, un hijo de Vulkan, y puedo oír los fuegos de la montaña llamándome a casa. Con todo lo que hemos pasado, creo que cada hermano y aliado que hemos perdido ha sido por causa de un bien mayor. Fuego Letal está llamando a su hijo adoptivo para que vuelva a casa. Tiene el poder de devolvérnoslo. Decidme, hermanos…, ¿qué prueba no puede superarse, qué riesgo no vale la pena tomar para que eso suceda?

Se hizo el silencio, interrumpido solo por el crepitar de la llama.

Gargo fue el primero en arrodillarse. Lo hizo para alcanzar las cenizas amontonándose a sus pies. Lentamente, y con cuidadosa deliberación, dibujó el emblema de la resurrección en su rostro. Cuando terminó, el fuego de la fe se asomaba en sus ojos. No como un fervor religioso sino más bien como una forma de convicción y un profundo sentido de la hermandad. Igen Gargo, el herrero que había perdido el don de su artesanía, que se alzaba mutilado ante sus compañeros Salamanders… Si él todavía podía albergar esperanzas, entonces, ¿qué derecho tenían los demás para dudar?

Var'kir le siguió, y luego Abidemi y Dakar.

A continuación Zytos, hasta que cada Salamander, excepto dos, ungió su piel con la ceniza de la fe.

Numeon no apartó la mirada de Xathen a lo largo del ritual.

—Me nombraste tu capitán una vez. Gritaste mi nombre. Confiaste en mí, Xathen. Confía de nuevo ahora. No se trata de un rito de suicidio, sino de esperanza. Es lo último que nos queda. Pero tenemos que estar todos unidos, hermano. ¿Qué me dices?

Xathen tomó el carbón y lo arrojó a las llamas. Luego trazó el emblema con la ceniza tal y como los demás habían hecho.

Después se marchó, rompiendo el círculo y deteniéndose solo cuando Gargo puso su mano biónica sobre su hombro.

—Suéltame, Igen —murmuró Xathen.

—Deja que se vaya —dijo Numeon, aunque su expresión permaneció seria mientras se extendía también las cenizas en la piel.

Gargo se hizo a un lado y Xathen abandonó el igneum con el sonido solitario de sus botas golpeando el suelo.

—Sus heridas son demasiado profundas —dijo Gargo, tratando de justificar a su hermano.

—Todos estamos heridos, Gargo —le contestó Numeon—. Xathen acabará comprendiéndolo. Tiene que hacerlo. —Miró a los demás, asintiendo con cierta beligerancia—. Entonces, regresemos a la tormenta y mirémosla a los ojos.

Nadie vitoreó ni gritó el nombre de Vulkan, pero se respiraba resolución y determinación.

Así pues, los Salamanders habían decidido su camino.

Solo una cosa era segura: que llevaba al fuego y a la muerte.

CINCUENTA Y CUATRO

La necesidad del sacrificio

Barcaza de batalla **Caribdis***, apotecarion*

Adyssian estaba arrodillado al lado de Circe mientras esta dormía a ratos en una de las camillas del apotecarion.

Tenía la cabeza inclinada apoyada sobre sus dedos, y con sus manos cogía las de ellas, mientras murmuraba pasajes del Lectio Divinitatus.

El aire era frío y estaba esterilizado. Un leve zumbido emanaba de los recicladores de atmósfera, y unas tenues luces halógenas brillaban en lo alto. Circe parecía inquieta, pero al menos tenía los ojos cerrados después del período de catatonía que había sufrido. Ushamann había calmado su mente, y ella se había sumido en sueños.

Adyssian esperaba que nunca despertase, que su dolor se aliviara y fuera recibida al lado del Emperador. Al menos ahí, de esa manera, podría tener algo de paz.

La nave y su tripulación ya habían visto y sufrido bastante. ¿Qué era lo que el destino les deparaba, incluidos a los refugiados de la Baluarte, si seguían a los Salamanders al fuego? El olvido, seguramente.

El silbido revelador de la apertura de la puerta del apotecarion sacó a Adyssian de sus oraciones. Limpiándose la cara con la manga del uniforme, se volvió para mirar a Ushamann, Zytos y Numeon.

—No —dijo, levantándose y sacudiendo la cabeza vigorosamente—. ¡No, malditos seáis! —Adyssian se interpuso entre el cuerpo de Circe y los Salamanders.

Ushamann levantó su mano para empujar a un lado al capitán de la nave, pero Numeon lo detuvo.

—La necesitamos, Kolo —dijo sin más—. Ushamann puede despertarla, pero luego la necesitamos.

—He oído que quieres volver a la Tormenta de Ruina —dijo Adyssian.

—Y la necesitamos —insistió Numeon gentilmente.

Adyssian frunció el ceño, enfadado, como si estuviera pasando un luto prematuro.

—La matará.

Numeon asintió.

—Lo sé, pero su vida fue entregada al servicio de la Legión en el momento de su nacimiento, capitán. Igual que la tuya.

Dedos fríos y delgados tocaron la mano de Adyssian, y él se volvió con brusquedad.

Circe, despierta aunque debilitada y agonizante, lo miraba. Sus ojos desprendían compasión y amor por el hombre con el que había traído vida a este mundo. Una vida que no estuvo destinada a durar pero que los había conmovido a ambos.

—¿Has sido tú? —le preguntó a Ushamann, con los ojos brillando con furia.

—No —respondió el epistolario—. Juro que no me he adentrado en su mente. Se ha despertado ella sola.

Adyssian volvió a mirar a Circe. Miedo, esperanza y confusión atravesaron su rostro.

—No tienes que hacer esto.

Aunque no tenía fuerzas (nunca las había tenido), Circe apretó la mano de Adyssian todo lo que pudo. Su voz no era mucho más que un susurro.

—Pero elijo hacerlo, Kolo. Mi amor.

Y, por un momento, su mirada se deslizó más allá de Adyssian, hasta Numeon, quien asintió levemente con la cabeza, agradecido.

Posó sus manos en el rostro del capitán de la nave, limpiando con los pulgares las nuevas lágrimas que derramaba.

—No habría podido llegar a Terra de todas formas. No quedaba nada para nosotros allí.

Adyssian contestó en voz baja, herido:

—Ya lo sé…

—Falta poco, capitán —dijo Numeon, y su tono no dejaba lugar a discusiones—. Tenéis una hora, pero luego debemos prepararnos. Tu lugar está en el puente de mando. El de Circe, en el novatum.

Adyssian asintió. Su porte era el de un hombre condenado yendo a la horca.

Fuera, los tres Salamanders se reunieron durante un momento, dejando a Adyssian y Circe a solas.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda sobrevivir a esto? —preguntó Numeon, observando a través del cristal cómo aquellos dos mortales pasaban sus últimos momentos juntos.

—No, capitán. Morirá —dijo Ushamann, con un tono tan frío como siempre—. Es de lo único que estoy seguro. La única cuestión es si vivirá el tiempo suficiente para que podamos alcanzar Nocturne.

—Que así sea —dijo Numeon, siendo consciente que no tenían alternativa y dándoles la espalda para poder concentrarse en su próximo paso.

—Asegúrate de que Var'kir está preparado —le dijo a Ushamann.

—Le asignaré un puesto en el puente.

Y se marchó, dejando a Zytos y Numeon a solas.

—¿Has visto a Hecht?

Zytos negó con la cabeza.

—No desde que escapamos de la tormenta. ¿Quieres que lo busque?

—No, podría estar en cualquier parte. Aunque es extraño.

—¿Por qué?

—Supuestamente, es un agente de Maleador, el regente del Emperador. Aquí estamos, tan cerca de Terra, a punto de abandonar nuestro deber con el mismísimo Rogal Dorn y Hecht se encuentra ausente.

—¿Creías que se interpondría en nuestro camino? —preguntó Zytos. Numeon asintió.

—¿Todavía crees que lo hará?

—Esto es asunto nuestro. No de Maleador. El Emperador querría que resucitásemos a Su hijo. Necesita a Vulkan tanto como nosotros. Además, hay algo en Hecht que no me cuadra. Como si lo descubriera por primera vez.

—Ha sangrado con nosotros.

—Pero ¿acaso es garantía de lealtad, en especial hacia una causa que no es la suya?

Zytos tenía que admitir que la respuesta a eso era que no.

—¿Podemos fiarnos de él?

—Tanto como de cualquier cosa que nos hayamos encontrado en la tormenta.

Numeon hizo una pausa para considerar su siguiente paso. No había tiempo para buscar al legionario gris. A lo mejor tenía sus propios rituales que observar.

Zytos se dio cuenta del dilema de su capitán.

—¿Qué quieres que haga? Pídemelo y lo haré. Puedo agrupar a un pelotón y buscar a Hecht.

—No, déjalo. Ha sido nuestro aliado hasta ahora. Te necesito en el puente. Cada legionario debe defenderlo. El puente y el generatorium. Y como somos tan pocos…

Numeon apartó la vista, pensando en los muertos. En su corazón sabía que no era suficiente sacrificio. Todavía no.

Zytos le animó:

—Si te sirve de consuelo, te seguiría hasta el fuego del infierno, hermano. Ya lo he hecho una vez y volvería a hacerlo, si me lo pidieras.

—Te lo pido, hermano —dijo Numeon, sonriendo y descansando la mano sobre su hombro—. Os lo pido a todos. Solo desearía que de verdad nos dirigiéramos al infierno. Esto es mucho peor.

CINCUENTA Y CINCO

Nuestro camino por la llama

Barcaza de batalla **Caribdis**, *puente de mando*

La oscuridad reinaba en el puente, paliada solamente por la escasa luz roja de los lúmenes.

Con la mayor parte de la tripulación del puente muerta, apenas había gente ocupándolo.

La teniente Esenzi se encontraba al timón, esperando órdenes de Adyssian. El capitán de la nave había regresado a su puesto, pero su presencia, detrás de ella en la tarima de mando, era melancólica. Circe había tomado su lugar en el novatum, en las bóvedas protegidas sobre el puente, y todos sabían lo que esto significaba. Este iba a ser su último viaje.

Los suboficiales y servidores asistieron a otros sistemas esenciales de la *Caribdis*. No necesitarían hacer demasiado. Tan pronto como hubieran regresado a la disformidad y la tormenta, la fe tendría que encargarse del resto.

Var'kir era el eje de esa fe. Se trataba de una figura solitaria, incluso entre sus hermanos Salamanders. Varias siluetas acorazadas se encontraban preparadas alrededor del puente. Dos custodiaban la entrada, cuya puerta blindada estaba firmemente sellada detrás de Dakar y Abidemi, y el resto estaban situados en la cubierta que se encontraba debajo del trono de comando.

No había ningún guerrero entre ellos que no tuviera la mano sobre la empuñadura de su espada o que sostuviera el bólter contra el pecho.

—Aproximándonos al punto Mandeville —dijo Esenzi, y el sonido de su voz rompió el monótono ruido de las consolas activas de la nave.

—Gargo —pronunció Numeon a través del canal de comunicación de la legión para llamar al herrero—. Preparaos para el salto a la disformidad.

—*El generatorium está asegurado. Todo está listo* —respondió el herrero. Había tomado lo que quedaba de los servidores de combate de Zonn y los ingenieros para

levantar un cordón defensivo en las cubiertas inferiores. Lo hizo para honrar al techmarine y, de alguna manera, expiar su muerte. Mugarna y Baduk se unieron a él, pero no había señales de su sargento. Desde que se había ausentado del igneum, nada se sabía del paradero de Rek'or Xathen.

Numeon contestó que lo había entendido y se volvió hacia Var'kir.

—Hermano capellán —dijo—, ahora dependemos de ti.

Var'kir asintió. Apretó su crozius con ambas manos, sosteniéndolo ante su máscara de calavera como un símbolo. Una llamarada de energía se extendió por el mango y la cabeza. Lo usó para encender el brasero que habían colocado ante él.

Las llamas se avivaron violentamente, con sus crepitantes brasas iluminando el puente. Sombras se arrastraron por las paredes, y un olor a quemado llenó el aire.

En la cubierta, donde Var'kir se encontraba arrodillado, Ushamann había colocado un círculo de protección y comunión.

El epistolario también se hallaba arrodillado, rodeado de emblemas de lo arcano. Su círculo se entrelazaba con el de Var'kir pero por detrás del capellán.

—Circe —dijo Ushamann; su voz resonaba de forma poderosa y sus ojos emanaban un brillo cerúleo sobrenatural.

—«Estoy aquí».

—Sé fuerte. Encuentra mi mente y síguela hasta la de Var'kir. Será doloroso, hermana.

—«No me da miedo el dolor».

Ushamann sonrió.

—Eres tan valiente como cualquier legionario que haya conocido.

El fuego se enraizó y se elevó en una columna de fuego.

Numeon miró a través de él pero no pudo ver lo que Var'kir contemplaba. Dentro, en algún lugar, estaba Nocturne. Un camino a través del fuego. Un faro. Tenían que atravesar la oscuridad y alcanzarlo.

Si le preguntasen, no podría explicarlo. No tenía respuesta a las exclamaciones de locura de Xathen. Era la voluntad de Vulkan, un estado de ánimo, cuerpo y mente que tenía que superar para inspirar a otros. En los pocos segundos que quedaban antes del traslado, recordó a los muertos y juró que sus sacrificios tendrían algún significado. Desde el inicio de la guerra, cuando las bombas habían comenzado a caer y los lazos de hermandad se habían fragmentado para siempre, habían perdido a su padre. Eran una legión muy disminuida, si no en orgullo, al menos en número. Vulkan les daría un propósito de nuevo, no como herramientas políticas del Hijo Vengador o los dispuestos camaradas de la Décima de Hierro en autoaniquilación provocada por la pena, sino como Dracos. Como debía ser.

Si los Salamanders iban a sobrevivir, también tendría que hacerlo Vulkan.

Numeon sacó a *Draukoros* de su vaina, con el sonido del metal arañando su piel de dragón, sintiendo el peso del momento. Su camino jamás había estado tan claro. Habían dejado Terra atrás.

Sostuvo su espada en alto para que todos la vieran, y la luz roja se reflejó sangrientamente en la hoja con colmillos.

—Sabed esto, hijos e hijas de Nocturne. Vulkan está con nosotros. Todo nuestro sufrimiento, nuestra pérdida y dolor nos conducen hasta este momento. Agarraos fuerte al mástil, asid vuestro coraje con los lazos de la hermandad y creencia para ver nuestra fe recompensada. Ninguna oscuridad puede sofocar toda la luz. Una llama, por pequeña que sea, siempre perdurará. No dejemos que se apague. Creed…, y prevaleceremos.

Frente a él, Zytos sacó su martillo de detrás de su espalda y lo colocó con la empuñadura delante, asiéndolo con dos manos.

—Hermanos —entonó.

Cada Salamander en cubierta que tenía una espada la desenvainó. El sonido de los bólters se unió al repiqueteo del metal.

—Aproximación al punto Mandeville inminente, capitán —dijo Esenzi.

Adyssian no respondió. Se encontraba encorvado en su trono, con la barbilla apoyada en un puño cerrado. Sin perder de vista a Var'kir mientras este contemplaba la llama.

—A tus órdenes, señor capellán —dijo, con la voz tan vacía como la de cualquier hombre a punto de perder todo lo que poseía—. Que el Emperador proteja nuestras almas.

—Vulkan vive… —dijo Numeon, y escuchó sus palabras repetidas al unísono y de manera solemne por cada uno de sus hermanos.

—Vulkan vive.

El fuego rugió, tan alto que casi ahogó la orden de Var'kir.

—Ahora —dijo.

Y la *Caribdis* se sumergió de nuevo en la Tormenta de Ruina.

Sucedió tan de repente que Quor Gallek estuvo a punto de perdérselo.

El Predicador estaba arrodillado en uno de los altares, llevando una túnica en vez de su armadura. Había acudido ahí para reunir fuerzas pero también para buscar. La astilla de fulgurita que sostenía en la mano ardió, y mientras permitía que reposara sobre su piel abrasada, la vio girar como la aguja de una brújula.

Habló en un susurro, asombrado:

—Es un milagro…

Quor Gallek conocía gran parte de las mareas empíreas, pero la disformidad era un océano, por donde dos naves podrían navegar eternamente y nunca encontrarse entre ellas. Sin embargo, el imán le había mostrado lo que necesitaba, mejor que cualquier sencillo augur o sensorium.

Activó el comunicador.

—Degat, reúne a tus guerreros. Creo que he encontrado lo que buscábamos. Un hilo que nos conducirá hasta a ellos.

El localizador del Word Bearer señalaba su ubicación en el apotecarion del *Monarchia*, pero mandó una señal afirmativa. Quor Gallek dibujó una leve sonrisa mientras observaba el servocráneo flotante que lo acompañaba desde su regreso a la nave, hacía varias horas. Había permanecido en la disformidad tanto tiempo, buscando sin rumbo. Pero tal vez habían perdido la *Caribdis* a causa del fragmento.

Parpadeó una vez para encender el holograma. La luz corría por las órbitas de los ojos del servocráneo, bañando la forma arrodillada de Quor Gallek y llamando al *Sudario del Segador* al mismo tiempo.

Al cabo de unos instantes, la boca del cráneo se abrió de golpe y la imagen de Laestygon se proyectó en un monocromo granuloso.

—Habla, Predicador.

—Los he encontrado.

Una fea sonrisa dividió los labios marcados por cicatrices del Death Guard, viles incluso a través del holograma.

—Entonces ha llegado su fin. Cumple ahora tu parte del trato, Predicador, y honraré nuestro acuerdo. Si fracasas de nuevo, me aseguraré de que sufras profundamente. Enviaré una nave a recogerte. Estate preparado.

—¿Una nave? —preguntó Quor Gallek, tratando de luchar contra una repentina sensación de inquietud formándose en su intestino—. ¿Para qué?

—Te quiero a bordo del *Sudario del Segador* mientras todavía resultes útil. Puede que tenga que sacrificar tu nave para detenerlos. Prepárate.

Laestygon cortó la comunicación, devolviendo al servocráneo a su macabro estado inerte.

Independientemente de lo que quisieran los Death Guards, Quor Gallek sabía que tenía que detener a la *Caribdis* mientras todavía estaba en la disformidad. Aunque no fuera más que por salvar su nave y escapar de los Death Guards. Sospechaba que Magnus había tenido algo que ver en la salvación de los Salamanders, pero habiendo ellos despreciado su ayuda tan alegremente, el primarca no los socorrería de nuevo.

—Creéis que podéis atravesar el velo… —dijo para sí mismo.

¿Por qué habrían vuelto los Dracos, si no albergaban alguna esperanza realista de éxito? De algún modo, habían encontrado una forma de ver a través de las mareas etéricas sin el Astronomicón.

Durante el asalto al generatorium, cuando subió a bordo, Quor Gallek había sentido la mente de otro psíquico. Con la astilla de fulgurita atada mentalmente a su punto de origen, podría volver a encontrar aquella mente. La vuelta a la Tormenta de Ruina la debilitaría. Sería vulnerable.

Una mente vagando en lugares oscuros siempre lo era.

—Vieja amiga —murmuró, mientras sacaba la espada de Asirnoth—. Te necesito.

Tenía que darse prisa. La nave que Laestygon había enviado a buscarlo no tardaría.

Haría falta dolor. Y sangre. Como siempre.

Quor Gallek abrió su túnica suavemente, exponiendo la piel desnuda de su pecho. Cicatrices sobre cicatrices, no todas heridas de batalla.

Murmurando los ritos del sagrado Octeto, comenzó a tallar.

CINCUENTA Y SEIS

Blindado

Barcaza de batalla* Caribdis*, puente de mando

La *Caribdis* había entrado por el punto Mandeville, siendo golpeada de inmediato por la ferocidad de la tormenta. El familiar lamento del casco maltratado y la estructura esquelética de la nave resonaban en todas las cubiertas.

En el puente, se asemejaba a un gemido agonizante.

La tripulación mortal se aferraba a sus postes, con los dientes apretados mientras miraban fijamente la ventana cerrada, preguntándose sin lugar a dudas qué horrores se encontrarían navegando.

Durante semanas había sido así. Un viaje tortuoso y aparentemente sin fin.

Los Salamanders se mantuvieron fieles en todo momento. Vigilantes, temibles y buscando intensamente la mínima señal de debilidad.

Numeon hizo lo mismo durante días, pero no esperaba que esta llegase a través del epistolario.

Bajo la tensión de mantener el rumbo a través de la tormenta durante tanto tiempo, Ushamann tembló. Tenía los ojos fuertemente cerrados, y las gotas de sudor febril en su rostro brillaban rojizas a la luz. Como sangre.

Var'kir, que se aferraba a su crozius con un fervor casi desesperado, compartió su dolor. Él también se estremeció, con la cabeza inclinada mientras murmuraba en el idioma de antaño las palabras que los chamanes de la antigua Nocturne habían pronunciado.

Numeon captó solo fragmentos de palabras, e incluso así no logró entenderlas. Actualmente, eran pocas las personas que lo hacían.

Vulkan había sido uno de ellos, y volvería a levantarse. *Debía* hacerlo.

Entre el capellán y el epistolario, y su evidente lucha, Numeon tardó unos minutos en darse cuenta de que algo le ocurría a Ushamann.

—Zytos… —Numeon llamó su atención. Blandió su espada, preparado para pasar

a la acción, y empezó a aproximarse a Ushamann.

Cerciorándose del peligro y conociendo de primera mano qué significaba aquello debido a su breve experiencia en el torreón oriental, Zytos se acercó afligido al epistolario desde el otro lado.

Antes de que cualquiera de los dos pudiera darle alcance, la cabeza de Ushamann cayó hacia atrás como si un cable tirara de ella y sus ojos se abrieron, derramando una luz cerúlea.

—Por la sangre de Vulkan, Ushamann —susurró Numeon, alzando su espada, dispuesto a cortar la cabeza del epistolario—. Lo siento…

—A mí… no… —dijo con voz áspera, y el esfuerzo que le suponía hablar se reflejaba con agonía en su rostro.

Demasiado tarde, Zytos se volvió para ver cómo las puertas del novatum se abrían, como si no tuvieran ninguna cerradura o barrera.

De pie en el umbral, con la luz roja trazando su forma y parcialmente oscurecida debido a la presión emanando de las juntas, se encontraba Circe.

Adyssian también se volvió, apartado del trono de comando por una canción de sirena a la que solo él podía responder.

Su ágil cuerpo ya no parecía frágil mientras casi planeaba escalera abajo desde su santuario.

—Capitán —advirtió Numeon, dispuesto a interceder.

Circe levantó los brazos, como rindiéndose.

—Navegante… —dijo Numeon, con una mano sobre la empuñadura de *Basilysk*.

Entonces Circe alzó la vista y supo que estaba perdida. Sus ojos negros eran como charcos de aceite. Ella sonrió, extendiendo la mano para quitarse su anillo de plata.

Otros Salamanders habían empezado a tomar medidas, pero Adyssian subió la escalera, interponiéndose entre Circe y los guerreros encargados de destruirla. El desdichado capitán de la nave no sabía que ella ya estaba muerta o, si lo hizo, optó por ignorarlo.

—Hazte a un lado, capitán. Esa no es Circe —dijo Numeon.

—Ya lo sé —contestó Adyssian tristemente, pero se abrazó a ella igualmente.

Sus dedos habían comenzado a estrecharse en los extremos, endureciéndose y convirtiéndose en largas garras.

—Amor mío… —dijo, dos voces hablando como una sola, sonando divertida al quitarse el anillo. Apartando la vista forzosamente, Numeon recordó ese tono.

Xenut Sul.

Y mientras Circe miraba fijamente a Adyssian con las insondables órbitas negras de los Sin Conciencia y la agitada locura de su ojo de la disformidad, contempló algo en su rostro que la hizo detenerse.

—Tú no eres mi amada —le dijo a la cosa inmunda que llevaba puesto el cuerpo de Circe. A continuación reveló un explosivo de carga atado en cada mano como una promesa.

Numeon lo vio también con su visión periférica, y cuando Adyssian se aferró a la frágil forma de su amada muerta, y juntos atravesaron las puertas abiertas del novatum, gritó:

—¡A cubierto!

Adyssian y Circe fueron destrozados. Apretada firmemente contra sus cuerpos, la fuerza destructiva se magnificó y los trituró con su gran intensidad.

Una columna de humo, fuego y metralla de las partes rotas de la cubierta y del interior se amontonaron en el puente. Aunque la mayor parte de su poder incendiario se había descargado en el novatum, también los alcanzó allí.

Varios tripulantes y legionarios, Numeon entre ellos, fueron arrojados al suelo.

Habría matado a Esenzi de no ser porque el capitán la había escudado. Rodeó su cuerpo, con los brazos alrededor de la teniente, y su armadura se desgarró en varias partes. Ella alargó la mano y tocó el emblema de su rostro, aliviada de estar viva.

Abidemi había sido lanzado al lado opuesto de la cubierta, y gimió al levantarse despacio. Logró arrastrarse hasta Dakar, que tenía una enorme pieza de metralla incrustada en el pecho. Numeon levantó la mirada hacia Abidemi con esperanza, pero el otro Salamander sacudió la cabeza.

—¿Cuántos más deben morir? —preguntó Zytos. Su armadura estaba marcada y ennegrecida también. Cada legionario situado en el puente se había puesto en peligro para proteger a los mortales a su cargo.

Como resultado, las bajas fueron escasas.

Numeon se volvió, dispuesto a responder, cuando Ushamann gritó.

Lo hizo a la vez que Var’kir. Arrancándose la máscara de calavera, los ojos del capellán destellaron con el resplandor de un fuego infernal cuando por fin contempló el faro que habían estado buscando.

—¡Lo veo! —rugió Var’kir, ya que no podía hacer otra cosa—. La llama… Immolus…, ¡Fuego Letal!

A medida que atravesaban la tormenta, una oleada de intensa revelación fluyó a través de Numeon. Contempló la visión que Magnus le había proporcionado de nuevo. Vio su entrada a la montaña, el cielo de color rojo sangre fragmentado por ramificaciones de rayos. Él lo sabía. Era el Tiempo de Prueba, cuando la tierra se dividía y la sangre del corazón de Nocturne brotaba para consumirlo todo.

Ushamann continuó gritando; con Circe muerta —su forma poseída tan abruptamente vencida—, le tocaba aguantar a él solo. El epistolario pareció marchitarse mientras la disformidad usurpaba su vitalidad y poder. La carne se secó y envejeció en cuestión de segundos; la rápida atrofia redujo su esqueleto a huesos frágiles y osificados.

Sonrió, a pesar de la agonía, mientras sus ojos se hundían en cuencas deshilachadas hasta que solo quedó la luz.

Antes de que los dientes se convirtieran en polvo en su boca, antes de que su lengua acabara reducida a carne seca, Ushamann pudo pronunciar una última palabra:

—Nocturne…

La luz de los ojos de Var’kir se derramó hasta llenar el puente, tan brillante que nadie pudo soportarla, ni siquiera Numeon. Hizo desaparecer las tinieblas, ardiendo sin fin, hasta que con un último acto Ushamann los arrancó de la tormenta, llevando el largo viaje de la *Caribdis* a su fin.

TERCERA PARTE

NOCTURNE

CINCUENTA Y SIETE

Nocturne

Barcaza de batalla **Caribdis**, *puente de mando*

La calma reinaba en el puente de mando de la *Caribdis*, que flotaba lentamente impulsada por los motores de plasma; el casco por fin podía descansar, tranquilo.

La luz se desvaneció y la oscuridad ocupó su lugar.

Ushamann ya no estaba entre ellos. Donde antes se encontraba el cuerpo del epistolario, no había más que un montón de cenizas. No quedó ni un hueso, ni un trozo de carne, ni siquiera un trozo de ceramita de su armadura. Se había ido, así, sin más.

Var'kir yacía de lado, semiinconsciente, pero vivo. Numeon se acercó al capellán, mientras los postigos del gran ventanal de la nave empezaban a levantarse.

Ante ellos, se extendía el maravilloso vacío, y los tripulantes de la nave contemplaron unas vistas que aumentaron el ritmo cardíaco de todos los Salamanders presentes en la nave.

Una esfera, roja como la sangre, bulliciosa; desde el espacio se podían ver las columnas de humo que se elevaban desde las montañas que ocupaban el planeta.

Nocturne.

—Hemos llegado a casa, Var'kir —le dijo Numeon, con la voz entrecortada por la emoción—. Hemos llegado a casa. Mira…

Pero cuando sostuvo la cabeza del capellán entre las manos para que este también pudiese contemplar el milagro que habían conseguido obrar, se percató de que Var'kir no podría verlo. Nunca jamás. Sus ojos estaban vacíos; de ellos no habían quedado más que dos fosas negras como el carbón.

—No pasa nada, Artellus —lo consoló Var'kir, quien todavía estaba un poco débil, pero que, poco a poco, iba recuperando las fuerzas. Le apretó el dorso de la mano a su capitán—. Puedo sentirlo. Nuestro regreso. Nuestra fe… —el capellán intentó volver la cabeza y preguntó—: ¿Y Ushamann?

—Nuestro epistolario se ha sacrificado por última vez —le explicó Numeon, con tristeza.

Zytos estaba de rodillas, como muchos de los Salamanders. A pesar de que tenían la prueba ante sus ojos, pocos podían creer que hubieran logrado llegar a Nocturne.

Pero el alivio que sentían no duró mucho.

A través del amplio agujero del óculo de la nave se reveló una segunda traslación en la disformidad. A lo lejos, a babor, se abrió una brecha en la realidad mientras el vacío se distorsionaba sobre sí mismo, como una piscina picada de absoluta oscuridad. Algo lo atravesó, y, de la proa, se aferraban hilillos de fuego de San Telmo psíquico que parecían resistirse a soltarse.

Lo primero que observaron los viajeros de la *Caribdis* fue una gran proa, coronada con un tridente lleno de muescas. Después, vieron los flancos de una nave, devastada, calcinada y deteriorada por los estragos de la guerra. Apareció ante sus ojos un casco de un blanco sucio, con los bordes de color verde y de un cobre deslucido. El enorme cuerpo de la nave, tiznado y lleno de abolladuras, se presentó ante la mirada de los Salamanders, armado hasta los dientes. Lentamente, con una parsimonia que recordaba al paso de un leviatán por las profundidades marinas, la gigantesca nave se trasladó por completo y entró en el espacio real. Más grande que la propia *Caribdis*, la gran embarcación reflejaba una guerra sin fin y una patología despiadada por dar caza a sus presas.

Un símbolo de Barbarus adornaba el flanco de la nave, cuya corona, envuelta por púas, rodeaba una calavera sin mandíbula.

La Death Guard.

Y no venía sola.

Una segunda nave, mucho más pequeña, llegaba tras la estela de disformidad de la gran embarcación, y arrastraba una bruma de éter después de atravesar la tenebrosa oscuridad de la Tormenta de Ruina.

Las almenas llenas de estatuas, las catedrales y los contrafuertes arcanos de la nave, de un rojo intenso, parecían más propias de un templo que de una nave de combate. La guerra había sido reemplazada por la veneración, aunque la nave venía armada y lista para la batalla.

El *Monarchia*; los tripulantes de la *Caribdis* ya habían visto esa nave antes.

—Capitana —gritó Numeon, que tras apoyar el cuerpo de Var'kir sobre el suelo con delicadeza se puso en pie. No desvió la mirada del espectáculo que se presentaba ante ellos, mientras las dos naves enemigas veían la luz, y observó cómo las fauces abiertas del espacio se cerraban tras su paso.

Esenzi tardó un par de segundos en darse cuenta de que Numeon se dirigía a ella.

—Señor.

—A partir de este momento, estás al mando de la nave. Necesito saber cuánto tiempo necesitamos para estar a la altura armamentística de esas dos naves y qué tipo de lucha podemos ofrecer.

Por méritos propios, Esenzi le cedió el timón a uno de los alféreces y ocupó el antiguo asiento de Adyssian. Todavía se podían ver restos de sangre y algunas quemaduras negras en el lugar donde el capitán de la *Caribdis* había dado su vida por la de su tripulación, pero Esenzi apartó la mirada para no verlos.

Tras dar la voz de alarma general, la joven no tardó en darle órdenes a la tripulación temporal del puente de mando. Se activaron los sensores, se recopilaron datos, se revisaron los informes de daños y se pusieron en marcha los escudos de vacío.

Los resultados obtenidos fueron desalentadores.

—Se trata del *Sudario del Segador* y del *Monarchia*, señor —informó Esenzi, mientras revisaba las hojas y hojas de información a toda velocidad—. La XIV y la XVII Legión, respectivamente. Los sensores han detectado señales de energía de las baterías láser de los dos cruceros de guerra. Están listos para abrir fuego, señor.

—¿Y nosotros, lo estamos?

—Nuestros escudos de vacío delanteros están aun dieciocho por ciento. El armamento está listo, pero no contamos con muchos efectivos. La resistencia y el blindaje del casco no son muy resistentes, pero tenemos toda una carga de torpedos y las plataformas de lanzamiento están operativas.

A pesar de la distancia a la que se encontraban, Numeon pudo ver que los dos cruceros de guerra viraban para interponerse entre la *Caribdis* y su objetivo, Nocturne, impidiendo que la nave de los Salamanders llegase a su destino final. Las plataformas de lanzamiento de los flancos del crucero de mayor tamaño se abrieron de par en par.

—El *Sudario del Segador* se dispone a desplegar un equipo de abordaje —informó Esenzi mientras el resto observaba la situación.

—¿Podemos enfrentarnos a ellos? —preguntó Numeon, quien se había desplazado y estaba de pie, al lado del trono de mando de la joven, para poder observar el hololito táctico que acababa de trazar Esenzi—. ¿Podemos atravesar el bloqueo?

—Apenas aguantaríamos unos minutos antes de que acabasen con nosotros. No nos daría tiempo a atravesar el cordón.

—¿Podemos contactar con nuestros hermanos de Nocturne?

No era más que una esperanza sin fundamentos. Numeon ni siquiera sabía si aún quedaban Salamanders en Nocturne, mucho menos si había un número suficiente de ellos como para desafiar a una nave de la Death Guard del tamaño del crucero de guerra que les bloqueaba el paso.

Esenzi ya lo había pensado:

—Nuestros comunicadores de largo alcance no funcionan.

Numeon frunció el ceño, y la ira y la frustración amenazaron con vencer a la lógica. Tenía que mantener la mente fría y despejada.

—¿Cuántas naves de abordaje?

—Dieciocho, señor. Cañoneras Thunderhawk.

Era posible que hubiera más de quinientos legionarios echándose encima de ellos en esos momentos. Incluso si daban cuenta de la tasa de desgaste de las armas de la *Caribdis*, las limitadas defensas de la nave de los Salamanders no podrían superar semejante fuerza enemiga. Y ese no era más que el primer asalto.

Esenzi también era consciente de ello.

—He dado mi vida por esta Legión, por esta misión. Sería un gran honor para mí seguir haciéndolo hasta cumplir con mi deber, señor. Solo tenéis que alcanzar la superficie y la *Caribdis* puede daros una oportunidad para hacerlo.

Numeon asintió. Comprendió lo que le estaba diciendo la capitana de la nave.

El capitán de los Salamanders todavía llevaba enrollada en la muñeca el aquila que Esenzi le había dado. Numeon casi se había olvidado de ella. Era impresionante que no se hubiese roto durante las batallas. Se lo devolvió a la muchacha.

Esenzi cogió el amuleto.

—¿Funcionó?

—Estoy aquí, ante ti, señor, ¿no?

Esenzi sonrió, aunque la tristeza que sentía hizo que la sonrisa no llegase más allá de sus labios.

—Puedo acabar con muchos de los cazas —le dijo a Numeon, mientras se colocaba de nuevo el aquila alrededor del cuello—. Después, me ocuparé de las naves más grandes y llamaré su atención tanto tiempo como me sea posible. No me conozco la nave tan bien como Adyssian, pero puedo darles a esos bastardos algo con lo que entretenerse. Cumplid con la misión que nos ha traído hasta aquí, señor. Devolved a Vulkan a la tierra a la que pertenece.

Numeon hizo una reverencia que no era solo una forma de agradecimiento, sino que parecía más una genuflexión de respeto.

—Honras a la Legión, Lyssa Esenzi —le dijo Numeon a la muchacha—. Y tu sacrificio honra a Vulkan.

Tras esas palabras, Numeon se marchó y convocó a Zytos y al resto de Salamanders.

—Primero, vamos al santuario y, después, a las plataformas de lanzamiento —explicó Numeon.

—Un pequeño cuadro deberá quedarse aquí para proteger el puente de mando —dijo Zytos—. Si no, podrían utilizar nuestra propia nave contra nosotros.

Numeon asintió:

—Abidemi, llévate a Var’kir a la…

—Yo me quedo aquí —dijo el capellán, que había logrado ponerse en pie. Al hablar inclinaba la cabeza. Sin el sentido de la vista, el capellán dependía del resto de sentidos para sobrevivir. Era un poco desconcertante, pero a los transhumanos no les costaba mucho adaptarse a los cambios.

—Es una muerte casi segura, Var’kir. No puedo permitir que…

—Puedes perder tiempo peleándote conmigo o completar tu misión, Artellus. Elijas lo que elijas, no cambiará quién se va a quedar en la nave. Me quedo. Consigue que nuestro padre halle la paz y que pase lo que tenga que pasar.

—Jamás ha habido un dragón más cabezota que tú, Phaestus.

Numeon lo abrazó. Durante el abrazo, Var'kir se aferró a él y le murmuró al oído:

—Te he visto ante la montaña con el cielo rojo y bajo una lluvia de fuego, hermano. No sé lo que eso significa pero presiento que es un presagio de algo de suma importancia.

Numeon rompió el abrazo y en su rostro se reflejó la confusión que sentía en esos momentos. Pero se sobrepuso en seguida.

—Ten una muerte rápida e indolora, capellán.

Var'kir soltó un bufido y se volvió:

—No hay una muerte así para nosotros, legionario. Y no envíes a Xathen. Hasta el Trono sabe que le encantaría estar presente, pero yo no podría aguantarlo durante mis últimos minutos de vida.

Tras escuchar las palabras del capellán, Numeon se marchó con el resto de Salamanders.

Cuando ya habían dejado atrás el puente de mando, Numeon le dijo a Zytos:

—Comunícate con todos los Salamanders que queden en la nave. Ordena que dos de ellos vuelvan al puente de mando y lo protejan. Solo voluntarios. El resto vendrá con nosotros para escoltar a nuestro padre hasta Nocturne.

—Seremos una sola nave enfrentándose a muchas otras —le apuntó Zytos.

—Mi intención no es luchar contra ellos. Solo tenemos que aguantar el chaparrón de ataques de las naves enemigas y llegar intactos hasta la superficie.

—Y ¿qué hacemos con Hecht?

—Fuera cual fuese su misión, no podemos acompañarlo. Si aparece e intenta detenernos, lo mataremos, me da igual si es un agente de Maleador o no.

CINCUENTA Y OCHO

Adiós a la máscara

Barcaza de batalla **Caribdis***, el solitorium*

Cuando la nave llegó a las fronteras del Segmentum Solar, Hecht se retiró al solitarium. Esperó hasta que Numeon y Var'kir se hubiesen marchado para ir a esconderse al santuario. Su mente estaba abrumada por la presencia de dos psiques totalmente opuestas en su interior. Durante la reunión que había mantenido con Quor Gallek, había llegado a la conclusión de que se llamaba Barthusa Narek, pero, después de tener que afrontar la realidad de su misión, otra psique había logrado imponerse dentro de su cabeza.

Kaspian Hecht.

Estaba destrozado: una personalidad que se partía en dos en una línea bifurcada, sin ser completamente la una o la otra.

Narek intentó recordar qué le habían hecho. Pero Hecht luchó por impedírselo.

—¿Quién soy? —le preguntó el guerrero a la llama casi apagada que danzaba con suavidad en la cesto de hierro.

No hubo respuesta.

Desenvainó su cuchillo. Lo había pulido tanto que brillaba como un espejo, pero Narek no pudo reconocer el rostro que se reflejaba en la hoja. Bajo la centelleante luz de las llamas, parecía un impostor, una identidad desconocida.

«Mata al primarca», le decían sus instintos. El señor de los dragones… Pero, ya estaba muerto, ¿no? A pesar de eso, la orden todavía pervivía en su interior.

Sería muy sencillo. Había dos guardias apostados ante la puerta al santuario. Podía matarlos. Solo había dos Salamanders a bordo de la nave que podrían ponerle las cosas difíciles en un combate cuerpo a cuerpo, pero ambos estaban lo bastante lejos de allí como para no suponer una amenaza.

Sin embargo, cada vez que Narek pensaba en el asesinato del señor de los dragones, vacilaba, como si un impulso frenase sus intenciones de cumplir con la

misión que se le había encargado.

Por esa razón se había marchado al solitarium, para intentar poner sus pensamientos en orden.

Dos almas no podían habitar el mismo cuerpo durante mucho tiempo, ni siquiera un cuerpo transhumano. Lo destrozarían: mitad Narek, mitad Hecht. El mismo ya podía sentir cómo se desvanecía su propio ser.

Para perder la identidad propia, esta necesitaba algo importante, algo que ningún estado hipnótico pudiese reprimir.

El guerrero sentía un miedo atroz, un miedo real. Era la primera vez que sentía algo así, o al menos la primera vez que recordaba sentir algo así.

—¿De quién son estas manos? —se preguntó en voz alta, y oyó que el eco le devolvía su pregunta—. ¿Y esta voz? —chilló.

Quería recordar el pasado, así que pensó en el contenedor de almacenamiento en el que se había despertado por primera vez. También recordó la celda de Macragge y los interrogatorios a los que Titus Prayto lo había sometido. A veces, sentía que ese último recuerdo pertenecía a otra vida, o a la vida de otra persona. Otras veces, lo reconocía como propio.

Sentía que perdía las fuerzas otra vez. Pensó en el cajón y en el cuerpo que yacía a su lado. Recordó la armadura. Recordó que era Barthusa Narek. Recordó a los civiles a los que había asesinado para hacerse con el poder del buque de carga. Recordó haber atracado en la Baluarte al quedarse sin combustible. Encontrar un transporte nuevo había sido muy esencial.

Una orden, casi como un reflejo condicionado.

«¿Es Kaspian Hecht en realidad Barthusa Narek; o es Barthusa Narek en realidad Kaspian Hecht?».

No dejaba de darle vueltas a esa pregunta.

«Me secuestraron».

Era todo lo que podía deducir. En un momento estaba en una celda del torreón oriental y, al siguiente, en la oscuridad de un contenedor de almacenamiento.

«Me sacaron de Macragge de forma clandestina…».

Pero ¿quién lo había hecho? ¿Aquel que yacía a su lado cuando recuperó la conciencia?

¿Por qué lo habían hecho? ¿Qué querían?

«Un psíquico».

Pero no había sido Titus Prayto, sino alguien mucho más poderoso. Con el poder suficiente como para encubrir su huida y desconcertar a los hijos de Guilliman en su propia fortaleza.

Narek solo conocía a un psíquico, aliado del Imperio, que podría haber llevado a cabo semejante hazaña. La insulsa armadura gris que llevaba Narek estaba adornada con la marca del psíquico en cuestión. Pero no podía haber sido él.

Por lo menos…, no directamente.

Tenía que ser otro; su cuerpo se había convertido en un medio para conseguir la voluntad del Sigilita.

Primer lord de Terra, gran señor de…

—Asesinos —pronunció Narek en voz alta. Levantó el cuchillo para poder observar la desconocida cara que le devolvía la mirada desde el reflejo de la hoja del arma. Era un rostro común y corriente, sin nada destacable. Una máscara para conseguir sacarlo de Ultramar.

—Esta no es la cara de Kaspian Hecht —afirmó Narek.

Se llevó el cuchillo hasta la mejilla e hizo una pequeña incisión, lo bastante grande como para poder tocar con un dedo enfundado en un guantelete lo que había debajo de la herida; de ella salía un poco de sangre, pero no mucha. Hizo un corte más profundo, más grande. Esa vez, levantó, con cuidado, un colgajo de piel. Apenas salía sangre. Era una herida superficial, sin importancia.

A medida que arrancaba la capa de piel, no vio carne, ni tejido ni músculos, ni siquiera vio su propia calavera. Lo único que vio Narek fue más piel. Con unos rasgos que reconocía. Con la estructura cuneiforme colchisiana.

Era su piel; la piel de Barthusa Narek.

Estiró con más fuerza y la falsa piel se desprendió por completo de su rostro. Narek sostenía entre las manos una espantosa máscara de piel sintética. Al lado de la lumbre había un aguamanil, que se utilizaba para apagar las llamas y provocar la salida de vapor. Lo utilizó para limpiar su espada.

—Reconozco esta cara —pronunció, rodeado por las sombras de la habitación. En cuanto pronunció esas palabras, más información se agolpó en su mente.

Kaspian Hecht había estado vivo. Había sido un psíquico cuyo propósito había sido modificar la mente de Narek, dirigirla y manipularla, ocultarle quién era al propio subyugado. Lo sabía porque Hecht lo sabía y él era Hecht, o, al menos, una parte de él lo era.

Pero algo no había salido bien. Kaspian Hecht había muerto, aunque una parte de él todavía se aferraba a la vida, latente en el interior de la mente de Narek.

—Soy un hijo de la Palabra. Soy Barthusa Narek.

Oyó el sonido que produce una espada al ser desenvainada y se volvió.

—Es una lástima —le dijo Rek’or Xathen, de pie bajo el techo abovedado del solitarium—, porque eso significa que voy a tener que matarte.

Narek se puso en pie, con el cuchillo entre las manos, aunque su agarre no era muy firme.

—A bordo de esta nave solo hay dos guerreros con las habilidades necesarias como para derrotarme en un combate individual.

—Vaya, además de traidor, eres un arrogante —contestó Xathen, quien no se molestó en ocultar el asco que sintió al ver los trozos de la máscara de piel que todavía colgaban del rostro de Narek.

—Solo estoy cansado —repuso Narek, y realmente lo parecía—. ¿Sabes cuánta

gente quiere matarme?

—Diría que mucha.

Narek asintió:

—Y tendrías razón. Para vosotros soy un traidor y para mi propia Legión, un paria. Vi Su luz y supe que había tomado el camino equivocado. Ahora no estoy seguro de cuál es mi camino.

Xathen hizo un par de giros con la espada para relajar un poco la muñeca.

—¿Con eso pretendes ganarte mi compasión? Pues no lo vas a conseguir. Era la sangre de mis hermanos la que derramaste sobre la arena negra de Isstvan V.

—No, te lo estoy diciendo solo para que haya otra alma que haya escuchado mis palabras. Incluso ahora, después de habértelo dicho, suena totalmente absurdo.

—Desde que nos marchamos de Macragge, este viaje ha sido absurdo. ¿Todo esto ha sido obra tuya? ¿Eras una víbora infiltrada en nuestras filas, para manejar nuestras mentes y hacer que nos lanzáramos de nuevo a la deriva?

Narek levantó las manos en señal de arrepentimiento.

—No soy culpable de eso. Vosotros, los Dracos, lo decidisteis solitos. ¿Tan seguro estás de que no sobreviviréis? ¿Dónde ha quedado la fe en tu legión?

—Murió en la sangrienta arena negra en la que nos clavasteis vuestros cuchillos por la espalda. Deberíamos haber muerto allí. Yo debería haber muerto allí pero sobreviví, y, desde entonces, sufro una leve cojera. Esa es la ironía más cruel de todo esto: somos unos muertos que transportan la muerte.

—No quiero matarte. Por la vez que luchamos como aliados, cuando me conocías como Kaspian Hecht.

Xathen entrecerró los ojos y dio un paso hacia el interior del solitorium, acercándose a Narek a paso lento.

—Que vistas la armadura de otro o que utilices la piel de otro como una máscara para ocultar tu verdadero yo no cambia quién eres en realidad, traidor.

—Todo esto es una tontería, Xathen.

—No uses mi nombre como si fuésemos hermanos. Prepara tu arma. No voy a arremeter contra ti de la forma en la que tú lo hiciste con mis hermanos.

—Como quieras —respondió Narek, y se crujió los nudillos—. Pero hay algo que deberías saber antes de que empiece la pelea.

—¿Qué?

—Esos dos guerreros de los que hablaba antes… No eres uno de ellos.

Los dos legionarios adoptaron sus posturas de combate, y estaban a punto de comenzar la lucha cuando, de repente, oyeron el sonido de la alarma general de la nave. Los pitidos resonaron por todo el solitarium al tiempo que la voz de Esenzi salía del transmisor de audio. Habían regresado al espacio real y Nocturne flotaba ante sus ojos. La capitana les pedía a todos que ocupasen los puestos de combate mientras se lamentaba por la muerte de Kolo Adyssian pero, a la vez, inculcaba en su tripulación la resolución para vengar la muerte del capitán y conseguir lo que tantas

vidas les había costado lograr: llevar a Vulkan hasta Nocturne.

Xathen se quedó pasmado ante las noticias que escuchaba a través del comunicador, como si no pudiese llegar a comprender qué estaba pasando.

—No puede ser… —susurró. Dejó de prestarle atención a su oponente un par de minutos, mientras asimilaba la importancia de lo que acababa de escuchar.

Narek no necesitó tanto tiempo para actuar.

Dio un salto hacia adelante y esquivó el golpe instintivo de Xathen; lo desvió y se acercó para asestarle un cabezazo en la nariz al Salamander.

Xathen estaba furioso y se tambaleó, pero Narek aprovechó el momento de ventaja: cogió la cabeza del sargento entre las manos y la aplastó contra la dura pared del solitorium, con fuerza. Se oyó un chasquido, que podía haber sido la ruptura del hueso o de la roca. Lo más probable es que fuese de ambos. Sea como fuere, el golpe dejó a Xathen tirado en el suelo, inconsciente.

Narek debía huir rápido. Quor Gallek tenía un secuaz al que Narek conocía muy bien y quien lo conocía muy bien a él. Esenzi había reconocido al *Monarchia* como una de las naves enemigas que se estaban echando encima de la *Caribdis*. Por lo tanto, Degat estaría allí. La deserción de Narek habría ofendido el sentido del honor de Degat. Iría a por él, no cabía duda.

Bajó la mirada y le susurró al Salamander inconsciente:

—Por lo visto, todavía podrás vivir un poco más, hermano.

CINCUENTA Y NUEVE

Aguantar el chaparrón

El vacío

En el compartimento para la tropa de la nave, Degat, inclinado, mantenía la mirada baja mientras le cambiaba los dientes a su espada sierra.

Los guerreros bajo sus órdenes estaban sentados a su alrededor, todos acomodados de forma similar en los arneses de sujeción, con las botas sujetas magnéticamente y respirando en la gravedad cero a través de los sistemas de respiración de sus cascos.

Degat desenganchó un diente torcido de adamantium, lo dejó flotar dentro de la bodega y en seguida lo sustituyó por otro.

«Tiene que estar lo bastante afilada como para cortarles el alma en dos y enviarla, entre gritos de dolor, al éter».

Los pensamientos beligerantes que atravesaban su mente no se vieron reflejados en su lenguaje corporal. Degat solo se movía cuando era necesario; se quedaba quieto, como una estatua, y sus movimientos recordaban a los de una máquina. Sin embargo, respiró hondo; llevaba un casco por encima del reinhalador y observaba la cuenta atrás del cronómetro interno, esperando la tan ansiada intercepción.

A Degat ya no le interesaban los Salamanders, ni tampoco tenía pensado seguir las órdenes del comandante de la Death Guard. ¿Quién se creía ese salvaje de Barbarus para darle órdenes a él? Ese simple pensamiento bastó para que se dibujase una leve sonrisa en el rostro de Degat.

No, mientras atravesaba el vacío con sus compañeros, solo tenía un único objetivo en mente: encontrar a Barthusa Narek y acabar con él.

Una sirena de aviso les indicó que ya estaban cerca de la nave enemiga. Sus oponentes habían abierto fuego, y ellos estaban en la mira de su formidable arsenal armamentístico. Degat escuchó la voz del piloto a través del comunicador de su casco, quien les informó que iba a realizar una acción evasiva, al igual que todas las

naves de abordaje del *Sudario del Segador*.

Muchas naves no lograrían salir airosas de esa situación, pero Degat sabía que la suya no sería una de las naves caídas. El destino requería que se volviese a encontrar con Narek. Así estaba previsto.

En el puente de mando del *Sudario del Segador*, Laestygon observaba desde su trono la imperturbable imagen hololítica que se mostraba en la pantalla.

Dieciocho naves de abordaje navegaban por el abismo que separaba las dos naves enemigas, y en una de ellas viajaban los guerreros del Predicador. A toda máquina, las cañoneras no tardarían mucho en llegar hasta la *Caribdis*.

Tendrían que actuar con rapidez. Los Salamanders habían contestado a la amenaza enemiga y habían desatado la furia de las armas de la *Caribdis* contra los posibles intrusos.

Laestygon también había incluido en su flota de naves de abordaje unos misiles víricos. Cada uno de ellos portaba un virus contagioso, creado por su cuadro de destructores. En cuanto el virus chochase contra el casco blindado de la nave, explotaría y ardería en llamas; y, cuando entrase en contacto con la tripulación de la nave, esta quedaría reducida a una pila de huesos humeantes.

—Rack —espetó Laestygon, requiriendo la atención del capitán de su nave, quien vigilaba la trayectoria de las naves de abordaje casi con tanto esmero como su señor de la Death Guard—. Dispara unas cuantas salvas. Destroza sus escudos. Que queden inservibles. Que muera todo aquel que se encuentre a bordo de la nave, pero que esta sobreviva. Yo mismo entraré en el mausoleo del primarca y le cortaré la cabeza.

Rack, sumiso y para evitar posibles represalias, hizo lo que su señor le había ordenado.

El puente de mando del *Sudario del Segador* vibró tras el disparo que se efectuó, unos segundos después, desde los flancos del crucero de guerra.

—Pero te encontrarás con su piel de obsidiana, Laestygon —le comentó Quor Gallek.

Desde que había llegado al *Sudario del Segador*, el Predicador se había convertido en una presencia casi invisible en el puente de mando. A pesar de que vestía una armadura de batalla en lugar de las ridículas túnicas propias del profeta que afirmaba ser, Laestygon todavía pensaba que tenía menos apariencia de guerrero que el desgraciado capitán de la nave.

«Sabe que pronto dejará de sernos útil», pensó Laestygon, y comenzó a reflexionar cuánto tiempo más necesitarían de los servicios del Word Bearer. También se planteó si cumpliría la promesa que le había hecho y lo dejaría marchar en libertad tras conseguir el ansiado premio.

Laegyston le dio un golpecito a su kukra y, cuando el guantelete chocó contra la hoja del cuchillo, se oyó un sonido metálico.

—Pues tendré que asestar un golpe certero y potente.

—Te recuerdo el trato al que llegamos. Yo me quedo la fulgurita, el resto es todo tuyo.

—No estás en posición de poder recordarme nada, Predicador. Reza por que tu perro de caza cumpla con su misión de guiar a mis guerreros hasta el santuario donde yace Vulkan.

Quor Gallek no añadió nada más, y Laestygon sonrió satisfecho.

«En cuanto tenga el cuerpo de Vulkan en mi poder…».

En las plataformas de lanzamiento de la *Caribdis*, la tripulación notó la vibración provocada por el choque de una cortina de fuego proveniente de las dos naves enemigas.

La tripulación base y los visioingenieros trabajaban a destajo para que la cañonera estuviese a punto. Ya había muchas naves de combate listas para embarcarse en la batalla, pero no había casi pilotos para conducir dichas naves. Había un arsenal entero que descansaba en el suelo, sin que nadie le diera uso, tras la matanza a manos de las sirenas. Todo hombre y mujer que pudiese mantenerse en pie, y que no estuviese a cargo de mantener la nave en movimiento ni luchando, escoltaba el puente. Una vez fuera de la disformidad, los defensores humanos podían moverse con total libertad, pero la cantidad de ellos que quedaba en la nave había disminuido de forma considerable. A pesar de la desesperación que se vivía en una situación como aquella, todos y todas se habían pintado la cara con cenizas para recordar y honrar a sus señores.

En la cubierta se habían reunido más de veinte Salamanders.

Al final, Mu’garna y Baduk se habían presentado voluntarios para quedarse atrás y proteger el puente de mando. Xathen, por extraño que pareciera, no había acudido a la llamada, pero Numeon no tenía tiempo para ponerse a buscar al veterano sargento.

El resto de Salamanders estaba de pie alrededor del ataúd del primarca, mostrando sus respetos y su veneración. Habían trasladado el féretro de Vulkan hasta la bodega de carga y este flotaba a la altura de la cintura gracias a unos impulsores antigravedad.

No se veía ningún indicio de que el señor de los dragones fuese a despertar, o de que pudiese hacerlo. Tenía el rostro petrificado y la carne tan intangible como la obsidiana.

—¿Seguirá respirando cuando vuelva? —preguntó Abidemi en un susurro.

—Cuando haya vuelto al fuego, hará algo más que respirar —le contestó Numeon —. Se levantará, renacerá.

Zytos murmuró el nombre del primarca entre dientes y Gargo lo repitió.

Un visioingeniero les indicó que la cañonera ya estaba lista. Numeon contactó con Var’kir por el comunicador justo cuando descendía la rampa del compartimento de carga:

—Hermano, vamos a embarcar.

—*Y al fin acaba nuestro viaje.*

—Mantente firme, Var'kir, y ten presente tu participación en este milagro que hemos obrado.

—*Date prisa, Numeon. En cuanto se den cuenta de lo que hemos hecho, os perseguirán.*

—No podrán detenerme ahora, hermano. Vulkan vive.

Numeon estaba a punto de despedirse cuando Var'kir se lo impidió:

—*Lleva la paz a nuestro padre, Artellus. Devuélvelo a la tierra a la que pertenece. Y, después, haz las paces contigo mismo. No te tortures más.*

La cálida sensación de determinación que sentía Numeon desapareció y fue reemplazada por un fuerte escalofrío. Var'kir no quería sembrar la duda en sus pensamientos, solo mermar un poco sus esperanzas. Recordó la visión que había tenido Magnus, una visión en la que él estaba de pie enfrente de una montaña y el cielo estaba envuelto en llamas.

La melancolía amenazaba con invadir su estado de ánimo, hasta que Numeon la aplastó con su fe. Habían cruzado la Tormenta de Ruina y habían atravesado el velo. A pesar de tener todo en contra, y a pesar de todos los sacrificios que habían tenido que hacer, tenían Nocturne al alcance de la punta de los dedos.

No había nada imposible.

Vulkan se despertaría.

Lo único que tenían que conseguir era llegar hasta el monte Fuego Letal.

La rampa chocó contra la cubierta con un sonido metálico muy fuerte. Obedeciendo la orden silenciosa de Numeon, los últimos Salamanders que quedaban escoltaron a su padre a bordo de la nave.

Abidemi encabezaba la escolta, mientras Zytos cerraba la marcha, dándose cuenta del malestar de su hermano.

La cubierta volvió a temblar, pero esta vez la sacudida fue más violenta tras la total destrucción de todos los escudos que protegían la nave.

—Ya nada los va a detener, hermano —le dijo Numeon a Zytos.

—Los tendremos encima en apenas unos segundos —coincidía el sargento—. Tenemos que despegar y rezar por que podamos colarnos por cualquier resquicio del cordón con el que habrán rodeado la nave.

Numeon movió la cabeza:

—No habrá ningún cordón. No esperan que huyamos; creen que nos vamos a quedar a luchar.

—¿Deberíamos hacerlo?

—Con mucho gusto moriría por las valientes almas a bordo de la *Caribdis,* hermano, pero no. Tenemos que llevar a nuestro padre hasta Nocturne; es una misión demasiado importante como para correr riesgos.

—Entonces, ¿por qué te noto dubitativo?

—Por algo que he visto, hermano. Algo que creo que solo yo debía ver,

predestinado para mí por alguna razón que todavía desconozco.

La cubierta tembló cuando el blindaje se desprendió de la *Caribdis* como si fuesen escamas. Cada una de las salvas enemigas estaba calibrada para dañar la nave, no para acabar con ella. Cuando la Death Guard o los Word Bearers consiguiesen lo que buscaban, se acabaría el comedimiento de sus enemigos. Al menos, la resistencia de toda su milicia le daría un poco de ventaja a Esenzi.

—Nuestro destino nos llama, hermano. Uno que comenzó en Macragge y que terminará en Nocturne con la resurrección de Vulkan.

Numeon asintió y emprendieron el camino hacia la cañonera.

Al cerrarse la rampa, y mientras los lúmenes internos del compartimento para la tropa seguían centelleando en un intento por mitigar la oscuridad, se dio la voz de alarma. Las naves de abordaje habían llegado a la *Caribdis*. Los enemigos estaban invadiendo la nave.

Había llegado el momento de partir.

Los motores rugieron y la cañonera atravesó el túnel de lanzamiento dejando una estela de fuego producida por los dispositivos de combustión, y se zambulló en el oscuro vacío y entre medio de la guerra que estaba teniendo lugar entre las tres naves que flotaban en él.

SESENTA

La caída de la nave

Barcaza de batalla **Caribdis**, *puente de mando*

Lyssa Esenzi apuntó la salida de la cañonera por la plataforma de lanzamiento de estribor en el diagrama que se reflejaba en la pantalla de la nave y centró toda su atención en la ofensiva a pie de guerra.

Con Numeon y la mayoría de los guerreros flotando en el vacío, tenía que desviar la atención de las dos naves enemigas de los Salamanders. Para conseguirlo, lo primero que se le ocurrió fue lanzar la nada desdeñable fuerza de la *Caribdis* contra la nave más pequeña, que se había acercado a la barcaza de batalla para conseguir mejores resultados en la línea de fuego.

—Apuntad al *Monarchia* —ordenó—. Disparad todas las armas a la vez.

En cuanto les llegó la orden, las armas de la *Caribdis* se desplegaron, listas para atacar. Pocos segundos después, se oyó la detonación de las armas y sus vibraciones alcanzaron el puente de mando. Esenzi contempló el registro de los disparos en el diagrama con una sonrisa lúgubre de satisfacción.

La enorme potencia del golpe destrozó los escudos de vacío del crucero de menor tamaño como una bola de demolición.

—Otra vez —ordenó la capitana de la nave, mientras las alarmas de daños resonaron en el aire y los marcadores de infiltración de los enemigos se iluminaban en color rojo en la pantalla. Ordenó a los soldados que los interceptasen. Pudo ver que los Salamanders querían unirse a la lucha, pero contaban con la suficiente disciplina como para mantenerse en sus puestos.

Dispararon una segunda salva desde los flancos de la nave, una lluvia de proyectiles que llenó el espacio con el fogonazo silencioso de los demoledores cañones de la nave.

—¡Torpedos a máxima potencia! —gritó Esenzi, haciéndose oír por encima del rugido de las alarmas y aferrándose a los brazos de su trono de capitana, mientras el

puente de mando se estremecía con el impacto de los disparos enemigos.

El lanzamiento había sido un éxito y la mortífera carga que representaban los torpedos de la nave atravesaba el vacío en dirección al *Monarchia*.

En el diagrama aparecieron más iconos a medida que los intrusos enemigos surcaban la cubierta interior y se infiltraban en la nave. El tráfico de comunicaciones bloqueaba todos los transmisores de la nave al darse muchos combates al mismo tiempo. Esenzi aisló su mente del ruido de los disparos y de los gritos de los guerreros.

Centró toda su atención en la transmisión táctica, una de las muchas representaciones hololíticas que tenía ante sí. Dicha transmisión mostraba que el segundo flanco había acabado con lo que quedaba de los escudos de vacío a babor del *Monarchia*. Unos segundos después, el torpedo chocó contra su objetivo.

En la profunda oscuridad del espacio brotaron silenciosos capullos de fuego, como pequeños rayos sin truenos.

Había sido un buen disparo. Un golpe que ningún blindaje aguantaría. Aunque estaba demasiado lejos como para poder verlo, Esenzi se imaginó una lluvia de placas flotando en el espacio, como las hojas de los árboles meciéndose al son del viento.

—Disparadles otra vez, desde los dos flancos, desplegad las armas de nuevo. Quiero los motores de la parte trasera a estribor a toda potencia. Quiero girar. Quiero acercarme más.

Los legionarios que estaban a bordo de la *Caribdis* ya se habían abierto paso entre dieciséis cuellos de botella. Las comunicaciones que recibían de los defensores asediados les indicaban su paso por las cubiertas, que corría como un reguero de pólvora sin control.

Pero no era una marcha incontrolada, sino con un propósito específico y cuyo objetivo era el puente de mando.

—Mis nobles señores —sentenció Esenzi, si bien su atención seguía centrada en los acalorados combates «nave a nave».

Mu’garna y Baduk ya estaban en marcha. Habían atravesado las puertas blindadas del puente de mando y las habían sellado tras su paso, justo cuando las salvas enemigas alcanzaron el segundo flanco.

Los informes de daños inundaban los datos que se reflejaban en la pantalla, mientras, poco a poco, la *Caribdis* sucumbía cada vez más ante la muerte a manos de sus enemigos.

Pero no había punto de comparación entre el golpe recibido por la *Caribdis* y el catastrófico golpe que le asestaron al *Monarchia*. El aluvión de torpedos había sobrecargado los pocos escudos que todavía le quedaban al crucero. En la oscuridad, resonaron las grandes explosiones que iluminaban el desolado casco de la nave de los Word Bearers. Había cuerpos flotando en el vacío, que se habían congelado al instante después de caer de la nave. A otros los consumieron las llamas efímeras que duraban una milésima de segundo, para después desaparecer en un abrir y cerrar de

ojos.

Cuando el torpedo chocó contra su objetivo, ya había trozos de escombros, grandes partes de la cubierta y el arco barroco de la torre de una catedral desprendidos de la nave y flotando en una diáspora en masa.

Esenzi se levantó del asiento cuando uno de los sistemas críticos del *Monarchia* se sobrecargó y un nuevo sol brilló y tapó la inmensa vista que tenían desde el óculo de la nave.

La nave había caído. La estela de la proa enemiga chocó contra la *Caribdis*, a pesar de lo lejos que estaba de ella. No necesitó más de un minuto, e hizo pedazos el casco de la barcaza de batalla.

Esenzi se cayó hacia atrás. Se iniciaron varios incendios, y los servidores en seguida se pusieron manos a la obra para intentar apagarlos. Empezaron a resonar unas fuertes explosiones por todo el puente de mando y las cubiertas que estaban por debajo de este, mientras la *Caribdis* comenzaba a darse por vencida.

—Capitana, ¿cuánto tiempo más podremos aguantar? —le preguntó el capellán. Se había quedado rezagado, de frente a las puertas blindadas del puente de mando, a pesar de que no poseía ojos para ver lo que podría atravesarlas.

Habían caído ocho cuellos de botella más. Los defensores mortales ya casi habían utilizado sus últimos recursos.

—Capitana —la llamó de nuevo el capellán, desviando la atención de Esenzi de su sombría estrategia por unos segundos.

—Todavía quedan dos cubiertas antes de que lleguen aquí. Aunque han mandado un escuadrón al compartimento de carga.

El capellán sonrió.

—Siguen creyendo que está a bordo —le dijo Esenzi.

—La vida de Numeon y la de todos mis hermanos a bordo de esa cañonera depende de que nuestros enemigos sigan creyendo eso un poco más.

—Puedo hacer que centren toda su atención en nosotros —afirmó Esenzi, al darse cuenta de que la *Caribdis* estaba a punto de cambiar de dirección. Se volvió hacia el alférez que dirigía el timón—. Motores de plasma a máxima potencia.

Una gran cantidad de restos del naufragio seguía flotando tras la caída del *Monarchia*, que solo se pudo percibir después de que hubiese desaparecido la llamarada electromagnética de los destrozados motores de disformidad.

Esenzi tenía la intención de atravesar los restos de la nave y chocarse contra lo que quedaba de ella. Echó una mirada al diagrama de la pantalla y a las enérgicas tropas de abordaje a las que había estado vigilando en todo momento.

—Una cubierta más y los tendremos encima de nosotros —susurró más para sí misma que para los demás, pero el capellán oyó sus palabras.

Una chispa de energía brilló en el mango de su maza, cuya empuñadura tenía forma de dragón.

Los pocos soldados que quedaban en el puente de mando tomaron sus puestos de

combate a ambos lados de Var'kir y apuntaron las armas hacia las puertas blindadas.

—Pues será mejor que actuemos con rapidez, capitana —le dijo el capellán.

—¿Cómo te vas a enfrentar a ellos? —le preguntó Esenzi, al tiempo que cambiaban la dirección de los cañones de bombardeo de los flancos de la nave para apuntar a su próximo objetivo, y los torpedos se cargaban de nuevo, listos para ser disparados.

—Con la fe de los nacidos del fuego, capitana —respondió, con gran devoción—. No necesito nada más que eso para enfrentarme a ellos.

—Señor Var'kir… —dijo Esenzi, sintiendo la necesidad de decir algo para recalcar los últimos minutos que les quedaban.

—Te has ganado el derecho a utilizar mi nombre de pila —la cortó él—. Me llamo Phaestus.

—Lyssa Esenzi.

Var'kir sonrió con tristeza:

—Para mí siempre serás la capitana.

El sonido de las sirenas de alarma rompió el momento que se había creado en el puente de mando. Uno de los indicadores del diagrama mostraba que los motores de plasma estaban alcanzando los niveles más altos de potencia. Ya estaban dañados, y en esos momentos estaban funcionando más allá de sus capacidades. Todos los marcadores estaban en rojo. El temblor de los motores se podía notar en el puente de mando, y habían aparecido pequeñas grietas y fisuras en las paredes y en el techo abovedado de la sala.

Faltaba poco.

Bajo el rugir de los cañones laterales de la nave, Esenzi apretó el aquila que llevaba alrededor del cuello y susurró una oración por Numeon.

Pequeños trozos de metralla chocaron contra el casco de la cañonera a medida que esta avanzaba por debajo de la estela de las ruinas del *Monarchia*. Aunque el chamuscado armazón destrozado del crucero de guerra abatido apenas era un impedimento para el paso de una nave del calibre de la *Caribdis*, representaba un gran peligro para una nave más pequeña que intentaba atravesar los restos del crucero de guerra.

El *Monarchia* se había roto en pedazos. Algunos de esos trozos tenían un tamaño considerable y habían acabado flotando en el vacío, bloqueando el camino de la cañonera.

El casco de la nave tuvo que hacer frente a una fuerte lluvia que no tardó en evolucionar y convertirse en una tormenta insoportable.

A poca distancia de la nave, estalló una explosión que se pudo contemplar a través de una de las rendijas de visión selladas; las llamas anunciaron la destrucción de una nave salvadora. Los Salamanders viajaban en silencio a través del enjambre de naves vacías, una nave más entre tantas que allí había, con las cabezas agachadas y

los ojos posados en la figura yaciente de su padre.

Solo se pudo oír la voz de uno de ellos, quien pronunció un nombre en voz muy baja:

—Vulkan —murmuró Numeon, con el sigilo aferrado en uno de los guanteletes.

SESENTA Y UNO

El encuentro final

Barcaza de batalla **Caribdis***, compartimento de carga*

En cuanto atravesaron el casco de la nave, Degat se dirigió a las cubiertas inferiores. Allí se encontraba el santuario y hacia allí era adonde guiaba a un cuadro de nueve legionarios. Cuatro de ellos eran Word Bearers y los otros cinco unos salvajes Death Guards. Hasta el momento no se habían encontrado con resistencia de ningún tipo, lo cual había echado a perder la fiesta de la caza, que se había convertido en una avanzadilla recelosa en lugar del ataque violento similar al de los guerreros que intentaban arrasar con el puente de mando superior.

La entrada a la nave no había sido un camino de rosas, a pesar de que no tardaron en darse cuenta de que la *Caribdis* no contaba con muchos efectivos que la defendiesen. Muchas de las cubiertas estaban inundadas de líquido refrigerante y de promethium expulsados por muchos de los generadores y de los sistemas semisuperfluos de la barcaza.

En cuanto los legionarios enemigos dejaron atrás la carcasa de la nave y consiguieron penetrar en el interior de la misma, las reservas químicas que saturaban las cubiertas ardieron de forma automática. Muchos legionarios fueron lanzados a través de los agujeros por los que habían entrado y devueltos al vacío con las armaduras rotas y vulnerables. Otros muchos murieron abrasados por las llamas.

La nave sufrió daños casi irreparables, pero Degat supuso que los tripulantes de la *Caribdis* eran conscientes de que había llegado su fin y habían elegido luchar con cada gota de desesperación que les quedase. Respetaba una decisión como esa, aunque no sirviese para nada.

—Aquí es —les dijo a los legionarios que lo acompañaban, tras toparse con un pasillo muy largo, cubierto por restos de la nave pero que los conduciría hasta el santuario. Se notaba que alguien había intentado abrirse camino por allí. Degat estaba a punto de guiarlos por él cuando el guerrero al mando de la Death Guard, un

sargento llamado Ukteg, lo apartó de un empujón.

—Laestygon quiere el cuerpo —bramó el sargento con un marcado acento de Barbarus que provocó que Degat rechinara los dientes.

El Word Bearer se hizo a un lado, haciendo caso omiso de sus instintos de guerrero. Él buscaba algo más, a alguien más, y ese alguien no estaba ahí. Cruzó una mirada con sus compañeros de legión mientras le cedía el mando del cuadro al legionario de la Death Guard. Avanzaron despacio y con cuidado, atentos a las sombras, alertas por si les sorprendía una emboscada…, pero no pasó nada.

Al llegar al final del pasillo, entendieron por qué.

—No está aquí —gritó Ukteg, a punto de contactar con Laestygon por el comunicador, pero un pedazo de acero colchisiano le atravesó la garganta y se lo impidió.

Los compañeros del sargento de la Death Guard tardaron en reaccionar. Degat mató a un segundo legionario con un disparo a bocajarro de su bólter que dio de lleno en el visor del casco de su oponente, mientras sus hermanos abatían a tiros y destripaban al resto de miembros de la Death Guard que los acompañaban.

Delante de la puerta del santuario, yacían cinco apestosos cadáveres de cinco legionarios de la Death Guard, tirados en el suelo de la cubierta. Degat le pegó un tiro en la cabeza y en el pecho a cada uno de ellos, para asegurarse de que no les diesen más problemas. Las historias sobre la resistencia de los habitantes de Barbarus podían ser un poco exageradas, pero no vio la necesidad de correr ningún riesgo.

—Ayudad a los que están tomando el puente de mando —ordenó a sus soldados —. Me voy de caza. Está por aquí, en algún lugar… Puedo oler el hedor de ese hereje cobarde.

Los Word Bearers asintieron, casi con las mismas ganas que Degat por ver derramada la sangre de Narek, pero con la precaución suficiente como para no cruzarse en su camino. Siguieron las órdenes de su líder y se marcharon; Degat se quedó solo entre las sombras del laberíntico compartimento de carga.

Degat ya sabía que los Salamanders huirían con el cuerpo de su primarca. Esas eran las preocupaciones de la Death Guard, y hasta del Predicador, pero no eran las suyas. Aquello a él no le importaba lo más mínimo.

—Al menos déjate ver, cobarde —lanzó el desafío a la oscuridad, avanzando de forma constante por el pasillo, profundizando cada vez más en el laberinto de la bodega.

Su amenaza no obtuvo respuesta, pero todo estaba demasiado tranquilo. Reinaba una especie de vacío sobrenatural que revelaba una presencia cercana.

—Sé que estás aquí, traidor. Déjate ver. Acabaré con el dolor de tu traición.

La respuesta no llegaba, pero los instintos de Degat no fallaban. Sentía que había alguien a su alrededor, una sensación parecida a la que notas cuando te sientes observado. Siguió avanzando, agachado y pegado al muro del pasillo, aprovechando cada pedacito de protección que encontraba. Sabía que Narek era un tirador, que era

un guerrero que prefería luchar a la distancia. Degat solo mataba cuando tenía a su enemigo cerca, para poder ver, desde primera fila, cómo se desvanecía el brillo de los ojos de su oponente al perder la vida, en lugar de verlo a través de la mira de un francotirador.

Cada vez se adentraba más en el pasillo, pasando por encima de cajas desperdigadas y municiones inservibles. La luz que iluminaba su paso titilaba y el suelo de la cubierta temblaba con cada golpe y disparo que recibía la nave.

El *Sudario del Segador* estaba siendo considerado con su enemigo. Pero, en cuanto Laestygon se percatase de que Vulkan ya no estaba a bordo de la nave, no se andaría con chiquitas. Degat tenía que encontrar a Narek antes de que eso sucediese. Nada se lo impediría. Ni Quor Gallek, ni la Death Guard…: ni nada ni nadie podría pararlo.

Degat casi había llegado a la siguiente esquina, con la espada y la pistola bólter en cada mano y listas para el ataque. Soltó una última provocación:

—Vamos a saldar cuentas, Narek. Enfréntate a mí y limpia un poco tu honor.

—No está aquí —dijo una voz profunda pero poderosa, desde las sombras del final del siguiente pasillo—. Pero yo sí.

Degat se detuvo y, con los ojos entrecerrados, escrutó la oscuridad en busca de la fuente de la voz.

—¿Draco? ¿Eres tú?

Estaban a unos cien pasos de distancia, por lo menos. Degat asió la pistola sin mucha fuerza al tiempo que el Salamander emergía de las sombras.

—Ya no me muevo como antes, ¿y tú?

Degat sonrió y miró de arriba abajo la greba remendada que portaba el Salamander alrededor de la pierna.

—¿Eres lo bastante fuerte como para enfrentarte a mí en un combate cuerpo a cuerpo, dragón?

El sonido que produce la hoja de una espada al ser liberada de su vaina fue respuesta suficiente para Degat.

Guardó la pistola bólter en su funda y empuñó su espada sierra con las dos manos.

Los guerreros se acercaron el uno al otro.

—¿No huyes con tu señor? —le preguntó Degat.

—Estaba buscando a alguien.

—Vaya, ya somos dos.

A medio camino de la posición del Salamander, alentado por su bravuconería, Degat se dio cuenta del error que había cometido.

Detuvo su paso pero no se molestó en volverse.

—Parece que lo hemos encontrado —le dijo al Salamander, quien parecía confundido, hasta que una pequeña mira globular brilló en la oscuridad.

—¡Bienvenido, hermano! —lo saludó Narek en voz baja y pesarosa—. Parece ser

que ahora haces más ruido al moverte que la última vez que nos vimos.

Degat bajó la vista hacia abajo y se miró la pierna herida. Después, volvió a alzar los ojos para encontrarse con Narek.

—Has usado un cebo vivo —le dijo. Asintió y, al mismo tiempo, intentó coger la pistola bólter de su cinturón y se agachó durante una fracción de segundo para prepararse y darse la vuelta—. Estoy impresionad…

El proyectil de la pistola bólter atravesó con violencia la parte frontal del cráneo del Word Bearer y arrasó con el reinhalador y con parte del casco de Degat. Este cayó de rodillas bajo el peso de su propio cuerpo y terminó bocabajo, tendido en el suelo.

Xathen no se había movido, y en esos momentos la mira globular apuntaba al centro de su cuerpo. Acababa de entender la trampa en la que había caído y que Narek había preparado para él en la bodega de carga.

—Acaba ya con esto, Word Bearer. Hace tiempo que debería haber muerto.

Narek sostuvo la mira de la pistola un par de segundos más sobre el cuerpo del Salamander y, después, desapareció.

Xathen desenfundó el bólter que llevaba colgando de la espalda y, con un movimiento, se agachó y apoyó una rodilla en el suelo para apuntar a su enemigo.

Pero Narek había huido.

SESENTA Y DOS

Por última vez

Gran crucero de guerra **Sudario del Segador**, *puente de mando*

Habían conseguido engañar a Laestygon. Lo que en principio pensó que era una huida a la desesperada había sido, en realidad, una treta ingeniosa. Había estado tan centrado en la *Caribdis* que no se había dado cuenta del engaño hasta que había visto la cañonera viajando a través de las cápsulas de salvamento en dirección a Nocturne.

—Se lo han llevado —murmuró el capitán de la Death Guard. Elevó la voz para dirigirse a Rack—: Destruye la *Caribdis*. Apunta con todo nuestro arsenal y dispara.

El capitán de la nave vaciló y se atrevió a decirle a su señor:

—Nuestros guerreros siguen a bordo de la nave, comandante.

Laestygon se levantó de su asiento para cernirse sobre su capitán, quien estaba atemorizado.

—¡Acabad con ella! Antes de que ellos acaben con nosotros. Y envía a algunos soldados tras esa cañonera y que la derriben.

—¿Sobre suelo nocturneano? —le preguntó Quor Gallek, quien todavía intentaba reprimir la ira que sentía tras la reciente destrucción de su propia nave, que había sido tan cruel. Laestygon la había utilizado para contrarrestar la ira de la barcaza de batalla, que si bien estaba dañada seguía siendo mucho más grande que el *Monarchia*, todo para darles más tiempo a sus legionarios para conseguir y asegurar su premio.

—Me da igual el suelo que sea. La XVIII Legión está destrozada, Predicador. Ya pudimos comprobarlo en Isstvan. Yo quiero la cabeza de Vulkan y tú la fulgurita. No hay nada más que hablar.

—Atacar el planeta de una legión es un suicidio, Laestygon.

—No, no lo es. Me haré con el poder de Nocturne o lo convertiré en cenizas. De una forma u otra, la cabeza de Vulkan será mía.

Rack obedeció la orden de su comandante y se dispararon las armas del crucero al mismo tiempo que una flota de guerreros despegó desde las plataformas de

lanzamiento a la caza de la cañonera huida.

—Derribadlos —espetó Laestygon, mientras volvía a su asiento—. A los dos.

La fuerza de la lluvia de proyectiles que golpeó a la *Caribdis* fue tal que la tripulación que estaba en el puente de mando perdió el equilibrio. Ni siquiera Var'kir consiguió mantenerse en pie, y oyó el crujido que produjo la superestructura de la nave al romperse a su alrededor. Sintió el olor a humo y el calor que manaba de los incendios.

—¿Capitana? —llamó el capellán a Esenzi, quien le contestó medio atontada.

—Estoy aquí. Sigo viva.

A través de las puertas blindadas se filtraron ruidos de combates al tiempo que Mu'garna y Baduk luchaban por evitar que los intrusos pasasen del muelle. Duraron mucho más que lo que duraron los entrecortados informes por comunicador de los soldados y del resto de defensores mortales sin experiencia, pero llegó el momento en el que su oposición se silenció, como la del resto de defensores.

—Estamos indefensos —afirmó Esenzi.

Var'kir oyó cómo la capitana abandonaba su trono de mando. La nave estaba seriamente dañada. Había cubiertas enteras destrozadas y cientos de personas habían muerto en la batalla. Los escudos habían caído y la armadura estaba casi destruida. El enemigo incluso había conseguido neutralizar las armas de la nave.

—¿Estás conmigo, capitana? —preguntó, pero oyó que Esenzi cargaba la pistola que llevaba en el cinturón antes de contestarle.

—No queda mucho más que podamos hacer.

Los motores funcionaban a toda máquina y los constantes temblores deterioraron el casco de la nave casi tanto como los punitivos aluviones de proyectiles que disparaba en esos momentos el *Sudario del Segador*.

El chasquido y el siseo de los cortadores de plasma ardiendo que se colaban a través de las puertas blindadas anunciaban la llegada del fin. Var'kir supo que en cuanto los legionarios enemigos entrasen en el puente de mando, todo se habría acabado.

Poco importaría a cuantos se enfrentasen. En esos momentos un solo pelotón podría apropiarse del mando y asesinar a todos los siervos del Imperio que hubiera allí.

Var'kir oyó el chirrido de las puertas al abrirse lentamente; sin energía, el mecanismo de cierre se había desactivado, por lo que se necesitaba una palanca para poder abrirlas.

—¡Fuego!

Apenas había hablado cuando el pelotón de soldados, junto con Esenzi, abrió fuego.

A pesar de que no podía ver los efectos del ataque defensivo de sus compañeros, supo que, como mucho, lograrían heridas superficiales en el enemigo. Ningún

soldado mortal había sido entrenado jamás para luchar contra las Legiones Astartes. Nunca se pensó que en algún momento se verían en la necesidad de enfrentarse a ella.

—¡Abatidlos! —gritó la capitana de la nave, y Var'kir se dio cuenta de por qué podía sentir la desesperación en la voz de su compañera.

La Death Guard había enviado un pelotón de rompedores, armados hasta los dientes tras sus escudos de abordaje. Var'kir pudo oír cómo los proyectiles rebotaban contra ellos.

Ninguna de las armas con las que contaban los defensores podría atravesar semejantes defensas.

Después de recibir un disparo en la greba derecha, Var'kir elevó su maza crozius a la salud de todos aquellos que habían muerto durante la misión de llevar a Vulkan de vuelta a Nocturne y se preparó para atacar, a ciegas, en el fragor de la batalla.

Un grito de guerra conocido hizo que se detuviese; tras el grito, oyó el sonido de una fuerte lucha cuerpo a cuerpo. Antes de que Var'kir pudiera determinar qué estaba pasando, oyó y sintió el rugido de una explosión, pero no la vio. La onda expansiva lo lanzó por los aires; el dolor tardó un poco en llegar pero, para cuando aterrizó en el suelo, lo sintió en todo su cuerpo.

Desorientado, el capellán tuvo problemas para levantarse. Unos minutos después, se dio cuenta de que la explosión le había cercenado una pierna. Oyó el sonido de unos pasos que se aproximaban a través del fuego y la casi total destrucción de la nave, e intentó alcanzar su maza, que había perdido en la explosión.

—Capitana, ¿sigues con…? —iba a preguntarle a Esenzi.

—Ha muerto, Var'kir.

—¿Xathen?

—Todos han muerto.

Sintió que una mano enfundada en un guantelete lo agarraba y lo alzaba hasta colocarlo en una postura cómoda, sentado en el suelo.

—Sin contar a algunos servidores, somos las dos únicas almas que quedan con vida en esta nave —explicó Xathen.

Var'kir todavía podía sentir el sonido vibrante de los motores que rugían bajo sus pies, que, poco a poco, provocaban con sus sacudidas que la nave se resquebrajara, como si actuasen en sintonía con la artillería del *Sudario del Segador*.

—Rek'or… —gruñó el capellán tras tragarse la sangre que le subía por la garganta como si fuese bilis—, ¿lo han conseguido?

—No lo sé, hermano. Pero mantengo la esperanza de que lo hayan hecho.

Var'kir soltó una risa llena de amargura:

—¿Tú, esperanza? Pensaba que habías dicho que estábamos locos.

—Y lo estáis, pero atravesamos el velo.

El puente de mando se estaba viniendo abajo, al tiempo que la nave al completo se rendía ante la furia del *Sudario del Segador*.

Var'kir asintió y cada movimiento le dolía como si le clavasen mil cuchillos.

Xathen mantuvo erguida la cabeza de su amigo, para que, al menos, pudiese quedar de frente al gran ventanal del puente de mando, a pesar de que no pudiese ver nada de lo que pasaba al otro lado.

—Es… increíble —susurró Xathen con la voz temblorosa, al son de las violentas sacudidas del puente de mando.

—Nuestro planeta.

Var'kir notó que Xathen había apoyado una mano sobre su hombro.

—Vulkan vive, capellán.

A pesar del dolor inmenso que sentía, Var'kir sonrió.

—En cada uno de nuestros actos, desde ahora hasta que llegue nuestro fin.

—No falta mucho para eso —dijo Xathen, mientras aumentaban las grietas y las fisuras en el puente de mando, y las llamas de la inmolación se acercaban a sus cuerpos.

—Al menos —le dijo Var'kir, mientras la *Caribdis* se rendía totalmente—, he podido contemplar Nocturne por última vez.

SESENTA Y TRES

Bajar a la tierra

Gran crucero de guerra **Sudario del Segador***, puente de mando*

La aniquilación de la *Caribdis* provocó un temblor que se expandió por el vacío y que desgarró los escudos del *Sudario del Segador* y lanzó una lluvia de escombros contra los flancos del crucero, desprotegidos.

En pocos segundos murieron cientos de personas, al mismo tiempo que cubiertas enteras quedaron destrozadas y expuestas al frío abrazo del espacio. Los grupos de trabajo reaccionaron tan rápido como les fue posible: sellaron las puertas blindadas y bajaron los mamparos en un intento por mantener la integridad del crucero dañado, pero los proyectiles consiguieron atravesar los limitados confines de la nave.

Las que salieron peor paradas fueron las cubiertas de popa, entre las que se contaban las cubiertas de las salas de máquinas y un gran número de plataformas de lanzamiento a babor. Un ejército de guerreros y cañoneras, en mitad de un despliegue atmosférico, quedó hecho trizas por la tormenta de escombros que se les vino encima. Su muerte implicaba que las naves de vanguardia enviadas tras la cañonera de los Salamanders no podrían contar con refuerzos, al menos de forma inmediata.

El acto suicida e iracundo de la *Caribdis* casi acabó con el *Sudario del Segador* y mermó las capacidades ofensivas, los escudos y los efectivos militares a bordo de la nave. Incluso consiguió llegar hasta el puente de mando del crucero.

Laestygon empujó el cadáver del capitán de la nave hacia un lado y la imagen hololítica volvió a brillar en la pantalla. Oculto tras un manto de humo, la imagen granulosa mostraba el paso de tres naves a través de un mar de escombros.

Dos cañoneras angulares encabezaban la persecución, trazando un arco a través del banco de restos de las cápsulas de salvamiento y, pisándole los talones, las seguía un transporte de tropas. En la pantalla llena de interferencias se registraron las llamaradas silenciosas de las armas que el par de cañoneras Fire Raptor había liberado en la proa.

Los disparos trazadores del caza biplaza Avenger atravesaron el vacío y los restos de las cápsulas que rebotaban contra la armadura ablativa de la nave huidiza, pero no alcanzaron la nave de los Salamanders.

Laestygon hizo caso omiso de los gritos desesperados del primer oficial, quien intentaba restaurar el orden en el puente de mando tras la prematura muerte de Rack. Tampoco prestó atención a las sirenas y a los palos abollados del maltrecho casco de la nave. Estaba totalmente concentrado en los Salamanders, quienes escoraban hacia Nocturne, y en las Fire Raptor que los perseguían.

En pocos minutos los Salamanders alcanzarían la atmósfera y, entonces, un asalto planetario no sería posible, sino que más bien sería necesario. A pesar de los daños del *Sudario del Segador*, el armamento químico del crucero seguía intacto y operativo.

—Dadles caza. Acabad con ellos… —ordenó Laestygon; con cada orden se inclinaba más y se acercaba más a la imagen al ver que la gaza empezaba a cerrarse —. Después, registraré la superficie del planeta de arriba abajo, hasta la última roca.

Cuando la cañonera atravesó la atmósfera superior de Nocturne, la temperatura del interior del compartimento para la tropa aumentó y el casco interior empezó a sacudirse contra los rigores de un rápido reingreso.

Hacía tanto calor que, cuando el frío del espacio se desvaneció, surgieron unas volutas de vapor. Sin embargo, un cambio de temperatura semejante apenas afectaría a un legionario, mucho menos a un Salamander.

Los dragones permanecieron en silencio durante el descenso, todos, hasta Numeon, quien mantenía la mirada baja mientras velaba el cuerpo de su señor.

Un disparo que dio de refilón en el ala izquierda los sacó de sus ensoñaciones.

Numeon fue el primero en ponerse en pie, desenganchando el arnés de sujeción y las botas magnetizadas que habían garantizado su supervivencia durante la entrada en la atmósfera. Llegó hasta la escotilla lateral, la abrió con una sola mano y se sujetó con la otra justo cuando la cañonera cabeceó para evitar un segundo disparo.

Al principio el humo le impedía ver lo que pasaba mientras se colgaba de la escotilla. Cuando el gran nubarrón negro se disipó durante unos segundos, vio las dos naves Raptor persiguiéndolos como depredadores, y el entrecortado estallido de los cañones bólter del Avenger que los acompañaba.

Tras ellos, con los bordes difuminados por la calima, avanzaba una Storm Eagle.

Sus intenciones estaban más claras que el agua.

Las dos Raptor los abatirían y la Eagle se llevaría al primarca.

Miró hacia abajo y vio una llanura de cenizas que se extendía bajo su paso a través de montones de nubes piroclásticas. Más allá, todavía bastante lejos, se erigía una escarpada cadena montañosa que Numeon conocía a la perfección.

Fuego Letal.

La fuente de la vida y de la muerte, el corazón latente de Nocturne. Era mucho más que una montaña, era un símbolo, un faro abrasador que les recordaba a todos los

habitantes del mundo de los muertos lo frágil que era la vida en realidad. Fuego Letal existía desde la creación del mundo. Y, cuando llegase el fin del mundo, la montaña permanecería de pie hasta el último momento.

Numeon recordó su visión, aquella que le había confiado el propio Magnus el Rojo.

«De pie entre las sombras de la montaña, el cielo rojo, en llamas…».

La voz de Feron se abrió paso en los recuerdos de Numeon, luchando por hacerse oír por encima de las alarmas de alerta que resonaban en el compartimento.

—¡Sujetaos! ¡Táctica evasiva de emergencia! —gritó el piloto.

Una columna de fuego brotó del desierto, una erupción de magma que se elevó hacia la superficie y que obligó a la nave a ladearse casi por completo.

No era más que un recordatorio conveniente de la naturaleza mortífera de Nocturne. Sí, era el hogar de los Salamanders pero podía acabar con ellos igual de rápido que con un intruso; la diferencia es que ellos conocían mejor los peligros que poblaban el planeta.

Numeon se aferró a la escotilla e intentó lanzar un grito de aviso al mismo tiempo que la Raptor abría fuego de nuevo, pero era demasiado tarde. Una lluvia de proyectiles atravesó el fuselaje de la cañonera, destrozó el motor e incendió el turboventilador de babor, el cual explotó segundos después, y la cañonera empezó a caer en picado.

Volvieron a oír la voz del piloto:

—¡Sujetaos, sujetaos, sujetaos!

Unas manos fuertes cogieron a Numeon por los hombros y le obligaron a sentarse antes de que se cayese por la escotilla y encontrase una muerte prematura.

La mirada del capitán se cruzó con la de Zytos, quien se aferraba a la cubierta del compartimento.

Numeon lo imitó. Los demás seguían sujetos con sus arneses. Había, al menos, cinco Salamanders muertos, que habían sido despedazados por el paso brutal del cañón bólter atravesando el casco de la cañonera.

—¡Cuando vengan a por nosotros…! —Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del rugir del motor y el estruendo del viento, que zarandeaba el compartimento para la tropa a través de la escotilla abierta—. ¡Cuando vengan a por nosotros… estad preparados para luchar!

El último sonido que oyó antes de que la nave chocase contra el suelo de Nocturne fue la voz de Feron, que destilaba un tremendo dolor mientras la cabina del piloto ardía en llamas con él dentro.

—¡Vulkan vive!

Después de esas palabras, llegó el fuego y una cacofonía del metal rompiéndose, antes de que la oscuridad se cerniese sobre ellos.

A través del flanco hecho pedazos de la cañonera soplaba un calor sofocante y se

podía sentir el hedor acre del desierto.

Algo se quemaba: la tierra o la nave. Quizá ambos. El choque los había llevado hasta un profundo barranco de fuego; Numeon podía contemplar los flancos parduzcos de los riscos a su alrededor a través de las espirales de humo que se elevaban hacia el cielo.

Oyó el chisporroteo de las llamas que provenía de la proa y vio que estaba enterrada en una duna de cenizas. Estaba carbonizada y completamente destrozada.

—Feron ha muerto —dijo con voz áspera, pues la espesa acumulación de cenizas que se colaba por el fuselaje destrozado y que avanzaba a paso lento por el interior de la nave lo ahogaba. Su armadura estaba decorada por una gruesa capa de barniz gris.

—Y Mur’ak y Kadir —confirmó Zytos, quien se quitó el casco abollado y lo dejó caer con un chasquido metálico contra la cubierta de la nave.

—Xorn también —se sumó Gargo, tras arrodillarse al lado del legionario muerto, quien había perecido atravesado por el fuselaje de la cañonera, que había quedado hecho trizas.

—No son los únicos —dijo Numeon con tristeza, y miró a los cinco legionarios abatidos por los disparos de la Raptor. Ya solo quedaban doce.

El zumbido del motor vibraba en el aire y resonaba en las profundidades del barranco en el que se encontraban.

—Nos estarán buscando —comentó Abidemi, mientras ayudaba a uno de sus hermanos a ponerse en pie.

—Todo este humo… —murmuró Numeon e inspeccionó el ataúd de Vulkan para asegurarse de que estaba intacto y de que no había sufrido ningún tipo de daño—. No tardarán en encontrarnos. Tenemos que salir de la cañonera.

Al caer en picado hacia el suelo, la nave había virado, por lo que la escotilla lateral estaba ahora de cara al cielo y en el interior de la embarcación había trozos de palos de metal rotos, cables colgando y metros y metros de cableado a la vista de todos.

—No podemos pasar con el primarca a través de todo esto —se lamentó Numeon.

Abidemi se detuvo para escuchar los sonidos que provenían del exterior.

—Están cada vez más cerca…

—Gargo —lo llamó Zytos en el compartimento, señalando la rampa de salida de la nave, que también era la única salida que les quedaba—, ¿podrías arrancar la abrazadera de sujeción?

El herrero asintió y atravesó los restos del naufragio con mucho cuidado, hasta llegar a la parte trasera del compartimento para la tropa. Allí, perforó con su brazo biónico la caja de metal que revestía la abrazadera de sujeción y la hizo añicos.

—Muchas gracias —le dijo Zytos y le propinó dos potentes golpes a la rampa, para después abrirla con una palanca como si fuese una puerta batiente.

Todos juntos, los Salamanders consiguieron sacar el ataúd del compartimento y, con movimientos lentos, lograron que atravesase la escotilla abierta de la parte trasera

de la nave.

Abidemi tomó posición al tiempo que, a través de la mira de su bólter, escrutaba el cielo repleto de nubes que se extendía sobre sus cabezas. Cuando alcanzó una distancia prudencial del lugar del aterrizaje forzoso, le hizo señas a sus compañeros.

En el lugar de impacto de la cañonera había desperdigados un montón de restos de la nave en una estela cada vez menor. El ala izquierda se había partido en dos, pero no se la veía por ninguna parte. Montones de restos de fuselaje se habían clavado en la tierra y sobresalían como unos dientes de metal rotos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Gargo en voz alta, mientras se refugiaban tras uno de los trozos más grandes de fuselaje que yacían en el suelo.

—Demasiado lejos de Fuego Letal, y, encima, vamos a pie —contestó Numeon en un tono sombrío.

Unos cuantos dactílidos volaban en círculos por encima de los Salamanders; al descubrir lo que ellos creían que era carroña, por unos instantes descendieron todos en tropel hacia ellos, hasta que el rugir de los motores cercanos a ellos los dispersó.

Una cañonera Fire Raptor de la Death Guard sobrevoló las nubes, una silueta imponente que se recortaba contra un cielo carmesí, del color de la sangre.

Los Salamanders abrieron fuego, pero los disparos de los bólters chocaron contra el casco blindado de la nave sin apenas dañarlo, antes de que la parte delantera de la nave se inclinase y acelerase su marcha para la ejecución de un vuelo rasante, cuya finalidad era abatirlos.

—Nos matarán y se llevarán su cuerpo —dijo Zytos.

Sin armas pesadas, estaban perdidos. Ningún trozo del fuselaje podría salvarlos, pero, a pesar de ello, no dieron su brazo a torcer y permanecieron en sus puestos.

Los cañones bólter del morro del Raptor empezaron a activarse cuando un misil se chocó contra el flanco de la cañonera. El disparo desvió a la nave de su vuelo y la aplastó contra el muro del barranco en medio de una explosión.

Tres cañoneras verdes como la piel de un dragón pasaron a toda velocidad por encima de los Salamanders.

Todavía quedaban Salamanders en Nocturne, y habían acudido al rescate de su señor.

Después de unas interferencias previas, el auricular del oído de Numeon se activó.

—Hermanos, al habla Nomus Rhy'tan. ¿Con quién hablo?

Numeon podría haberse echado a llorar de la alegría y el alivio que sentía en esos momentos, al oír la voz de su compatriota.

—Artellus Numeon y once hermanos de la Pyre. Transportamos una carga de gran valor. Al primarca en cuerpo y alma.

—¿Vulkan?

La voz de Rhy'tan destilaba un tono de esperanza, aunque también de incredulidad. Se tomó su tiempo para asimilar la importancia de lo que acababa de

escuchar. El antiguo mentor de Var'kir no tardó mucho en volver a hablar.

—Aguantad, hermanos. Ya vamos.

La comunicación se cortó. Numeon y los demás supervivientes observaron el cielo y oyeron los lejanos sonidos de una batalla que el eco del barranco en el que estaban se encargaba de reproducir.

—¿Nomus Rhy'tan? —preguntó Zytos—. ¿Ese Nomus Rhy'tan?

—Voz del Fuego y Guardián de las Llaves —confirmó Numeon—. Una lástima que Var'kir no esté aquí para verlo.

Después de esa pequeña conversación, los Salamanders permanecieron en silencio hasta que la sombra de una cañonera atravesó el humo que salía de la nave derribada y aterrizó en el interior del barranco, en una losa plana de granito.

Al mismo tiempo que los legionarios de la Pyre se aproximaban a la nave, la rampa trasera de la cañonera se abrió, y un capellán vestido con una armadura negra dio un paso al frente con una escolta de honor formada por fieros guerreros que marchaba tras él.

Los Dracos de Fuego.

Numeon los había dado por muertos.

Los dos grupos de Salamanders se encontraron entre ráfagas y remolinos de polvillo, elevados por la corriente de aire que expulsaban los motores de la Thunderhawk.

Frente a frente, Rhy'tan alargó una mano enfundada en un guantelete hacia Numeon y los dos guerreros se cogieron del antebrazo, saludándose como guerreros.

Aunque los adornos que vestía el capellán se parecían a los de Var'kir, los de Rhy'tan eran más regios y habían sido forjados con más delicadeza. El gran martillo de obsidiana que colgaba de la espalda del capellán —y que para sujetarlo se necesitaba usar las dos manos— se consideraba una reliquia de la legión.

—No podríais haber elegido un momento mejor para llegar a Nocturne, hermano capitán —le dijo Rhy'tan a Numeon, mientras se soltaban. La voz grave del capellán denotaba edad y sabiduría incluso a través de la rejilla de respiración de la máscara de calavera que protegía su cara—. Creía que todos los miembros de la Pyre Guard habían muerto, asesinados en Isstvan.

—Me alegra poder desmentir esos pensamientos, pero muchos fueron los que perecieron durante la masacre.

Rhy'tan asintió, con gran pesar:

—No hemos oído más que retazos de la rebelión y de la guerra. Apenas sabemos qué ha ocurrido —explicó Nomus. Miró el ataúd que yacía detrás de Numeon, escoltado por los legionarios del capitán de la Pyre—. Vulkan… ¿Está…? —murmuró Rhy'tan.

—Duerme, lord capellán.

Rhy'tan se volvió bruscamente, para quedar de nuevo de cara a Numeon.

—Había oído que había muerto —le confió, con la incredulidad en su mirada.

—Puede resucitar, ser traído de nuevo a la vida. En el fuego.

—¿Cómo lo sabes, hermano capitán?

—Lo creo, de la misma forma que en su momento creí que podíamos atravesar la Tormenta de Ruina y llegar hasta Nocturne. Hay muchas cosas que no sabéis.

Tras observar el estado en el que se encontraban Numeon y sus hombres, quienes lucían hechos polvo, Rhy'tan dio por acabada la conversación.

—Habéis tenido que superar muchos obstáculos para traer a nuestro padre de vuelta —le dijo a Numeon, como si eso fuese lo único en lo que pudiese coincidir con el capitán de la Pyre; al menos, por el momento—. Ya tendremos tiempo para conversar. Por ahora, tenemos que abandonar las llanuras de cenizas. Una nave ha llegado a la atmósfera superior del planeta y está anclado a ella.

—El *Sudario del Segador*. Es la Death Guard —explicó Numeon—. Nos persigue desde que nos marchamos de Macragge.

Los ojos de Rhy'tan se abrieron como platos mientras observaba el féretro de nuevo, sin poder hacer otra cosa que imaginarse el viaje que habrían tenido que superar para llegar a Nocturne.

—Ha debido de ser un gran viaje.

—Temo que hayamos traído de nuevo la guerra con nosotros, lord capellán.

Rhy'tan volvió a quedar de frente a Numeon y le habló mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa salvaje.

—Pues descubrirán que los Salamanders todavía tenemos dientes.

—¿Quedan guerreros en Nocturne? —preguntó Numeon al emprender la marcha hacia la nave.

—Algunos. La mayoría son neófitos. Pero todavía poseemos una pequeña escolta de honor, como habéis podido comprobar.

—¿Y la fortaleza de la Legión en Prometheus?

—El maestro T'kell todavía posee una pequeña tropa de guarnición, pero la mayoría de los guerreros que vivían allí marcharon hacia Isstvan. Nos llevará un poco de tiempo reunir a los que se quedaron en la fortaleza. Tenemos naves, pero no conseguirán llegar a Nocturne a tiempo —explicó Rhy'tan—. No hemos recibido noticias de Gereon, aunque podría seguir habiendo dragones allí. Llevamos un tiempo sin saber nada de nadie, Numeon; hemos estado sordos y ciegos.

Numeon permaneció callado mientras se acercaron a la rampa de la cañonera del capellán, siendo consciente de cómo debían de haberse sentido los Salamanders de su planeta.

—Necesitaré la ayuda de tus veteranos más experimentados, hermano capitán —le dijo Rhy'tan cuando ya estaban a bordo de la nave.

—Estamos a tus órdenes, lord capellán —le contestó Numeon, y la mirada del capitán se cruzó con la de Rhy'tan en el compartimento de carga—. Pero ¿dónde os seremos útiles?

—En una avanzadilla —repuso Rhy'tan al mismo tiempo que los motores de la

nave rugieron y esta empezó a elevarse en el aire—. Una de las tantas que se establecieron después de que nos llegaran noticias de la rebelión. El Portón de Draconius.

Si bien Numeon había oído hablar de la zona, no sabía que había una avanzadilla allí. Tendría que ser una fortaleza formidable para resistir el ataque y la fuerza de la Death Guard, tan formidable como deberían de ser los hombres a los que sus Salamanders debían dirigir.

Mientras la cañonera cruzaba el desierto y el sol ardía en el cielo como una esfera brillante del color de la sangre, Numeon no pudo sacarse de encima la profunda aprensión que sentía en su interior.

Contra todo pronóstico, habían conseguido llevar a Vulkan de vuelta a su hogar. Pudo ver, reflejadas en la mirada de Rhy'tan, las dudas y las preguntas que asaltaban la mente del lord capellán. Si Vulkan se despertaba, ¿cómo afectaría a la legión? Y ¿si no se despertaba?

En lo más profundo de su ser, Numeon estaba convencido de que Vulkan regresaría al mundo de los vivos. Estaba tan abnegado en su objetivo que no se había parado ni un momento a pensar en la posibilidad de que el primarca hubiese cambiado tras la terrible experiencia que había vivido.

Hasta el momento, no había reflexionado sobre lo que tenían que hacer, solo en si podían hacerlo. No obstante, estar en Nocturne, y rodeado de unos compañeros de legión que no eran los fieles guerreros de la Pyre, hizo que cambiase un poco su perspectiva.

Magnus *el Rojo* había reclamado su mano en unos milagros en los que Numeon no solo había participado como testigo, sino de forma activa. ¿Qué pasaría si hubiese una cara más oscura de fe en tales hazañas, una que no había sido capaz de ver, cegado por su obsesión?

Cuando la *Caribdis* había llegado ante la visión de la Sagrada Terra, Numeon había pensado que esa era la prueba a la que se tenían que enfrentar su fe y su devoción. El momento en el que podría haber dado media vuelta y echarlo todo a perder.

Pero, en esos momentos, se dio cuenta de que se había equivocado. No había acabado. Todavía le esperaba una prueba final.

Una segunda nave aterrizó unos minutos después de que lo hiciera la cañonera de los Salamanders. Tenía forma cónica y no portaba armas en su interior. Antes del despegue ya se había predeterminado la trayectoria de su vuelo, pero por pura casualidad o por algo más divisivo, la nave había transportado a su único ocupante hasta Nocturne.

SESENTA Y CUATRO

Bombardeo

Nocturne, plano Arridiano, el Portón de Draconius

Comenzó como un estruendo, un rugiente vientre que llenó las oscuras nubes en lo alto de mal presentimiento.

Casi ochocientos Salamanders se habían aglomerado en la plano Arridiano, en búnkeres y tras muros tallados en los oscuros riscos de granito, desde donde podían divisar los dos grandes arcos de piedra conocidos como el Portón de Draconius.

Esculpidas en el vértice de ambos arcos de medio punto podían verse unas cabezas de draco. Unas gemas hacían las veces de ojos, y los emblemas cubrían la longitud de sus escarpadas pieles hasta el agrietado suelo en el que estaban encastrados. Los dos edificios de basalto habían permanecido en pie durante siglos, diseñados por los chamanes de la tierra del antiguo Nocturne. La fortaleza que había crecido a su sombra era más reciente.

Reductos de paredes lisas y ornamentadas barbacanas decoradas con las cabezas doradas de bestias míticas se alzaban fieles sobre la llanura de cenizas. Se sustentaban las unas a las otras, y formaban una cadena casi impenetrable formada por la unión de minerales raros, adamantium y ceramita templada.

El Portón de Draconius había resistido a la entropía; había soportado tormentas de fuego, terremotos y erupciones volcánicas; como lo había hecho también el puesto avanzado de la fortaleza, levantado en una de las regiones más inhóspitas del mundo letal.

Las fauces de la puerta parecían rugir a la antinatural tormenta mientras el aire se inundaba del hedor de la plaga. En lo alto, las densas nubes adquirieron la insalubre tonalidad amarillenta de la bilis.

—¡Levantad los escudos!

Los cuernos de comunicación sonaron bajo la orden de Nomus Rhy’tan, una llamada de alerta para las alianzas de los techmarines.

Al otro lado del Portón de Draconius, varios escudos de vacío inmensos cobraron vida, alimentados por ocho elevadas torres de activación.

Agachados en el interior de los búnkeres o guarneciendo los muros, los Salamanders observaban cómo el veneno llovía sobre Nocturne.

Mirando a través de un mirador del bastión Guiverno, el búnker principal, Numeon aguardaba el descenso de la muerte.

—Son tenaces —declaró Zytos junto a su capitán, que miraba hacia las nubes e imaginaba a las fuerzas de la Death Guard preparadas para el asalto.

—Nosotros debemos mostrar más grandeza. —Se volvió hacia su sargento, con los ojos vivos y brillantes—. Y debemos infundir esa grandeza a aquellos que nos rodean.

Los neófitos, con sus impolutas armaduras, representaban el grueso de la guarnición de los Salamanders. Sabiamente, Numeon había dispersado a sus veteranos de la Pyre Guard a su alrededor para servirles de inspiración y de mando. Gargo se había unido a los techmarines; era solo un oficial pero contaba con la experiencia de haber trabajado junto a Far’kor Zonn.

Numeon sabía que iba a necesitar a un sargento capaz, y en nadie confiaba más que en Barek Zytos. Habían empezado esto juntos, y lo acabarían de la misma manera.

—Tenemos una fuerza mayor de lo que esperábamos —admitió Zytos.

Numeon había vuelto a dirigir la mirada hacia las nubes.

—Pero sigue siendo escasa.

Zytos asintió.

—Contra una fuerza de guerreros endurecidos por la guerra, sí.

—Y que también es probable que nos superen en número, hermano —respondió Numeon.

El ataúd de Vulkan estaba a salvo en las profundidades de la fortaleza, seguro en una cámara sellada. A Numeon le irritaba el hecho de que a pesar de haber llegado a Nocturne, todavía no lo hubieran cambiado de tumba.

El acero y la piedra fríos no eran lugar para el señor de los dragones. El fuego llamaba, pero antes debían repeler a la Death Guard.

Armándose de fuerza, Rhy’tan esperaba que la ira de la Death Guard cayese sobre la legión, y no sobre los mortales que se refugiaban en cualquiera de las ciudades santuario. Numeon sabía que funcionaría. La Death Guard quería a Vulkan; hasta ese punto habían mostrado sus planes. Dondequiera que estuviera el primarca, allí es donde caería el golpe más fuerte.

—Ahí vienen —declaró Zytos mientras todas las miradas se dirigían al cielo.

Los misiles impactaban y estallaban en pedazos, liberando cortinas de una virulenta plaga en la atmósfera. Las bacterias carnívoras se combinaban con letales agentes neurotóxicos en un caldo de vileza que podría reducir a poblaciones enteras en materia licuada en cuestión de segundos.

La mayoría de los mundos habrían muerto tras un bombardeo como aquel; sus ejércitos se habrían convertido en una masa pastosa y sus máquinas de guerra habrían quedado corroídas e inservibles. Pero Nocturne no era como la mayoría de los mundos. Había estado acabando con la vida desde su creación, anatema para todos excepto para los supervivientes más duros.

Los venenos se incendiaban tan pronto como eran liberados, pero la ardiente atmósfera no los destruía de inmediato. Persistían como una enfermedad terminal, negándose a morir, cambiando, luchando por la vida. Era como si un algo sintiente y totalmente mutagénico hubiese descendido al mundo letal para peinarlo por completo.

Un miasma amarillento había empezado a formarse, y se extendía desde donde habían caído las concentraciones más densas de la plaga. Se dispersaba rápida y vorazmente, lo que confería más peso a la aberrante teoría de que poseía una voluntad y un deseo más allá de los de un mero virus o una concentración de esporas.

Rhy'tan divisó el peligro antes de que los escudos de vacío empezaran a vibrar con interferencia.

—Activad los quemadores.

Estacionados frente al puesto de avanzada, baterías de lanzallamas automáticos escupieron un infierno. Aunque el alcance de la artillería era limitado, el virus devorador de vida había cobrado tal impulso que casi había alcanzado las defensas exteriores.

Un fuego ardiente e incendiario y un vapor abrasador atravesaron la superficie del desierto al tiempo que los lanzallamas se activaban, como si los glóbulos blancos del mundo reaccionasen frente a un invasor extraño.

La plaga redujo su avance, casi hasta retroceder, pero persistió.

Cuando alcanzó los muros, las filas de incineradores instalados alrededor del puesto de avanzada descargaron una conflagración de tal intensidad que era imposible ver a través de la cegadora neblina. El ambiente en torno a los escudos de vacío se transformó en un horno, lo bastante caliente como para fundir el acero. Tan intenso era el fuego, que los escudos de vacío exteriores se ennegrecieron, lo que impedía ver a través de ellos.

Numeon aseguró su yelmo. Era el último en hacerlo, y observó cómo sus hermanos de batalla menos experimentados comprobaban los sellos herméticos de su armadura. Si la plaga asesina lograba entrar, poca protección podría ofrecerles la armadura. Pero los Salamanders jamás habían sido una legión dispuesta a rendirse, ni siquiera al enfrentarse a una muerte segura.

—Unidades incendiarias —dijo a través del comunicador, y escuchó cómo la orden se repetía por todo el Portón de Draconius conforme las escuadras de legionarios, portando sus lanzallamas, adoptaban posiciones de vanguardia.

El ruido era ensordecedor; el rugido de la conflagración frente al chillido de la fulminante plaga bajo las llamas. Sin poder ver lo que estaba sucediendo al otro lado

de los escudos de vacío, Numeon imaginaba a dos leviatanes luchando por la supremacía.

—¿Cuánto podremos aguantar? —preguntó Zytos en voz baja, interrumpiendo los pensamientos de Numeon.

—Pronto lo sabremos.

El fuego duró casi veinte minutos, hasta que los augures del *Sudario del Segador* lo consideraron ineficaz.

Nada sobrevivía aparte de los Dracos, protegidos tras sus muros de ceramita templada, y, durante unos instantes, reinó el silencio sobre la tierra agrietada, excepto por el rugir distante de los dracos de las profundidades, cuyo letargo había sido interrumpido.

—Escucho una especie de estruendo distinto, hermano —dijo Zytos.

—La ira de la tierra responde —respondió Numeon.

—Nos golpearán una y otra vez, hasta rompernos —dijo Zytos.

—Podemos aguantar aquí contra todo lo que ese crucero quiera lanzarnos. Los refuerzos de Prometheus llegarán. Tienen que matar a Vulkan rápidamente. Retrasarse sería un suicidio. En cuanto nuestros otrora primos se den cuenta, vendrán.

Zytos sonrió adustamente e intercambió una breve mirada con Numeon.

—Y cuando vengan, serán nuestros.

Tras el fallido bombardeo del virus llovieron bombas convencionales, y estas también quedaron bloqueadas al impactar contra los formidables escudos de vacío.

El segundo bombardeo continuó sin interrupción durante otros dieciocho minutos. Pero mientras el fragor decaía y el polvo perdía densidad por la inmensa llanura, los Salamanders permanecían ilesos bajo sus escudos.

—Y ¿ahora qué? —preguntó Zytos—. ¿Más bombas?

Numeon negó con la cabeza.

—Ahora esperamos.

El bombardeo había concluido y pronto comenzaría el verdadero ataque.

SESENTA Y CINCO

Nocturne enfurece

Gran crucero de guerra **Sudario del Segador***, puente de mando*

Laestygon se levantó de su trono y se puso el yelmo.

A pesar de la fe que tenía en su eficacia como táctico militar, el bombardeo vírico había fracasado, al igual que el ataque posterior. La fortaleza en la que los Dracos tenían a Vulkan debía de ser formidable.

Pero dudaba que estuviese bien dotada. Tras la devastación que había sufrido la legión en Isstvan V no podían quedar muchos Salamanders.

Antes de que el Predicador pudiese plantear alguna objeción, el comandante había decidido arrasar esa fortaleza y llevarse el trofeo a fuerza de armas. Nada lo detendría.

—Vigiladlo —ordenó a los dos legionarios de la Death Guard que montaban guardia en el puente de mando.

Laestygon miró a Quor Gallek mientras descendía de la tarima de mando.

—Necesitaré al Predicador cuando regrese con el cuerpo de Vulkan y con el arma divina.

Toda pretensión de una alianza entre ellos se había esfumado con la destrucción del *Monarchia* y la muerte de los hombres de Quor Gallek. Laestygon había manifestado que veía al Predicador como una herramienta; una que pretendía explotar al máximo y desechar si así lo decidía.

No iba a permitir que ese perro traicionero participase en el asalto, donde podría escapársele de las manos o traicionar a la Death Guard. Era mejor que permaneciese a bordo del *Sudario del Segador*. El muy cobarde no intentaría nada mientras estuviese bajo las armas de la XIV Legión. No tenía ni las agallas ni la astucia suficientes.

Laestygon estaba a punto de abandonar el puente de mando cuando la voz de Quor Gallek lo detuvo.

—Me prometiste que la fulgurita sería mía. Dijiste que sería un buen trato.

Laestygon se echó a reír, y un húmedo gorgoteo emanó de su garganta.

—Y lo será, Predicador, pero a mi favor.

—Eso no es lo que acordamos.

—Ya, pero es lo que ofrezco. A diferencia de tus demonios, a mí los pactos no me obligan tan fácilmente.

Laestygon se marchó, y su risa burlona resonó a su paso.

El profundo ronroneo de los motores y el sibilante descenso de las cápsulas de desembarco penetraban a través del intenso zumbido de los escudos de vacío.

La tierra temblaba en respuesta mientras los techmarines activaban mecanismos profundamente enterrados. Grandes grietas se abrieron en el suelo hasta formar inmensos abismos que se transformaron en silos de artillería subterráneos de los que emergían macrocañones y lanzamisiles múltiples.

Como leviatanes resucitados, los cañones con boca de dragón y los tubos de los lanzamisiles babeaban polvo y ceniza mientras descargaban salvas de misiles y proyectiles superpesados.

Cañoneras repletas de iconografía de la Death Guard caían del cielo en llamas y hechas pedazos. Algunas impactaban contra el impenetrable extremo de los escudos de vacío y estallaban de nuevo, haciéndose añicos y transformándose en un revoltijo de metal sobre la ionizada esfera de energía.

La tierra temblaba mientras las montañas escupían su furia. Columnas de fuego salían disparadas hacia el cielo, volviéndolo rojo, y escupían fumaradas sobre el plano.

A través de las nubes cada vez más densas, las Fire Raptor, las Thunderhawk y las Storm Eagle intentaban aterrizar forzosamente.

Ahogada con la cenizas atraídas hacia sus motores, una Fire Raptor cayó en picado y estalló en una enorme explosión. Otra perdió un ala, derretida cuando un montón de lava salió despedido hacia arriba desde una fisura volcánica subterránea. La cañonera dio varias vueltas sobre sí misma antes de colisionar con otra nave que apenas podía ver entre la abyecta negrura. Ambas se plegaron juntas antes de separarse al impactar contra el suelo.

Contra todo pronóstico, una Storm Eagle logró aterrizar, pero antes de que pudiese descargar a los legionarios, una sima se abrió bajo esta, tragándose a la cañonera y a los soldados abordo.

Las cápsulas de desembarco desaparecían en extensos fosos de magma al descender hacia la tierra, o acababan fundidas en los inmensos géiseres de vapor sobrecalentado.

Era como si Nocturne sintiese a los invasores y se hubiese levantado para destruirlos.

Muy estúpido tenía que ser el caudillo que intentase asaltar un mundo letal, incluso si ese caudillo era un legionario. En Nocturne, los Salamanders contaban con

una clara ventaja, y ninguna fuerza, por obstinada que fuera, podría estar a su altura.

La Death Guard estaba aprendiendo a las malas las dimensiones de ese error de cálculo, ya que lo que en un principio se veía como una victoria inevitable se había convertido en algo mucho menos sólido y que requería mucho esfuerzo.

Con todo, Laestygon no pensaba rendirse. No había llegado tan alto y escalado rangos cediendo ante la adversidad. Vulkan moriría por su mano, aunque el propio Nocturne se levantase contra él.

Por muy letal que fuese aquel mundo, sabía que no podría impedir el arribo de una fuerza de tales dimensiones en su totalidad.

La Death Guard se precipitaba en tropel y pronto estableció una cabeza de puente a escasos kilómetros de los extremos de los escudos de vacío. Las naves de desembarco pesadas llegaron tras los transportes de tropas y las cañoneras, con sus tanques de combate Land Raider y Sicaran. Pronto, los escudos de vacío ondeaban con los estallidos iridiscentes del fuego sostenido de los cañones láser y los cañones automáticos modelo Herakles. Las máquinas de guerra empezaron a formar un batallón acorazado, y avanzaban por la roca y la tierra sobre chamuscadas orugas negras, con los cascos teñidos de gris y cubiertos de cenizas.

Tras los escudos, las apretadas filas de los Salamanders observaban la escena.

Tenían tres cañoneras, y ningún blindado en el terreno.

Destacamentos de artillería pesada disparaban desde las ranuras y agujeros de las murallas, pero no podrían detener a una horda blindada de la Death Guard, a la que acababan de unirse los tanques de combate Cerberus y Spartan.

Y, a la cabeza de la formación, Numeon vio el gran tamaño de un tanque de asedio Typhon.

—Es mucho blindaje —dijo.

—Con toda esa potencia de fuego derribarán los escudos —murmuró Zytos.

Numeon sabía que los escudos de vacío, ya debilitados a causa de los bombardeos, no aguantarían mucho más. Cuando fallaran, la Death Guard cargaría contra el Portón de Draconius hasta reducirlo a polvo a él y a todos los que se refugiaban en su fortaleza.

Frunció el ceño, frustrado por que las tornas hubiesen cambiado de nuevo. Pero aún había una posibilidad…

—Podríamos intentar sacar a Vulkan de aquí —sugirió Zytos—. Llevarlo a Prometheus.

—Y una vez allí, ¿adonde, hermano? —Numeon negó con la cabeza—. No, resistiremos. Aquí. En Nocturne. Este es nuestro mundo, y solo nosotros somos su mejor defensa. Además, todo ese blindaje genera mucha perturbación sísmica.

Zytos gruñó, asintiendo.

—Y pensar que en su día me preguntaba por qué la Legión era siempre tan cuidadosa a la hora de desplegar blindaje pesado en Nocturne.

Numeon esbozó una sonrisa feroz bajo su máscara enfurecida.

—No estaremos solos mucho más tiempo.

Como por empatía, las montañas rugieron de nuevo, y lo que moraba bajo estas respondió a su indignación. Conforme los tanques de la Death Guard avanzaban inexorablemente, bajo sus pies, en la tierra, se iban abriendo grandes simas, y entre el humo que emanaba de ellas algo emergía desde las profundidades.

Los hijos y las hijas de Nocturne tenían muchos nombres para ellos, del mismo modo que tenían muchos nombres para el fuego. Aquí, los ignorantes invasores se habían topado con el immolus sin ni siquiera darse cuenta. *Sierpe nudosa, urdraco, basilysco, guiverno, dracón, targón*… la monstruosa marea parecía interminable.

Emergían desde los profundos riscos, fisuras en la roca que habían permanecido sin perturbaciones durante siglos. Las extensas llamaradas que salían de las fauces de los urdracos derretían el blindaje y lo reducían a escoria, mientras que las ráfagas de gas incendiario que escupían los dracones fundía las armaduras y cocía la carne de la tripulación atrapada dentro.

En lo alto, los guivernos y los targones echaron a volar para después descender en picado desde el sol para destruir torretas y desgarrar los cuerpos de los enemigos. Las cornígeras sierpes nudosas, las más grandes de las bestias, cargaban contra el blindaje pesado. El estruendo de sus pezuñas hendidas sacudía la tierra con furia tectónica. Tras las sierpe nudosas llegaron los enjambres de basilyscos, que machacaron toda maquinaria que aún quedase en funcionamiento entre sus anillos constrictores.

Los cañones de combate respondieron tras llevar a cabo una rápida redistribución, pero la gruesa y dura piel, las óseas crestas y los caparazones de las bestias permanecieron intactos frente al arsenal prácticamente más potente de la Death Guard.

Aplastados, ensangrentados y partidos por la mitad, los tanques no pudieron soportar semejante arremetida. Por tierra y por aire, con dientes y garras, escupiendo fuego o gas corrosivo, estos dracos habían desafiado incluso la voluntad de un primarca. Habían arrancado el corazón de las huestes de guerra de la XIV Legión con impunidad.

Numeon seguía observando, ensombrecido y horrorizado, como todos los Salamanders. Solo Rhy'tan parecía impasible, un imponente centinela aguardando el fin de la incursión.

—Se han levantado por él —dijo sin dotar a sus palabras de una importancia innecesaria—. Nocturne enfurece.

—Vulkan misericordioso… —exclamó Zytos, que apenas podía creer lo que estaba viendo con sus propios ojos.

—No los compadezcas, Zytos —dijo Numeon.

—No lo hago, pero jamás había sido testigo de tamaña… —Las palabras no lograban expresar lo que todos estaban presenciando.

—Ni yo.

De repente, la voz de Nomus Rhy'tan se oyó por el comunicador.

—Bajad todos los escudos. ¡Atacaremos ahora!

Numeon oyó un clic cuando Rhy'tan se dirigió al capitán de la Pyre a través de su canal de comunicación privado.

—¿Te unirás a nosotros y lucharás junto a los Dracos de Fuego una vez más, capitán Numeon?

El corazón de Numeon se hinchó de rabioso orgullo y de un firme deseo de infligir venganza contra la Death Guard.

—Sería un honor, lord capellán.

Mientras las bestias de las profundidades causaban estragos en el blindaje del enemigo, los Salamanders aprovecharon la distracción y abandonaron el Portón de Draconius.

Unos cuantos hermanos de batalla permanecieron allí para defender los búnkeres y proteger a Vulkan. La alianza de techmarines, junto con Gargo, también se quedó para encargarse de sus armas estáticas. El resto se separaron en formaciones de batalla. Las escuadras de apoyo táctico, portando lanzallamas, avanzaban a la vanguardia, mientras que las escuadras de apoyo pesado se dirigieron hacia los flancos o el terreno más elevado. Tras la vanguardia iba un puño cerrado de Dracos de Fuego veteranos. Apenas había cincuenta guerreros, pero con la presencia de Nomus Rhy'tan y Artellus Numeon, eran formidables.

Los hermanos de batalla armados con bólters los flanqueaban a ambos lados. Su trabajo, y el de la vanguardia, era ayudar a los veteranos a llegar al núcleo de la lucha, donde podían infligir el mayor daño.

Casi ochocientos Salamanders cruzaron la llanura ennegrecida por el fuego donde la arena se había transformado en vidrio y crujía bajo sus botas. Una terrible horda aullaba y daba zarpazos ante ellos, reduciendo a los vehículos y a los pisoteados guerreros a polvo.

—¿Vamos hacia eso? —preguntó Zytos con incredulidad—. He matado a muchas de esas bestias. Más pequeñas, sí, pero la enemistad que hay entre nosotros es profunda, creo.

Los dracos de Nocturne estaban descontrolados y atacaban con desenfreno. Veintenas de tanques y cientos de legionarios yacían destrozados, víctimas de su furia, aunque los cadáveres de los monstruos también manchaban la tierra. Todo se pudría bajo el sol implacable.

—Dudo que te recuerden, hermano —dijo Numeon, de mejor humor de lo que había estado en muchos meses.

Era agradable luchar junto a una hueste de guerra de nuevo.

Desde el Portón de Draconius, el cuerno de comunicación sonaba una y otra vez, anunciando la llamada a las armas.

Herida por los más antiguos moradores de Nocturne, la Death Guard estaba retrocediendo y sus batallones acorazados habían sido prácticamente derrotados. Al sufrir el fuerte ataque de los Salamanders, retrocedieron de nuevo.

Pero seguían siendo guerreros de la XVI y tenían los números a su favor a pesar del gran golpe que habían recibido.

Poco a poco, empezaron a reorganizarse. Y, conforme los Salamanders se aproximaban en estrecha formación, las bestias empezaron a aflojar. Del mismo modo salvaje y repentino como habían empezado, los dracos regresaron a la tierra sin que nadie los animase a hacerlo.

La Death Guard se reagrupó. Las secciones de artillería se pusieron apresuradamente en formación y originaron vacíos en la vanguardia de los Dracos de Fuego. Garras de Contemptor que habían sobrevivido al monstruoso ataque empezaron a disparar.

Los rayos de los cañones láser y de las culebrinas alcanzaban a los dreadnoughts y los partían por la mitad. En lo alto, el sonido de las pesadas cargas explosivas lanzadas desde los morteros cuádruples del Portón de Draconius inundó la planicie. Estas descendían sobre las filas de la retaguardia de la Death Guard, que aún se estaban reformando. Los «cañones Thudd» hacían honor a su nombre, y sus atronadoras salvas evitaban que los legionarios enemigos lograsen efectuar una contracarga.

Las tropas de la XIV Legión no lograban levantar cabeza. Cada vez que su resistencia se alzaba, era rápidamente aplastada bajo el fuego de las unidades de lanzallamas.

Los bólters pesados, los cañones automáticos y los lanzamisiles sostenían una densa lluvia de fuego desde el terreno alto y desde las bases de la artillería instalada en las murallas. La línea de una cresta estalló al recibir el impacto de cañón de plasma de una sección de la Death Guard que había conseguido contraatacar. Murieron varios Dracos, pero los pesados Salamanders estaban bien atrincherados y sobrevivieron.

Conforme los cañones de la Death Guard se preparaban para una segunda descarga fueron engullidos por una fosa de lava que se abrió bajo sus pies. Otros legionarios con armaduras blancas abrasadas quedaron cegados por las fumarolas de vapor en erupción para después ser reducidos por las huestes de los implacables Dracos de Fuego.

Incluso a pesar de que sus escamosos moradores se habían retirado y ahora dormían, la propia tierra parecía revelarse contra los invasores.

La letal imprevisibilidad del terreno finalmente empezó a notarse, y, cuando la superioridad numérica de la Death Guard empezó a reducirse y los Salamanders continuaban haciéndolos picadillo, Nomus Rhy'tan dirigió a sus veteranos hacia su sección de mando rival. Pero fue Numeon quien captó la mirada de su líder al otro lado del feroz combate.

Laestygon sintió que su frágil control sobre Nocturne se debilitaba. En su imaginación, veía su estandarte hecho jirones, olvidado en la ignominia.

Después clamó contra ello. Nadie había luchado tan duramente como él. La muerte y la derrota se habían alzado para reclamarlo una y otra vez, pero él había resistido. Y volvería a hacerlo en esta ocasión.

«Seré recordado», pensó mientras avanzaba por la amarga y asfixiante planicie de arena. «En este mundo repugnante dejaré una marca imborrable en la historia».

Al observar la carnicería a través de las rejillas de su visor, Laestygon se dio cuenta de que no había nada de sutileza en aquella pelea, que las excelentes tácticas no le darían la victoria. Se había convertido en una melé, en un brutal combate cuerpo a cuerpo. Conocía esa manera de hacer la guerra. Se había pasado toda su existencia luchando así.

Tras la máscara de su yelmo de guerra, Laestygon sonrió.

Podía ver a su líder, el oficial dracónico con armadura de escamas, partiendo a los guerreros por la mitad como si no fuesen más que simples bastones de madera.

—Ahí —dijo a sus exterminadores veteranos—. Ese.

Numeon era perfectamente consciente de que los barbaranos eran loados por su resistencia, pero ni siquiera los hijos de Mortarion podrían esperar mantenerse firmes frente a un enemigo igual de tenaz después de la paliza que acababan de recibir.

En el campo de batalla, los Salamanders acabaron con lo que quedaba de la resistencia de la Death Guard hasta que solo quedaron su caudillo y sus leales guerreros.

Nomus Rhy’tan bramaba como un urdraco mientras los Dracos de Fuego se enfrentaban a los exterminadores de la Death Guard.

El encuentro fue brutal, y veteranos guerreros de ambos bandos cayeron en los primeros segundos de la contienda.

Los Salamanders golpeaban implacablemente al enemigo con sus martillos de trueno, destrozando armaduras casi inviolables. Por su parte, la Death Guard rebanaba y apuñalaba con sus cuchillas relámpago. Un draco cayó bajo el golpe de un puño de combate, y su asesino murió inmediatamente después bajo un granizo de golpes como represalia.

Conforme se desarrollaba la cruenta escaramuza, Rhy’tan y su grupo de guerreros se vieron envueltos en un combate contra un Contemptor.

Incluso Zytos había acabado fuera de su posición a causa de las letales fluctuaciones de la lucha.

Eso dejó a Numeon solo para enfrentarse al caudillo de la Death Guard.

Al encontrarse con él entre cuerpos desparramados y escombros, el barbarano dijo:

—¿Eres el profeta? ¿Aquel al que perseguí a través de la tormenta?

Sangraba por una docena de cortes en su armadura y parecía gruñir con sus labios llenos de cicatrices; hacía rato que había perdido el yelmo. Sus criados estaban casi acabados a manos de los Dracos de Fuego de Rhy’tan, y el propio lord capellán había

terminado con el último dreadnought.

—Para ti soy el que acaba con todas las cosas —respondió Numeon.

Draukoros había atravesado a gran parte de la Death Guard, y, aunque estaba cansado, el capitán de la Pyre sabía que era a este al que tenía que matar.

El Death Guard se mofó, como si pudiese cambiar el destino. Su hoja estaba manchada con la sangre de los hermanos de Numeon. Pero él se aseguraría de que ese asqueroso miserable no volviese a ungirla nunca más.

—No deberías haber venido aquí. Ha sido un error. Perdiste el derecho a reclamar mi vida al dejar que nos escapásemos de tus sucias manos, traidor. Mira a tu alrededor —invitó.

En esta parte del campo solo quedaban en pie Numeon y él, rodeados de montones de cadáveres, la mayoría vestidos de blanco manchado. Numeon miró a los Dracos de Fuego a punto de avanzar y los disuadió de hacerlo. Este enemigo era suyo.

El barbarano no parecía afectado por el súbito cambio en su fortuna.

De hecho, se reía, y después compuso una fea sonrisa que dejaba asomar sus dientes podridos.

—Conoce mi nombre, draco —dijo, como si estuviese a punto de reclamar la conquista de Barbarus—, de aquel que ha puesto el pie en tu suelo. De aquel que ha traído la muerte a Nocturne. De aquel que reclamará la cabeza de tu padre y señor. Recuérdalo. Soy Magis Laes…

Draukoros atravesó la garganta del traidor, silenciándolo.

Mientras Numeon liberaba su espada, el Death Guard dejó caer su filo, una gastada pero afilada kukra e intentó contener la hemorragia.

Numeon le cortó la cabeza.

—Nadie se acordará de ti, traidor. Yo el que menos.

Un ensangrentado Zytos se reunió con Numeon en el campo de batalla mientras limpiaba su espada.

Mientras cruzaban los antebrazos, se echó el martillo de trueno al hombro.

—Es agradable purgar el suelo nocturneano —dijo mirando hacia la carnicería que los rodeaba.

Su mirada se detuvo un instante en el cuerpo sin cabeza del caudillo de la Death Guard, pero solo un instante.

—Y el desierto se llevará sus cadáveres.

Zytos sonrió con tristeza.

—Xathen habría disfrutado esta batalla.

—El, Var’kir y todos los que hemos perdido hasta ahora serán recordados. En el nombre de Vulkan.

—Sí, en el nombre de Vulkan.

Con la derrota de su líder, la Death Guard estaba en plena retirada.

Rhy’tan emergió de entre el humo, que se iba disipando lentamente. Al igual que el resto, su armadura estaba maltrecha, pero su espíritu elevado.

—Parece que Nocturne duerme de nuevo —les dijo a ambos.

—¿Qué pasa con el *Sudario del Segador*? —preguntó Numeon.

—Nos han enviado unas naves de guerra desde Prometheus, el *Ira de Vulkan* y el *Señor de los Dracos* para garantizar que los cielos de Nocturne sean nuestros de nuevo.

—Entonces solo nos queda una tarea pendiente —dijo Numeon, y dirigió la mirada hacia el imponente monte Fuego Letal—. Resucitar a Vulkan.

Rhy’tan observó a Numeon durante unos momentos antes de empezar a alejarse.

—Hermano capitán —dijo—. Cuando hayas terminado de limpiar tu armadura y tus armas, ven a hablar conmigo. Dije que habría tiempo para hablar, y ese momento ha llegado.

A bordo del *Sudario del Segador*, las sirenas de alerta habían alcanzado su punto máximo.

Había incendios por toda la nave, sus escudos habían sido derribados y, según sus augures, dos cruceros de asalto procedentes del satélite Prometheus se acercaban a donde habían atracado.

Ya no había orden ni jerarquía. Solo caos.

Los últimos dos legionarios de la Death Guard yacían muertos en el puente de mando y su sangre aún brotaba de sus gargantas y cuerpos abiertos. Inexplicablemente, sus armaduras no les habían proporcionado defensa alguna contra el cuchillo. Los había abierto por la mitad como si no llevasen nada más que tela en lugar de duro adamantium y ceramita.

Ninguno de los miembros de la tripulación se había atrevido a interponerse en el camino del Predicador después de eso, y este se marchó sin decir nada.

La única prueba de su existencia era la ausencia de una nave, que había cogido de uno de las pocas plataformas de lanzamiento que todavía funcionaban. Su destino era desconocido para todos, excepto para el piloto.

Pero mientras se alejaba en la diminuta nave, Quor Gallek elogiaba a Lorgar por su rescate y a los Poderes Ruinosos por la esquirla de fulgurita que aún mantenía en su posesión.

SESENTA Y SEIS

En el ardor del fuego

Nocturne, el Portón de Draconius, cripta

Nomus Rhy'tan aguardaba entre las sombras. Tan solo un parpadeante fuego iluminaba la humilde cámara. Estaba de pie frente al ataúd de Vulkan, con los ojos cerrados, como si estuviese profundamente sumido en sus pensamientos, o en su duelo.

—Lord capellán —dijo la voz de Numeon desde la oscuridad.

—Acércate, hermano —dijo Rhy'tan con tono solemne.

Numeon obedeció.

—Dime, Artellus, ¿qué es lo que ves en ese ataúd que otros no ven?

—Veo a mi padre y el potencial de su regreso.

—¿Por qué? ¿Porque quieres que así sea? ¿Porque lo necesitas?

—Porque es así. Estoy convencido de ello.

—Eras el palafrenero de nuestro primarca, podría decirse que su mayor confidente en la Legión, y juraste protegerle.

Numeon se volvió, con el ceño fruncido.

—¿Estás diciendo que le fallé?

—Digo que es posible que te sientas culpable por su muerte, que tu dolor por su pérdida es probablemente más intenso que el de cualquier hijo de Nocturne. No me sorprende que te aferres a la creencia de su resurrección.

—No me estoy aferrando a nada. Sé que Vulkan resucitará. Puedo sentirlo. ¿Acaso no predica el credo prometeano sobre el renacimiento? Y ¿qué me dices del círculo de fuego?

—Se refiere a un renacimiento espiritual, Numeon. Solo cuando uno se entrega a la tierra, otro puede nacer. Es algo metafórico. Tú eres el renacido de Vulkan. En ti, en nosotros, se hallan sus enseñanzas inmortalizadas, su sacrosanta sabiduría.

—Tal vez eso fuese cierto en aquellos tiempos seculares, pero en la antigüedad

¿no podría haberse referido el círculo de fuego a la auténtica resurrección? Nuestro padre es inmortal, después de todo.

—Mitos, hermano, de una era oscura de sacrificios de sangre a los que el propio Vulkan puso fin.

—Y ¿qué es esto entonces, si no una «era oscura» en la que se sacrifica algo más que sangre?

Rhy’tan suspiró.

—¿Qué opinaba Var’kir? —preguntó—. Oí que el sargento Zytos lo mencionaba. Yo fui su mentor, de modo que él se encontraba entre los Igniax y actuaba como tu consejero espiritual, ¿no es así?

—Sí, y también era mi amigo.

—Por supuesto, pero ¿en qué creía él? Fuera lo que fuese, dio su vida por verlo cumplido.

—He presenciado milagros. La mano de Vulkan en mi hombro.

—No lo dudo. La sangre de Vulkan arde con fuerza en tu interior, Numeon, pero ¿qué creía Var’kir?

La expresión de Numeon se ensombreció, pero se negaba a dejar que sus dudas resurgiesen.

—Creía que Vulkan estaba muerto, y que aquí en Nocturne hallaría la paz.

—Y ¿tú no crees eso?

—Vulkan debe resucitar.

—¿Por él o por ti, hermano?

Numeon frunció el ceño y sintió cómo aumentaba su ira.

—Por la Legión. Por todos nosotros. Por la guerra.

—Y si, a pesar de tus creencias, regresa a la montaña y no resucita, ¿qué sucederá?

—No entiendo adonde quieres ir a parar.

Rhy’tan sonrió con tristeza.

—No, me temo que no lo entiendes.

—¿Alguna cosa más? —dijo Numeon, cuya ira se estaba tornando en beligerancia —. El Fuego Letal espera.

Negando con la cabeza, Rhy’tan dejó que Numeon se marchase. El humo ascendía desde la latente caldera del monte Fuego Letal. Un leve rumor persistía en las profundidades bajo la penetrante letanía del magma crepitante y la lenta disolución de la roca, como si la propia montaña estuviese lamentándose.

La ceniza y la carbonilla se concentraban en la extensa y escarpada cuenca en la que los hijos de Vulkan se habían congregado en solemnes filas. Lucían sus mantos de piel de draco con orgullo, que ondeaban mecidos por la ardiente y sulfúrica brisa, y portaban sus yelmos de guerra sujetos en el recodo del brazo.

Se habían reunido menos de ochocientas almas allí; un número irrisorio, pero era todo lo que los Salamanders podían reunir en tales tiempos de asedio. Todos portaban

la marca de fuego que recordaría aquel acto. Ninguno la había recibido antes, ya que ser testigo de la muerte del primarca era algo único.

Entre ellos se encontraba Numeon y aquellos que habían sobrevivido a la tormenta.

El fúnebre tamborileo de los Salamanders golpeando sus hombreras con los nudillos se escuchaba por encima del estridente bramido de la montaña. Gargo y los demás herreros golpeaban con sus martillos el acero de los yunques que se habían colocado a los bordes de la caldera y los hacían sonar al unísono.

El cuerpo de Vulkan yacía sobre unas andas de granito, liberado por fin de su ataúd. Su martillo, *Portador del Amanecer*, estaba cruzado sobre su pecho, aún entre sus puños. La fulgurita —una espina en su carne, la punta de lanza que había acabado con la vida inmortal de Vulkan— seguía ensartada en su corazón como un triste recordatorio del fin de su vida mortal.

Unas cadenas ceremoniales envolvían los brazos, las piernas, el torso y el cuello del primarca. De su cuerpo salían cuatro ramales, que atravesaban unas gruesas anillas de hierro atornilladas a la ígnea roca en los cuatro puntos cardinales. Según el credo prometeano, estas cadenas mantendrían el espíritu del guerrero unido a su cuerpo, de manera que ambos regresasen juntos a las llamas y fueran devueltos a la tierra juntos.

Con la cabeza inclinada con solemnidad, Nomus Rhy'tan se encontraba frente a las andas. Al levantar el puño, el tamborileo y el carrillón de los yunques cesaron.

Durante unos instantes solo se oyó el rumor de la montaña y el leve gemido del viento. Después, Rhy'tan empezó a hablar. Usó la lengua antigua, el idioma de las viejas tribus, para rogar a la montaña y a la tierra que aceptasen a su hijo adoptivo y que lo devolviesen a Nocturne.

—Sea entregado a las cenizas —pronunció Rhy'tan—, y que su llama permanezca inalterable. Nosotros, que nos encontramos frente al precipicio de la destrucción, somos testigos de su tránsito.

Los legionarios que rodeaban la caldera tomaron el peso de las cadenas, y estas empezaron a extenderse lentamente.

Un cuadro de Dracos de Fuego, dos a los pies y dos a los hombros, levantaron el cuerpo de Vulkan de las andas de piedra y lo mantuvieron en alto hasta que las cadenas se tensaron lo suficiente como para sostener su cuerpo.

—Señor de los dragones, salvador de Nocturne, glorioso hijo del Emperador de la Humanidad, Vulkan, te encomendamos al fuego.

Rhy'tan pronunció las palabras y los Dracos de Fuego soltaron el cuerpo de Vulkan, que fue arrastrado lentamente hacia el corazón de la caldera.

El humo ascendía de las fauces de la montaña y envolvía su figura blindada suspendida por las grandes cadenas. De manera gradual e inexorable, el cuerpo de Vulkan fue bajado hacia la profunda fosa.

Las llamas atrapadas se reflejaban en su lustrosa armadura de combate, que había

empezado a ennegrecerse con el calor.

—Arderás eterno en el corazón de la montaña y serás ejemplo para aquellos que aquí permanecen y que serán testimonio de tus enseñanzas y tu sabiduría.

Los eslabones atravesaban lentamente las anillas de hierro, y el cuerpo fue descendiendo hasta que desapareció de la vista y la única evidencia de que aún continuaba existiendo era su peso tirando de las cadenas.

—¡Hasta el yunque, oh, señor de los dragones! ¡Nuestro padre y primarca!

Rhy'tan se agachó para hundir la mano en las ardientes cenizas a sus pies.

Todos excepto los portadores de las cadenas hicieron lo propio antes de untarse el rostro con las candentes cenizas como símbolo de la resurrección. No representaba la revivificación literal, sino más bien el renacimiento de su ser, de su espíritu.

Mientras las ardientes cenizas abrasaban su piel, los Salamanders gritaron el nombre de Vulkan para que la tierra lo recordase y los escuchase si alguna vez tenían motivos para invocarlo.

Rhy'tan agarró el martillo de obsidiana que llevaba a la espalda, golpeó con este las andas de granito y las partió por la mitad.

Los portadores soltaron las cadenas y Vulkan se precipitó hacia la boca del volcán. El fuego lo envolvió, y todo terminó.

SESENTA Y SIETE

El círculo de fuego

Vulkan no había resucitado.

Después de nueve días, aún no había regresado. Seguía siendo cenizas, formando parte de la tierra. Nocturne lamentaba su pérdida; sus montañas permanecían inactivas, y en sus desiertos y llanuras cenicientas no se escuchaba nada más que el susurro del viento. Nada se movía, ni una roca, ni una porción de tierra. El sol salía y se ponía, y las grandes bestias de las profundidades dormían.

La guerra, y el recuerdo de su llegada, se desvanecían. El mundo reclamó aquello que había pretendido expoliarlo hasta que desde el Portón de Draconius no se veía nada más que ceniza.

Numeon caminaba. Lo hacía solo, pues no hallaba en la hermandad ni en la compañía de los demás consuelo para su dolor.

Un leve temblor reverberaba bajo el suelo. Lo había sentido desde que había dejado la fortaleza. Zytos tenía ahora una guarnición allí, uno de los muchos puestos para mantener la vigilancia sobre el terreno.

Nadie le había visto marchar, Numeon se había encargado de ello. Había dejado su armadura y sus armas atrás y se había aventurado en el desierto con poco más que su uniforme de faena. El metal desnudo de los puertos de interfaz que lo conectaban a través del negro caparazón a su servoarmadura abrasaba al tacto. Ahora tenía el sol a sus espaldas, y brillaba con detestable intensidad.

Numeon lo desafió. Había desafiado a todos y cada uno de los obstáculos que se habían interpuesto en su camino, pero seguía sin ser suficiente.

Después llegó la ira, y con ella la determinación de no aceptar su destino ni el destino de su primarca.

Agotado, exhausto, se dejó caer de rodillas sobre la ardiente arena y gritó al cielo:

—¿Qué más quieres de mí? Lo he dado todo. ¿Qué más tengo que dar?

Con el estruendo de un trueno llegó una respuesta, y el presagio de una tormenta. El temblor del suelo se estaba intensificando, transformándose en un acontecimiento sísmico que despertaría la furia de las montañas y ahogaría la tierra en fuego.

Numeon inclinó la cabeza con los puños cerrados contra su cuerpo como si se

esforzase por negar la inevitable verdad.

«Vulkan está muerto».

Todo lo que habían superado, todo se había perdido; sus hermanos muertos y los mortales que les habían servido diligentemente, y todo para nada. Un sacrificio sin recompensa.

Sin propósito.

En la distancia se oyó el fuerte toque de los cuernos de alerta que atravesaba el despierto. Se avecinaba el Tiempo de Prueba, y todos los nocturneanos eran llamados de regreso a las ciudades y los puestos de avanzada por su propia protección.

Solo los locos y los desesperados salían en plena tormenta. Numeon era las dos cosas.

Hallando una determinación interior de la que creía carecer, se puso de pie y vio cómo su destino se cernía frente a él.

—El Fuego Letal.

A través de las miras, Zytos observaba la procesión de mortales que atravesaban las lejanas puertas de Themis.

Estaba ubicado en la muralla del bastión Guiverno, entre los centinelas, pero no tan cerca como para no poder disfrutar de su relativa soledad.

Pronto se cerrarían las puertas de la ciudad santuario y se levantarían los escudos de vacío. Después de eso, todo lo que estuviese más allá de sus fronteras quedaría a merced de los elementos.

Los neófitos habían respondido bien al entrenamiento, y se habían formado siete destacamentos con ellos. Tan pronto como la tormenta amainase, embarcarían en naves con destino a Terra. Zytos solo esperaba que no fuera demasiado tarde y que los Salamanders todavía tuviesen un papel importante que jugar en el devenir de la guerra.

Llevaban demasiado tiempo parados o sin hacer nada. Había esperado que Numeon los dirigiese. Todavía lo esperaba. Incluso había empezado a creer que Vulkan podría regresar contra todo pronóstico. Esa esperanza murió cuando enterraron el cuerpo del primarca en la montaña. Aquello terminó con las falsas creencias e infundió una sensación de final y de conclusión que permitiría que la legión se reforjase.

Vulkan estaba muerto, y ahora otro debía reclamar el viejo título de Señor de la Legión. Y si Nomus Rhy’tan no lo hacía, solo podía hacerlo otro.

Solo cuando los escudos de vacío se activaron con su zumbido actínico y su leve hedor a cordita, Zytos preguntó en voz alta:

—¿Dónde está Numeon?

El humo se había acumulado a los pies de la montaña, aunque Numeon alcanzaba a ver la cima. Peñascos con forma de garras parecían querer alcanzar el cielo del color

de la sangre derramada, y el fuego reinaba en lo alto conforme la montaña escupía su ira.

Mientras la tierra temblaba, un sombrío estado de ánimo se apoderó de Numeon, y se sintió vacío, maldito.

Tenía los pies llenos de ampollas, ensangrentados y en carne viva por las muchas leguas que había caminado por el desierto.

No había sido indulgente, pero él sabía que su viaje se acercaba lentamente a su fin con cada pisada ensangrentada que dejaba atrás.

Despacio, y tal vez inevitablemente, comenzó a subir la ladera de la montaña. La ceniza y la carbonilla le quemaban la piel, pero ya apenas podía sentirlo. Ascendía, primero una mano y después la otra; el ascenso era duro, pero ya había superado la fatiga.

Una oscuridad tiraba de él, un profundo pozo de tristeza del que no podía escapar. Aunque sus extremidades gritaban de dolor y su carne se abrasaba, la insensibilidad de su mente lo impulsaba a continuar con una determinación monótona y ciega.

La desesperación minaba su resolución, pero conservaba la suficiente voluntad como para llevar aquello a cabo.

De repente, se escuchó un estruendo procedente de lo alto más intenso que el rugir de los océanos. Reverberó por la montaña, por el desierto, y la tierra empezó a resquebrajarse.

Con un ojo en la cima, y con la mente en el desbordamiento de lava que aquella ira presagiaba, Numeon casi pasó por alto una fisura en la roca. El calor emanaba por la fumarola, que estaba parcialmente oculta por el humo.

Un fuerte estruendo resonó en la ladera de la montaña justo cuando una columna de lava salía despedida a toda velocidad para tocar las nubes con el fuego.

Desesperado, Numeon gateó hasta la fisura y se coló en ella hacia el cobijo que ofrecía su oscuro interior. Una inmensa nube piroclástica barrió la escarpada apertura por la que Numeon había pasado. Sin embargo, cuando la nube se alejó y la montaña empezó a sangrar fuego líquido, la fisura desapareció, como si jamás hubiese estado allí, y Numeon con ella.

Un sacrificio.

Un escuadrón de Sky Hunter peinó el desierto a gran velocidad. En cuanto se desactivaron los escudos de vacío, Zytos había dirigido la partida de búsqueda. Las motos a reacción estaban destrozadas y se habían reciclado para ese fin pero eran, de lejos, la manera más rápida de atravesar las llanuras de ceniza. Zytos recordó el equipamiento abandonado en la cámara donde aún se encontraba el ataúd de Vulkan. Allí habían hallado las armas, la armadura e incluso el sigilo de Numeon.

Aunque no quería reconocerlo, Zytos sabía para qué había acudido allí su capitán.

Una voz se escuchó a través del comunicador. Era la de Abidemi.

—*Tengo algo.*

Zytos introdujo las coordenadas de su transmisor en la consola de navegación de la moto.

—Voy hacia allí, hermano —respondió, y cortó la comunicación y empezó a tener esperanzas de que Numeon hubiese sobrevivido de algún modo.

Lo encontraron acurrucado en la llanura, semienterrado en cenizas y a la vista del monte Fuego Letal.

Zytos se había reunido con Gargo y Abidemi. El herrero había recibido un injerto biónico para reemplazar a su extremidad perdida.

—Despacio —les advirtió Zytos a ambos.

Por muy ansiosos que estuvieran por llegar hasta su capitán, lo último que Numeon necesitaría de estar herido sería una lluvia de cenizas levantada por el reactor de las motos.

Los tres deceleraron conforme se acercaban a la lejana figura. Definitivamente, era un Salamander. Estaba vivo, pero débil.

Zytos se puso en contacto con el Portón de Draconius para que un apotecario se reuniese con ellos en la llanura de cenizas. Conforme se aproximaba a la figura, deceleró aún más y, entonces, se detuvo, bajó de la moto y la dejó planeando pero frenada.

—Hermano —dijo, acercándose más.

Estaba a tan solo unos pasos ahora, pero Numeon tenía la cabeza agachada y no debía de haberle oído.

Gargo y Abidemi lo seguían de cerca; Zytos podía oír el crujir de sus pisadas.

—¿Numeon?

Cuando llegó hasta él, Zytos alargó la mano, pero cuando tocó el hombro de su hermano, se detuvo en seco al darse cuenta de que algo iba mal.

—¿Está vivo? —preguntó Gargo mientras preparaba las pocas provisiones médicas que había podido llevar consigo.

—En el nombre de… —Zytos cayó postrado de rodillas.

No era Numeon. Era otra la persona que yacía acurrucada pero respirando sobre la llanura de cenizas.

Abidemi sé paró al instante en cuanto vio de quién se trataba.

Gargo fue el último en darse cuenta, pero ninguno de ellos pudo confundirse cuando la figura se levantó tambaleándose y agarrando con la mano la punta de la lanza que seguía incrustada en su pecho.

—Hijos míos… —dijo Vulkan.